

JUAN CARLOS BOÍZA LÓPEZ

SÍNDONE

LAS GUERRAS DE LA SÁBANA SANTA



Un enfrentamiento que empezó hace dos mil años
cambiará el mundo para siempre

"Basada en hechos reales"

SÍNDONE

JUAN CARLOS BOÍZA LÓPEZ

Diseño de cubierta: Juan Carlos Boíza López

Ilustración de cubierta: © 2007 Juan Carlos Boíza López

Copyright © 2007 Juan Carlos Boíza López

Segunda edición

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-1-84753-510-8

Dedicatoria

Cuando comencé a escribir *Sídone*, he de reconocer que no sabía exactamente en qué me estaba metiendo. Pensaba hacer una simple historia de intriga y misterio que atrapase al lector, pero se convirtió en mucho más que eso.

Sídone fue escrita en un momento muy complicado de mi vida. Acababa de pasar una grave enfermedad y me encontraba inmerso en una larga recuperación, que se prolongaría durante más de un año. Imposibilitado físicamente, me sumergí en la escritura de esta novela, que tienes en tus manos, realizando una minuciosa investigación histórica, que sustentase de forma sólida la trama a desarrollar.

Mi asombro llegó cuando mi investigación me llevó a descubrir que la historia ficticia, que había concebido en mi mente, se entrelazaba con la historia real de una forma increíblemente precisa. Hasta tal punto llegaron las “coincidencias” que llegué a escribir hechos, que debían ser inventados, tanto en sus localizaciones como en su desarrollo, para luego encontrarme que habían sucedido realmente, tal y como los relataba en la novela. Tengo que confesar que llegó un momento en que incluso llegué a plantearme hasta qué punto era realmente ficticia la historia que contaba en mi obra.

Sólo puedo asegurar al lector que todos los hechos históricos, a que se hace referencia en la presente obra, son totalmente reales y fidedignos y que ni yo mismo soy capaz de afirmar con rotundidad dónde termina la realidad y dónde comienza la ficción en *Sídone*.

Quiero aprovechar para dedicar esta obra a mi familia, mis padres y hermanos. No sólo por su inestimable ayuda en la realización de esta obra, sino también porque sin ellos jamás me hubiese recuperado como lo hice de mi enfermedad. También quiero dedicársela a mi mujer que, aunque llegó a mi vida cuando *Sídone* ya había sido escrita, supo hacerme ver que nunca debemos contentarnos con lo conseguido y que lo mejor está siempre por llegar. Por ella se ha hecho realidad esta segunda edición de *Sídone*.

PRÓLOGO

JERUSALÉN

Domingo 9 de abril del año 783 de Roma

1

La brisa de la mañana hizo temblar el cuerpo del anciano mientras se dirigía con paso firme y presuroso hacia las afueras de la ciudad. Tenía las manos heladas y no podía dejar de frotárselas con nerviosismo. Las acercó hacia su rostro, para calentarlas con su propio aliento, e inmediatamente un leve olor a áloe inundó sus fosas nasales haciéndole estremecerse. Su destino se encontraba ya cerca. Atravesó un gran arco de piedra, que cruzaba la calzada de lado a lado, girando después a la derecha hasta alcanzar la esquina de una vieja casa en mal estado. De pronto, entre las sombras, apareció una figura oscura de andar inseguro y aspecto desaliñado. En un principio le pareció un mendigo o un vagabundo, de los que abundaban en las calles de Jerusalén pidiendo limosna u ofreciéndose para los trabajos más abyectos. Sin embargo, un examen más detallado le reveló que debajo de su pelo enmarañado y del polvo y la tierra que cubrían sus ropajes, se escondían telas caras con preciosos bordados que sólo podían permitirse personas de posición acomodada. El anciano, intimidado ante el aspecto enloquecido que sus ojos, circundados por grandes ojeras e inyectados de sangre, conferían al desconocido, intentó no mirarle y continuar su camino con rapidez, pero el hombre, dirigiéndose directamente hacia él, se interpuso en mitad de la calzada.

—¡Rabino! —gritó— te conozco. Estabas con ellos...

—No sé de qué me hablas —respondió el anciano, intentando escabullirse sin éxito, ya que el desconocido se agarró a sus ropas con manos de hierro.

—Eres Nicodemo. Te vi con sus discípulos. Dime, ¿es cierto lo que cuentan?

—Te ruego que me permitas continuar mi camino. Llevo prisa y es importante mi misión —le contestó, intentando apartarlo con un gesto educado de la mano.

—Dicen que Jesús ha vuelto... ¡Que está vivo! —el hombre comenzó a sollozar escondiendo el rostro entre las manos.

El anciano se sintió conmovido y, olvidando la premura de su viaje, se acercó a él para intentar consolarlo y averiguar el motivo de su aflicción.

—Si fuese cierto que ha vuelto, ¿por qué te afecta tanto? ¿No sería acaso una buena nueva que él fuera el Mesías y estuviese entre nosotros? —preguntó al hombre, mientras le agarraba de los hombros intentando incorporarlo para que abandonase su postración.

—No lo entiendes. Si Jesús era el Mesías yo ya no tengo salvación.

—¿Por qué dices eso?

—Porque yo estuve allí cuando le juzgaron. Estaba entre la multitud, entre los hombres a los que el procurador romano pidió que eligiesen a quien indultar y fui de los que gritó Barrabás. ¡Que Dios me perdone! ¡Grité Barrabás! —el cuerpo entero del hombre empezó a convulsionarse mientras las lágrimas recorrían su rostro.

—Deja de afligirte. Me has reconocido bien. Soy Nicodemo, uno de sus seguidores, y te digo que si algo predicó con fuerza Jesús fue el perdón. Así que no temas nada pues estás arrepentido de corazón y eso es suficiente ante el Señor. Ve a casa con tu mujer y tus hijos y se un hombre bueno a partir de ahora.

El hombre pareció calmarse, su cuerpo dejó de temblar y su mirada se volvió más clara mientras contemplaba al anciano con agradecimiento. Tras besar la mano a Nicodemo comenzó a alejarse con paso indeciso hacia el interior de la ciudad.

Nicodemo se preguntaba si habría actuado bien. Acababa de decir a un judío que sus pecados no eran tales y que Dios se los perdonaría por el mero hecho de arrepentirse, lo que chocaba claramente con la Ley. Además, era la primera vez que reconocía abiertamente ser seguidor de Jesús. Hasta aquel momento, cuando alguien le había preguntado, se había limitado a decir que veía con simpatía alguna de sus prédicas, pero siempre había aclarado a continuación que era un cumplidor estricto de la Ley. Si el hombre con el que acababa de hablar era un enviado de Caifás, acababa de confesar lo que sería considerado una traición y probablemente le enviarían a prisión o quizá algo peor. El temor a que el Sanedrín hubiera empezado una caza de los seguidores de Jesús apareció en su mente como una posibilidad clara. No

obstante, era demasiado pronto. No habían tenido tiempo de reunirse, acababa de empezar el domingo y, aunque Caifás no había tenido reparo en saltarse las normas en el juicio de Jesús convocando el Sanedrín de noche, lo cual estaba explícitamente prohibido, convocarlo el sábado era algo a lo que nunca se hubiese atrevido. Además, si hubiese habido algún tipo de decisión así, le hubiesen llamado ya que pertenecía al grupo de escribas de Sanedrín.

Nicodemo era uno de los sanedritas más valorados entre los teólogos y juristas que componían el grupo fariseo. Nadie tenía motivos para sospechar que era un seguidor del Nazareno. Se le consideraba un excelente intérprete de la Ley y, no en pocas ocasiones, sus razonamientos habían servido para castigar a aquellos que se habían alejado del espíritu de la Torha⁽¹⁾. Pero había sido precisamente la visión privilegiada del funcionamiento del poder religioso, que su cargo le había permitido, lo que le había llevado a plantearse cada vez con más insistencia la injusticia de sus actuaciones. Con impotencia había contemplado como se acrecentaba el cinismo de jueces y senadores que, obsesionados por la letra de la Ley, se alejaban cada vez más de su verdadero espíritu. Por eso, cuando vio a aquel desconocido, al que sus seguidores llamaban Jesús, expulsar a los cambistas y comerciantes de palomas del Templo y oyó sus palabras *“Mi casa será casa de oración, y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”*, sintió que aquel hombre especial gritaba al viento lo que él ni se atrevía a pensar, pero que, en el fondo de su corazón, sabía que era la auténtica verdad.

Después de eso siguió sus prédicas con discreción, hasta que una noche se decidió a hablar con él. La conversación que mantuvieron fue algo que Nicodemo no olvidaría jamás. Las palabras que le dirigiese el Maestro y que entonces no supo interpretar, aparecían ahora ante él con claridad prístina, mostrando con rotundidad su significado: *“En verdad, en verdad te digo que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios”*.

Ahora se daba cuenta de que había estado ciego y sordo ante el verdadero espíritu de la Ley. Veía con claridad la hipocresía de aquellos que se arrogaban el papel de intérpretes de la palabra de Dios, de aquellos que se erigían en sus únicos representantes en la Tierra y que no eran más que esclavos de su propia ceguera. Ahora se daba cuenta de que por fin había comenzado su propio renacimiento.

Nicodemo respiró profundamente el aire de la mañana. Reconfortado por sus íntimas reflexiones, se encontraba ahora más sereno y decidido a su

misión porque sentía que estaba sirviendo, quizá por primera vez en su vida, al Dios verdadero. El sol, que empezaba a alzarse en el cielo aumentando su fuerza e inundando las calles con su luz, se le antojó más brillante que nunca. Al atravesar la última calle y, tras girar junto a una fuente de piedra, apareció ante él una gran casa que conocía bien. En ella vivía el hombre a quien había venido a ver, José de Arimatea.

2

José de Arimatea se encontraba frente a un gran escritorio de madera de roble, con una pluma en la mano y un pergamino frente a él. Era un hombre de edad avanzada, delgado, de tez clara un tanto amarillenta y barba y bigote poblados. Sus ojos se encontraban irritados por la falta de sueño, ya que había pasado casi toda la noche sin poder dormir. Las terribles imágenes del día anterior se le aparecían una y otra vez con cruel viveza. Pero lo que más le atormentaba no era el terrible escenario de angustia y dolor que había contemplado con impotencia, lo que de verdad le atormentaba era que no alcanzaba a comprender del todo como había podido suceder todo aquello. José creyó en el mensaje de Jesús casi desde el primer instante en que le conoció. Había llegado al convencimiento, casi absoluto, de que aquel modesto y noble hijo de un carpintero era el mismísimo Mesías anunciado en las Escrituras. Pero, ahora, se encontraba muerto y enterrado en una tumba de su propiedad, después de que la justicia romana y judía le quebraran el cuerpo de forma ignominiosa. Le habían humillado, torturado y asesinado con impunidad total, y él ni siquiera había intentado defenderse.

José era miembro del grupo de ancianos del Sanedrín. La antigüedad de su familia y sus riquezas, conseguidas en fructíferas operaciones comerciales, le habían proporcionado una ventajosa posición hacía ya varios años, hasta el punto de que, para poder estar presente en las decisiones del Sanedrín, había cambiado su residencia de Rama — su ciudad natal — a Jerusalén. Su sillón privilegiado en el Consejo le había permitido estar presente en todos los interrogatorios que se hicieron a Jesús, por lo que había contemplado con impotencia como el Nazareno se entregaba dócilmente a su terrible destino como un cordero al matadero.

José cogió la pluma para comenzar a escribir. Esta vez no sería ni un acuerdo comercial ni la redacción de una sentencia o norma religiosa, sino el relato de lo que había acontecido los días anteriores. Mojó la pluma en la

tinta y la acercó a la superficie pulida del pergamino. Un frío sudor humedeció su frente al comenzar a recordar. Con el dorso de la mano restregó su rostro varias veces, como si con aquel gesto pudiera borrar de su mente los pensamientos que le atormentaban.

La puerta de la habitación se abrió pesadamente y el rostro redondo y joven de Daniel, su criado, apareció con gesto preocupado y expectante.

—El maestro Nicodemo está abajo. Parece bastante nervioso y alterado —dijo en un tono de voz bajo, casi un murmullo.

José de Arimatea se levantó de inmediato, olvidando sus intenciones de escribir, mientras su mente se llenaba de preocupación. Algo grave debía haber ocurrido para que un hombre prudente y discreto como Nicodemo se presentase tan temprano en su casa. ¿Estarían haciendo más detenciones? ¿Acaso Caifás pensaba acabar con todos los seguidores de Jesús? Quizá su sed de sangre no se había visto colmada con la ejecución del Maestro y ahora buscaba también a sus discípulos. Salió de su habitación y bajó las escaleras hacia el piso inferior con una agilidad sorprendente para su edad. Abajo le esperaba Nicodemo impaciente.

—¿Qué ocurre Nicodemo? —preguntó con ansiedad.

Nicodemo se acercó a él y empezó a hablar en voz muy baja como temiendo que les escuchasen.

—Se trata de Jesús. Esta mañana temprano vino a verme María Magdalena presa de una gran agitación. Me contó que ella junto a María la de Santiago y Salomé habían ido de madrugada a la tumba de Jesús para realizar la unción del cuerpo, que nosotros no pudimos completar por la urgencia del enterramiento la noche anterior. Llevaban los ungüentos que nos sobraron y algunos más que habían podido reunir. Al parecer, cuando llegaron a la tumba los guardias estaban dormidos y la piedra había sido desplazada, entraron y no encontraron el cuerpo.

—¿Cómo es posible? —exclamó José con perplejidad.

—Escucha y cálmate —le tranquilizó Nicodemo—. Cuando estaban en la tumba, se les aparecieron dos hombres de ropas deslumbrantes y les dijeron: *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado.*

—¡Oh, Dios mío! —exclamó José cayendo de rodillas y comenzando a llorar. De pronto todas sus dudas parecían disiparse como un velo cayendo

de sus ojos. Nicodemo se agachó y abrazó a su amigo, esforzándose por contener sus propias lágrimas.

—Jesús era el Mesías y ha cumplido la profecía —susurró Nicodemo.

José de Arimatea se incorporó mirando a su amigo directamente al rostro. Por un momento permaneció callado, reflexionando.

—Hemos de ir a la tumba, debo verlo con mis propios ojos —dijo finalmente tomando una decisión.

—Quizá los romanos no nos permitan llegar. El rumor de lo ocurrido se estará extendiendo con rapidez entre el pueblo y no dejarán que esto se convierta en una revuelta —objetó Nicodemo.

—Por eso debemos darnos prisa antes que se decidan a tomar las calles.

José se internó en las habitaciones de la casa para volver casi inmediatamente cubierto con una gruesa capa de lana.

3

La tumba donde Jesús fue enterrado no se encontraba lejos. No en vano, la había construido José de Arimatea para su propio uso en unos jardines que adquirió al poco tiempo de trasladarse a Jerusalén. Había escogido unos terrenos cercanos a las murallas de la ciudad situados frente al monte Calvario. Contrató algunos albañiles, que tardaron varios meses en horadar la roca y construir la tumba según sus instrucciones.

José y Nicodemo cruzaron la distancia que les separaba de las murallas con rapidez, sin apenas hablar por el camino, intentando pasar desapercibidos. Como ambos eran miembros del Sanedrín, podían ser fácilmente reconocidos y verse interpelados por el gentío, como ya lo fue Nicodemo. Afortunadamente, todavía era temprano y eran pocos los transeúntes que circulaban por las calles. Llegaron a las murallas y las cruzaron con rapidez, encontrándose pronto en el camino del monte Calvario. El corazón se les encogió en el pecho cuando, durante algunos metros, siguieron el mismo camino que hiciese Jesús con la cruz a sus espaldas. Sintieron revivir cada uno de aquellos terribles momentos. El lugar contrastaba ahora, solitario y silencioso, con la multitud y el bullicio que

acompañara la crucifixión, como si se tratara de un espectáculo. José reconoció el lugar donde Jesús tuvo una atroz caída. Recordó como dio de bruces en el suelo frenando el golpe con la rodilla derecha, incapaz de usar los brazos trabados por la cruz. La gente rió mientras le veían sangrar e intentar levantarse. José estaba seguro de que aquellas burlas debieron dolerle más al Maestro que todas las llagas de su cuerpo.

Pronto abandonaron el camino del Calvario, desviándose hacia unos grandes peñascos. Allí se encontraba la tumba. Les llamó la atención que no estuviera ninguno de los soldados que Pilatos dejara allí como guardia, cuando el Sanedrín le presionó para que evitara que el cuerpo de Jesús fuera robado. Aún humeaban los restos del fuego del pequeño campamento que habían montado, pero no había ni rastro de ninguno de ellos.

—Han debido ir a informar a Pilatos de lo ocurrido —observó Nicodemo.

—Pero, ¿por qué no han dejado a nadie de guardia? Los romanos no abandonan su puesto sin que sean relevados o se lo ordene un mando superior —repuso José poco convencido mientras examinaba el lugar.

Nicodemo se agachó tras unos matorrales y extrajo algo de entre el follaje. Se trataba de un pugio⁽²⁾ ricamente decorado en plata. Al parecer, habían estado usándolo como entretenimiento arrojándolo contra el suelo, ya que aparecían marcas de haber sido clavado en varios lugares distintos.

—Debieron de irse muy deprisa —dijo, mientras se lo enseñaba a José de Arimatea—. No tuvieron tiempo ni de recuperar este puñal de plata.

Los dos hombres atravesaron los restos del campamento con cierta aversión y se dirigieron hacia las rocas cercanas. Siguieron un estrecho camino que les llevó hasta un jardín, cercado por un pequeño muro hecho por acumulación de piedras. Lo cruzaron y llegaron a un pequeño terreno, donde proliferaban las higueras y los olivos. Su estado, no muy cuidado, denunciaba claramente que su finalidad no era agrícola sino funeraria. Por fin, tras dejar atrás un pequeño pozo, ante ellos se alzó la entrada del túmulo funerario.

Al acercarse pudieron ver como el golel⁽³⁾, que debía estar tapando la entrada, al final de la pequeña guía hecha a modo de rampa donde lo colocaron con dificultad los soldados romanos, no se encontraba en su sitio, sino que aparecía tumbado fuera del raíl, a casi dos metros de su posición original. Los dos hombres se miraron asombrados. Aquella roca, de casi un

metro de diámetro y un grosor de más de veinte centímetros, debía pesar alrededor de media tonelada. La fuerza para proyectarla a aquella distancia debía haber sido formidable.

Con una mezcla de emoción y respeto, no exenta de cierto temor, se aproximaron a la tumba asomándose a su interior respetuosamente. Entraron agachándose con gran dificultad al interior, donde finalmente pudieron erguirse. Hasta ellos llegó el fuerte olor del áloe y la mirra que utilizasen en la unción. Atravesaron un pequeño pasillo a modo de vestíbulo y llegaron a una gran abertura en la roca que daba paso a la cámara sepulcral.

Aunque ya lo esperaban, no por ello pudieron dejar de asombrarse al descubrir que el cuerpo, que ellos depositaran en aquel lugar con infinita pena y ternura, había desaparecido. En su lugar, en el loculu⁽⁴⁾, situado bajo el arcosolio⁽⁵⁾ abierto en la pared, tan solo se encontraba el sudario que cubriese su rostro y en el suelo, revueltos, los lienzos con los que amortajaran su cuerpo.

José se aproximó a la blanca piedra del banco donde depositaran el cadáver y arrodillándose apoyó su cabeza sobre él. Nicodemo imitó su gesto y los dos hombres comenzaron a rezar en mudo silencio, sin poder evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos.

Pasaron bastante rato sin poder hablar, conmovidos profundamente por lo ocurrido, y también aturdidos, sin saber muy bien que debían hacer a continuación. Ahora, más que nunca, necesitaban el consejo y sabiduría de aquel hombre bueno que había sido Jesús.

—¿Qué haremos ahora? —murmuró Nicodemo lanzando la interrogante al viento, casi esperando que el mismo Jesús le respondiese.

—¿Acaso tenemos elección? —repuso José con cierto gesto de compasión.

—¿Qué quieres decir?

—Nosotros no tenemos elección Nicodemo. Los que no conocieron a Jesús podrán elegir si creer o no, si seguir sus enseñanzas o continuar su vida ciegos a la Fe verdadera. Pero, nosotros, ¿cómo podríamos ahora negar a Jesús? Estuvimos con él en vida, oímos sus prédicas, vimos sus milagros y somos testigos de su resurrección. Nosotros sabemos la verdad, la hemos vivido y debemos actuar de acuerdo a ella. Somos los testigos de Jesús y daremos testimonio de lo ocurrido.

—No sé si seré capaz. Conozco bien a Caifás y a Pilatos, si predicamos abiertamente en nombre de Jesús nos perseguirán y encarcelarán —objetó Nicodemo dejando escapar un suspiro ahogado entre los labios, temeroso de lo que pudiese pasar.

José de Arimatea se agachó repentinamente, acercándose a la sábana que estaba arrugada a sus pies. La cogió con fuerza y empezó a extenderla sobre el banco de piedra.

—¡Mira esto Nicodemo! —exclamó emocionado.

Nicodemo se acercó sin comprender muy bien que sucedía. Frente a él, la sábana se encontraba completamente extendida y sobre su cara alisada se veía claramente una figura que conocía muy bien. El cuerpo de Jesús, tal y como ellos lo habían depositado en el sepulcro, aparecía ante su mirada perfectamente retratado en el tejido de lino.

—¿Aún tienes dudas? —le preguntó José exultante, mientras miraba la tela con adoración —Nos ha dejado un testimonio de su pasión. Un testimonio hecho con su propia sangre, la sangre del Mesías. Cuando viniste a mi casa estaba a punto de escribir en pergamino lo aquí ocurrido, para que quedase constancia de la entrega y sacrificio supremos hechos por Jesús de Nazaret. Sentía que mi misión era preservar su memoria de alguna manera. Ahora, aquí, Jesús nos ha dejado su mejor testimonio, una prueba tangible de lo ocurrido. Ya no tengo dudas, nuestra misión a partir de ahora será preservar este legado.

—Tienes razón —admitió Nicodemo, agachándose para recoger con reverencia el lienzo y doblarlo cuidadosamente—, de alguna forma presiento que esta tela, que ha visto como el hombre volvía a su esencia divina, puede ser el vehículo para que, llegado el momento, la divinidad vuelva al hombre.

CAPÍTULO PRIMERO

MADRID

Lunes 28 de febrero de 2005

1

Gabriel King estaba cansado, apenas había dormido. Siempre le pasaba lo mismo la noche anterior a coger un avión. Si sus compañeros de redacción supieran, que aquel hombre con fama de inalterable al que todos llamaban el hombre de hielo, se pasaba la noche en vela cada vez que tenía que subirse a un avión, y que se tomaba las pastillas contra el mareo a pares, no hubiesen dejado de reír durante una semana.

Se levantó aún aturdido y se fue derecho al baño para tomarse una ducha lo más fría posible e intentar despejarse. Le esperaba un día muy ajetreado. Debía tomar el puente aéreo a Barcelona para encontrarse con el Dr. Ramalla, que iba a presentar un libro sobre criminología forense en la Ciudad Condal.

El contacto del agua fría contra su piel tuvo el efecto de una bomba sobre su sistema nervioso. Sintió reactivarse cada fibra de su ser, como si acabasen de enchufarlo a la red eléctrica y los electrones circularan libremente por las redes nerviosas de su cuerpo.

Aún le costaba considerarse a sí mismo un periodista. Desde que podía recordar había soñado con convertirse en arqueólogo. La idea de desenterrar con sus propias manos el pasado y darle forma pieza a pieza como a un puzle, siempre le había parecido la profesión ideal. Se había licenciado en Historia en la Universidad Complutense de Madrid hacía ya la friolera de doce años. En su último año de carrera consiguió, gracias a sus buenos resultados académicos, que le incluyesen en el grupo de voluntarios de la excavación del complejo celtibérico y romano de Tiermes en Montejo en Soria. Fue un logro muy importante, no en vano Tiermes era considerada la Pompeya española desde los años treinta.

Al principio todo fue perfecto. Le asignaron al grupo encargado de la zona de las termas, sus objetivos serían encontrar diversas estancias típicas,

especialmente el caldarium⁽⁶⁾, el frigidarium⁽⁷⁾ o incluso restos del tepidarium⁽⁸⁾. Se sintió emocionado al pensar en descubrir rastros del sistema de aire caliente inventado por Sergio Orata en el siglo I antes de Cristo, quizá incluso algunos restos del suspensurae⁽⁹⁾ y de los ladrillos agujereados que facilitaban la difusión del aire.

Sin embargo, no tardó mucho en darse cuenta de que su visión de la arqueología era demasiado romántica. El tiempo pasaba demasiado despacio y apenas se hacían progresos. Había que desenterrar capa de sedimento con infinita paciencia. Lejos de la sucesión de descubrimientos excitantes que esperaba, todo su trabajo de campo se limitó a poco más que un desescombro manual, que no dejó al descubierto finalmente más que nuevas capas de polvo y tierra. Cuando terminó la campaña, lo único que podía reconocerse, de las antiguamente imponentes instalaciones, eran los restos del arranque de bóveda de un gran edificio, seguramente la entrada a las termas.

Gabriel cerró el grifo y el agua dejó de caer sobre su cuerpo. Salió de la ducha y se enfundó en un suave albornoz azul. Su contacto le hizo recordar la piel sedosa y cálida de Sofía, la otra gran desilusión de aquel nefasto verano de 1993.

Conoció a Sofía dos años antes, cuando cursaba tercero en la facultad. Su familia se había trasladado de Sevilla a Madrid por motivos de trabajo por lo que le tocó cambiar de facultad junto de ciudad. Gabriel se sintió atraído por ella desde el primer día que la vio. Era alta y muy delgada, pero no fue su cuerpo lo que más atrajo su atención, sino que fueron sus ojos, almendrados y de un increíble color violáceo, los que le enamoraron. Su mirada tenía una claridad embriagadora y su rostro, ovalado y enmarcado por una preciosa cabellera rubia, daba al conjunto la perfección de un cuadro renacentista. Para asombro de Gabriel, ella pareció tan atraída por él como él por ella y pronto comenzaron una relación apasionada. Hasta entonces nunca se había sentido tan profundamente unido a ninguna mujer y durante un tiempo pensó que aquella sería una relación definitiva. Pero todo se truncó aquel verano.

Sofía consiguió la beca junto a él para las excavaciones en Tiermes. Lo que en principio les pareció fantástico, ya que les daba la oportunidad de trabajar en aquello que más deseaban y, además, podrían pasar juntos prácticamente todo el verano. Desgraciadamente la convivencia no resultó ser el paraíso que habían esperado. A medida que la desilusión por su trabajo

embargaba a Gabriel, Sofía, en cambio, parecía cada vez más entusiasmada. Pasaba mucho tiempo en las excavaciones. Se quedaba incluso después de acabados los turnos. Sólo se veían al anochecer, apenas unas horas cada día. Llegó un momento en que ni siquiera los fines de semana los pasaban juntos, ya que ella insistía en quedarse en la excavación. —*Es una oportunidad única, hay que aprovecharla*— solía decirle. Cerca ya del final de la campaña, ella le confesó que la oportunidad a que se refería no era la excavación precisamente sino el director de ésta. Gabriel se sorprendió a sí mismo ya que, en lugar de reaccionar con la desesperación e indignación propia de una tragedia griega como había imaginado, se lo tomó con resignación y casi apatía. Recogió sus bártulos y se fue de la excavación y de la vida de Sofía para siempre sin ni siquiera mirar atrás.

Después de aquello la sensación de abatimiento y en cierto modo de derrota le acompañó durante bastante tiempo. Sentía que se había equivocado en todo. No había sabido encontrar los verdaderos objetivos de su vida, ni profesional ni emocionalmente. Tras terminar sus estudios de historia estuvo durante algunos meses sin trabajo, ya que no quería volver a la arqueología.

Su oportunidad se presentó cuando le ofrecieron colaborar en una revista de divulgación “Misterios del Pasado”, donde se trataba la historia desde un punto de vista más esotérico de lo habitual. Allí encontró un nuevo rumbo profesional que, sorprendentemente, le resultó muy gratificante. Buscar la parte oculta de la historia, consultando antiguos documentos o entrevistando a oscuros personajes, era para él mucho más apasionante que desenterrar capa tras capa de sedimentos de una vieja construcción. Tras varios años como articulista habitual de la revista, empezó a escribir algunos libros de divulgación, alcanzando cierto renombre en círculos académicos y periodísticos. Ahora se encontraba relativamente satisfecho con su vida profesional, pero lo que no había logrado volver a encauzar era su vida sentimental.

Gabriel apartó su mente del pasado y empezó a vestirse siguiendo el ritual diario, una camisa clara y una chaqueta oscura. En esta ocasión escogió una camisa blanca de algodón y una chaqueta marrón muy ligera, ya que estaba haciendo un tiempo bastante caluroso para aquella época del año. Finalmente, añadió al conjunto un pantalón vaquero azul. Le gustaba variar los colores de la chaqueta y la camisa, pero prefería que el pantalón fuese invariablemente un vaquero azul.

Sacó de debajo de la cama la pequeña maleta de mano, que utilizaba siempre para viajes cortos. La había preparado la noche anterior con lo más imprescindible: algo de ropa y útiles de aseo, una grabadora digital, con batería y cargador auxiliar para evitar accidentes imprevistos, y una cámara de fotos digital para tomar instantáneas a modo de documentación para sus artículos. Tras comprobar su escaso equipaje, introdujo en su interior el libro que había estado leyendo durante toda la insomne noche, y que era el motivo principal de su viaje: “*Análisis forense de la Sábana Santa*” por el Dr. Friederich Ramalla. Le habían asignado una serie de artículos sobre la Sábana Santa de Turín y aquella entrevista era un perfecto comienzo para su trabajo.

2

El viaje fue mejor de lo esperado. Las pastillas contra el mareo hicieron su efecto y, salvo la ansiedad habitual que le produjo el trayecto, no hubo más incidentes durante el vuelo. Había tenido la fortuna de que le tocase un asiento junto a la ventanilla. Aunque hay mucha gente con miedo a volar, que prefieren sentarse lejos de las ventanillas para no ser conscientes de la altura, Gabriel era diferente. Lo que a él le atormentaba realmente era su facilidad para marearse. Hacía ya mucho tiempo que había comprendido que lo mejor en estos casos era fijar la vista en el exterior, en el horizonte en movimiento, y no en el interior del vehículo. De esta forma conseguía que el mareo se aminorase en gran medida.

Tras poco más de media hora de travesía aérea sin incidentes, llegó al terminal B del aeropuerto del Prat en Barcelona. Se dirigió a la parada de taxis situada a la izquierda de la salida principal y se acercó a uno de los taxis amarillos y negros, tan característicos de la Ciudad Condal. El conductor, un hombre grueso de cara agradable, le preguntó si llevaba equipaje. Pareció un poco defraudado cuando le mostró su pequeña maleta de mano, ya que no iba a poder cobrarle el suplemento estipulado por cada pieza de equipaje.

Gabriel indicó al conductor la dirección del hotel “Fira Palace Barcelona”, donde se alojaba el Dr. Ramalla e iba a celebrarse la presentación de su libro. Aunque no tardarían más de veinte minutos en llegar, le pareció tiempo suficiente para repasar algunos de los puntos del libro de Ramalla, que le habían parecido más interesantes. A medida que el taxi se internaba por la autovía de Castelldefels, en dirección a Barcelona, Gabriel se concentraba en la lectura de algunos apuntes que había tomado el día

anterior.

Repasó las notas biográficas que había encontrado en Internet sobre el Dr. Ramalla. Su nombre completo era Friederich Ramalla Stahmer. Nació en 1935 en Goslar, una pequeña ciudad turística alemana situada en la Baja Sajonia y enclavada en las montañas Harz. Su familia era de ascendencia judeoalemana pero poco o nada practicantes, por lo que se crió en un ambiente liberal y poco religioso. En 1940 se trasladaron a la ciudad de Hannover, donde su ascendencia judía era desconocida. Sin embargo, aquello no les evitó sufrir las penurias de la Segunda Guerra Mundial en toda su crudeza. La ciudad quedó destruida en más del 60%. A pesar de todo, el joven Ramalla pudo continuar su formación gracias a que su padre se encargó de ella personalmente hasta el final de la guerra. En 1952, con la guerra ya superada y una situación económica mejorada, ingresó en la Universidad de Hannover, gracias a su excelente expediente académico. En aquella época sólo existían cuatro facultades: Matemáticas y Ciencias Naturales, Ingeniería Civil, Ingeniería Mecánica y la recién establecida Ingeniería Marina. Se matriculó en la primera, convirtiéndose en el primero de su promoción, al parecer sin demasiado esfuerzo.

Más allá de estos datos, Gabriel había tenido serias dificultades para reconstruir la cosmopolita formación académica del Dr. Ramalla. Había encontrado algunas referencias suyas en otras universidades alemanas estudiando disciplinas diversas como derecho, historia o medicina forense. También sabía que hablaba cuatro idiomas con fluidez: inglés, español, francés e israelí, a parte de su idioma natal el alemán. En los años ochenta había pasado algunos años en Estados Unidos, repartiendo su tiempo entre el centro de investigación del FBI en Quantico (Virginia) y la Universidad de Berkeley. La fama le llegó con la publicación de su primer libro “Criminología Forense: Técnica Aplicada”, que se convirtió prácticamente en el libro de cabecera de todo criminólogo moderno.

Gabriel pensó maravillado en la extraordinaria inteligencia que debía poseer aquel hombre, capaz de brillar en tan diversas disciplinas. Se trataba a todas luces de uno de esos cerebros geniales que surgen en cada generación con la escasez de un trébol de cuatro hojas. Sería toda una experiencia poder charlar con él aquella mañana.

El taxi giró a la derecha tras llegar a la Plaza de España internándose por la Avenida María Cristina. Llegaron a la altura del Palacio Nacional,

giraron a la izquierda y enfilaron la Avenida Rius i Taulet hasta la calle Lérída. Casi inmediatamente divisaron, haciendo esquina, la entrada del Hotel.

3

El salón Vivaldi ya estaba totalmente preparado para el futuro evento que iba a tener lugar en su interior. Las filas de sillas azules con bordes dorados se alineaban en perfecta formación, separadas por largas mesas con tapetes azules y faldas blancas. Junto a cada asiento se encontraba una carpeta con documentación sobre la presentación y una tarjeta blanca con el nombre de su futuro ocupante. Los técnicos se afanaban en ajustar el video proyector y el sistema de megafonía, mientras los periodistas e invitados iban ocupando sus asientos a medida que localizaban su nombre.

Cuando Gabriel entró en la sala quedó gratamente sorprendido al comprobar que le habían colocado en el centro de la segunda fila, a la izquierda del pasillo central. Estaba acostumbrado a ser relegado siempre a los últimos asientos. Que su revista fuese a menudo etiquetada de sensacionalista, por su afición a bordear la ortodoxia periodística, solía conllevar aquellas pequeñas represalias, por parte de algunas personas demasiado preocupadas de que las fotos de las primeras filas reflejasen los rostros de los medios de comunicación considerados serios.

Aunque la mayoría de la gente le era conocida, se sintió aliviado cuando vio entrar una cara amiga. Se trataba de un hombre corpulento, de gran estatura y rostro redondeado. Su nariz ancha, sus grandes ojos y su pelo moreno y rizado, le conferían un aspecto afable y campechano. Con aire distraído y ceño fruncido, intentaba encontrar su asiento cuando Gabriel levantó la mano haciéndole una señal. El hombre, al verle, se acercó rápidamente hasta donde estaba.

—¡Hombre! —exclamó el hombretón tendiéndole la mano a Gabriel para a continuación estrujársela en un apretón de oso—. Sabía que no te lo perderías.

—Es mi trabajo, ya sabes que estos temas son mi fuerte —Gabriel cerró y abrió la mano un par de veces para recuperar la circulación.

—¿Has visto mi asiento?

—Pues no. Supongo que estarás en las primeras filas, eres un

periodista de los serios ¿no? —le preguntó Gabriel con un claro tono irónico en la voz. Conocía a aquel hombre desde hacía varios años y se le podían adjudicar muchos adjetivos, aunque probablemente el que menos le pegaba era el de serio. José María Román era columnista en uno de los diarios nacionales de mayor tirada, donde sus artículos, entre ácidos y sarcásticos, habían ido adquiriendo cada vez más popularidad.

Román se alejó hacia las filas delanteras, husmeando entre las cartulinas blancas de los asientos en busca de su nombre. Cuando al fin lo encontró, se giró hacia Gabriel mostrándole la tarjeta. A continuación, se dirigió hacia el asiento contiguo a Gabriel, e intercambió rápidamente su tarjeta por la de ese asiento, cuyo ocupante aun no había llegado.

—¿Qué pasa? —le interpeló Gabriel divertido ante su descaro —¿es que ahora prefieres la compañía del periodismo esotérico antes que del periodismo ortodoxo?

—¡No fastidies! Me habían puesto con la Burgos. Si te parece aguanto toda la presentación con la beata esa dándome la murga.

Gabriel se rió con ganas. Hubiese sido una combinación perfecta. Román, ateo cínico y mujeriego, de charla con Teresa Burgos, una periodista que se había hecho famosa gracias a las tertulias televisivas donde desarrollaba una apasionada defensa de la familia, de la castidad hasta el matrimonio y en definitiva del catolicismo más tradicional y conservador. Gabriel acarició por un momento la posibilidad de un romance entre ambos, no pudiendo reprimir una carcajada interior que se tradujo en una sonrisa contenida en el exterior.

Poco a poco se fueron llenando los asientos. Cuando todos los asistentes estuvieron en su sitio, las luces se atenuaron ligeramente y las personalidades, que iban a presidir el acto, comenzaron a ocupar sus asientos. Gabriel distinguió la figura del Dr. Ramalla ligeramente encorvada aunque asombrosamente ágil para un hombre de setenta años. El criminólogo tomó asiento en el centro de la mesa situada en el escenario. A su derecha se sentó el Consejero de Cultura de la Generalitat, y a su izquierda Federico Mollins, un criminólogo español famoso por sus intervenciones en televisión.

Al principio del acto Gabriel se aburrió soberanamente. Las intervenciones de Mollins y del Consejero fueron, como es habitual en este tipo de actos, una retahíla de elogios a la vida y milagros del Dr. Ramalla que duró casi tres cuartos de hora, sumiéndole en una somnolencia preocupante.

Afortunadamente, cuando el doctor tomó la palabra el panorama cambió radicalmente. El criminólogo fue exponiendo, ayudándose de un proyector, las partes principales de su libro, captando inmediatamente la atención de la hasta ese momento distraída audiencia. Gabriel se encontró a si mismo ensimismado, mientras contemplaba con fascinación las imágenes del sudario de Turín, que ilustraban el libro de Ramalla.

Al terminar la exposición, empezó la ronda de preguntas. Gabriel decidió limitarse a escuchar a los demás periodistas, reservándose sus propias cuestiones para su posterior entrevista personal con el criminólogo.

La mayoría de las preguntas que se realizaron fueron bastante anodinas; cuestiones biográficas y algunas técnicas sobre el libro, que no añadían nada sustancial a la información que Gabriel ya había reunido sobre el personaje y su obra. Cuando ya parecía que ningún periodista pensaba intervenir, un hombre se levantó desde el fondo del salón y tomó la palabra.

—Roberto Jiménez de “Mundo Misterioso” —dijo presentándose —
¿Por qué un prestigioso criminólogo, con una trayectoria brillante y conocida por todos, se presta a dar visos de autenticidad a una reliquia que todos sabemos que es falsa? Todo el mundo sabe que el lienzo fue datado en la Edad Media con el método del Carbono 14 hace ya bastantes años.

Ramalla pareció titubear. A Gabriel le dio la impresión de que se esforzaba por distinguir en la distancia el rostro envuelto en sombras de su interlocutor. Cuando al fin respondió, su voz carecía de la seguridad que había mostrado en el resto de sus intervenciones. Incluso se dejó notar con más fuerza su acento alemán, apenas perceptible en el perfecto castellano que había utilizado hasta ese momento

—Sr. Jiménez —respondió—, en ningún momento sostengo en mi libro que la Sabana Santa sea el auténtico sudario de Cristo. Me he limitado a realizar una rigurosa investigación, que a mi parecer, demuestra de forma inequívoca que el cuerpo de un hombre real, que sufrió heridas reales, fue envuelto en dicha tela. Si ese hombre era o no Jesucristo es algo que en ningún caso puede deducirse a través de mi estudio.

Ramalla se apartó bruscamente del micrófono, impidiendo cualquier posibilidad de réplica, dando por terminada su intervención. Una despedida formal por parte de los organizadores dio por concluido el acto.

Gabriel empezó a recoger toda su documentación junto con las notas

que había tomado sobre la presentación.

—¿No te ha parecido rara la reacción de Ramalla? —preguntó a Román, intrigado ante el repentino final de la presentación.

—La verdad es que si —reconoció el grueso periodista—, pero estos profesores locos, ya se sabe, les da una neura y salen pitando. ¡A lo mejor le ha sentado algo mal y le han dado retortijones! —esto último lo dijo con un tono de absoluta seriedad, lo que acentuó el efecto cómico e hizo que Gabriel empezase a reír con ganas— Anda, vamos a tomarnos algo. Seguro que este hotel tiene una buena barra por algún sitio.

Gabriel aceptó a regañadientes, ya que sabía que tomar unas cañas con Román era algo que sabías donde y cuando empezaba, pero no donde o cuando terminaba.

4

Ramalla subió a su habitación con rapidez tras abandonar el salón Vivaldi y despedirse del resto de oradores. Se encontraba nervioso y alterado. Dejó encima de la cómoda todos los documentos que llevaba consigo, incluido su propio libro. Se sentía acalorado y molesto. Se quitó la chaqueta, arrojándola en una silla, se aflojó la corbata y se sentó en la cama, cerrando los ojos mientras procuraba relajarse.

Se sentía muy nervioso desde que aquel periodista, al que no pudo ver el rostro, se había dirigido a él como si no fuese más que un escritor sensacionalista. Pero no fue el contenido previsible de la pregunta lo que le había alterado de aquella forma, fue la manera de hacerla, la inflexión de la voz, la intención que creyó percibir tras sus palabras. Tuvo la impresión de que aquel hombre representaba una velada amenaza contra él.

Cansado, se dejó caer sobre la cama. La posibilidad de que aquel supuesto periodista fuese uno de ellos empezó a tomar forma en su mente. Sabía que habían vuelto, que estaban de nuevo activos y buscaban destruir lo que estaban construyendo, pero le parecía imposible que hubiesen podido averiguar lo que estaba en juego. Si así era, no se detendrían ante nada ni nadie. Ramalla intentó rechazar aquellas oscuras y paranoicas sospechas, repitiéndose a sí mismo que todo eran imaginaciones. Comenzó a relajarse con dificultad. Poco a poco el cansancio de su cuerpo se apoderó de él, y los nubarrones que oscurecían su mente dieron paso al cielo despejado del olvido que proporciona un sueño reparador.

La puerta sonó tímidamente con el golpear de unos nudillos impacientes. Ramalla, que tenía un sueño muy ligero, despertó de inmediato. Tras pronunciar un breve “*un momento por favor*”, se incorporó mirando el reloj de su muñeca. Era la una de la tarde. Había dormido aproximadamente tres cuartos de hora. Se acercó a la puerta, ya más despejado, y la abrió.

Ante él apareció un hombre joven bien parecido. Debía tener algo más de treinta años. Era bastante alto y aparentaba una buena forma física. Tenía el pelo oscuro y unos ojos marrones e incisivos cuya mirada le resultó familiar.

—Soy Gabriel King —se presentó el joven.

— Naturalmente —respondió Ramalla con satisfacción—. Pase, le estaba esperando.

Ramalla condujo a Gabriel hacia el interior de la habitación. Los dos hombres se acomodaron junto una mesa, situada en el fondo de la estancia, dispuestos a comenzar de inmediato la entrevista. Ramalla se sentía como un profesor a punto de dar una clase particular. Aunque había sido entrevistado en múltiples ocasiones a lo largo de su vida, no podía evitar sentir un cierto nerviosismo.

—Si quiere tomar algo —ofreció Ramalla—, el mueble bar de la habitación tiene un buen repertorio de todo tipo de bebidas alcohólicas.

— No gracias —se excusó Gabriel, recordando las cervezas que había tomado con Román—. No quiero entretenerle demasiado, sé que vuelve a Alemania esta misma tarde.

—Es cierto. Trabajo demasiado —suspiró Ramalla—. Me hubiese gustado quedarme más tiempo en Barcelona, pero me necesitan en mi país como perito en un caso bastante complejo.

—Entonces será mejor empezar inmediatamente —repuso Gabriel, sacando una pequeña grabadora digital de su maleta—. ¿Le importa que grabe la conversación?

— En absoluto —repuso Ramalla con una sonrisa.

Las ruedas del carrito chirriaban de forma casi imperceptible al girar sobre el suelo, liso y limpio como un espejo, del pasillo del hotel. Iba lleno de

sábanas, colchas y diversa ropa de cama. Una mujer lo empujaba con aire cansino. Al llegar a las puertas del ascensor, éstas se abrieron para dejar entrar a un hombre alto de aspecto fornido. La mujer pasó de largo sin prestarle atención, por lo que no pudo ver el minúsculo hilo metálico que asomaba apenas dos milímetros de su oído derecho.

Tras mirar hacia los lados del pasillo, el hombre sacó unos guantes de cuero negro de la cartera que llevaba bajo el brazo y se los puso cuidadosamente. Las voces llegaban nítidas por el minúsculo receptor que llevaba en el oído. La entrevista ya había comenzado. Con andar pausado se dirigió hacia la puerta de la habitación de Ramalla, mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.

6

Tras ajustar el volumen de la grabadora y ojear sus notas biográficas, Gabriel se dispuso a comenzar la entrevista.

—¿Por qué un criminólogo famoso como usted escribe un libro sobre un tema tan controvertido como la Sábana Santa? Al parecer su ascendencia es judeocristiana, ¿tuvo su educación religiosa algo que ver con este interés?

— La Sabana Santa es un objeto apasionante por el que siempre me he sentido muy interesado. Por eso, cuando la Santa Sede me ofreció la posibilidad de realizar un estudio forense del lienzo, no me lo pensé dos veces. En cuanto a mi ascendencia, mi padre era judío y mi madre cristiana. Como comprenderá, mi formación religiosa fue un problema de primer orden para mi familia. Mi padre era profundamente creyente y quería educarme en el judaísmo. Sin embargo, mi madre, mucho más liberal en sus creencias religiosas, no veía con buenos ojos empezar a inculcarme una religión a edad tan temprana. Desafortunadamente, el nazismo fue el que terminó la discusión. Aunque suene paradójico, trajo la paz a mi casa ya que tuvimos que ocultar cualquier relación de nuestra familia con el judaísmo. Huimos a Hannover, donde mis padres decidieron proporcionarme una educación religiosa muy general, suficiente para que, al convertirme en adulto, pudiese decidir por mí mismo mi propia opción religiosa.

— ¿Y cuál fue la elegida?

— En mi infancia estudié la Biblia, el Pentateuco y el Nuevo Testamento con la misma intensidad y, siendo ya adulto, me he interesado

por otros textos sagrados como el Corán, el Bhagavad Gita y hasta el Tipitaka budista⁽¹⁰⁾. Eso me ha marcado profundamente de manera que ahora pienso que hay algo de verdad en todas las religiones, pero que la verdad absoluta no se encuentra en ninguna de ellas.

Gabriel estaba tan fascinado que, por un momento, pensó en ahondar en la biografía de aquel hombre. Pero sabía que su revista no estaría muy interesada en reflejar demasiados detalles de su vida, por lo que prefirió volver al guion de preguntas que había preparado.

—¿Tuvo acceso físico a la propia sábana para realizar su estudio? —preguntó, continuando la entrevista.

—No, eso fue imposible —admitió Ramalla, con una mirada que a Gabriel se le antojó enigmática—. El deterioro sufrido en las últimas exposiciones públicas de la Síndone no lo aconsejaba y, a decir verdad, el tipo de investigación que pensaba realizar no requería de su manipulación. Para hacer mi estudio se me facilitó una enorme biblioteca fotográfica, desde las primeras imágenes de Secondo Pía, pasando por las obtenidas por Giuseppe Enri e incluso las imágenes tridimensionales en alta definición de Giovanni Tamburelli.

Ramalla se había ido relajando y mostraba ahora un rostro más distendido. Gabriel juzgó que era el momento adecuado para abordar cuestiones más incómodas, sin arriesgarse a que su entrevistado pudiese ofenderse y decidiera terminar la conversación, tal y como lo había hecho en la conferencia.

—Volviendo a su libro, doctor, he observado que en todo el texto evita pronunciarse sobre la autenticidad del lienzo.

—Pensé que no me lo iba a preguntar nunca —exclamó Ramalla, esbozando una sonrisa que provocó una pequeña y disimulada exhalación de alivio de Gabriel—. La autenticidad o no es la pregunta eterna. Yo no puedo ni quiero manifestarme en una u otra postura. Hacerlo sería una temeridad. De hecho, creo que realizar estudios de la reliquia, con esa perspectiva en mente, ha sido el gran error de la mayoría de los grandes estudiosos que han abordado el problema. Unos, buscando confirmar que es auténtica y otros, lo contrario, lo que han conseguido es que sus conclusiones fuesen sesgadas y poco rigurosas.

—Entonces, ¿cuál debe ser el enfoque correcto para realizar su estudio?

—preguntó Gabriel.

—La Sabana Santa es en sí misma una paradoja histórica que encierra numerosos enigmas sin tener en cuenta o no su divinidad. Lo que la ciencia debe hacer es analizar cada aspecto de la reliquia con los métodos más avanzados, y exponer, con claridad y de forma rigurosa, los resultados de dichos análisis. Las consideraciones sobre su naturaleza íntima son competencia exclusiva de la Fe y de las creencias individuales de cada uno de nosotros.

—¿Significa eso que la ciencia no podrá demostrar nunca la autenticidad o no de la reliquia?

—La palabra nunca es algo que un científico no debería usar a menudo. Lo que quiero decir es, simplemente, que la ciencia no debería plantearse esa cuestión como el “leif motif” de sus investigaciones —Ramalla se recostó en su asiento, en un gesto que demostraba claramente su intención de zanjar la cuestión.

—Sin embargo, sí que afirma con rotundidad que la imagen de la Sábana es la de un hombre que padeció unas torturas idénticas a las descritas en el Nuevo Testamento. Si no es auténtica, ¿cómo podría alguien haber realizado una falsificación de esa naturaleza? —insistió Gabriel, viendo aparecer un cierto grado de incomodidad en el doctor.

—Cae usted en el error que antes he querido explicarle. Enfoca el problema entre autenticidad o falsificación y toma partida por la autenticidad sin pararse a pensar en otras posibilidades.

—¿Qué otras posibilidades? —insistió Gabriel confundido.

—Es posible que sin ser una falsificación, el hombre reflejado en la sábana no fuese Jesucristo, sino algún otro de los miles de crucificados por los romanos en aquella época. O, quizá, si sea una falsificación realizada por alguien capaz de torturar a un pobre diablo, haciéndole pasar por el mismo tormento que Jesús de Nazaret sufrió, para luego plasmar su imagen por algún método desconocido en la tela. A usted le parecen más o menos descabelladas unas hipótesis que otras, pero su juicio está totalmente mediatizado por su formación y sus creencias particulares. La ciencia debe obtener un resultado objetivo y, hoy por hoy, no sólo es imposible lograrlo, sino que no es deseable hacerlo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Se ha parado a pensar que ocurriría si la ciencia demostrase de forma irrefutable que la Sábana Santa es realmente el sudario donde el cuerpo del hijo de Dios fue depositado para después resucitar? La creencia en Dios se vería sustituida por la certeza absoluta en su existencia. Las religiones se basan en la Fe y, al no ser esta ya necesaria, desaparecerían. Ya no serían religiones, tal y como las conocemos, sino algo totalmente distinto. Es imposible calcular las consecuencias de un hecho así sobre la especie humana.

Gabriel estaba a punto de replicar, cuando alguien llamó a la puerta de la habitación. El doctor Ramalla, tras pedir disculpas, se levantó un tanto molesto por la interrupción.

Al abrir la puerta se encontró a un hombre alto, de tez morena y cejas pobladas, que portaba un maletín negro bajo su brazo izquierdo. Le resultó familiar pero no pudo recordarle con claridad.

—¿Sí? —preguntó Ramalla.

—Siento molestarle —se disculpó el extraño—, espero que se acuerde de mí. Soy Roberto Jiménez el periodista de “Mundo Misterioso”. Estoy buscando al señor King y me han dicho que se encontraba aquí.

—Sí, así es, pase —repuso Ramalla inquieto, cerrando la puerta y acompañando al periodista hacia Gabriel, que se había incorporado nervioso en su asiento y se acercaba hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel.

—Es el señor Román, parece que ha bebido demasiado y está armando una buena en el bar del hotel. Sé que es amigo suyo y esperaba que pudiese ayudarme a llevarlo a su casa.

—Está bien —Gabriel recogió rápidamente todo su material de trabajo apresurándose hacia la puerta de la habitación, mientras mascullaba entre dientes mil maldiciones dirigidas a Román. Se dirigió hacia Ramalla, dando momentáneamente la espalda al periodista, para disculparse por tener que dejar la entrevista de forma tan apresurada. De improviso, sintió un fuerte golpe en su cabeza y la oscuridad se adueñó de todo.

La claridad intentaba abrirse camino a través de los párpados de Gabriel, a medida que la conciencia ascendía a oleadas hacia su mente, como

la marea fluye en pos de la luna. Lentamente fue abriendo los ojos. Sentía un fuerte dolor de cabeza y su cuerpo se encontraba pesado y dolorido. Estaba tendido en el suelo. Intentó incorporarse, apoyándose en los brazos, consiguiéndolo sólo a medias. Al principio, no reconoció el lugar en que se encontraba, hasta que, repentinamente, recordó lo ocurrido. La entrevista con Ramalla, la llegada del desconocido en busca de ayuda para Román y, después, el fuerte golpe en su cabeza, desfilaron por su mente como en un video a cámara rápida.

Tras conseguir levantarse miró a su alrededor, descubriendo horrorizado una terrible escena. Sobre la cama de la habitación se encontraba un cuerpo tendido e inmóvil. Se acercó hacia él con precipitación, comprobando con estupor que se trataba de Ramalla. Se encontraba tumbado boca arriba, con las manos juntas y apoyadas en el bajo vientre. Cualquiera podría haber pensado que simplemente dormía, pero, la gran mancha de sangre que manaba de su costado y su tremenda palidez, lo desmentían claramente. Ramalla había sido cruelmente asesinado.

La reacción inmediata de Gabriel fue llamar a la policía. Se abalanzó sobre el teléfono de la habitación, pero, al ir a levantar el auricular, se percató de que, en su mano derecha, aún medio agarrotada, sostenía un extraño cuchillo manchado de sangre. Lo soltó como si quemase, intentando comprender que estaba ocurriendo.

Miró a su alrededor, fijándose detenidamente en el caos que le rodeaba. La habitación estaba completamente revuelta, como si hubiese habido una pelea. Dos sillas estaban caídas y la mesa, donde se entrevistó con Ramalla, se encontraba desplazada casi a en medio de la habitación. Había papeles tirados por el suelo, algunos los reconoció como sus propios apuntes y notas, los otros eran con seguridad de Ramalla.

Procurando tranquilizarse contempló el desorden que le rodeaba. Su formación académica le había dado una buena capacidad de razonamiento y deducción, que intentó aplicar con frialdad a la situación que estaba viviendo. El aspecto de la habitación y el suyo propio no dejaba lugar a dudas de lo que había ocurrido; el hombre, que le pidió ayuda para controlar a Román, le había golpeado, había asesinado a Ramalla y luego había montado todo aquel escenario para que pareciese que Gabriel era el asesino. Al contemplar su propio cuerpo, descubrió que en las mangas de su camisa y en sus manos había regueros de sangre. Seguramente el asesino se había asegurado de que

sus huellas estuviesen por todas partes.

Esperanzado, recordó su grabadora, la había puesto encima de la mesa y aún estaba en funcionamiento cuando entró el criminal. Buscó por la mesa con nerviosismo, pero no estaba allí. Miró a su alrededor con desesperación hasta que percibió un pequeño destello en el suelo, junto a las cortinas, era la grabadora. Estaba destrozada. La habían arrojado contra la pared y se encontraba inservible. Maldiciendo su mala suerte, la recogió del suelo decepcionado, ya que sin duda hubiese podido aclarar aquel embrollo.

Contemplando el amasijo de plástico, en que se había convertido el pequeño aparato electrónico, Gabriel intentó decidir cómo debía actuar. En un principio, pensó en contar todo tal y como había sucedido a la policía y esperar que ellos hiciesen su trabajo, pero luego se dio cuenta de que era demasiado arriesgado. Metiéndose los restos de la grabadora en el bolsillo, decidió que sería mejor intentar borrar sus huellas y rezar para que la policía no le relacionase con el crimen, por lo menos durante el tiempo necesario para averiguar por sí mismo qué había ocurrido realmente allí.

Consultó su reloj, viendo para su asombro que eran las dos y media. Si no se equivocaba, el asesino había matado a Ramalla y montado aquel escenario en tan solo quince minutos. Aquel había sido sin duda un crimen increíblemente eficiente

Gabriel registró la habitación recogiendo todos sus documentos con cuidado. Después, pasó al baño y se limpió minuciosamente, intentando eliminar todas las manchas de sangre de sus manos y ropa. Entonces, recogió del suelo el cuchillo que había sostenido inconscientemente en su mano. A pesar de su perfecto estado de conservación, tenía aspecto de ser realmente antiguo. Su factura era inusual; era de plata maciza y presentaba una serie de florituras poco habituales. Aunque en un principio pensó borrar sus huellas y dejarlo donde estaba, al final decidió que sería mejor llevárselo. Tenía el presentimiento de que aquella arma podría reportarle alguna información importante sobre el asesino.

Tras realizar un último examen de la habitación, se acercó por última vez a Ramalla. Sentía una mezcla de pena e incredulidad al tener ante él el cuerpo sin vida de un hombre con el que, apenas hacía una hora, había estado charlando en esa misma habitación. Había algo en el cadáver que le inquietaba, pero no lograba precisar que era. Tras coger su pequeña maleta de mano con todas sus pertenencias, decidió salir de la habitación.

Abrió la puerta despacio y miró al pasillo con precaución, para asegurarse de que no hubiese nadie que pudiera fijarse en él. Afortunadamente el lugar parecía completamente desierto. Salió apresuradamente y se dirigió al ascensor.

8

La recepcionista del hotel le había saludado con un cansino “Hola” sin apenas mirarle a la cara. Él le devolvió el saludo con el mismo énfasis. Se dirigió hacia las escaleras, sin molestarse en mirar hacia el ascensor, que desde por la mañana lucía un elegante folio pegado con celofán, avisando que se encontraba fuera de servicio. Llegó a la puerta de su habitación e introdujo la llave en la cerradura. Tuvo que girarla varias veces hasta que el mecanismo cedió y pudo penetrar en su interior. Recordó por un momento el Fira Palace y una sonrisa acudió a su rostro ante la comparación. Había preferido este hotel, situado en una de las peores zonas de la ciudad, ya que le garantizaba un mayor anonimato y mucha más discreción que cualquier otro lugar mejor situado. Había contratado la habitación esa misma mañana, tras observar el lugar un rato desde el exterior y comprobar, por el trajín de parejas que entraban y salían al poco rato de su interior, que era el tipo de alojamiento que buscaba.

Dejó su maleta encima de una pequeña mesa mugrienta situada frente a la cama y se quitó la chaqueta quedándose en mangas de camisa. Hasta su nariz llegó el aroma de la decadencia que impregnaba aquel lugar. Sudor, y sexo se mezclaban con la humedad para ofrecer a sus sentidos una muestra de lo que él consideraba el reino de Satán. Ignorando el olor, abrió el maletín y extrajo de él un moderno teléfono móvil. Sentándose en la cama marcó con calma un número de teléfono y esperó la contestación.

La pantalla del móvil se iluminó mostrando el rostro del hombre que conocía tan solo como el Perfecto.

—Buen Cristiano os pido la bendición de Dios y la vuestra —dijo con voz grave y clara, a la vez que hacía una leve reverencia con la cabeza.

—Buen Cristiano os pido la bendición de Dios y la vuestra — repitió de nuevo volviendo a realizar la reverencia.

—Señor, rogad a Dios para que este pecador que yo soy, sea guiado hacia un buen final —dijo finalmente con una nueva reverencia.

—Dime Simón, ¿cumpliste tu misión? —le contestó por fin el rostro en el móvil con voz cordial y gesto amable.

—Sí, Perfecto, la misión ha sido realizada tal como estaba prevista. Neutralicé al periodista e interrogué a Ramalla, pero, como suponíamos, se negó a hablar —Simón inclinó el rostro ocultando sus ojos en las sombras—. Acabé con él con rapidez y sin dolor —la frase salió de su garganta con dificultad, casi en un susurro.

—No debes avergonzarte —le tranquilizó el—, hiciste la labor de Cristo y devolviste su alma al verdadero reino de Dios. Sé que no ha sido fácil para ti, pero no hemos tenido opción. Debemos parar la locura a la que pretenden abocarnos nuestros enemigos.

—Lo sé, pero cuando estuve en aquella habitación no pude evitar sentirme como si hubiese vuelto a las favelas.

La sola mención de ese nombre traía a Simón amargos recuerdos de su infancia. Una época en la que con solo quince años era capaz de acabar con la vida de un hombre por un puñado de dólares sin sentir remordimiento alguno. Se crio entre casas decrepitas de madera y latón, rodeado del sonido de las motos, del griterío de los chiquillos de la calle y del ritmo de la Macumba. Vivía en “Rocinha”, una de las favelas más grandes de Brasil situada en la ladera de un morro en Río de Janeiro.

Su familia carecía de lo más básico. Sobrevivían gracias a las chapuzas de su padre y a lo que pagaban a su madre por trabajar de forma ilegal en la casa de un rico abogado de Ipanema. Tenía apenas siete años cuando empezó a hacer pequeños trabajos para hombres elegantes y bien vestidos, que a veces le ofrecían 100 reales, lo que sus padres ganaban en una semana, por llevar un paquete o hacer algún recado. En realidad, aquellos hombres que, en ocasiones, financiaban alguna cancha de fútbol en el barrio o incluso organizaban regalos para el Día del Niño, no eran otra cosa que traficantes y asesinos que trabajaban para el “Comando Vermelho”, la mafia que controlaba el narcotráfico en las favelas.

Se fue introduciendo poco a poco en la organización. Empezó primero actuando como vigilante, mientras los demás daban un golpe o ajustaban alguna cuenta. Después, empezó a participar él mismo en algunos robos y palizas, hasta que, finalmente, con sólo 15 años pasó la prueba de fuego para convertirse definitivamente en uno de ellos.

Una mañana fueron a buscarle temprano, antes del amanecer. Eran dos de los “narcos” que conocía de algunos trabajos anteriores. Venían con sus motos, señal de que preparaban algo en la ciudad. “*Hoy te estrenas*” le dijeron. Simón sabía lo que aquello significaba y por un momento se sintió inquieto. Le llevaron en sus motos hasta Copacabana. Después de aparcar, se dirigieron andando hasta la playa. No tardaron mucho en divisar a una pareja solitaria. Se trataba de una “piraña”, así llamaban a las prostitutas, de no más de catorce años, semidesnuda y acompañada de un gordo cincuentón rubio, probablemente europeo.

Se aproximaron andando hacia ellos con descaro. Cuando llegaron a su altura, los compañeros de Simón, sin mediar palabra, sacaron sus pistolas y les apuntaron con ellas. La pareja quedó paralizada por el miedo. El mayor de los asaltantes se acercó a Simón y le susurró al oído “*encárgate*”, pasándole su pistola. Simón no titubeó, se acercó al hombre y apuntándole al rostro le disparó a bocajarro. La cabeza explotó como una fruta madura. Regueros de sangre y restos de masa encefálica cayeron sobre la aterrorizada chiquilla, que no dejaba de chillar. Los compañeros de Simón se acercaron a ella y, tapándole la boca, la arrojaron al suelo. La golpearon brutalmente hasta dejarla sin sentido. Simón miraba perplejo al cadáver del hombre, intentando asimilar lo que acababa de hacer, mientras sus compañeros violaban a la inconsciente mujer. “*La próxima vez será más fácil*”, le dijeron, y así fue.

—Esa época se acabó cuando nos conociste —la voz profunda Perfecto, que parecía haberle estado leyendo el pensamiento, le devolvió a la realidad—. Te enseñamos nuestro camino y escogiste seguirnos libremente. Incluso cambiaste tu nombre por el de Simón, dejando tu pasado atrás. Recuerda que pronto serás un Hombre Bueno.

Simón recordó la solemnidad con que renunció a su vida anterior. Escogió el nombre de Simón por Simón el Zelote que, como él, había sido un asesino antes de convertirse en discípulo de Jesús.

—¿El periodista ha quedado preparado?

—Dispuse todo como lo planeamos y, al terminar el trabajo, me quedé fuera, frente al hotel. Cuando el tipo despertó, actuó tal como lo habíamos previsto. Prefirió limpiar el lugar y largarse para que no le incriminaran. Le vi media hora después. Salió a toda prisa, parecía bastante nervioso y desde luego no había llamado a la policía —, contestó Simón con aire satisfecho esbozando una tímida sonrisa.

— La carne del hombre, como corrupta que es, es débil. Predecir su manera de actuar fue sumamente sencillo. Esperemos que a partir de ahora siga el camino que hemos trazado para él y que nos llevará a la salvación a todos. Ahora debemos prepararnos para el siguiente paso.

Simón se arrodilló lentamente mientras el Perfecto también lo hacía, dispuestos los dos a comenzar una silenciosa a plegaria.

9

Cuando Xavier Miralles recibió el aviso por radio, ordenándole que aplazase lo que estuviese haciendo y se dirigiese urgentemente al hotel Fira Palace, supo que no se trataba de una llamada usual. Esta vez no iba a enfrentarse al típico incidente de violencia doméstica o al ajuste de cuentas entre camellos a los que estaba habituado. Con cierta expectación dirigió su coche hacia el hotel.

Cogió su teléfono móvil del salpicadero del automóvil y marcó rápidamente el teléfono de su casa. Sabía que, si algún mosso d'esquadra le veía ahora, posiblemente le multaría, pero no dudaba de que su carné de inspector de policía eliminaría la sanción como el mejor detergente contra las infracciones de tráfico.

— ¿Si? —preguntó una voz femenina al otro lado del auricular.

—Soy yo, Fati —contestó Miralles. utilizando el apodo que pusiese a su mujer, Fátima, hace ya catorce años. Ella era, entonces, una chica presumida y muy delgada, que siempre se quejaba de que estaba gordísima, por lo que a Miralles le parecía cómico llamarla Fati, y él era un simple oficial de policía con pocas ambiciones. A veces echaba de menos aquella época, aunque sus funciones eran más rutinarias, tenía un horario más estable y bastantes menos responsabilidades.

Le costó cinco años de duro trabajo alcanzar la subinspección por promoción interna, lo que trajo consigo una mejora sustancial de sus emolumentos, dándole el empujón definitivo para casarse con Fátima y encargarse de sus dos retoños. El mayor tenía ya siete años y al pequeño le faltaba menos de un mes para cumplir los seis.

Después de otros cinco años como subinspector, por fin alcanzó la escala ejecutiva y fue nombrado inspector. Miralles se sintió apesadumbrado al recordar la alegría de Fátima cuando se lo dijo, y como aquella ilusión, por

formar un hogar y labrar su propio camino, se había tornado en continuos reproches por su cada vez mayor alejamiento de su familia por culpa del trabajo. Sabía que se estaba perdiendo la educación de sus hijos, pero, ¿qué podía hacer?

—¡No me digas que no vienes a comer! ¿Qué ha pasado? —la voz sonaba muy enfadada a través del auricular—. Hace un momento me has llamado diciendo que venías de camino.

—Aún no lo sé. Me acaban de llamar y me han pedido que vaya inmediatamente a un hotel del centro. Creo que es algo importante.

—¿Vendrás a cenar? —el tono de la mujer se había transformado, parecía resignada.

—Espero que sí —contestó Miralles con escaso convencimiento ya que sabía que, si era un caso importante, las primeras horas de investigación serían cruciales. Lo más probable es que le tocase quedarse toda la noche y cenar uno de esos fantásticos sándwiches de pollo frío y salsa desconocida de las máquinas expendedoras de la comisaría.

El inspector se despidió de su mujer, justo cuando a lo lejos divisaba el vestíbulo del hotel. A la entrada se agolpaba una marabunta de coches de policía nacional y de mossos d'esquadra, además de una ambulancia, cuya sirena no paraba de sonar. Definitivamente no iba a poder cenar en casa.

10

—¿A dónde? —preguntó el taxista con voz cansina, mientras ponía en marcha el taxímetro, sin apenas prestar atención al hombre que acababa de subir a su vehículo con aspecto nervioso.

El primer impulso de Gabriel cuando salió del hotel fue ir al aeropuerto, dispuesto a volverse a Madrid en el primer vuelo que encontrase. Pero se arrepintió inmediatamente, al recordar el puñal que tenía en el bolsillo y el cadáver que yacía en la habitación del hotel que acababa de dejar atrás. No tardarían mucho en buscarle, ya que su entrevista con Ramalla era del dominio público. Se darían cuenta de que había sido el último en verle con vida y estarían muy interesados en hablar con él.

Gabriel sabía que necesitaba ayuda y además conocía la persona perfecta a quien acudir, pero, a pesar de todo, le costaba dar el paso. Tras

reflexionar unos instantes, decidió que no era el momento de viejos rencores. Aun sintiéndose en cierto modo humillado, decidió pedir ayuda a su tío Sebastián King.

—Al barrio gótico por favor —indicó Gabriel hundiéndose en el asiento del vehículo.

Los recuerdos de su infancia empezaron a agolparse en su memoria. Rondaba los catorce años y aún vivían en Barcelona, cuando una tarde se dio cuenta de que algo andaba mal. Su padre llegó de la oficina muy tarde, casi a la hora de cena. Aquello no hubiese sido inusual si no hubiese aparecido extrañamente cabizbajo. Le saludó con un susurrado “*Hola hijo*” y se encerró en su despacho. Su madre surgió de la cocina como una exhalación y se introdujo también en el despacho tras él. Gabriel se acercó a la puerta e intentó escuchar lo que pasaba, pero apenas pudo captar algunas palabras sueltas. Cuando salieron de la habitación, su padre y su madre se comportaron con normalidad, pero Gabriel se dio cuenta de que algo les preocupaba profundamente.

El siguiente episodio ocurrió dos días más tarde. Su padre había dejado de ir al trabajo, según dijo porque no se encontraba bien. Gabriel llegó del colegio y encontró un coche patrulla en la puerta de su casa. Cuando se acercó asustado a la entrada, su padre salía por ella acompañado por dos oficiales de policía. Gabriel les miró confundido, notando preocupado como los agentes le observaban con cierta conmiseración. Su padre se acercó hasta él para decirle que no sucedía nada, que se trataba sólo de una confusión que debía aclarar en comisaría. La mirada de su padre se le quedó grabada en la retina, reflejaba una impotencia, desesperación y vergüenza que jamás había visto en su rostro antes. Esa misma noche, tras comprender que su padre no volvería, su madre le explicó que le acusaban de haber realizado un desfalco en el banco para el que trabajaba. Su madre le aseguró que aquello no era cierto, que era una maniobra de la competencia para sacarle del consejo de dirección. Le aseguró que su tío, Sebastián King, se encargaría de aclarar todo ante el juzgado y que su padre pronto estaría en casa de nuevo. Aquello le tranquilizó; su tío no sólo era para él casi un segundo padre, sino que además era uno de los mejores abogados de Barcelona.

Sin embargo, aquella tranquilidad se tornó en confusión y desesperación, cuando, casi un mes después, encontró a su madre llorando.

—¿Qué pasa mamá? —preguntó Gabriel muy asustado.

—No lo entiendo, no lo entiendo... —murmuraba entre sollozos su madre.

Su madre se levantó enjugando sus lágrimas y tras acercarse a él le abrazó con fuerza.

—Tu tío se niega a llevar la defensa de papá.

—¿Por qué? —Gabriel no podía creer lo que estaba oyendo.

—Me ha llamado hace un rato. Me ha dicho que no puede llevar la defensa. Tras estudiar el caso cree que no está lo suficientemente preparado para hacerlo y me ha recomendado a otro abogado.

—Quizá sea verdad —repuso Gabriel intentando tranquilizar a su madre y justificar de alguna manera la extraña decisión de su tío.

—¡No, no lo es! —exclamó su madre, sin poder contener la furia que sentía en su interior—. Nadie puede estar mejor preparado que él para defender a tu padre. Lo que ocurre es que se ha dado cuenta de que es un caso complicado y ha temido lo que podría suceder con su reputación si perdía el juicio. No sólo porque su capacidad de abogado de prestigio se vería puesta en duda, sino, por encima de todo, porque se vería arrastrado por el desprestigio de que su propio hermano fuese condenado por realizar un desfalco millonario.

Tras romper toda relación con su tío Sebastián, su madre buscó por sí misma un nuevo abogado, el mejor que pudo pagar con los ahorros que tenía. Un año después se celebró el juicio y ocurrió lo que más temían. Su padre fue condenado en la Audiencia de Barcelona “...por un delito continuado de apropiación indebida a seis años de prisión, a la inhabilitación para el desempeño de profesión relacionada con la administración y dirección de empresas, durante el tiempo de la condena, y a indemnizar al Banco Nacional de Crédito en la cantidad de cinco millones de euros”.

Aquello fue un golpe demoledor para Gabriel. Todo su mundo se derrumbó alrededor suyo, no sólo su padre pasó a ser un convicto al que apenas veía los fines de semana, sino que, además, su madre tuvo que vender la casa en la que vivían para hacer frente a todos los pagos derivados del juicio. Se trasladaron a una casa de alquiler en el sur de Madrid, mientras su madre buscaba un nuevo trabajo. Gabriel tuvo que cambiar el instituto de pago, al que estaba acostumbrado, por otro público, perdiendo casi todos sus amigos en el proceso. Pero aquello era sólo el principio del vía crucis que les

tocaba vivir.

Cuando, tras dos años de lucha, parecían estar recuperándose; su madre había desempolvado su título de Ingeniería Textil y trabajaba como comercial para una importante empresa de la capital, recibieron una terrible noticia. Su padre había sufrido un aneurisma cerebral en prisión. Se encontraba paseando en el patio de la cárcel cuando cayó al suelo fulminado, su muerte fue instantánea. Cuando Gabriel se enteró de lo sucedido sintió un profundo vacío en su interior acompañado de una profunda rabia; rabia por la cobardía de su propio tío que le había privado de la compañía de su padre. Hasta ese día había guardado en su interior la oculta esperanza de que la actitud de su tío se debiese a algún motivo justificado, pero, en aquel momento, comprendió que para él acababa de morir no sólo su padre sino también su tío Sebastián King.

Gabriel volvió en sí de sus recuerdos con un amargo sabor de boca. Tragó saliva y se esforzó por alejar la nostalgia de su mente y centrarse en su problema actual. Recordó que había algo que tenía que hacer antes de ir a casa de su tío. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y extrajo su teléfono móvil. Con nerviosismo consultó en su agenda hasta encontrar el número que buscaba y pulsó la tecla de marcar.

— ¿Si? — preguntó una voz masculina.

— Hola Iván, soy Gabriel.

— ¡Hombre!, ya te estaba echando de menos. ¿Qué te has cargado ahora?

Iván Medeiros era el técnico informático que solía encargarse del mantenimiento de los equipos de las oficinas de la revista en la que trabajaba Gabriel. Había llegado a entablar una gran amistad con él, gracias a su proverbial torpeza con la informática, que le obligaba a llamarle de forma frecuente para que le echase una mano con su ordenador.

—Esta vez es algo un poco diferente. No sé si podrás ayudarme — confesó Gabriel.

—Me encantan los retos. Explícame de que va el rollo, pero habla un poco más alto, me llega tu voz como si hablaras desde Singapur. Te he dicho mil veces que cambies esa mierda de móvil.

—Prometo comprarme el que tú me digas si me ayudas —aseguró Gabriel, que no tenía intención alguna de cumplir su promesa, pero tampoco

de aguantar una interminable disertación sobre los distintos tipos de móviles y sus peculiaridades tecnológicas—. Se trata de la grabadora digital que suelo llevar conmigo en las entrevistas. Me temo que le he dado un golpe muy fuerte y ha quedado casi destrozada. Necesitaría que recuperases las grabaciones que tengo guardadas en ella. ¿Crees que será posible?

—Depende del daño. Esas grabadoras almacenan los datos en chips de memoria, si estos no han sido dañados, quizá pueda conseguirlo. Aunque también podría intentar comprar otra grabadora igual y sustituir los circuitos dañados, la mecánica y...

—No hace falta que me des más explicaciones —le interrumpió Gabriel impaciente, consciente de la capacidad de Iván para perderse en divagaciones infinitas—, sólo inténtalo.

—Muy bien, pero espero que no te corra mucha prisa porque va a llevar su tiempo.

Gabriel creyó detectar cierto tono de reproche en la respuesta de Iván.

—Perdona que te haya cortado así —se disculpó Gabriel.— Estoy un poco nervioso. No puedo explicártelo ahora, pero esto es muy importante. Necesito que intentes hacerlo lo más deprisa que puedas. Si consigues algo, quiero que me llames al móvil inmediatamente. Te mandaré la grabadora por correo urgente.

—En cuanto llegue me pondré con ella y, no te preocupes tanto, sea cual sea el problema ya sabes el dicho: *“Si puedes hacer algo, ¿por qué te preocupas? y si no puedes hacer nada, ¿por qué te preocupas?”*

El tono de Iván había vuelto a ser tan jovial como al principio. Gabriel se despidió del técnico con un saludo.

—Por favor, ¿podría pasar por alguna oficina de correos cercana? —pidió al conductor del taxi— Necesito realizar un envío urgente.

—Claro, hay una no muy lejos de aquí.

Tras enviar la grabadora por correo y reanudar su viaje en taxi, llegó finalmente a su destino: la calle “Carrer de la Tapinería”.

Gabriel reconoció el lugar de inmediato, aunque no había vuelto allí desde hacía más de veinte años. Recordaba con claridad las palabras de su

tío, cuyos conocimientos en su niñez le parecían infinitos, mientras paseaban por aquellas mismas aceras, donde parecía haberse congelado el tiempo.

—¿Sabes de dónde viene el nombre de esta calle Gabi? —le preguntó su tío estrechándole fuertemente la mano.

—No tengo ni idea —Gabriel miró a los ojos de su tío que centelleaban con aquel brillo especial que precedía una de sus habituales explicaciones didácticas.

—El nombre de la calle tiene su origen en los tapines.

—¿Qué son los tapines?

—Eran una especie de sandalias de corcho forrado de cuero y recubiertas de tejido. Solían usarlos las mujeres en la Edad Media. Con el tiempo esta calle se convirtió en la calle de los zapateros.

Gabriel pagó al taxista y se bajó del automóvil con rapidez. Contempló la calle y le pareció más estrecha de lo que recordaba. Sin embargo, los grandes edificios que flanqueaban los laterales eran tal y como su mente los evocaba. Respiraban esa elegancia y solemnidad que sólo los edificios más antiguos son capaces de transmitir.

En la acera, un hombre, sentado sobre un viejo mantel raído y vestido con ropa sucia y descolorida, tocaba en un violín brillante de caoba, que parecía un extraño anacronismo en sus manos. Interpretaba una pieza clásica con la maestría propia de un auténtico concertista. La gente pasaba a su lado con indiferencia, la mayoría dispuestos a gastar una cantidad indecente de dinero en un concierto del último ídolo pop y a no dar un triste céntimo por un recital de Tchaikovski en plena calle. Gabriel se acercó y depósito, sobre un plato de plástico amarillento junto a los pies del músico, el dinero suelto que llevaba en el bolsillo, a lo que el violinista respondió con una sonrisa. En su niñez recordaba también haber visto gente pidiendo la caridad del viandante en aquellas mismas calles. Algunas cosas cambiaban con el tiempo, pero otras, lamentablemente, simplemente mudaban el rostro.

Gabriel continuó su camino, hasta llegar a un edificio de color amarillo pálido que conocía muy bien. Era un edificio de principios de siglo. En su parte inferior, una joyería y un restaurante flanqueaban su enorme portal de hierro forjado. Encima del portal, encuadrada por balcones de pequeñas dimensiones, una enorme terraza acristalada marcaba el lugar donde se encontraban las oficinas del despacho de su tío. Justo encima de ella, otra

terrazza de iguales dimensiones, pero sin cerrar, señalaba la vivienda particular de éste.

Gabriel se acercó al portal con cierta aprensión. La puerta se encontraba abierta. La entrada era tan grande como recordaba. El suelo y las paredes estaban cubiertas de mármol blanco immaculado. En el lateral derecho se encontraba la portería. Gabriel distinguió en su interior a un anciano menudo sentado en una butaca, que leía distraídamente el periódico del día.

—¡Buenos días! —saludó Gabriel.

El portero levantó la mirada un tanto azorado al verse sorprendido tan abstraído en la lectura del diario. Al ver a Gabriel, y comprobar que no era ninguno de los vecinos del inmueble, pareció tranquilizarse.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Buscó al Sr. King. Me preguntaba si podría usted indicarme si se encuentra en su despacho o en su vivienda particular.

—Se ve que hace mucho que no viene por aquí —replicó el anciano.

El portero extrajo unas gafas del interior de un estuche, que guardaba en el bolsillo de la chaqueta, y comenzó a limpiar los cristales con un pañuelo.

—Si quiere ver al Señor Sebastián King lo encontrará en su casa. Hace ya varios años que dejó el despacho en manos de su socio.

Gabriel no sabía nada de que su tío no ejerciese ya la abogacía, pero, lo que era aún más sorprendente, es que tampoco conocía la existencia de ningún socio. De hecho, recordaba muy bien las largas charlas de su tío explicándole las inmensas ventajas de la profesión de abogado, con la oculta esperanza de que él heredase el negocio. “*Serás un fantástico abogado y el despacho será tuyo*”, solía decirle medio en broma medio en serio. Seguramente, su ruptura con la familia le había obligado a buscar un heredero en otro sitio.

—¿Le ocurre algo? —preguntó el portero, que con las gafas por fin puestas le miraba con aire extrañado.

—No, es sólo que no sabía que mi tío tenía un socio.

—¡Claro! —exclamó el anciano con una sonrisa mientras se acercaba al sorprendido Gabriel para estrecharle con fuerza la mano—. Usted es el

pequeño Gabi. ¿No se acuerda de mí? Soy Gregorio, ya era el portero cuando venía usted por aquí.

Al oír aquel nombre, los recuerdos acudieron a la mente de Gabriel. Reconoció de inmediato al hombre que siempre tenía una sonrisa en la cara y una broma que gastar para la chiquillería, como él decía, que pasase por su portal. Ahora, sin embargo, los surcos de una vida no muy fácil habían dejado ondas marcas en su arrugado rostro, cambiando su gesto eterno de simpatía por otro de profunda amargura y melancolía.

—Claro que me acuerdo —exclamó Gabriel con una sonrisa—. Siempre que pasaba por la portería me daba algún caramelo ¿Qué tal le ha tratado la vida?

—Mi mujer murió hace dos años —los ojos del anciano brillaron, intentando alcanzar un lugar situado más allá de su visión.

—Lo siento de veras —le contestó Gabriel azorado por haberle hecho recordar un tema así.

—No se preocupe. Fue casi una liberación..., llevaba mucho tiempo enferma. Es agua pasada y, ya sabe, no mueve molinos. Y usted, ¿qué? ¿está casado?

—Digamos que todavía no he encontrado a la mujer adecuada.

—Quizá sea ella la que deba encontrarle a usted, pero no deje de intentarlo. Cuando somos jóvenes parece muy apetecible estar solo y hacer lo que queremos, llevar una vida independiente y todo eso. Pero cuando alcanzamos cierta edad, le aseguro que no hay nada peor que encontrarse solo.

Los ojos del anciano se humedecieron y una sombra de tristeza ensombreció su rostro. Gabriel sintió que era mejor intentar zanjar la conversación.

—Creo que voy a subir a ver a mi tío antes de que empiece a divagar sobre mis líos de faldas —Gabriel esbozó una sonrisa intentando animar al anciano—. Quizá nos veamos más tarde y podamos charlar más tranquilamente.

Los dos hombres se despidieron con un nuevo apretón de manos.

Gabriel comenzó a subir por las escaleras, ya que el edificio no contaba con ascensor. Pasó por el primer piso, donde una chapa metálica con la inscripción “Bufete King y Asociados: Derecho Mercantil, Civil y Penal”, anunciaba que, tras la lujosa puerta de madera, se encontraba el despacho de su tío. Siguió subiendo por las angostas escaleras hasta alcanzar el primer piso. Se dirigió hacia la puerta y, no queriendo darse tiempo para pensar en lo que iba a hacer, pulsó el timbre.

Se oyeron unos pasos apresurados, seguidos de un instante de silencio, por lo que Gabriel supuso que estaba siendo minuciosamente observado a través de la mirilla. Tras la aparente aprobación de quien le observaba, la puerta se abrió para revelar a Gabriel el rostro avejentado de una mujer, bien entrada en los cincuenta, que, con el ceño fruncido, le escrutaba de arriba abajo.

—Buenas tardes. Soy Gabriel el sobrino de Sebastián King. Espero que esté en casa.

—No sabía que tuviese ningún sobrino —repuso la mujer con el rostro iluminado por la sorpresa y poco dispuesta a dejarle entrar.

Desde el interior de la vivienda surgió una voz que Gabriel reconoció de inmediato.

—Déjale pasar mujer. Dice la verdad. Es mi sobrino, no un psicópata atraca ancianos.

La mujer condujo a Gabriel por el pasillo hasta el despacho de su tío, don éste se encontraba sentado tras un enorme escritorio de caoba repleto de un mar de papeles. Su frente se había visto prolongada por unas grandes entradas, el pelo se había vuelto de color ceniza y unas grandes bolsas surgían de sus párpados, acompañadas de gran número de arrugas. Sin embargo, la expresión de la mirada, que asomaba sus pestañas blanqueadas, era tan acogedora y afable como hacía veinte años.

—¡Ven aquí! —exclamó con una gran sonrisa dibujada en el rostro—
Deja que te vea.

Gabriel se acercó a él, extrañado de que no se levantara a recibirlo. Cuando bordeó el escritorio, unas enormes ruedas a los lados de la silla de su tío le dieron la respuesta. Su tío le abrazó con fuerza que Gabriel apenas devolvió. Tras unos instantes de silencio, los dos hombres se soltaron para observarse mutuamente durante unos instantes. Gabriel vio que los ojos de su

tío mostraban esa luz especial de quien está sinceramente emocionado, lo que bajó definitivamente la defensa de indiferencia que torpemente intentaba interponer entre los dos.

—¿Qué te ha ocurrido?

Su tío le miró confundido por un instante, luego siguió la mirada de Gabriel hacia sus piernas y se dio cuenta de a qué se refería.

—Perdona, no me daba cuenta de que no lo sabías. ¡Llevamos tanto tiempo sin vernos! Es esclerosis múltiple. Según me explicaron, mis células inmunes atacan a mi sistema nervioso, lo que va deteriorándolo progresivamente. Hace unos años, a pesar de que lo retrasé cuanto pude, tuve que recurrir a la silla de ruedas. Ahora se ha convertido en una parte más de mí y a penas le prestó atención. Pero no te preocupes, parece que he tenido suerte, en mi caso la enfermedad progresa muy despacio. Espero morirme de viejo antes que de esto —Sebastián acompañó sus palabras de unas fuertes palmadas a los brazos de la silla, intentando demostrar una fuerza y seguridad, que el ligero temblor que se percibía en sus manos desmentía.

—Supongo que por eso has dejado el despacho en manos de tu socio. ¿Has abandonado totalmente la abogacía o sigues ejerciendo desde aquí?

—Siempre quise que el bufete fuera tuyo. ¡Me hubiese gustado tanto que tú hubieses sido mi sucesor! —se lamentó el anciano— Pero no pudo ser y tuve que buscar ayuda. ¿Recuerdas a Mario? Era un joven pasante el último verano que estuvisteis aquí.

Gabriel asintió con la cabeza. Apenas le trató, pero le recordaba bien por su seriedad inalterable y su semblante altivo, más cercano al aspecto estereotipado que se espera de un noble descendiente de una antigua familia europea, que al de un simple abogado recién licenciado en la facultad.

—Le tuve más de dos años de pasante. Realizó un trabajo impecable por lo que fui, poco a poco, dándole trabajos de mayor calado. La verdad es que ha demostrado ser un abogado excelente. En vista de mi enfermedad y consciente de que estaba empezando a calibrar sus posibilidades de montar su propio negocio, decidí no dejarle ir y le hice socio del despacho. Desde entonces somos “King & Asociados”. Cuando tuve que usar la silla de ruedas, dejé todo en sus manos. Ahora ayudo en la preparación de algunos casos desde aquí, pero Mario lleva todo lo demás y lo hace realmente bien. De todas maneras, siempre he soñado con que algún día te hicieras cargo de

esto.

—Sabes que eso es imposible. Nunca me gustó el derecho, además desde que nos dejaste he pensado que es una profesión despreciable.

La respuesta de Gabriel salió de su boca con la presión contenida del tapón de una botella de Champagne. Llevaba tanto tiempo con aquellos reproches en su interior, que surgieron de él casi con vida propia, sin el control de su voluntad. Había visto esa escena en su mente cientos de veces, pero no de aquella manera. Siempre imaginó que un día su tío se presentaría ante él, dispuesto a pedirle perdón y que, entonces, él aprovecharía para reprocharle todo lo que les había hecho. Sin embargo, era él quien había ido a la casa de su tío y eso lo cambiaba todo. Ahora no parecía muy apropiado llenar de reproches a alguien a quien había venido a pedir ayuda.

—Gabriel —le dijo su tío con tono calmado— ¿Por qué has venido a mi casa? No creo que hallas cruzado el puente aéreo sólo para venir a recordarme lo despreciable que soy.

Gabriel se dio cuenta de que aquél no era el mejor momento para discutir con su tío sus problemas familiares. Lo importante ahora era lo que había ocurrido en el hotel, ya tendría tiempo más tarde de sacar aquella conversación de nuevo.

—Lo siento, no he podido evitarlo. He venido porque necesito tu ayuda. Me he metido en un lío terrible y no sé muy bien cómo salir de él..

Gabriel, que había estado durante toda la conversación de pie, se sentó pesadamente en una de las sillas del despacho y empezó a contar a su tío lo ocurrido esa mañana.

Gabriel le contó hasta el más mínimo detalle todo lo que recordaba. Al finalizar, se sintió como si un enorme peso encima de sus hombros hubiese desaparecido o por lo menos disminuido mucho su carga. La cara de su tío pasó del interés inicial al espanto y finalmente a la reprobación.

—¿En qué estabas pensando? ¡Lo has complicado todo! —Sebastián King estaba tan indignado, que parecía estar a punto de recuperar la capacidad de andar y levantarse de la silla— No debiste huir de allí y mucho menos limpiar tus huellas de la habitación y llevarte el arma homicida. Tenías que haber llamado a la policía y confiar en ellos. Puede que ahora estuvieses en la cárcel, pero podría defenderte mejor desde allí, y con la verdad por delante, que ahora, libre, pero con una mentira enorme a tus espaldas. Las

mentiras se derrumban como una baraja de naipes y, cuando la tuya lo haga, lo único que verá la policía detrás será a ti y ya no querrán oír nada de lo que quieras contarles.

Por un momento Sebastián King cerró los ojos y apoyó su rostro sobre sus manos, apoyando sus brazos en la suave superficie de madera de la mesa. Tras unos instantes de reflexión, volvió en sí más calmado.

—¿Cómo dijiste que se llamaba el falso periodista? —preguntó al fin.

—Roberto Jiménez. Dijo trabajar para la revista “Mundo Misterioso” —afortunadamente Gabriel disfrutaba de una memoria para los nombres excelente.

—Bien, ese es un buen punto de partida, aunque lógicamente será un nombre falso —Sebastián King se sumió en un mutismo absoluto, mientras se concentraba y el abogado dentro él surgía empezando a evaluar con frialdad la situación.

Gabriel se dio cuenta, al relatar lo sucedido, hasta qué punto había actuado de forma irracional. Parecía casi como si hubiese sido otra persona la que tomaba las decisiones por él. Todo aquello empezaba a parecerle más un sueño que algo real.

—¡Está bien! —exclamó su tío, que parecía haber terminado con sus elucubraciones—. Al salir de la habitación la has fastidiado bien. Ahora no hay más remedio que intentar tirar hacia delante con tu mentira y esperar que la policía encuentre al verdadero asesino, pero para ello habrá que mentir una vez más. La policía te localizará en las próximas horas. Tendrás que ir a declarar. Les contarás la entrevista con Ramalla, tal y como sucedió de verdad, pero añadirás algo más. Les dirás que al terminar salir de la habitación te cruzaste en el pasillo con el supuesto Roberto Jiménez, de esta forma nos aseguraremos que la policía lo investigue. Contarás que te fuiste de la habitación dejándole con Ramalla. Después, viniste aquí porque tenías ganas de verme después de tanto tiempo y pensaste en aprovechar el viaje. Supongo que decir esto último será lo que más te cueste —Sebastián King esbozó una mueca de ironía en su rostro—. Tendrás que llamar a tu trabajo y decirles que necesitas quedarte unos días en Barcelona. En cuanto a tu ropa, hemos de eliminar todo rastro extraño en ella. Le pediré a Marta que te deje algún traje mío para que puedas cambiarte. Después, intenta quitar las manchas más llamativas de tu traje en el baño con agua y jabón para que podamos mandarlo a la tintorería. ¿Estás de acuerdo en que lo hagamos así?

—Sí, claro —respondió Gabriel aturdido—. Llamaré ahora mismo a la revista.

—Espera..., no te precipites. Lo que tienes que hacer es reconstruir en tu mente todo lo que te he dicho como si fuese verdad. Quiero que lo recrees en tu cerebro tantas veces que prácticamente llegues a creértelo. La principal manera que tiene la policía de saber si mientes es pillarte en contradicciones preguntándote lo mismo desde ángulos distintos, por eso, quiero que para ti lo que les digas sea la verdad. ¡Nunca creí que a mis años me vería intentando engañar a la policía!

Sebastián King movió con dificultad su silla de ruedas. Tras salir de detrás de su mesa, se acercó a Gabriel, que mostraba un aspecto bastante abatido.

—Gabi —le dijo utilizando el mismo apodo de cuando era pequeño mientras masajeaba cariñosamente su pelo moreno—. Sé que crees que dejé tirado a tu padre cuando más me necesitaba, pero no fue eso lo que ocurrió. En todo caso, te pido que me creas cuando te digo que a ti no te dejaré. De una forma u otra, averiguaremos quien ha hecho esto y por qué. Ahora vete a descansar un rato a tu habitación, seguro que aún la recuerdas, e intenta relajarte.

Gabriel miró a su tío y comprendió que en el fondo no había nada que deseara más que poder confiar en él de nuevo. Después de todo, no podía evitar ver tras el brillo de sus ojos la mirada de su propio padre.

13

La habitación era muy amplia. Tenía su propio cuarto de baño con plato de ducha en el interior. La cama era distinta, pero el resto estaba igual que lo recordaba; los mismos muebles y cuadros adornaban la estancia. Cuando tenía catorce años, le había parecido demasiado oscura y formal, por lo que se empeñaba en mejorarla con algún póster de superhéroes o películas. Ahora, paradójicamente, aunque le parecía un poco clásica, lo cierta era que la decoración se ajustaba bastante a su gusto actual.

Tras llamar de forma decidida a la puerta de la habitación, Marta, la asistente, penetró en la estancia llevando en sus manos el traje nuevo que su tío le había prometido. Gabriel creyó adivinar en su mirada cierta desconfianza hacia él. Cuando la mujer salió de la habitación, observó con

detenimiento la ropa depositada sobre la cama. Había una camisa de algodón de color blanco impoluto junto con una chaqueta y pantalón negros muy elegantes. Tendría que decir adiós a sus pantalones vaqueros de toda la vida y vestir como un auténtico abogado. Resignado, decidió darse una ducha y cambiarse cuanto antes de ropa. Arrojó la chaqueta que llevaba encima de la cama, dejando al descubierto su camisa, cuyas mangas mostraban aún rastros de sangre ahora más oscurecidos. Sin poder evitar un estremecimiento, se quitó rápidamente la camisa y la puso en remojo en la pequeña pila del baño. Se quitó el resto de la ropa y se introdujo en la ducha.

El agua fría tuvo sobre él un efecto tonificante, las fuerzas parecieron volver a su cuerpo poco a poco. Su mente, más sosegada, comenzó a revivir una vez más los sucesos de la mañana. Por primera vez pudo reflexionar sobre lo ocurrido de forma calmada y desapasionada. Una vez más se reprochó a si mismo haber actuado de forma tan estúpida, hasta que, de improviso, la imagen del puñal homicida apareció vívida en su mente. Una sensación de premura se apoderó de él, impulsándolo a examinarlo inmediatamente.

Terminó de ducharse y se vistió con el traje de su tío rápidamente. Impaciente, depositó su maletín encima de la cama y lo abrió con inquietud. El filo del arma brilló con fuerza, al golpear la luz el bruñido metal de su superficie. Gabriel lo cogió con cuidado y comenzó a examinarlo con fascinación.

La hoja era de acero perfectamente afilado y presentaba un grabado en su centro en forma de trenzado de dos hilos. La empuñadura, de plata, mostraba en su extremo una zona esférica, en cuyo interior se encontraba grabada una cruz, cuyos brazos se ensanchaban en los extremos. Gabriel la identificó inmediatamente como la cruz templaria. El resto del mango estaba profusamente labrado con figuras de hojas y ramas entrelazadas, atravesadas en algunos sitios por franjas que mostraban el mismo dibujo de la hoja. Los gavilanes, ligeramente curvados de la empuñadura, estaban decorados de igual forma y, en cada extremo, mostraban un escudo partido por una línea en dos mitades. En el centro, donde se juntaba la hoja con el mango, se encontraba un nuevo dibujo enmarcado en un círculo y rodeado de filigranas, se trataba dos caballeros armados con escudo y subidos juntos en un solo caballo. Aquel era uno de los símbolos templarios más habituales en iglesias y catedrales europeas. Gabriel estaba realmente intrigado. Giró el cuchillo

sobre su mano comprobando que ambas caras eran idénticas.

Un repentino escalofrió recorrió su espina dorsal al comprender que, aquel puñal, de claro diseño templario, daba una nueva dimensión al asesinato de Ramalla. Quien quiera que lo hiciese, había dejado un mensaje a través de él, un mensaje de claro contenido histórico. Gabriel nunca había creído en la casualidad, sólo en la probabilidad, y la probabilidad de que por azar precisamente él, un historiador, fuese el hombre implicado en esta extraña trama, se le antojó muy escasa. Gabriel tuvo el presentimiento claro de que le habían escogido de forma premeditada.

A media tarde, Gabriel llamó a la revista para justificar su ausencia. No parecieron sorprendidos de que prolongase de forma inesperada su permanencia en Barcelona durante algunos días. Afortunadamente, al ser una revista de periodicidad mensual, los horarios de los articulistas solían ser bastante flexibles. Lo único que les importaba era que el artículo estuviese listo en la fecha acordada para que pudiese entrar en maquetación a tiempo.

Gabriel se dio cuenta, no sin cierto asombro, de que en la revista aún no estaban enterados del asesinato de Ramalla, ya que de saberlo le hubiesen interrogado sobre el asunto exhaustivamente.

Durante el resto de la tarde y noche, estuvo pendiente de los informativos de la radio y de la televisión, pero tampoco ningún medio dio la noticia de lo sucedido. Su tío permaneció encerrado en su habitación casi toda la tarde. A la hora de cenar salió por fin de su para compartir con él la comida que les había preparado Marta. Tras la cena y con la asistenta acostada, Gabriel aprovechó para mostrar a su tío el puñal y contarle sus observaciones sobre él. Ambos estuvieron de acuerdo en que era necesario consultar con algún experto que pudiese ayudarles a averiguar el origen de aquella extraña arma. Después, se dedicaron preparar concienzudamente la futura declaración de Gabriel. Su tío le preguntó, desde todos los puntos de vista posibles hasta que consideró que sus respuestas tenían la suficiente coherencia para no levantar las sospechas de la policía. Cuando Gabriel pudo finalmente acostarse, lo hizo realmente agotado.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Gabriel se levantó con las fuerzas renovadas. Aunque la noche había estado llena de pesadillas, había conseguido descansar lo suficiente para devolver a su mente una mayor lucidez y claridad de ideas. El día anterior se le antojaba ahora borroso, como envuelto en niebla, más como una pesadilla que como algo real.

El teléfono sonó justo cuando se disponía a comer las tostadas con mermelada que le había preparado Marta para desayunar. La voz de su tío le llamó de forma inconfundible desde su habitación. Acudió rápidamente dejando el desayuno a medias. Su tío se encontraba incorporado en la cama. Sostenía el teléfono inalámbrico con una mano por encima de la bandeja, que utilizaba como improvisada mesa apoyada en un atril sobre sus piernas. También él había interrumpido su propio desayuno.

—Es para ti — explicó entregándole el teléfono.

El gesto con los ojos de su tío fue muy significativo. Sin duda se trataba de la policía, la liebre había saltado y comenzaba una carrera de incierta conclusión. La conversación fue breve. Una voz sin identificar, que dijo llamar desde una comisaría de policía del distrito I, le invitó a acudir a la comisaría lo antes posible para declarar sobre un asunto relacionado con su trabajo. Tras indicarle la dirección, se despidió con un saludo educado.

—¡Gabriel! —exclamó su tío al verle colgar—, recuerda lo que hablamos ayer. Si tienes cualquier problema, llámame de inmediato, mandaré a Mario y él se encargará de todo.

Gabriel sintió el cosquilleo familiar de los nervios recorrer su cuerpo y fijarse obstinadamente en la boca de su estómago.

Durante todo el camino hasta la comisaría, no paró de repasar una y otra vez en su mente la historia ficticia que había elaborado el día anterior. Al llegar, se bajó del taxi con aprensión y contempló por un instante la fachada del edificio oficial. Las únicas veces que había estado en una comisaría como aquella, había sido cuando iba a renovar el Documento Nacional de Identidad. Siempre le había intimidado un poco entrar por aquellas puertas,

por las que también lo hacían policías acompañados de “presuntos” delincuentes. Sin embargo, en esta ocasión no fue esto lo que vio, sino una interminable cola de inmigrantes que se agolpaban junto a la entrada. Gabriel recordó que el mes anterior se había abierto un nuevo proceso de regularización. Aquellas gentes se encontraban allí, con sus esperanzas de futuro puestas en papeles de empadronamiento y contratos de trabajo, que probablemente en algunos casos resultarían fraudulentos. Por un momento, sus problemas parecieron más sencillos a la vista de aquel espectáculo de necesidad humana.

Se abrió camino entre aquellas gentes hasta entrar en la comisaría. Un policía le salió al paso rápidamente, probablemente preocupado por cualquier incidente que pudiese producirse entre los inmigrantes. Cuando Gabriel le dijo quién era y le mostró su carné de identidad para corroborarlo, le indicó que subiese a la primera planta. Gabriel subió por las escaleras, hasta encontrarse en una zona de la comisaría, más parecida a un edificio de oficinas que a un recinto policial. Una mujer, con aspecto de funcionaria, situada tras una mesa, le pidió de nuevo la documentación. Tras una corta llamada de teléfono, le indicó la oficina en la que le estaban esperando.

Cuando cruzó la puerta, se encontró en un pequeño despacho en cuyo centro se hallaba una mesa amplia, ocupada por multitud de papeles, y un flamante ordenador, con el que un hombre de no más de cuarenta años se afanaba en pelearse. Tenía un aspecto un tanto quijotesco gracias a su cabello rubio y a su barba y bigote del mismo color. Estaba en mangas de camisa, lo que unido a su amplia tripa le confería un aire distraído, que la mirada inquisitiva de sus ojos azules, ocultos tras unas gafas de montura dorada, se ocupaban de desmentir.

—Pase —dijo, estrechándole la mano—. Soy el inspector Xavier Miralles. Siéntese por favor.

Gabriel se sentó en una de las sillas situadas frente a la mesa mientras el inspector terminaba de examinar su ordenador.

—Estos malditos cacharros no hacen más que complicar las cosas. Antes sacabas tu carpetita del archivador y punto. Ahora hay que volverse loco accediendo a la base de datos, buscando el expediente y mil cosas más. En fin un jaleo —el tono cordial utilizado por el inspector hizo que la tensión que sentía Gabriel comenzase a desaparecer—. Usted es Gabriel King, periodista de “Misterios del Pasado” ¿Cierto?

—Sí, soy yo.

—¿Sabe? Me encanta su revista, la leo todos los meses. Aquí, algunos suelen tomarme el pelo cuando me ven con ella, pero siempre he pensado que, aunque la mayoría de los temas sean puras fantasías o engaños, pude haber algunas cosas ciertas ahí escondidas. ¡Hay que tener una mente abierta! Espero que no se moleste si le hago esta pregunta, pero habitualmente no tengo la oportunidad de conocer a alguien de este mundillo y tengo curiosidad por saber qué piensa. Usted que es historiador y ha escrito sobre estos temas, ¿cree realmente que fuimos visitados en el pasado por extraterrestres?

Gabriel se había preparado para que la policía le hiciese cualquier tipo de pregunta, pero aquella le pilló totalmente por sorpresa. Estaba tan desconcertado que apenas atinó a responder, por lo absurdo que le parecía aquella situación.

Bueno... —contestó balbuciente—. Lo único que me atrevo a decir es que hay evidencias claras de que la historia puede no ser tan sencilla como nos la han contado. Pero, hoy por hoy, hablar de extraterrestres es sólo una hipótesis más de trabajo, que casa con algunos hallazgos controvertidos.

—En una palabra, que no se quiere usted mojar —concluyó Miralles con una amplia sonrisa.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió para mostrar la imagen de una mujer joven, de cabello de deslumbrante color negro.

—Le presento a Nichole Ramalla —explicó el inspector, dirigiéndose a Gabriel—. Él es Gabriel King el periodista.

—¿Es usted pariente del Dr. Friederich Ramalla? —preguntó Gabriel, intentando aparentar naturalidad mientras estrechaba la mano de la mujer, cuyo rostro mostraba una seriedad sepulcral.

—Es su hija —aclaró el inspector.

Gabriel, sorprendido, se fijó con más detenimiento en la mujer. Sus ojos, redondos y marrones, junto a su mentón discreto y nariz chata, dibujaban un rostro añinado de belleza peculiar. Llevaba un pantalón vaquero negro muy ajustado, que realzaba su atractiva figura, y una cazadora a juego abierta, que dejaba entrever una camiseta blanca, adornada en el pecho con un retrato de Woody Allen, cuya sonrisa se le antojó a Gabriel más justificada que nunca. No parecía una elección de vestuario muy adecuada

para quien acaba de conocer la muerte de su padre, por lo que Gabriel supuso que la mujer había acudido a la comisaría nada más conocer la desgraciada noticia, sin tener ni siquiera tiempo de cambiarse de ropa.

—Necesito hacerle unas preguntas sobre su entrevista de ayer con el doctor —continuó Miralles—. Espero que no le moleste que ella esté presente. Ha insistido en ello y no me ha parecido que hubiese ningún inconveniente. A fin de cuentas, esto es sólo una conversación, no un interrogatorio ni nada parecido.

—Perdone, pero no entiendo a qué viene esto. ¿Qué ocurre con el Dr. Ramalla? —preguntó Gabriel, intentando disimular el hecho de que conocía muy bien el terrible destino que el criminólogo había sufrido.

—Discúlpeme —dijo el inspector—, debí empezar por el principio. El Dr. Friederich Ramalla apareció ayer muerto en su habitación y creemos que usted fue la última persona que estuvo con él.

—¡Lo siento! — se lamentó Gabriel dirigiéndose hacia la hija de Ramalla, que se había sentado a su derecha. Ella apenas hizo un asentimiento con su cabeza como respuesta—. Pero, ¿cómo ha ocurrido? Cuando estuve con él parecía perfectamente —Gabriel intentó mostrar en su rostro una perplejidad que no sentía.

—No fue una muerte natural. Alguien propinó a Ramalla una certera puñalada en el corazón. La muerte fue instantánea. Creemos que usted fue la última persona en verle con vida, de ahí lo importante que es que nos cuente todo lo que recuerde. Dígame ¿grabó la entrevista en cinta? Si es así nos sería de gran ayuda.

—Me temo que no —respondió Gabriel, recordando la grabadora digital totalmente aplastada en el suelo de la habitación—. Tengo buena memoria. Suele bastarme con tomar algunas notas en una pequeña libreta que suelo utilizar.

—Será mejor que la guarde, quizá más adelante sea necesaria —el inspector parecía un tanto decepcionado—. Ahora, me gustaría que me contara su entrevista con el doctor. Intente, por favor, recordar todos los detalles posibles por nimios que le parezcan

Gabriel contó toda lo sucedido en su entrevista con Ramalla, tal y como lo acordase con su tío. El inspector fue tomando nota detallada de todo su relato en un pequeño cuaderno de anillas, sin interrumpirle en ningún

momento. La hija de Ramalla permaneció muy atenta a sus declaraciones. Mostraba una gran atención, casi como si quisiese analizar cada palabra que él iba diciendo.

—¿A qué hora terminó la entrevista? —preguntó el inspector cuando Gabriel hubo terminado su relato.

—No miré la hora exacta en el reloj, pero supongo que alrededor de las dos y media de la tarde.

—Eso nos deja muy poco margen. Según el primer examen forense la muerte se produjo entre las dos y las tres. ¿Vio a alguien cuando abandonó la habitación?

Aquella era la pregunta que Gabriel había estado esperando todo el tiempo, pues le daba la oportunidad, como le advirtió su tío, de implicar al verdadero asesino.

—La verdad es que sí. Recuerdo que me crucé por el pasillo con uno de los periodistas de la conferencia. Creo que se llamaba Roberto Jiménez de “Mundo Misterioso”. Le recuerdo porque fue el último en intervenir en la conferencia, además la reacción de Ramalla a su pregunta fue bastante particular.

—Particular ¿por qué? —el inspector parecía ahora bastante interesado.

—Bueno, Ramalla casi pareció enfadado. Contestó con brusquedad y se levantó de improviso, dando por terminada la conferencia. Probablemente se sintió ofendido por la pregunta, porque el periodista utilizó un tono de voz un tanto ofensivo. Dijo que la Sábana Santa era un fraude claro, con lo que daba a entender que el libro de Ramalla era un montaje oportunista.

—Esa reacción era normal en mi padre —intervino Nichole, cuyos ojos brillantes denunciaban las emociones que intentaba reprimir—. Cuando una conversación le molestaba, no se enzarzaba en una discusión, cambiaba el tema de inmediato. Siempre decía que había que cortar una discusión justo en el momento en que la gente empezaba a estar más atenta al tono de voz empleado que al argumento.

La intervención repentina de la hija de Ramalla hizo que Gabriel se fijase de nuevo en ella. La tristeza dibujada en su rostro le daba un aspecto desvalido que aumentaba su atractivo. Debía ser bastante joven de poco más de veinte años. Casi sin darse cuenta, se encontró a si mismo calculando los

años que debía sacarla.

—Según nos han informado, usted estaba trabajando en el tema de la Sábana Santa —la voz del inspector Miralles sacó de su ensueño a Gabriel—. Supongo que se habrá documentado ampliamente y lo conocerá bastante bien.

—Llevo bastante tiempo preparando una serie de artículos, todos relacionados con la Sábana Santa y su historia. El artículo sobre el doctor Ramalla y su libro iba a ser el primero en publicarse —Gabriel no sabía muy bien a donde quería ir a parar el inspector Miralles con aquella pregunta.

—Según su conocimiento del tema, ¿podría haber algún grupo de fanáticos, sectas o qué sé yo, a los que molestase que Ramalla diese de nuevo visos de realidad a este asunto?

—Sinceramente no sé dónde quiere ir a parar —respondió confundido Gabriel—. Le aseguro que, durante todo mi estudio y documentación sobre el tema, no he tenido noticia de que exista ningún grupo actual que considere a la Sábana Santa algo más que una reliquia católica de dudosa autenticidad. No me imagino a nadie obsesionado con ella hasta el punto de matar.

—Yo no estaría tan seguro. Últimamente estamos rodeados de fundamentalistas religiosos chiflados capaces casi de cualquier cosa.

—¿Qué le hace pensar que el asesinato haya tenido que ver con la Sábana Santa? —preguntó Gabriel realmente intrigado.

—¡Debí enseñárselo antes! —exclamó Miralles, abriendo uno de los cajones de su mesa y sacando una carpeta de su interior. Rebuscó un instante entre los papeles contenidos en ella, extrayendo una fotografía que acercó a Gabriel—. Observe y dígame si ve algo que le llame la atención.

Gabriel examinó la imagen con detenimiento. Era una fotografía del interior de la habitación de Ramalla y mostraba el cuerpo del doctor tendido sobre la cama, tal y como lo dejó el asesino. Sintió un escalofrío al estar otra vez delante de aquella escena que tan bien recordaba. Al principio no supo a qué se refería el policía, pero después se dio cuenta con asombro de lo que quería decir.

—Veo por su expresión que lo ha captado —la voz de Miralles sonó extrañamente hueca a los oídos de Gabriel, que aún intentaba encontrar sentido a lo que acababa de ver—. A mí me costó bastante darme cuenta. De hecho, no me percaté hasta que no pude ver el libro de Ramalla. En su

portada aparece la Sábana Santa extendida y el hombre allí retratado tiene exactamente la misma postura que Ramalla, incluso la sangre en el costado está en el mismo lugar. No creo que ese cabrón lo hiciese por casualidad. Creo que colocó el cuerpo así premeditadamente para dejarnos algún enfermizo mensaje. ¿No cree?

—Eso parece —admitió Gabriel—. Debe tratarse de un loco.

— Es posible, pero no lo creo. ¿Sabe? Hay una cosa que aun no entiendo. Si el tipo quería que nos diésemos cuenta de cómo había colocado el cadáver, ¿Por qué encontré el libro de Ramalla en la mesilla boca abajo? Hubiese tenido más sentido dejarlo boca arriba, para que todos pudiesen ser testigos de la similitud entre uno y otro cuerpo. He llegado incluso a pensar que un segundo hombre pudo manipular la habitación antes de que llegásemos. Pero parece un poco absurdo, ¿quién y por qué iba a hacer algo así?

Gabriel sintió que el mundo se le venía encima, al darse cuenta de hasta qué punto, al manipular la escena del crimen, podía haber borrado pruebas determinantes sobre el verdadero criminal. Probablemente había sido él quien había dado la vuelta al libro, cuando intentaba borrar sus huellas, sin advertir su significado. Por un momento acarició la idea de contar la verdad al inspector.

—Creo que con esto será suficiente por ahora —las palabras de Miralles evitaron que Gabriel confesase lo ocurrido, al comprender aliviado que el interrogatorio había terminado—. En los próximos días seguramente tendremos que volver a hablar con usted. Probablemente nos hagan falta sus conocimientos si conseguimos averiguar de qué va todo esto. Necesitaremos tenerle localizable. ¿Va a volver a Madrid?

—De momento no. Me quedaré unos días en casa de mi tío, hace mucho que no le veo y quiero aprovechar para pasar algún tiempo con él.

—¡Estupendo! —exclamó Miralles—. Eso está muy bien, hay que llevarse bien con la familia.

Gabriel se despidió del inspector con un apretón de manos y de la hija de Ramalla con un nuevo “*lo siento*”. No estaba muy seguro de haber pasado la prueba satisfactoriamente, aunque parecía que el inspector había confiado en su declaración. Lo que más le inquietaba era la extraña presencia de la hija de Ramalla. Había permanecido todo el rato callada e inmutable. Ni siquiera

alteró su semblante cuando el inspector sacó la fotografía de su padre. Sus ojos se le habían quedado grabados en la memoria, no sólo por su atractivo, sino también por la extremada atención que mantuvo sobre él durante todo el interrogatorio.

Desechando sus temores, salió con rapidez del edificio, atravesando la muchedumbre de inmigrantes que habían empezado a acceder a su interior. Cuando por fin alcanzó el exterior, sintió un alivio que le recordó a cuando terminaba un examen en su época en la facultad. Respiró hondo y se dispuso a buscar transporte.

—¿Le llevo?

Gabriel se giró para ver a su espalda a la hija de Ramalla, Nichole, que, sonriendo tímidamente, le mostraba unas llaves de automóvil.

—Le he visto con cara de despistado mirando a uno y otro lado de la acera y he supuesto que buscaba un taxi. Tengo el coche aparcado a una manzana de aquí. Si va a casa de su tío, puedo llevarle, sé que vive en el barrio gótico.

—Está usted muy bien informada —respondió Gabriel extrañado.

—Digamos que la policía debe muchos favores al apellido Ramalla. No ha sido difícil conseguir ojear su expediente.

Su rostro no le pareció ahora a Gabriel tan infantil. Comenzaba a sospechar que aquella invitación escondía algo más que simple amabilidad, por lo que decidió aceptar la oferta y averiguar que quería realmente. Comenzaron a caminar hacia el coche lentamente.

—Siento de verdad lo que le ha ocurrido a su padre. Sólo pude estar con él apenas una hora, pero me pareció un gran hombre —Gabriel sentía que, en cierta manera, aunque no fuese responsable de lo ocurrido, debía una disculpa a aquella mujer.

Lo era —respondió Nichole con seriedad.

Al doblar la esquina, se encontraron frente a un Seat Ibiza metalizado de aspecto reluciente. Estaba aparcado, con dos de sus ruedas encima de la acera, en una zona que parecía en obras.

—Por aquí no hay forma de encontrar sitio así que tuve que improvisar —se disculpó Nichole, mientras pulsaba el mando a distancia del llavero de su coche haciendo que las puertas del vehículo se abrieran. En un

instante Gabriel y ella se encontraron en camino.

—Cuando me la presentaron en la comisaría me sentí muy sorprendido —Gabriel comenzó a hablar con cautela, intentando iniciar una conversación—. En toda la documentación que he reunido sobre su padre, no había nada sobre que tuviese hijos, ni siquiera sabía que estuviese casado.

—Y no lo estaba —confesó Nichole—. Mi madre y él se conocieron hace treinta años cuando se ocupaba de un caso aquí en Barcelona. Mi padre era mucho mayor que ella y no quería casarse. Su trabajo le tenía viajando continuamente y, aunque mi madre le hubiese seguido a cualquier parte, no estaba dispuesto a asentarse en ningún lado. Cuando mi madre se quedó embarazada, mi padre no dudó en reconocermé y darme sus apellidos. Se hizo cargo de todos los gastos. Nos pasaba una pensión muy generosa y venía bastante a menudo a vernos. Aunque no puedo decir que no fuese un buen hombre, un padre debe ser algo más y él nunca pudo serlo.

—Para llegar a ser tan bueno como él lo era en su trabajo, es inevitable dejar por el camino otros aspectos de la vida peor atendidos. Supongo que es una elección a la que hombres como su padre no pueden evitar enfrentarse tarde o temprano.

Gabriel observó como Nichole hacía un esfuerzo por no emocionarse y recuperar la compostura, que había estado a punto de perder, por lo que decidió intentar cambiar el tema de conversación.

—Hábleme un poco de usted, ¿a qué se dedica profesionalmente?

—Soy psicóloga. Trabajo en una empresa de selección de personal. Realizo las entrevistas a los candidatos y me encargo de juzgar si los entrevistados dicen la verdad o mienten, para poder establecer si su perfil psicológico es el adecuado para el puesto de trabajo.

Gabriel comprendió ahora el porqué del extraño comportamiento de la chica durante el interrogatorio de Miralles. Había estado literalmente examinándole, comprobando sus reacciones en cada momento. De pronto sintió temor ante la respuesta que pudiese darle Nichole ante su inevitable pregunta.

—¿Por eso quería estar presente en mi entrevista con el inspector? ¿Para poder evaluar mis respuestas?

—Sí, quería ver por mí misma si decía o no la verdad.

—¿Y a qué conclusión ha llegado? ¿Cree que dije la verdad o que soy un mentiroso compulsivo? —Gabriel intentó imprimir cierta ironía a sus palabras, que quitase tensión a la pregunta.

Nichole no le contestó. Redujo repentinamente la marcha y se acercó a la acera. Aprovechando un hueco entre una furgoneta y un deportivo, introdujo el morro del coche entre ambos con brusquedad, subiéndolo en la acera, de poco más de un metro de ancha. Gabriel pensó que iban a estrellarse contra el edificio de enfrente, pero el automóvil se quedó parado a menos de diez centímetros de la pared de ladrillo.

—No sé si es un mentiroso compulsivo, pero sí sé que ha mentido. Todo su cuerpo le delató; sus gestos, su sudor, su mirada. Es usted el peor mentiroso que he visto. Me extraña que el inspector le haya creído una sola palabra —la voz de Nichole era ahora un torbellino de furia.

—Tranquilícese —intentó calmarla Gabriel—. Estaba nervioso. Nunca había tenido que declarar ante la policía. Eso es todo.

—Sé distinguir muy bien un simple estado nervioso de una mentira. Soy experta en lenguaje no hablado. Tienes dos opciones; o me dices la verdad, o vuelvo a la comisaría y les cuento que tu declaración ha sido una farsa. Conozco a Miralles desde que era niña. Me lo presentó mi padre y te aseguro que me creerá. Le tendrás pegado a tu culo como un perro sabueso.

Gabriel pensó en un primer momento en salir del coche e ignorar la amenaza de la chica. A fin de cuentas, no tenía nada con qué probar lo que decía. Pero después sintió cierta pena por ella. Había perdido a su padre y no se merecía más mentiras. Seguramente su tío le mataría por lo que iba a hacer, pero le pareció la única opción decente que tenía.

—Escúchame, por favor. Te contaré la verdad, pero antes de nada debes creerme cuando te digo que yo no maté a tu padre —la expresión de Nichole empezó a relajarse—. Vayamos a un sitio donde podamos hablar y te lo explicaré todo. No creo que un coche atravesado encima de la acera sea un lugar demasiado adecuado.

Gabriel se dio cuenta con ironía que, en la violencia de la refriega verbal, él y Nichole habían empezado a tutearse.

Nichole le llevó a un bar restaurante cercano. Cuando entraron, Gabriel se dio cuenta de que ella debía ser bastante asidua al local, ya que el trato del barman fue muy familiar. Nichole pidió dos cervezas y se alejó con ellas hacia las mesas del interior, a la zona restaurante propiamente dicha. Sólo había una mesa ocupada en un lateral de la sala, el resto estaban vacías, probablemente debido a que todavía era muy temprano.

Gabriel comprendió que Nichole era una mujer inteligente que desconfiaba de él. Le había llevado a un lugar público, que impidiese que él pudiera intentar nada contra ella, pero a la vez con la suficiente intimidad para permitirles hablar sin ser escuchados.

Gabriel le relató lo sucedido en la habitación de Ramalla, tal y como ocurrió realmente, sin omitir detalle alguno. Esperaba que las dotes de sicología de la chica le permitiesen percibir que esta vez le estaba contando la verdad.

—No debiste mentir —le reprochó Nichole, cuyo rostro se había ido suavizando durante la conversación—. Has complicado la investigación innecesariamente —Nichole parecía haber aceptado sus explicaciones, pero aun así parecía furiosa— ¿No te das cuenta de que puedes haber eliminado pruebas fundamentales?

—En ese momento lo único de lo que me di cuenta era de que tenía en mi mano el cuchillo del asesino, estaba cubierto de sangre y mis huellas estaban por toda la habitación. Pensé que no tenía otra salida.

Nichole bajó la cabeza a punto de llorar, pero se repuso rápidamente, levantando su rostro de nuevo y encarando con calma a Gabriel.

—Está bien —dijo—. Supongo que nadie puede saber cómo va a reaccionar en un caso así.

—Pero, ¿por qué me crees ahora? Podría estarte mintiendo de nuevo — Gabriel estaba intrigado. No esperaba que ella creyese su historia con la facilidad que lo había hecho .

— Porque sabía perfectamente que no eras el asesino de mi padre desde antes de que fueses a la comisaría. Precisamente por eso me sentí tan confundida cuando mentiste en tu declaración. Tenía que averiguar por qué lo habías hecho.

—No entiendo nada. ¿Cómo podías estar segura de que yo no era el asesino, incluso antes de conocerme? —preguntó de nuevo Gabriel sin

entender lo que quería decir la mujer.

— Porque sé quién mató a mi padre. Él mismo me lo dijo.

—¿Cómo? —exclamó, más que preguntó Gabriel, que estuvo a punto de derramar la cerveza que en ese momento sostenía en su mano. La idea de que Nichole hubiese perdido la cabeza le pasó un momento por la mente. Quizá la tensión había sido excesiva.

—No me mires así, no estoy loca —intervino Nichole adivinando los pensamientos de Gabriel—. Mi padre vino a verme hace unos días. Siempre que venía a Barcelona aprovechaba para visitarnos a mi madre y a mí, de forma que cuando apareció en la puerta de mi apartamento, no me sorprendí. Pasamos juntos todo el día, cenamos en un restaurante y dimos un paseo por la Catedral. Siempre que venía le gustaba ir a la Sagrada Familia. Le fascinaba porque según decía, a pesar de su diseño modernista, era la última de las grandes catedrales medievales. Estábamos frente a ella, admirando su fachada, cuando se puso repentinamente serio y comenzó a explicarme lo que le ocurría. Había estado teniendo problemas por culpa de su último libro. Desde que la editorial anunciase su futura publicación, le habían estado enviando anónimos. Sospechaba que quienes estaban detrás era una antigua secta, en teoría desaparecida hace siglos. Naturalmente le dije que lo denunciase a la policía para que le pusiesen vigilancia, pero me contestó que la policía no le creería con facilidad. Prefería intentar investigar el tema primero por otras vías. Fue entonces cuando me habló de la entrevista que le iban a hacer tras la presentación del libro. Decía que el azar había querido poner en aquel momento frente a él al hombre más indicado. Pretendía pedir la ayuda de un periodista madrileño que iba a entrevistarle.

—Y ese periodista era yo —Gabriel empezaba a comprender porqué alguien, que prácticamente no había concedido ninguna entrevista en toda su carrera, había aceptado entrevistarse con él con tanta facilidad.

—Por eso sabía que tú no le mataste. Sean quien sea el que lo asesinó, es sin duda la misma persona que le envió aquellos anónimos — Nichole suspiró con tristeza—. Mi padre pensaba pedirte ayuda durante la entrevista, por eso supe que habías mentido a Miralles. No sabías nada de los anónimos y eso sólo podía ser porque murió antes de poder contártelo.

—Pero, ¿por qué te contó tu padre todo eso? Al hacerlo sólo conseguía preocuparte innecesariamente.

—Me lo contó porque quería pedirme un favor. Me dio un paquete para que lo guardase y me pidió que, si le ocurría algo que le impidiese hablar contigo, te lo entregase y te contase lo que me había dicho.

—¿Qué había en ese paquete? —Gabriel estaba ahora profundamente intrigado, notaba como la adrenalina fluía por sus venas aumentando su excitación.

—No lo sé. Mi padre me hizo prometerle que sólo lo abriría si a él le ocurría algo y contigo delante. Debe contener algún tipo de documentación que sólo tú puedes entender.

—¡Entender es, desde luego, lo que me hace falta ahora! —exclamó Gabriel dejando escapar un suspiro — No sé si abrir ese paquete es buena idea. Quizá deberíamos ir con él directamente a la policía. Esto empieza a parecerme demasiado peligroso.

—¡No se lo daré a la policía! —protestó Nichole, con determinación —Si mi padre no quería que la policía se ocupase de esto sería por un buen motivo. Te aseguro que sabía muy bien lo que hacía, así que, si confiaba en ti para que investigases este tema, eso es exactamente lo que tú y yo vamos a hacer. ¿Me ayudarás a encontrar al asesino de mi padre o intentarás escurrir el bulto como en el hotel?

Gabriel observó fijamente a la mujer que tenía delante. Su pelo negro y brillante caía lacio sobre sus hombros. Tenía el mentón echado hacia delante a modo de desafío y sus ojos, entre abiertos con el ceño fruncido, dejaban entrever un gesto mezcla de anhelo, decisión y enfado, que no enturbiaba en modo alguno su atractivo rostro. Tras tomar su decisión, Gabriel sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta y extrajo de ella una tarjeta de visita, comenzando a escribir en su reverso.

—Toma —dijo Gabriel acercando la tarjeta a Nichole—. Te he anotado en el reverso mi número de móvil. Llámame si necesitas cualquier cosa. Yo iré ahora a casa de mi tío y le explicaré lo que me has contado. Tiene muchos contactos que pueden sernos útiles. Ven esta tarde y trae el famoso paquete. Veremos qué contiene y decidiremos qué hacer.

—Supongo que esto es un sí —dijo sonriendo por fin Nichole, mientras se guardaba la tarjeta que le había dado Gabriel.

Iván recibió el paquete con la grabadora tan sólo 24 horas después de que Gabriel lo mandase por envío urgente. Junto al aparato estropeado había una nota manuscrita instándole a arreglarlo inmediatamente y a no contárselo a nadie. Naturalmente, sospechó que aquella pequeña maravilla tecnológica encerraba en su interior algo más que una simple entrevista. Quizá su amigo se hubiese metido a paparazzi y contuviera alguna grabación explosiva del último famoso. En ningún momento llegó ni siquiera a imaginar lo que realmente iba a descubrir al arreglar el aparato.

La grabadora estaba completamente destrozada. No tenía aspecto de haber sido una simple caída, parecía más bien que la hubiesen tirado contra el suelo y después pisado. Con un examen visual, determinó que sería una pérdida de tiempo intentar una reparación por componentes, ya que, con toda seguridad la placa madre estaba inservible. Tras averiguar la marca y el modelo exacto, consiguió con una simple llamada, tener sobre su mesa, en sólo dos horas, otro modelo de grabadora digital, igual y en perfecto estado.

Desarmó fácilmente la carcasa del aparato nuevo, no pudiendo evitar sentir el pesar habitual por violar la inmaculada perfección de un aparato recién comprado. Tras un examen detallado, identificó por la serigrafía los chips de memoria adecuados y procedió a extraerlos con cuidado. Después, buscó en el amasijo de componentes del aparato roto los chips equivalentes que, afortunadamente parecían intactos, y procedió a soldarlos en la placa nueva con la precisión de un pianista. Satisfecho con el resultado, procedió a ensamblar la carcasa para probar si su trabajo había sido efectivo. Introdujo pilas en el aparato y esperó con impaciencia a que se iluminase su pequeña pantalla líquida.

El aparato cobró vida para satisfacción de Iván, que empezó navegar por los menús del dispositivo hasta localizar la lista de ficheros grabados. Las distintas grabaciones aparecían identificadas por fecha y hora. Tras avanzar por el listado localizó un fichero llamado “01022005”. Seleccionó el archivo y escogió la opción reproducir. Aunque al principio un sonido brusco surgió por los pequeños altavoces, inmediatamente el sonido desapareció quedando el aparato completamente mudo de nuevo. Cuando Iván intentó repetir la operación descubrió que la grabadora se había bloqueado. Probablemente, al romperse el aparato la grabación se había interrumpido tan repentinamente que el sistema de ficheros había resultado corrupto.

Un tanto decepcionado ante el fracaso de su primer intento, Iván

decidió recurrir a la única posibilidad que le quedaba; conectar la grabadora al puerto USB de su ordenador portátil e intentar pasar algún programa de diagnóstico a la grabadora. Tenía la esperanza de que el sistema de ficheros utilizado por ésta fuese compatible con el del ordenador y el chequeo fuese capaz reconstruir el fichero perdido. Desgraciadamente, el proceso podría llevar bastante tiempo, por lo que decidió dejarlo en marcha durante la noche y comprobar el resultado a la mañana siguiente.

4

Cuando Gabriel terminó de relatar a su tío su entrevista con el inspector de policía y su posterior conversación con la hija de Ramalla, éste permaneció callado unos instantes, para luego comenzar a hablar mostrando una triste sonrisa en su rostro.

—Lo que piensas hacer es una locura, pero es tu decisión. Supongo, que no habrá manera de convencerte de que no te metas en esa investigación.

— Creo que debo hacerlo. Tengo la sensación de que, en cierto modo, se lo debo a Ramalla.

— Está bien. No perderé el tiempo intentando convencerte. Veo en tus ojos la misma mirada que en los de tu padre cuando tomaba una decisión. Intentar hacerle cambiar de opinión era como golpearse la cabeza con una pared de granito.

—Será mejor dejar a mi padre fuera de esto ¿no te parece? —Gabriel había decidido apartar el tema de lo ocurrido con su padre para otra ocasión, pero no quería que su tío pensase que eso significaba que ya lo había olvidado todo y que las cosas podían volver a ser como antes.

—Tienes razón —la respuesta surgió de los labios de su tío acompañada de un suspiro de resignación—. He hablado con algunos viejos amigos de la policía y te gustará saber que, de momento, no eres sospechoso. De hecho, no creo que lo fueses aunque desde el principio hubieses dicho la verdad.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues que la policía conoce muy bien su trabajo. Lo primero que han hecho es comprobar la lista de asistentes a la conferencia y, ¡bingo!, uno

de los periodistas nunca llegó porque tuvo un desafortunado accidente cuando se dirigía al hotel. ¡Adivina su nombre! — Sebastián King miró expectante a su sobrino.

—Roberto Jiménez.

—Efectivamente. Al parecer, el accidente fue provocado por otro vehículo que, prácticamente, le sacó de la carretera estrellándole en la cuneta. Pero lo mejor del asunto es que toda la documentación del pobre hombre había desaparecido. Pudieron identificarle gracias a su teléfono móvil. Está bastante mal, pero parece que saldrá de ésta.

—Tenía que haber confiado en la policía y haberles contado la verdad desde el principio —Gabriel dejó escapar un suspiro decepcionado consigo mismo—. Habría quedado como un torpe intento de ese individuo para inculparme a mí en su lugar.

—Seguramente. De todas formas, la policía tiene a su sospechoso y no tiene motivos para poner en duda tu declaración. En estas condiciones, no tienes por qué seguir mezclándote en este tema, la policía parece ir bien encaminada para resolver este embrollo por sí misma.

Gabriel sabía que, con sólo hacer una llamada de teléfono a Nichole diciéndole que llevase el paquete de Ramalla a la comisaría, podría lavarse las manos de todo el asunto. No creía que Nichole fuese a contarle a la policía nada inconveniente sobre él. Pero hacía ya bastante tiempo que para Gabriel resolver que estaba ocurriendo había dejado de ser una simple forma de salvarse a sí mismo.

—No puedo hacer eso.

—Imaginaba que dirías eso —Sebastián King sonrió con afecto a su sobrino—. Si sólo tuviese mis piernas un poco, mejor te aseguro que haría lo mismo.

De pronto, la sintonía de la serie de televisión “Hitchcock presenta” comenzó a sonar con insistencia. Su tono monocorde le pareció a Gabriel más apropiado que nunca, mientras extraía su móvil del interior de la chaqueta para contestar la llamada.

—¡Gabriel! —era Nichole. Su voz sonaba lejana y entrecortada— alguien ha entrado en mi apartamento... ¡Está todo revuelto!

—Tranquilízate y dime que ha pasado. Te oigo muy mal. —Gabriel

pensó que, la recomendación que le hiciese Iván de cambiar de móvil, no era tan mala idea después de todo.

—Cuando he llegado, la puerta estaba abierta, la habían forzado. El marco tenía un agujero al lado de la cerradura. Me he puesto nerviosa y he llamado al vecino. El pobre hombre estaba casi más asustado que yo, pero me ha acompañado al entrar en la casa. Afortunadamente, quien quiera que lo hiciese ya no estaba allí, pero había dejado todo deshecho. Han abierto cada cajón de la casa y tirado todo por el suelo. Han roto hasta el espejo de la entrada —Nichole empezó a sollozar—. ¡Maldita sea, lo han destrozado todo!

—Lo siento —dijo Gabriel muy preocupado— ¿Qué se han llevado?

—Lo único que echo de menos de momento es el paquete que mi padre dejó para ti. Está claro que es lo que buscaban. En mi habitación tenía escondido encima del mueble un pequeño joyero con algunas piezas bastante valiosas y no lo han tocado. Se han limitado a esparcir su contenido por toda la habitación. No entiendo por qué, si lo que querían era simplemente el paquete, han hecho todo este daño.

—Porque no era lo único que querían —repuso Gabriel, empezando a comprender la mentalidad detrás de lo ocurrido—. El destrozo es un mensaje, una demostración de lo que están dispuestos a hacer. Creo que es un aviso.

—No sé qué hacer —confesó Nichol—. No entiendo cómo puede haberse enterado nadie de lo del paquete. Sólo lo sabíamos tú y yo.

—Y tu padre.

—¡Mi padre no se lo contó a nadie! ¡Nunca me hubiese puesto en peligro! —la voz de Nichole restalló, con indignación, como un látigo.

—Perdóname, no he querido decir eso. Quizá no supiesen que el paquete estaba allí. Puede que simplemente entraran en tu apartamento con la intención de destrozarlo todo y asustarte, y se encontraran con él por pura casualidad. No podemos estar seguros de lo ocurrido, hemos de actuar sin ponernos nervioso. Debes llamar a la policía y contarles lo que ha sucedido.

—¿Llamar a la policía? Creía que los íbamos a dejar al margen de esto. Mi padre no confiaba en ellos y yo tampoco.

—Lo sé, pero yo ya he metido la pata una vez por precipitarme y ahora no debes hacerlo tú. No les cuentes el asunto del paquete, pero déjales

que investiguen. Quizá encuentren huellas o algo importante que les lleve ante esos miserables. Además, ¿no crees que tu vecino verá un poco raro que, después de todo ese destrozo, no llames a la policía? Quizá decida hacerlo él y sea peor.

—Está bien, les llamaré ahora mismo.

—No te preocupes Nichole. Aún sin la información que tu padre pudiera haber reunido, hay cosas que podemos hacer. He pensado en alguien que quizás pueda ayudarnos. Mañana iremos a verle, ¿de acuerdo?

Cuando colgó el teléfono, Sebastián King se dirigió a él con mirada interrogadora.

—¿En quién has pensado?

—Todavía no he pensado en nadie en particular. Lo he dicho para calmar a Nichole. La verdad es que confiaba en que el famoso paquete de Ramalla pudiese aclarar algo este embrollo y ahora no sé muy bien cómo empezar.

—Afortunadamente yo sí he pensado en alguien. —repuso su tío sorprendiendo a Gabriel—. Se llama Pierre Debré, un medievalista de gran reputación. Es francés, pero lleva muchos años, afincado en Cataluña. Llevé un caso suyo hace cuatro o cinco años. Tuvo un problema con un estudiante, que le acusó de haber utilizado parte de su tesina en un libro que acababa de publicar. Afortunadamente, pudimos demostrar que, aunque el libro fue publicado posteriormente a la tesis, éste había sido registrado y depositado en la editorial casi un año antes de que la tesina comenzase siquiera a realizarse. Se trató de una mera coincidencia. El libro era un análisis magistral sobre los aspectos menos conocidos del mundo templario. Desde entonces he mantenido una buena amistad con él. Es un hombre excelente, estoy seguro de que en cuanto hable con él no dudará en ayudarnos.

—Lo recuerdo. Se titulaba “La Verdadera Historia de la Orden del Temple”. Publicaron una reseña en mi revista, pero no he llegado a leerlo. La historia medieval nunca fue mi fuerte. Debí prestarle más atención en su momento — A Gabriel le pareció una elección excelente. Si había alguien capaz de identificar el origen del misterioso puñal ese era el profesor Debré.

—Debo tener sus datos en el despacho. Le llamaré esta tarde para que mañana os esté esperando —dijo su tío dando por buena su elección.

Nichole apareció a media mañana. Llevaba la misma cazadora del día anterior, pero el pantalón era ahora azul y la camiseta, totalmente blanca, ya no presentaba el rostro caricaturizado de Woody Allen. Gabriel le presentó a su tío, que se mostró muy complacido con su presencia. Nichole les explicó lo sucedido el día anterior cuando llamó a la policía. El inspector Miralles se presentó en persona en su apartamento, acompañado de la policía científica. A pesar de que ella no le había contado nada sobre el paquete desaparecido, era obvio que el inspector sospechaba que podía haber relación con la muerte de su padre. Tardaron casi toda la tarde en realizar un registro exhaustivo de la casa.

Nichole aprovechó el momento para averiguar cómo iba la investigación, interrogando a Miralles. Al parecer, se estaban centrande en averiguar la identidad del hombre que suplantó al periodista, pero, de momento, no sabían quién podía ser ni por qué podía querer matar a Ramalla. Lo único que parecía claro es que, fuese quien fuese, aquel individuo había actuado de forma muy meticulosa y planificada; no había dejado en todo el hotel ni una sola huella o resto biológico, que les sirviese para identificarlo, y los pocos testigos que le habían visto ofrecían descripciones vagas poco significativa.

Tras escuchar a la joven, el tío de Gabriel se mostró satisfecho con el rumbo que estaba tomando la investigación. No pensaba que hubiese un peligro inminente para Gabriel, por lo que no dudó en darles la dirección de la casa solariega, en Monistrol de Montserrat, donde vivía Pierre Debré.

Tras una rápida despedida, Gabriel y Nichole salieron impacientes en dirección a Montserrat.

— ¿Por qué habéis pensado que ese profesor en particular puede ayudarnos? —preguntó Nichole mientras encaraba el desvío a la C-55, que les llevaría en unos cuatro kilómetros de su destino.

Al hacerle aquella pregunta, Gabriel recordó que aún no le había contado nada sobre el puñal. Después tener que confesarle como actuó estúpidamente en el hotel, no iba a ser nada sencillo explicarle que, encima, se había llevado el arma con el que mataron a su padre de la escena del crimen.

—Cuando ocurrió todo en el hotel, no sólo me puse nervioso y lo

limpié todo, sino que, además, me llevé un objeto de aquel lugar.

—¿Qué te llevaste? —preguntó Nichole, escamada ante las evasivas que utilizaba Gabriel.

—Me llevé el puñal con el que mataron a tu padre —confesó Gabriel sin más rodeos—. Lo cogí porque pensé que podía ser útil para averiguar quién había cometido aquella atrocidad.

—¿Has perdido la cabeza? La policía está buscando ese cuchillo como locos. Miralles me dijo que han estado a punto de registrar todas las papeleras de Barcelona... ¡Y lo tienes tú! No te das cuenta de que puede tener huellas o algún tipo de información valiosa para la policía.

Tras la perplejidad inicial, la indignación de Nichole parecía incrementarse por momentos. Gabriel temió, por un instante que se repitiese la escena del volantazo, pero esta vez se limitó a aumentar la velocidad del automóvil, como si el pedal del acelerador tuviese la culpa de todo.

—Las únicas huellas que hubiesen encontrado eran las mías. Lo tenía agarrado en la mano cuando desperté —la velocidad del automóvil aumentó aún más. Gabriel se prometió a sí mismo no volver a contar nada a Nichole, que pudiera molestarle, mientras ella estuviese conduciendo—. Te aseguro que no pensaba a llevármelo, tan sólo quería borrar mis huellas y dejarlo allí. Pero, al limpiarlo, vi que no era un simple cuchillo. Era algo muy diferente.

—¿Qué quieres decir? —Nichole empezó a calmarse y el coche comenzó a moderar su carrera— ¿Qué tiene de especial?

—Es de plata pura y tiene curiosos grabados en toda su superficie con reminiscencias medievales. Se trata de una pieza de valor histórico indudable, no del arma de un vulgar asesino. Puede que te parezca una locura pero, cuando lo vi en el suelo cubierto de sangre, me pareció que escondía un importante mensaje en su interior.

—Y por eso estamos aquí. Quieres enseñárselo al historiador para que intente averiguar de dónde procede —Nichole había aceptado la explicación de Gabriel mejor de lo que él esperaba— ¡Ojalá todo esto merezca la pena! —exclamó finalmente un tanto descorazonada.

El perfil de Monistrol de Montserrat apareció ante ellos, a no más de 400 metros, perfectamente escoltado por los dedos de granito abiertos al cielo de la mole de piedra de la montaña de Montserrat. Tomaron un desvío hacia la derecha antes de llegar al pueblo y se internaron por lo que parecía un

camino forestal. No habían avanzado más de medio kilómetro, cuando divisaron a la izquierda la finca del profesor Pierre Debré. Una verja, mitad piedra mitad hierro forjado, señalaba la ubicación de la finca. Dejando el camino rural atrás, entraron con el coche por un sendero terminado en un enorme portalón, cuya forja de hierro estaba poblada de extraños seres mitológicos y criaturas de aspecto un tanto macabro. En su parte superior, unas enormes rosas contorneaban su forma redondeada. Gabriel salió del coche y llamó al portero electrónico situado junto a la puerta. No hubo respuesta alguna, pero la férrea verja comenzó a abrirse con un ligero chirrido. Entraron en la finca y al fin pudieron admirar la casa que les había descrito Sebastián King.

Se trataba de un viejo caserón modernista de principios de siglo. Tenía dos plantas y un patio delantero ajardinado. El edificio, de planta cuadrada, presentaba en su fachada espectaculares esgrafiados, y en cada esquina del edificio unas figuras de cerámica, que Gabriel identificó con facilidad como los cuatro elementos: agua, tierra, aire y fuego.

Aparcaron el vehículo a un lado de la casa y se dirigieron a la entrada. No habían llegado aún a la puerta cuando ésta se abrió y un hombre salió a recibirles.

—¡Buenos días! Soy Pierre Debré. Supongo que tú eres Gabriel el sobrino de Sebastián King —se presentó el profesor en un perfecto castellano, que no podía disimular un elegante acento francés.

Gabriel estrecho la mano del profesor, sintiéndose de inmediato atraído por su aspecto agradable. Era de baja estatura, su cabeza hacía tiempo que había perdido el cabello. El poco pelo que le quedaba, canoso, se había refugiado encima de sus orejas y debajo de su ancha nariz, donde, curiosamente, había mantenido su color moreno original. Sus ojos, pequeños y apoyados sobre enormes bolsas de piel, eran de un tono claro, que a Gabriel le pareció verde grisáceo. Vestía un pantalón gastado de pana y una camisa de franela remangada a la altura de los codos, que le daban un aspecto, más cercano al de cualquier hombre de campo de la zona, que al del dueño de aquella impresionante villa.

—Encantado de conocerle profesor, ella es Nichole, una amiga — Gabriel evitó decirle que era la hija de Ramalla, ya que no quería que Debré relacionase su visita con el asesinato, del que probablemente ya estaría enterado por la televisión.

La expresión complacida del rostro de Nichole, mientras Debré le besaba la mejilla con suavidad, le convenció de que aquel profesor francés le había caído a ella tan bien como a él mismo.

Tras las presentaciones se dirigieron al interior de la casa, que resultó no menos impresionante que su exterior. Reproducciones de cuadros y esculturas famosas, casi todas renacentistas, adornaban las paredes y vitrinas. Debré les condujo hasta la biblioteca, a la que definió como su nicho de trabajo particular. Gabriel se sintió un tanto intimidado ante la increíble colección de libros que allí había reunida. Estaban perfectamente ordenados por épocas, mostrando, claramente, la preferencia por los temas históricos de su dueño. Los libros de filosofía, arte e historia ocupaban casi todos los estantes. Tan solo algunos volúmenes de medicina, más modernos, ocupaban una de las últimas estanterías, probablemente porque la edad traía consigo nuevas áreas de interés. En un atril independiente se encontraba, abierto pero protegido por un cristal, un volumen que llamó inmediatamente la atención de Gabriel.

—Es el “Comentario del Apocalipsis” del Beato de Liébana. Sin duda el volumen más valioso de mi colección —explicó el profesor siguiendo la mirada asombrada de Gabriel—. Veo que lo conoces.

—Claro que lo conozco. Es una auténtica maravilla. El original fue escrito en el siglo VIII si no recuerdo mal —respondió Gabriel fascinado.

—El autor fue el abad del monasterio de San Martín de Liébana conocido con el nombre de Beato. Se cree que lo escribió en el 786. El original desafortunadamente se perdió, pero nos han llegado algunas de las múltiples copias realizadas en el siglo X. La mayoría fueron difundidas por monasterios y catedrales, pero algunas fueron a parar a manos de coleccionistas particulares. Esta es una copia, desgraciadamente incompleta, de una belleza innegable. Sus miniaturas se consideran unas de las primeras muestras de pintura española.

Gabriel sintió deseos de pedir a Debré que le permitiese extraer aquella magnífica obra de su urna de cristal, para poder examinarla mejor, pero miró a Nichole y su rostro impaciente le recordó a que habían venido. El profesor les ofreció unas lujosas butacas de cuero, mientras él se acomodaba tras una enorme mesa de caoba en un sillón no menos lujoso.

—Tu tío me ha explicado que necesitáis mi ayuda para identificar un objeto. Estoy impaciente por ver de qué se trata. Desde que dejé la

universidad y me retiré a esta casa, mis únicos entretenimientos son la lectura y los paseos por el campo. Os aseguro que, si no fuese por la visita diaria de mi asistenta, que se empeña en darme lecciones de filosofía lugareña mientras limpia la casa, se podría decir que tengo menos vida social que una berenjena. Lo único realmente interesante que hago habitualmente es visitar el Monasterio de Montserrat. A lo largo de los años he llegado a tener una gran amistad con el abad. De vez en cuando me permite ojear alguna de las joyas que guarda su magnífica biblioteca. Si algún día queréis visitarlo, no duden en acudir a mí, os enseñaré lugares donde ningún turista ha estado.

La sonrisa del anciano ofrecía confianza y Gabriel se decidió a abordar rápidamente el tema que les había llevado allí.

—Se trata de un puñal de un diseño bastante particular. —explicó Gabriel, abriendo su maletín de mano y extrayendo de él un envoltorio de cuero, que comenzó a desenvolver con cierto nerviosismo.

La plata brilló con fuerza, cuando la luz chocó con la superficie metálica del arma, al librarse éste de su cubierta de piel. Pierre Debré alargó su mano y lo cogió con cuidado. Rebuscó entonces entre los cajones de la mesa, hasta encontrar una lupa. Después comenzó a examinarlo con extremo cuidado, observando de cerca todos los grabados de la empuñadura. Su expresión al principio mostraba cierto escepticismo, pero poco a poco fue variando hasta demostrar un claro interés.

Gabriel miró hacia Nichole, que mantenía asombrosamente bien la compostura, a pesar de estar viendo el arma con el que un desalmado había arrebatado la vida de su padre.

Al cabo de un momento, que a Gabriel le pareció una eternidad, Debré levantó los ojos del objeto y se dirigió con la mirada hacia él.

—Es realmente fascinante. Pero, dime ¿qué conclusiones has sacado en tus observaciones? —Debré lanzó su pregunta hacia Gabriel, con el mismo tono que los profesores solían utilizar en las aulas para comprobar el nivel de atención de sus alumnos.

—No soy un experto en armas. El dibujo de los dos jinetes sobre un solo caballo, y la cruz octogonal de la parte superior, son claramente símbolos de la Orden del Temple. Sin embargo, no tengo suficientes conocimientos para saber si es auténtico o una imitación moderna.

—Aunque no puede descartarse sin un análisis químico en profundidad,

no creo que se trate de una falsificación. El diseño es demasiado minucioso, No sólo la cruz templaria o pattée⁽¹¹⁾ y el famoso símbolo de los caballeros denotan su origen, los escudos de los extremos partidos por una línea horizontal, que los divide en dos partes, la de arriba ligeramente inferior a la de abajo, son una representación monocromática del “Beausant”.

—¿Qué es el “Beausant”? —preguntó Nichole que temía perderse en la conversación — Sé que ambos son historiadores, pero yo sólo soy sicóloga y lo único que sé sobre los templarios es lo que he visto en las películas.

—Los templarios utilizaban dos estandartes de batalla. Uno constaba de cuatro cuadrados, negros y blancos alternativamente, con la cruz templaria roja en medio y el otro consistía en dos simples bloques verticales, uno blanco y otro negro. Este último, el “Beausant” o la “bella enseña”, es el representado en el puñal. El negro simbolizaba el mal, el pecado del mundo ordinario que los caballeros dejaban atrás al entrar en la Orden. El blanco, sin embargo, era símbolo de la luz y el bien. Puede decirse que el estandarte viene a simbolizar la transición entre las tinieblas, el mal, y la luz que es el bien. De hecho, el grito de guerra más conocido de los templarios era “*Vive Dieu, Saint Amour*”⁽¹²⁾. El Beausant ondeaba durante las batallas y ningún monje podía dejar de combatir mientras no se bajase el estandarte

—¿Y qué ocurría si moría el portador del estandarte? —preguntó Gabriel, que se sentía como si hubiera regresado a la facultad, en una de las conferencias de historia que tanto le gustaban.

—Si su estandarte caía, debían seguir al de la Orden del Hospital de San Juan y, si éste también caía, al de cualquier príncipe cristiano hasta que ya no quedase ninguno.

—Tal como los describe, parecen más unos guerreros que unos monjes. ¿Quiénes eran realmente? — Nichole esperaba que el historiador les explicase más en profundidad la historia de los templarios, ya que probablemente ellos eran el grupo al que se refería su padre.

—¡Esa es una buena cuestión! —Pierre Debré se lanzó hacia atrás apoyándose sobre su sillón, dispuesto a dar una clase magistral —He dedicado gran parte de mi vida a su estudio y no estoy hoy más cerca de averiguar quiénes eran que cuando comencé hace más de treinta años. Su historia oficial está más o menos clara, pero se llena de lagunas cuando intentamos profundizar en sus auténticas motivaciones. Su creación, según

todos los datos de que disponemos, se produjo a principios del siglo XII — Debré, totalmente enfrascado en su exposición, se levantó de su silla dirigiéndose hacia una inmensa librería, de la que escogió dos volúmenes que llevó con él de vuelta a la mesa. Abrió uno de ellos y, tras localizar una página concreta, continuó su relato—. La Orden del Temple fue fundada por un grupo de caballeros, probablemente nueve, liderados por Hugo de Payns, que habían participado en la Primera Cruzada en el ejército del Conde Hugo de Vermandois. En el año 1118 hicieron su voto frente al recién coronado monarca del reino de Jerusalén Balduino II. El objetivo oficial de la Orden era la vigilancia de los caminos para proteger a los peregrinos que acudían a Tierra Santa. El historiador Jacques de Vitry lo relataba así un siglo más tarde:

"Ciertos caballeros, amados por Dios y consagrados a su servicio, renunciaron al mundo y se consagraron a Cristo. Mediante votos solemnes pronunciados ante el Patriarca de Jerusalén, se comprometieron a defender a los peregrinos contra los grupos de bandoleros, a proteger los caminos y servir como caballería al soberano rey. Observaron la pobreza, la castidad y la obediencia según la regla de los canónigos regulares. Sus jefes eran dos hombres venerables, Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer. Al principio no había más que nueve que tomasen tan santa decisión, y durante nueve años sirvieron en hábitos seculares y se vistieron con las limosnas que les daban los fieles."

Hugo de Payns era pariente de los condes de Champagne y primo de San Bernardo, lo que le confirió la doble condición vocacional de monje y soldado, que le llevó a fundar la Orden. Hubo otras órdenes similares en la misma época, como la del Hospital de San Juan, fundadas por caballeros idealistas. Pero lo que diferenció al Temple de las demás fue que Balduino II les cedió como emplazamiento en la ciudad de Jerusalén las antiguas mezquitas de Oubbat al-Sakhra y Oubbat al-Aksa. Estaban situadas en el mismo lugar donde antaño se encontraba el Templo de Salomón y por ello se denominaron “Orden del Temple de Jerusalén”, siendo conocidos como caballeros templarios.

A partir de aquí es donde entramos en zona de leyendas ya que, según algunos, la finalidad real de los fundadores de la Orden, lejos de ser la de proteger los caminos a los santos lugares, se encontraría precisamente en la búsqueda de algún tipo de tesoro enterrado en el Templo de Salomón. Parece

ser cierto que los templarios, durante los primeros nueve años, no admitieron ningún nuevo miembro y que, aunque deberían estar vigilando los caminos, no consta su intervención en ninguna batalla o cruzada. Todo esto parece dar la razón a los que piensan en algún cometido secreto llevado a cabo durante este periodo.

—¿Qué clase de tesoro podían buscar? —preguntó Nichole completamente atrapada, no sólo por la historia en sí, sino también por el claro entusiasmo que provocaba en el anciano al relatarla.

—Probablemente Gabriel puede aportar más datos que yo a ese respecto. Estoy seguro que conoce ampliamente las múltiples teorías que circulan por los medios —respondió Debré con cierto sarcasmo.

Gabriel tomó la palabra un tanto afectado por la velada crítica que a su actual profesión había dedicado el profesor.

—Se han barajado múltiples hipótesis, todas ellas muy fantásticas y poco realistas, como que encontraron el Arca de la Alianza o el tesoro de Salomón e incluso hay quien sostiene que consiguieron localizar, ni más ni menos, que el Santo Grial. Todo pertenece a la pura especulación. Sin embargo, lo que sí es cierto es que el despegue económico de la Orden, tras esos primeros nueve años de aparente penuria, es espectacular y difícilmente explicable —Gabriel dijo esto último dirigiéndose a Debré, devolviéndole de esta manera el desafío dialéctico que él le dirigiese primero.

—Su riqueza no es fácil de explicar desde luego —asmitió el medievalista, con una sonrisa, dispuesto a recoger el guante lanzado por Gabriel— Puede que tuviese algo que ver el hecho de que San Bernardo de Claraval, el fundador de la Orden del Císter, fuese su valedor ante la iglesia. Era un hombre de personalidad arrolladora y gran influencia en la Iglesia Romana. Cuando Hugo de Payns viajó con otros cuatro de los templarios originales a Roma, fue él quien se encargó de defender su oficialización frente al Papa Honorio II. En el Concilio de Troyes en 1228, San Bernardo consiguió, bajo la presidencia de un legado papal, el cardenal Mateo de Albano, que se estableciese oficialmente la Orden del Temple. El Concilio pidió a los nobles y a los príncipes que ayudasen a la nueva fundación y encargó a Bernardo de Claraval que redactase una Regla para los Templarios. Creo que esta petición explica, junto con la capacidad de convicción de dos personajes como Hugo de Payns y Bernardo de Claraval, que fueran capaces de reclutar a más de 300 caballeros, reuniendo a su vuelta a Jerusalén un

capital inicial humano y monetario nada despreciable, que permitió el despegue económico de la Orden. Después, una gestión económica propia de banqueros modernos les llevó a un crecimiento espectacular. Por último, tampoco podemos obviar lo que algunos historiadores han especulado, no sin cierta base, la posibilidad de que la Orden Templaria conociera la ruta a América, siendo sus verdaderos descubridores. Si esto fuera cierto, podrían haber obtenido de ahí una importante fuente de oro y plata, lo que explicaría sus abundantes riquezas.

— Volviendo al puñal. Si suponemos que es auténtico, ¿podría tener algún significado ceremonial además del de simple arma convencional? — Gabriel necesitaba datos más concretos. Tenía la impresión de que se estaban perdiendo en especulaciones históricas que, aunque eran apasionantes, no tenían nada que ver con lo que les había traído a esta lujosa villa de Gerona— Me es difícil imaginar que los templarios, por ricos que fuesen, utilizaran como armas habituales objetos tan valiosos.

—Llevas toda la razón. Cuando un caballero ingresaba en la Orden se le entregaban tres cuchillos: uno de armas o puñal, un cuchillo para cortar el pan y la carne, y una navaja de hoja recta. Puede decirse que la posesión de un puñal era algo obligatorio para cada caballero templario. Sin embargo, éste que tenemos aquí es demasiado costoso como para tratarse del utilizado por los simples guerreros. Si es auténtico, debió pertenecer a la jerarquía superior, quizá incluso al Gran Maestro. Hay algo, sin embargo, que me tiene intrigado desde que lo he examinado. Quiero que lo mires con atención. Utiliza la lupa, si quieres, y dime qué diferencia encuentras entre sus dos caras.

Gabriel cogió la lupa que le ofrecía Debré y se dispuso, con asombro y curiosidad, a averiguar a qué se refería el medievalista. En su primer examen, en casa de su tío, le había parecido que ambas caras eran exactamente iguales, pero ahora la diferencia apareció ante sus ojos con rapidez, haciéndole sentir un tanto afectado por no haberse dado cuenta con anterioridad de aquel peculiar detalle.

—Por tu expresión veo que te has dado cuenta —observó Debré.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nichole un tanto contrariada por verse casi ignorada en aquella conversación.

—En una de las caras, el símbolo templario de los dos jinetes sobre un solo caballo es distinto al de la otra cara —esta vez fue Gabriel el que

contestó animado por la expresión del rostro del profesor—. Me parece increíble no haberme dado cuenta antes.

—¿Distintos en qué? —insistió Nichole acercándose al puñal por primera vez, no sin cierta aprensión, para comprobar por sí misma lo que Gabriel intentaba explicarle.

—Si te fijas —continuó Gabriel—, veras que los dos caballeros llevan un escudo. Pues bien, en su cara visible el escudo lleva una cruz labrada, la cruz templaria por supuesto. Sin embargo, en el reverso del puñal, en el escudo aparece un símbolo completamente distinto, una especie de copa. Es como una letra X con los brazos inferiores cerrados. Podría tratarse de una representación temprana del Grial.

—Es un símbolo realmente inquietante —intervino Debré—. Me ha recordado a un antiguo compañero de cátedra en la universidad. Un hombre, hoy en día casi olvidado por sus ideas heterodoxas. Se llamaba Bertrand Lamond. Fuimos buenos amigos durante varios años mientras dábamos clases de historia en la facultad. Desgraciadamente, terminamos enfrentándonos a causa de sus teorías extravagantes y con el tiempo hemos perdido el contacto. Si estáis interesados en desentrañar el origen de este puñal, deberíais hablar con él.

—¿Por qué cree que puede ayudarnos? —pregunto Gabriel.

—Porque la única vez que he visto un símbolo similar al que muestra el puñal, fue él quien me lo enseñó. Entonces tomé sus ideas por pura fantasía, pero ahora ya no estoy tan seguro. Sostenía una extravagante teoría sobre una orden secreta dentro de la propia Orden del Temple. Una orden en la sombra, que habría manejado los hilos de lo sucedido en aquellos años convulsos. Pero lo más fantástico de su teoría no era eso, que hasta podría tener cierta base. Lo más increíble es que creía que esa orden podía seguir activa hoy en día. Lamond es un gran estudioso de la antigüedad —sentenció Debré—, pero siempre ha tenido una concepción bastante paranoica de la historia humana, y eso ha terminado por enfrentarle a casi toda la comunidad académica.

CAPÍTULO TERCERO

1

La noche había sido ajetreada. Demasiada cerveza en el Pub y demasiado tiempo perdido con una rubia de pechos exuberantes para al final no conseguir nada. Aunque sus amigos siempre le aconsejaban que bajase su nivel de preferencias sexuales, y atacase a mujeres de aspecto menos espectacular pero más asequibles, él siempre prefería los retos difíciles. Lo que terminaba, invariablemente, en una consumición excesiva de alcohol y de dinero, para no conseguir más fruto que el de una buena resaca a la mañana siguiente.

Con la mente aún confusa, tras ducharse y desayunar frugalmente un zumo de naranja en tetrabrik y tostadas con mermelada, entró en el pequeño taller que tenía montado en una habitación. Sentándose frente al ordenador, se dispuso a comprobar si su trabajo nocturno había dado los frutos deseados.

El programa había terminado de examinar el sistema de ficheros de la grabadora y mostraba una serie de errores que, aparentemente, había reparado con éxito. Iván cogió la grabadora y navegó por los menús hasta encontrar el fichero estropeado con la intención de reproducirlo, tal y como lo hizo en su primer intento. Un ruido sordo surgió de los pequeños altavoces como si estuviesen ajustando su volumen. Tras unos segundos de ruidos inidentificables, la voz de Gabriel llegó hasta él con claridad: “*¿Por qué un criminólogo famoso como usted escribe un libro sobre un tema tan controvertido como la Sábana Santa? En mis notas...*”

Iván escuchó con satisfacción la grabación. Una vez más, había conseguido reparar lo irreparable. Gabriel estaría contento. A lo mejor conseguía, por una vez, que le pagase con prontitud. Decidió dejar la grabadora en marcha mientras trabajaba en un ordenador a medio montar que le habían dejado dos días atrás. Nunca entendería ese afán de la gente por intentar aprovechar ordenadores demasiado antiguos con sucesivas ampliaciones, que salían prácticamente por el mismo precio que comprar un ordenador nuevo más potente. Pero, no sería él quien les explicase que estaban tirando el dinero, al fin y al cabo lo tiraban en su cuenta corriente.

Estaba ya apretando los últimos tornillos de la caja del ordenador,

cuando un fuerte golpe proveniente de la grabación llamó su atención. Se acercó al reproductor y, tras rebobinar unos segundos, comenzó a escucharla con más atención. Una tercera voz se había unido a la conversación. A medida que oía la cinta, la cara de Iván comenzó a palidecer. Ahora comprendía la urgencia e interés de Gabriel por arreglar aquella grabación y quedaba claro por qué no la había llevado directamente a las autoridades. Unas últimas palabras, pronunciadas justo antes de que un brusco ruido antecediese el drástico final de la grabación, le llenaron de pánico. Gabriel estaba en peligro e iba a ser muy complicado advertirle de lo que ocurría.

Aprovechando que la grabadora aún estaba conectada al ordenador por el puerto USB, copió el fichero al disco duro, con la intención de realizar inmediatamente una copia de seguridad en CDROM y llevarla la policía.

2

Simón estaba cansado. Había conducido toda la noche en el pequeño Fiat Punto de dos puertas que había robado la tarde anterior. Lo había escogido por su discreto tamaño y su aspecto envejecido, que le permitiría circular con discreción sin llamar la atención. No conocía a la policía española, pero era de suponer que, como todos los policías del mundo, prestarían más atención a un coche lujoso o totalmente desvencijado, que a un vehículo sencillo con aspecto de llevar bastantes kilómetros encima.

Cuando salió de Barcelona en dirección a Madrid, hizo una parada, ya de noche, en un pequeño pueblo que eligió por su aspecto solitario. Aprovechando la oscuridad y que estaba medio desierto, le fue bastante sencillo cambiar las placas de la matrícula de su vehículo por las de un viejo coche medio abandonado que localizó junto a la carretera. Aunque pretendía cambiar pronto de vehículo, toda precaución le parecía poca para la misión que debía realizar.

Al llegar a Madrid, paró junto al andén para realizar una llamada telefónica desde un móvil prepago, que había comprado con datos falsos en Barcelona.

Una música orquestal comenzó a lanzar sus ritmos melódicos por el auricular, anunciando una probable larga espera. Para sorpresa de Simón, la música se interrumpió nada más empezar. La voz cálida de una mujer joven la sustituyó, utilizando el tono de una azafata de avión con la lección a recitar

bien aprendida,

—Redacción de la revista “Misterios del Pasado”. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días buscaba a Gabriel King.

—Lo siento, pero el Sr. King no está en la redacción. ¿Quiere que le deje algún mensaje?

—Necesito hablar con él urgentemente. He estado llamándole a su casa, pero no hay forma de dar con él. Pensé que quizá hubiese ido a la redacción —Simón intentó imprimir la mayor sinceridad posible a su voz—. Me preguntaba si podría darme su número de móvil para poder localizarle.

—Lo siento, no nos está permitido ofrecer información particular del personal de esta empresa —Simón sonrió al comprobar cómo la secretaria respetaba rigurosamente las normas de confidencialidad de la revista.

— Lo entiendo, pero quizá pueda usted ayudarme. Soy comercial en una empresa de seguros, hace unos días se me estropeó el ordenador portátil con todos los datos de clientes, ventas y demás. Como comprenderá, me supuso un auténtico estropicio. Gabriel me recomendó a un amigo suyo que reparaba ordenadores, Iván Medeiros. Le llamó por teléfono y quedamos en que hoy le llevaría el equipo al taller. El problema es que he perdido el papel con la dirección que me dio Gabriel y no consigo recordarla. Quizá tenga usted sus datos por ahí, Gabriel me dijo que reparaba los equipos de la revista.

—Espere un momento, lo comprobaré. Con un poco de suerte lo tendré en el listín de mantenimiento —la mujer parecía animada por poder demostrar su eficiencia como recepcionista.

La voz desapareció de nuevo y la música orquestal retomó su ritmo original. Simón extrajo de su bolsillo un bolígrafo y un trozo de papel y se dispuso a anotar la dirección. La voz de la secretaria reapareció y con satisfacción le anunció que había encontrado los datos del técnico.

Simón había pasado en Madrid casi dos años y se dio cuenta, al ir tomando nota de lo que la secretaria le decía, de que conocía el lugar indicado. Era una calle pequeña, pero bastante céntrica, paralela a la Gran Vía madrileña.

Llegó al lugar en apenas unos minutos. Dejó el coche en una

callejuela perpendicular a la calle que buscaba. Se bajó del coche, dirigiéndose a un Burger King muy cercano que divisó desde el automóvil, donde se tomó una hamburguesa de las más grandes que servían y una buena cantidad de patatas fritas. Aunque aún era temprano para una comida en Madrid, a penas las once de la mañana, estaba hambriento tras conducir toda la noche y sabía que después no podría entretenerse.

Tras reponer fuerzas, salió al exterior del local y se dirigió andando a la casa que buscaba. Se encontraba a escasamente doscientos metros de donde había dejado el automóvil. Era un edificio muy antiguo, probablemente de más de cincuenta años. La fachada, en un pésimo estado de conservación y con aspecto casi ruinoso, conservaba a pesar de todo cierta elegancia remanente de los tiempos mejores en que debió construirse. El portal estaba presidido por una enorme puerta de madera medio corroída por las termitas. Paradójicamente, sobre la madera vieja y astillada del marco se había instalado un moderno portero automático con cámara de vídeo. Simón se acercó y lo observó con detenimiento. Encima de la tecla que correspondía a la tercera planta, una pegatina anunciaba que en la letra B había un taller de reparación de ordenadores. Pulsó el botón, colocándose donde le enfocara bien la cámara y esperó la respuesta.

—¿Quién es? —preguntó una voz masculina con un ligerísimo acento portugués, que Simón reconoció rápidamente.

—Buenos días. Vengo de la redacción de “Misterios del Pasado”. Me han dado un equipo para que se lo entregue.

El hombre pareció dudar durante unos instantes. Simón temió que el técnico de ordenadores desconfiase y no abriese la puerta. Pero, tras un momento de titubeo, se oyó el pitido sordo del portero y la puerta de madera roída se abrió con una suavidad sorprendente.

No había ascensor por lo que Simón subió los tres pisos por la escalera, mientras observaba detenidamente las puertas del resto de viviendas. Excepto las del primer piso, la mayoría de las viviendas parecían estar abandonadas, lo que se deducía fácilmente de su deplorable estado y del polvo y suciedad que se acumulaba en su parte baja, denunciando su falta de uso.

Al llegar a la puerta del informático, se dio de bruces con un enorme cartel en el que se anunciaban todos los servicios ofrecidos por el técnico y que, con su desmesurado tamaño, invadía parte de la entrada del piso

contiguo. Este detalle, junto a la suciedad de la puerta, le indicó que no habría que preocuparse por un posible vecino.

Iván Medeiros le esperaba con expectación. Se trataba de un hombre joven, de no más de treinta años, pelirrojo y con el pelo rizado. Era muy delgado, con aspecto de no hacer demasiado ejercicio.

—¿Dónde está el ordenador? —preguntó al observar con extrañeza que Simón tan sólo traía un pequeño maletín en su mano izquierda.

—No voy a poder subirlo sólo. Necesitaré que me ayude. Es un monitor antiguo, de esos enormes de tubo que pesan una tonelada. He pensado que era mejor traerle primero la nota de la redacción explicándole la avería.

Simón vio dibujado en el rostro del técnico que algo iba mal. Éste, asustado, intentó cerrar la puerta de la vivienda, por lo que se vio obligado a actuar con rapidez. Simón introdujo el maletín que llevaba, a modo de palanca, entre la puerta y el marco, impidiendo que ésta pudiera cerrarse. Iván dio un paso hacia atrás aterrorizado, pero no pudo evitar que la mano enguantada de Simón le atrapase por el cuello, impidiéndole respirar, mientras le arrastraba al interior de la vivienda.

—No intente hablar ni soltarse o le romperé el cuello —dijo Simón, entrando en la casa y cerrando la puerta tras de sí, tras apartar su maletín de un puntapié—. Si permanece tranquilo no le pasará nada.

Iván asintió con la cabeza en señal de aceptación. La falta de aire y el dolor que sentía en la garganta le impedían razonar con normalidad. Sólo podía pensar en librarse de aquella presa de hierro que amenazaba con ahogarle. Simón le soltó lentamente. Al verse libre, Iván comenzó a toser violentamente, notando como el aire volvía a sus pulmones. Simón le cogió ahora de un brazo y le arrastró, medio mareado, hacía una habitación llena de ordenadores a medio montar. Una vez allí, le arrojó, literalmente, sobre una silla obligándole a sentarse.

—Mi nombre es Simón. Aunque, si no me equivoco, eso ya lo ha adivinado. Supongo que se imagina por qué estoy aquí.

—No sé de qué me habla —respondió Iván con la voz ahogada.

—Esa no es una actitud adecuada. Si no colabora conmigo, tendré que tomar medidas que no serán agradables y que me gustaría evitar. Sólo quiero una cosa de usted, la grabación que ha recuperado. Si me la entrega,

junto con la grabadora de audio y cualquier copia que tenga, me iré por donde he venido y podrá volver a su trabajo como si nada hubiese pasado.

Simón observó a Iván con lástima. El hombre miraba a su alrededor buscando alguna vía de escape, pero Simón sabía que, salvo gritar, lo cual sería absurdo dada la ausencia de vecinos y el grosor de los muros de un edificio tan antiguo, la única opción que tenía el técnico era enfrentarse a él, pero la diferencia física entre ambos hombres era abismal. Por un momento, Simón sintió ganas de que lo intentase, de esta forma lo que tenía que hacer le resultaría más sencillo. Sin embargo, Iván bajó su mirada al suelo y Simón comprendió que no lo haría.

—De acuerdo, se lo daré todo —admitió Iván, consciente de su falta de alternativas—. La grabadora está ahí mismo, sobre la mesa y sólo tengo una copia, que aún está en el lector de CD del ordenador.

—Muy bien. Cójalas usted mismo y entréguemelas en la mano.

Iván, resignado, cogió la grabadora de audio rota de la mesa y, abriendo el lector de CD del ordenador, extrajo el disco que había en su interior. Después se acercó y se lo entregó todo.

Simón examinó con cuidado el material que Iván le había entregado y sonrió levemente. El aparato era efectivamente el que él mismo arrojase contra el suelo en la habitación de Ramalla, pero se encontraba ahora aún más deshecho de lo que recordaba. Echó un nuevo vistazo a la mesa del ordenador. En un lateral, casi escondida tras la CPU, descubrió una segunda grabadora, idéntica a la que tenía en sus manos, pero en perfecto estado, que parecía estar unida por un cable al ordenador.

—Vuelva a sentarse, por favor —Simón se acercó a Iván con tristeza. Una vez éste se hubo sentado, giró su silla hasta ponerlo de cara al ordenador, situándole de espaldas a él—. Siento decirle que esto no va a ser tan sencillo. Debería haberme hecho caso. Me temo que he visto perfectamente la grabadora de audio digital nueva que tiene conectada al equipo. No es muy difícil imaginar que es en ella donde está ahora la grabación restaurada. ¿No es cierto? Pero no se preocupe, no es el único que ha mentido...

Iván intentó levantarse de la silla, pero las manos férreas de Simón le asieron de nuevo por la garganta con fuerza, comenzando a estrangularle de forma inexorable.

—Siento mucho tener que hacer esto —la voz de Simón sonaba con

auténtico pesar mientras aumentaba la presión sobre la garganta de su desprevenida víctima—. Consuélese pensando que su espíritu tendrá ahora la oportunidad de volver a su auténtico hogar junto al Señor, y que con su sacrificio habrá contribuido a que una enorme locura no se instaure en este mundo infernal que es la Tierra.

Iván intentó desprenderse de aquellas manos de hierro agitándose violentamente en la silla. Por un momento, pareció capaz de levantarse, arqueando el cuerpo de tal forma que obligó a Simón a aumentar su presión. Según perdía las fuerzas, la conciencia comenzó a abandonar la mente de Iván, que poco a poco se sumergió en un mar de calma y olvido.

Simón notó como el cuerpo se estremecía por última vez hasta quedar laxo entre sus manos. Se apartó lentamente de él, hasta soltarle por completo. Giró la silla una vez más y se enfrentó al rostro sin vida del técnico. Sus ojos estaban abiertos de forma desmesurada, pero extrañamente vacíos. El temor y la ansiedad habían desaparecido de su semblante. Le observó con atención, preguntándose en qué momento el espíritu lo había abandonado realmente. Con pesar, cerró sus párpados y le cogió en brazos con sumo cuidado, llevándolo hasta otra habitación donde encontró una cama de matrimonio aún deshecha, en la que lo depositó con respeto.

Volvió después junto al ordenador y extrajo el disco duro de su interior, que, junto con las grabadoras de audio y el CD, guardó en su maletín, con la intención de examinarlo más adelante. Luego destruyó el resto del equipo, asegurándose de que esta vez ningún otro informático, excesivamente inteligente, pudiese recuperar dato alguno. Tras terminar su labor destructora, se dirigió a la cocina. Extrajo del maletín que llevaba un pequeño dispositivo, se trataba de un temporizador unido a un mechero eléctrico, que él mismo había confeccionado. Lo programó en media hora y lo colocó en la encimera de la cocina. Después, abrió las llaves de gas y cerró bien todas las ventanas del piso para que el mortal elemento se condensase rápidamente. Por último, buscó las llaves de la casa, que encontró en un curioso llavero colgado tras la puerta de la cocina, introdujo la llave en la cerradura por la parte interior de la vivienda, para evitar que nadie pudiese abrir con facilidad desde fuera y salió cerrando la puerta tras de sí.

Al llegar a la acera, comprobó el tiempo transcurrido en su reloj. Aún faltaban veinte minutos para la explosión. Procurando mantenerse calmado, comenzó a caminar lentamente, a la vez que entonaba en su mente una

plegaria por el alma del infortunado al que acababa de arrebatar la vida.

3

Tras consultar algunas agendas, Pierre Debré localizó la dirección de su viejo compañero de cátedra, Bertrand Lamond. Vivía retirado en *Mende*, su pueblo natal situado en la provincia de *Lozère* en Francia. Gabriel y Nichole se despidieron de Debré, dándole las gracias por su ayuda y volvieron a su automóvil aparcado en el exterior.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Nichole, mientras arrancaba el automóvil y se dirigía hacia la puerta de la finca, que ahora les esperaba abierta de par en par ansiando su salida.

—No lo sé, es todo muy extraño. Hay numerosos grupos que reclaman ser hoy en día herederos del Temple, pero nunca he oído que ninguno haya sido reconocido como auténtico—. Gabriel, más que contestar a Nichole, reflexionaba en voz alta.

—Mi padre me habló de un antiguo grupo, aparentemente extinto. Es mucha casualidad, tenía que referirse a ellos.

—Es posible. Pero, lo que no entiendo es por qué unos supuestos templarios querrían matar a tu padre, ni qué tiene que ver todo esto con la Sábana Santa. No olvides lo que Miralles nos mostró en la comisaría.

—¿Cómo podría olvidarlo? —musitó Nichole con tristeza—. Era mi padre el que estaba en aquellas fotos.

Gabriel se arrepintió en el acto de lo que acababa de decir. Por un momento había olvidado que aquella muchacha de pelo negro había perdido a su padre hacia a penas cuarenta y ocho horas.

—Perdona, no quise decir eso. No sé en qué estaba pensando, también yo perdí a mi padre con apenas diecisiete años.

Nichole le miró con sorpresa, apartando momentáneamente la mirada del camino de grava para fijarse en los ojos de Gabriel.

—¿Qué ocurrió? —preguntó.

—No me resulta fácil hablar de ello— respondió con sinceridad Gabriel, dándose cuenta de que contarle ahora su historia familiar sólo serviría para que Nichole continuase dando vueltas a su propia pérdida—. Prometo contártelo más adelante, pero ahora debemos tomar una decisión.

—¿Qué decisión?

—Muy sencillo... ¿Volver a Barcelona o ir directamente a *Mende* a buscar a Bertrand Lamond? Sólo son unos cuatrocientos kilómetros de carretera.

El coche se acercaba al final del camino forestal levantando una nube de polvo a su paso. Nichole paró el automóvil al llegar a la carretera principal. Miró a un lado y a otro y luego al salpicadero, donde el reloj digital le mostraba la hora. Eran casi las dos de la tarde. Si iban hacia Francia tardarían unas cuatro horas. La tarde se les echaría encima y deberían pasar por lo menos una noche en el pueblo francés. Tras observar a Gabriel, tomó una decisión, metió primera y comenzó a girar hacia la derecha.

—Supongo que eso significa que vamos a Francia — exclamó Gabriel satisfecho.

—De momento vamos a *Monistrol* a comer algo. Yo también estoy impaciente por hablar con Lamond —reconoció la mujer mirando a Gabriel con una sonrisa—, pero ahora mismo me muero de hambre.

4

Xavier Miralles acarició los extremos de su bigote dorado, bajando después por su corta perilla hasta juntar los dedos bajo su garganta, para, a continuación, volver a la posición inicial y comenzar a repetir la misma operación. Aquel gesto surgía de forma inconsciente cada vez que necesitaba concentrarse profundamente. Sobre su mesa, como en un loco puzle, numerosas fotografías se hallaban esparcidas junto con los folios que contenían el estado actual de la investigación del caso Ramalla.

En dos días habían avanzado considerablemente. Tenían una descripción física del sospechoso y habían podido esclarecer con bastante exactitud cómo se había producido el asesinato. Pero, aun así, no estaban ni siquiera un poco más cerca del quién ni del por qué. No habían podido encontrar ni una sola evidencia física, ni huellas, ni rastros de ningún tipo. El criminal había demostrado una eficacia propia sólo de auténticos profesionales.

Miralles cogió una vez más el examen del forense y comenzó a releerlo de nuevo intentando, aunque con poca esperanza, encontrar algún detalle que le hubiese pasado desapercibido.

El teléfono del despacho comenzó a sonar con insistencia. Miralles, molesto por la interrupción, lo descolgó con reticencia. La voz de la recepcionista le informó de que tenía una llamada de una comisaría de Madrid.

—Soy Jorge Ezquerro, comisario de la Comisaría de Centro de la calle Luna en Madrid. Le llamo porque tenemos un caso que pensamos que puede estar relacionado con el asunto que está usted investigando.

—Supongo que se refiere al caso Ramalla —respondió Miralles, que supuso de inmediato que debía tratarse de un asunto realmente importante para que le llamase directamente un comisario.

—Efectivamente. Tengo aquí el fax que nos remitieron. Tras examinarlo, he creído conveniente informarle de un suceso que ha tenido lugar ayer. Se trata de un incendio en una calle muy cercana a nuestra comisaría.

—¿Un incendio? —preguntó el inspector sorprendido.

—Comenzó con una explosión, que yo mismo pude oír desde mi despacho, por lo que puede imaginar lo cerca que se produjo. Acudimos inmediatamente. Se trataba de un edificio bastante antiguo. La planta tercera estaba ardiendo completamente. Gracias a Dios, los bomberos llegaron con mucha rapidez y pudieron controlar el incendio y evitar que progresase al resto del inmueble. Mis hombres lograron evacuar a los pocos inquilinos que había en el edificio. Afortunadamente sólo la primera planta y la tercera, donde fue la explosión, estaban ocupadas.

—¿Pudieron determinar el origen de la explosión? —preguntó Miralles cada vez más intrigado, ya que no veía que relación podía tener aquel suceso con el expediente que tenía encima de la mesa.

—Los bomberos dijeron encontrar un fuerte olor a gas cuando entraron en la tercera planta, lo que sumado a la antigüedad del lugar nos indujo a pensar, en un primer momento, que se trataba de una explosión accidental por escape de gas. Sin embargo, cuando los bomberos pudieron acceder al interior del piso donde se originó el incendio, comprobaron que todas las llaves del gas se encontraban abiertas y las ventanas cerradas. Al llegar al dormitorio principal, encontraron un hombre tendido en la cama. Afortunadamente el cuerpo no estaba completamente calcinado, lo que ha permitido determinar con precisión el motivo del fallecimiento. No había

muerto por las quemaduras ni por los efectos del gas, había sido estrangulado.

—¿Piensa que este crimen puede estar relacionado con el asesinato del Dr. Ramalla?

—Le estoy enviando ahora mismo un fax con una fotografía del cuerpo, tal como fue encontrado —el sonido del fax comenzó casi de inmediato, mientras con ritmo cansino la impresora empezaba a pintar una imagen en el delgado papel de la máquina—. Siento la mala calidad, pero prefiero que lo vea por sí mismo.

La imagen terminó de imprimirse con un zumbido final. El papel avanzó lentamente unos centímetros hasta permitir su corte manual, que Miralles realizó con impaciencia.

Al principio le costó descifrar lo que estaba viendo, pero pronto la fotografía, brutalmente contrastada por el Fax, le reveló la escena que le describiese el comisario. Era la imagen de un dormitorio con las paredes y el suelo renegridos por el fuego. En la cama aparecía una figura tendida en una posición, que Xavier Miralles conocía muy bien, ya que la tenía frente a él en casi todas las fotografías esparcidas sobre su mesa. Era la misma postura que tenía Ramalla, la misma que se reflejaba en el sudario de Turín.

—Supongo por su silencio que ya ha visto la fotografía —inquirió el comisario desde el otro lado de la línea telefónica.

—La he visto y el parecido de la postura es asombroso, pero podría ser casual. Necesitamos algo más para ligar ambos homicidios.

—Tenemos algo más inspector. Cuando investigamos al fallecido, descubrimos que se llamaba Iván Medeiros Cardeñosa. Era un técnico informático portugués, afincado desde hace ocho años en Madrid. Revisamos sus clientes y encontramos que trabajaba habitualmente para “Mundo Misterioso” y que, en su facturación, había varios recibos a nombre de “Gabriel King”. Le mandaré todo lo que tenemos hasta ahora por correo urgente para que pueda examinarlo y espero que usted nos haga llegar la documentación que tenga del caso Ramalla. A partir de ahora, tendremos que coordinar las investigaciones.

Miralles comprendió de inmediato por qué le había llamado el comisario en persona. Se trataba de una operación en la que habrían de cooperar con Madrid. Probablemente, su propio comisario estuviese ya al

tanto de todo. Aquello significaba que la investigación estaba a punto de escapársele de las manos y no estaba dispuesto a dejar pasar un caso así, para volver a los traficantes y drogadictos habituales. Debía hacer algo rápidamente, y era algo que a su mujer no iba a gustarle demasiado.

—Creo que lo mejor será que me traslade yo mismo a Madrid —se ofreció Miralles, consciente de que aquella decisión le costaría una fuerte discusión en casa, cuando le contase a su mujer que debía ir a Madrid sin ni siquiera saber durante cuánto tiempo.

—Por nuestra parte no hay ningún problema —concedió el comisario—. Podrá trabajar con nosotros el tiempo que sea necesario. Consúltelo con sus superiores y comuníquenos su decisión.

Tras despedirse, la mente de Miralles retrocedió en el tiempo hasta la entrevista que había tenido con Gabriel King. Recordaba que le había parecido que en algunos momentos estaba excesivamente nervioso. Aun así, no había sospechado de él, y mucho menos, después de que Nichole le asegurase que había dicho la verdad, antes de salir casi corriendo de su despacho. Pero ahora todo había cambiado. De alguna manera, el periodista estaba relacionado con lo que estaba pasando. Debía localizarle cuanto antes.

Pensativo y confuso, volvió su vista hacia la mesa y comenzó lentamente a recoger las fotografías y la documentación que en ella había esparcidos.

5

Gabriel disfrutó de la comida con Nichole, como no lo había hecho desde que dejase Madrid. Aunque el entorno del pueblo, con su ambiente sosegado y su paisaje mágico a los pies de Montserrat, había contribuido intensamente a su relajación, debía reconocer que, quien de verdad consiguió el pequeño milagro de hacer desaparecer la ansiedad de sistema nervioso, había sido Nichole. Parecía que su confesión a medias en el coche, había servido para derribar por fin sus últimas barreras de desconfianza hacia él. Desde aquel momento, se había mostrado con él mucho más abierta y confiada.

Eligieron un restaurante situado en una bonita plaza del pueblo de *Monistrol*, por su agradable ambiente rústico. El interior estaba decorado a modo de un viejo caserón, con paredes de piedra vista y arcos abovedados

que le daban un cierto aire medieval. Nichole insistió en escoger ella los platos a tomar, para que Gabriel disfrutase de la cocina catalana que apenas conocía. Como entrante eligió unos *calçots con romero*, de primero *cargols a la llauna* y como plato principal *conill amb alli oli*⁽¹³⁾. Todo ello regado por un rioja de la casa. De postre pidieron, como no podía ser de otra manera, una deliciosa *crema catalana*.

Durante la comida, olvidaron por completo lo que les había llevado allí y disfrutaron como cualquier pareja normal. Cuando terminaron de apurar la última cucharada del delicado postre, cada uno pagó su parte de la espléndida comida. Gabriel consultó entonces su reloj, dándose cuenta de que habían estado en el restaurante casi dos horas.

—Se nos ha hecho bastante tarde —observó Gabriel con preocupación, temiendo que la mujer decidiese finalmente volver a Barcelona—. Si nos vamos ahora a *Mende*, tendremos que pasar allí la noche e intentar localizar al historiador mañana.

—Cuanto más tiempo estemos aquí más tarde llegaremos y nos será más difícil encontrar un buen sitio para dormir. Así que vayámonos ya, antes de que nos arrepintamos —repuso Nichole sonriendo, mientras se ponía su cazadora vaquera—. Si ese hombre sabe algo que pueda ayudarnos a dar con los que asesinaron a mi padre, no quiero perder ni un segundo en encontrarle.

—La verdad es que yo también me muero de ganas por hablar con él —reconoció Gabriel, mientras observaba de nuevo a Nichole. Paradójicamente, el recuerdo de Laura acudió a su memoria y, sin poderlo evitar, realizó una comparación mental entre ambas. Sorprendentemente Nichole ganó la competición imaginaria. Gabriel ladeó la cabeza y apretó los labios inconscientemente, mientras se confesaba a si mismo que aquella mujer empezaba a gustarle intensamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Nichole que había percibido su peculiar gesto.

—No es nada, creo que he comido demasiado —se excusó Gabriel frotándose la tripa teatralmente, mientras se introducía en el ahora polvoriento automóvil de Nichole.

El camino a *Mende* fue más atropellado de lo previsto. Tardaron casi dos horas en llegar a la frontera con Francia, siguiendo un mapa de carreteras que Nichole guardaba en la guantera de su coche. Una vez en el lado francés,

tuvieron que comprar otro mapa de carreteras en una gasolinera, para poder continuar. A partir de allí, Gabriel condujo el resto del camino, a pesar de las protestas de Nichole, empeñada en seguir al volante durante todo el viaje.

Comenzaban a pensar que no había sido tan buena idea ir tan tarde al pueblo francés, cuando, tras pagar un último tramo de peaje, vieron en la salida de la autopista el cartel que indicaba: *Mende / Monastier (Le) / Chirac / Chana / Florac*. Aquello les dio nuevos ánimos, haciéndoles suspirar aliviados al saber que pronto estarían en la localidad buscada. Aún faltaban unos cuarenta kilómetros para su destino, pero la media hora que tardaron en este último trayecto se les hizo mucho más corta. Finalmente, tras atravesar una glorieta, llegaron al pueblo de *Mende* en la localidad de *Lozère*. Habían tardado más de cinco horas.

El pueblo parecía un lugar en pleno crecimiento. Edificios muy modernos circundaban su casco antiguo que, a pesar de todo, conservaba orgulloso su aspecto medieval, ayudado por la presencia, en el centro de la localidad, de una majestuosa catedral gótica.

Gabriel se dirigió directamente a la zona antigua, en busca de algún hotel cercano. Sabía que la vivienda de Bertrand Lamond se encontraba en aquella zona y pensó en localizar un hotel o pensión lo más cercana posible. Paró el automóvil ante un edificio con cierto aire oficial, en cuya puerta algunas personas de mediana edad estaban charlando amigablemente. Se bajó del automóvil, confiando en poder hacerse entender en español o quizás en inglés, ya que no hablaba una palabra de francés. Al llegar a la altura del gentío allí congregado y justo cuando iba a comenzar a hablar, una mano tocó su hombro con suavidad, era Nichole, que sonriendo le susurró al oído: “*Déjame a mí*”.

Nichole comenzó a hablar con aquellas personas en un francés de pronunciación impecable. Tras unos minutos y una conversación, a la que Gabriel asistió de convidado de piedra, Nichole se dirigió de nuevo hacia el automóvil.

—No sabía que hablastes francés.

—No lo habías preguntado —repuso Nichole con sencillez—. Será mejor que ahora conduzca yo, me han aconsejado un hotel cerca de aquí.

Tardaron apenas unos minutos en llegar. Se trataba de un edificio no muy grande, de color blanco impecable y con tejados de pizarra gris. Sólo

contaba con unas treinta habitaciones pero, afortunadamente, estaba medio vacío por lo que les fue fácil conseguir dos habitaciones sencillas en la segunda planta. En la planta baja, el hotel disponía de una cervecería que servía comidas ligeras, donde Nichole y Gabriel pudieron cenar, rodeados de un mobiliario de madera rústica y de una decoración de frescos y esmaltes alsacianos.

6

Después de tomar un abundante desayuno en el hotel, consistente en café con leche con croissants y brioches rellenos de chocolate, que ambos devoraron con infantil glotonería, salieron en busca de la casa de Lamond. Encontraron la vivienda del historiador a media mañana. La casa, de aspecto bastante antiguo aunque bien conservada, era una vivienda sencilla de dos plantas con la fachada enyesada en blanco y techos de pizarra. Estaba situada muy cerca de la catedral, a dos pasos del hotel en que se alojaban. Ante su visión, coincidieron al pensar que no parecía que a Bertrand Lamond le hubiesen ido tan bien las cosas como a su antiguo compañero de cátedra Pierre Debré.

Llamaron al timbre un par de veces antes de que una mujer baja, de complexión muy gruesa, con el pelo blanco por la edad y aspecto desconfiado, les abriese la puerta. Era la mujer del profesor. Tras una leve explicación por parte de Nichole, que Gabriel no pudo entender, les dejó entrar, no demasiado convencida, al interior de la vivienda mientras llamaba a su marido.

Bertrand Lamond apareció desde el fondo del pasillo y se dirigió hacia ellos rápidamente. Era un hombre de gran estatura. Gabriel pensó que, si no fuese por la ligera curvatura que la edad había impreso en su espalda, aquel hombre sería probablemente un poco más alto que él, que presumía de medir más de metro ochenta. Estaba completamente calvo, su cara era alargada y sus ojos pequeños y oscuros. El conjunto lo completaba una perilla acompañada por un bigote rizado en los extremos, ambos, sorprendentemente, sin traza alguna de canas.

—¿Quiénes son? —preguntó en un perfecto español, con una clara hostilidad en su voz y sin ni siquiera darles la mano.

—Venimos de parte del profesor Pierre Debré —explicó Gabriel, animado al ver que el profesor había adivinado su nacionalidad y dominaba perfectamente el español—. Mi nombre es Gabriel y ella es Nichole.

—¿Debré? Hace mucho tiempo que no tengo nada que ver con él— el hombre no parecía especialmente contento al oír el nombre de su antiguo compañero.

—No se trata de nada relacionado con él —intervino Nichole intentando calmar al profesor, que parecía muy poco dispuesto a escucharles—. Estamos intentando identificar la procedencia de un puñal templario y él nos dijo que usted podría ayudarnos.

—¿Qué tiene de particular ese puñal? Debré es un perfecto conocedor de la historia oficial templaria. No entiendo por qué necesitaría de mi ayuda para algo tan sencillo para él— al pronunciar la palabra “oficial”, el profesor imprimió un fuerte desprecio en su tono, que no les pasó desapercibido.

—Nos dijo que usted nos ayudaría a descifrar un símbolo que aparece sobre él. Es una especie de copa. Si sólo nos deja que se lo mostremos... — repuso Gabriel, mientras comenzaba a extraer de su maletín el preciado objeto.

La mirada del profesor brilló por un instante y Gabriel supo que habían captado su atención. Sin embargo, de forma casi inmediata su rostro cambió y se dirigió a ellos de forma casi violenta.

—Será mejor que se vayan, ya no me dedico a estos temas —una mezcla de rabia y pesadumbre oscureció el rostro del historiador—. No quiero saber nada de ese asunto.

Nichole y Gabriel se vieron prácticamente empujados por aquel hombre hacia la puerta. Cuando Gabriel, resignado, se daba la vuelta en dirección a la calle, vio en el rostro de Nichole la mirada de decisión y rabia, que ya conocía y supo que se disponía a replicar a Lamond. Nichole se volvió hacia el profesor con indignación.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó con el rostro encendido por la rabia— ¡Ni siquiera nos ha escuchado! ¡Necesitamos su ayuda! ¡No hemos recorrido quinientos kilómetros para que una estúpida rivalidad entre académicos nos impida averiguar quién ha matado a mi padre!

Cuando la oyó decir aquello, Gabriel pensó que ahora no sólo les echarían de la casa, sino que lo más probable es que llamasen a la Gendarmería y terminasen dando explicaciones en alguna comisaría francesa. Para asombro de Gabriel, Bertrand Lamond, que había permanecido callado recibiendo el rapapolvo de Nichole con seriedad sepulcral, se dirigió a ellos

con el tono de su voz repentinamente calmado.

—¿Quién era su padre? —preguntó a Nichole con cautela.

—Friederich Ramalla —admitió Nichole con resignación y cierto arrepentimiento por su exceso verbal.

El historiador les miró de nuevo, meditando la decisión a tomar. Durante un momento el tiempo pareció detenerse a su alrededor. Finalmente les invitó a acompañarle al interior de la vivienda.

Como hiciese Debré, Bertrand Lamond les llevó a su lugar de trabajo. Se trataba de una pequeña habitación, repleta de libros en los que el tema dominante era la Edad Media y especialmente los templarios. Sin embargo, a diferencia de Debré, la austeridad dominaba la estancia. No había prácticamente adorno alguno en los estantes. En las paredes no había cuadros de ningún tipo salvo el amarillento título de “Doctorado en Historia del Arte”, que colgaba de la pared en un lateral de la habitación situado entre dos librerías.

Margot, la mujer del profesor, a la que éste les presentó educadamente, les trajo unas sillas para que pudieran acomodarse alrededor de la mesa de trabajo del profesor.

—Muéstrenme el puñal —les pidió Bertrand Lamond.

—Gabriel extrajo el arma de su maletín y se lo acercó con cuidado. El profesor lo cogió, girándolo sobre sus manos un par de veces. Gabriel le observó mientras meditabundo posaba la mirada sobre el famoso símbolo.

—Cuéntenme de dónde ha salido, por favor.

Gabriel le contó someramente la muerte de Ramalla. Aunque en un principio pensó ocultarle su desafortunada actuación en aquel trance, algo en la mirada de aquel extraño individuo situado frente a él, le hizo confesarle toda la verdad sin ocultar una sola coma. Presentía que sólo con la verdad podrían conseguir la información que necesitaban. La mirada de Nichole le confirmó que aprobaba su decisión.

Cuando Gabriel terminó su relato, Nichole le contó al profesor lo que su padre la confesase antes de la entrevista, dándole de esta forma toda la información de que disponían.

—Este puñal es efectivamente templario —Bertrand Lamond tomó la palabra recostándose sobre su asiento, dispuesto en apariencia a darles una

larga explicación—, pero no es un puñal ordinario. Para comprender su significado, debéis entender la historia de la Orden del Temple. Supongo que Debré os explicaría su historia oficial. No me le imagino desaprovechando la oportunidad de soltar a dos neófitos una de sus clases magistrales.

—Nos contó en términos generales la historia de su fundación, deteniéndose en particular en lo referente a su misteriosa y fulgurante ascensión económica. De todas formas, yo ya conocía, aunque superficialmente su historia. Aunque trabajo como periodista, soy Licenciado en Historia —Gabriel pensó que sería conveniente comentar su formación académica para evitar cualquier confusión que pudiese perturbar las nuevas y buenas relaciones conseguidas.

—Entonces comprenderá mejor que nadie que la historia no es una ciencia exacta, sino que está sujeta a interpretación. Debré siempre ha sido de los que ven la historia como una simple sucesión de hechos. Sin embargo, a mí siempre me ha interesado más, el porqué del comportamiento humano a lo largo de la historia, que los propios hechos concretos. Creo que la historia está hecha no sólo por los sucesos ocurridos sino también por la suma de creencias y sentimientos de quienes los vivieron. Se puede decir que he estudiado la Orden del Temple casi desde siempre. He nacido aquí en *Mende*, un pueblo que en la Edad Media era un cruce de caminos entre el *Languedoc* y la *Auverña*⁽¹⁴⁾. Toda esta zona de Francia está plagada de restos templarios, que he recorrido durante años, buscando siempre el motivo real que llevó a la fundación de la Orden. Nunca creí que su finalidad fuese la de guardar los caminos a los lugares santos, tal y como se admite habitualmente y como ellos mismos dejaron escrito. Hace seis años, mientras investigaba unos manuscritos almacenados en la Biblioteca Nacional en París, supuestamente pertenecientes a Gerardo de Ridefort, uno de los maestros del Temple, el forro interior de la portada se desprendió. Descubrí emocionado como en su interior se encontraba parte de una carta manuscrita del propio Hugo de Payns dirigida a Godofredo de Saint Omer. No fue fácil, pero me las apañé para desarmar la contraportada, donde encontré el resto de la misiva. Después devolví el manuscrito a su lugar original, advirtiendo de los forros desprendidos a la dirección y me llevé la carta para poder estudiarla detenidamente.

—¿La robó? —preguntó Nichole.

—Si la hubiese dejado allí, todavía estaría en algún laboratorio

francés sometida a mil pruebas agresivas y a una sesuda discusión sobre su autenticidad, sin que nadie tuviese acceso a su contenido.

Lamond se levantó de la silla y se dirigió hacia el título que tenía colgado en la pared. Lo levantó dejando al descubierto una caja de seguridad blindada oculta por el marco. Introdujo una combinación y abrió la puerta con lentitud. En su interior podían distinguirse diversos objetos y documentos amontonados. De entre ellos escogió una cartera de piel que se llevó a la mesa, donde la abrió extrayendo unas cuartillas de papel apergaminado y amarillento. Gabriel se acercó impaciente por observar el preciado objeto. Se trataba de una carta manuscrita con letra pequeña y menuda, cuya caligrafía mostraba una gran elegancia en el trazo.

—Está escrita en la lengua oïl de la que deriva el francés actual. Les haré un resumen, saltándome los saludos y demás formas corteses del principio, para que puedan entender su contenido —Lamond cogió unas gafas de un bolsillo de su chaqueta y comenzó a leer pausadamente.

7

“Amigo mío, os escribo esta carta cuando me dirijo de vuelta al Languedoc, con el corazón henchido de felicidad porque he podido ver con claridad cuál ha de ser mi misión y, si vos queréis, también la vuestra de ahora en adelante. Pero, aunque sé que intuís algo de lo ocurrido, dejadme que os relate la historia completa para que podáis juzgar por vos mismo.

Seguramente recordaréis el entusiasmo con el que partimos en el contingente del Conde Hugo de Vermandois a combatir a los infieles y recuperar Tierra Santa para la paz del Señor. Batallábamos sin descanso y nuestro brazo era invencible. Sentíamos que verdaderamente hacíamos el trabajo del Señor. Hasta el punto de que, cuando Hugo el Joven abandonó la expedición tras la conquista de Antioquia, nosotros continuamos hasta llegar a Constantinopla aquella primavera.

Sin embargo, todo cambió en la toma de Maraas. Hasta aquel momento, la lucha era una lucha noble guerrero contra guerrero. La sangre derramada lo era igualmente por nuestros enemigos que por nosotros mismos y no hubo más excesos que los de la rapiña propia de algunos grupos incontrolados. Sin embargo, la conquista de aquella plaza fue una terrible matanza, no respetamos a ancianos, mujeres o niños. Acabamos con sus

vidas con la facilidad de la guadaña segando el trigo. La sangre corrió por las calles llegando a nuestros tobillos.

Fue entonces cuando me asaltaron los remordimientos y dudas sobre nuestra misión, y fuiste tú, mi mejor amigo, el que, aun compartiendo conmigo los sentimientos de horror, supo restituirme a la Fe del Señor, cuando apunto estuve de extraviarme de su senda. Siempre creíste que mis dudas de aquel momento, mi turbación y mi desasosiego provenían del entorno de muerte que nos rodeaba, pero no era ese el único motivo y hoy debo contarte la verdad.

Aquella noche, con el horror de la matanza aún fresca en mi retina, tuve una extraña visión. Ocurrió al retirarme a mi tienda, poco después de anochecer. Sentía mis miembros pesados y mi mente un tanto nublada por lo que decidí adelantar mi descanso. Estaba aún despojándome de mi cota de malla, cuando una extraña parálisis afectó mis miembros. La visión de todo a mí alrededor se tornó borrosa, mostrándome al aclararse una visión perturbadora. Un ángel de blancas vestiduras y rostro iluminado se encontraba delante de mí, mirándome con su rostro nacarado nublado por la tristeza. Portaba en su regazo un extraño lienzo que comenzó a desplegar. Del lienzo comenzó a chorrear sangre, con un color tan rojo que deslumbraba mi visión. La sangre empezó a acumularse a los pies del ángel. Poco a poco, fue formándose un rostro, que supe que era el de nuestro Señor Jesucristo antes incluso de que se revelase su forma completa. Me embargó repentinamente un pesar absoluto y no pude reprimir el llanto. Lloré tanto que mi vista se nubló de nuevo. Al enjugarme las lágrimas y aclararse mi visión, pude ver a mi alrededor la áspera tela de mi tienda. La visión había desaparecido.

No supe entonces interpretar mi ensueño. En los siguientes días me sumí en una profunda angustia hasta que, desesperado, decidí volver a mi tierra antes de llegar a Jerusalén, pues no me veía capaz de combatir de nuevo, afectado como estaba por una extraña languidez del espíritu.

Confundido, por los horrores de la batalla, y por una visión que no alcanzaba a comprender, permanecí en mi casa casi un año sin saber qué hacer, hasta que escuché lleno de gozo las noticias de la conquista de Jerusalén. Comprendí, entonces, que sólo allí encontraría las respuestas que mi alma ansiaba, por lo que, cuando el conde Hugo de Champagne me anunció su intención de peregrinar a Tierra Santa, decidí acompañarle. Sin

embargo, las respuestas no llegaron tan rápidamente como yo esperaba.

Hube de pasar nueve largos años junto al Conde y al servicio del rey Balduino para que acudiese a mí una nueva visión que vino a mostrarme mi destino. Colaboraba aquellos años en la reconstrucción de diversas iglesias y muy especialmente en la del Santo Sepulcro. Fue allí cuando, una noche que me encontraba de guardia hace ahora un mes, volví a sentir la misma pesadez de miembros que sintiese en Maraath. Como en aquella ocasión, mi vista se nubló durante unos instantes.

Al despejarse mi visión, pude ver, como si lo contemplase desde el cielo, el Templo de Salomón, tan glorioso como debió ser tras su construcción original. Contemplé maravillado, junto a su puerta, la majestuosidad de las columnas de bronce Yakin y Boáz, pude intuir sus distintas estancias, el vestíbulo o “Ulam”, el santo o “hekal”, el santísimo o “debir” y, en el patio interior el altar de los holocaustos o “har’el”, y un recipiente para el agua de las purificaciones de gran tamaño, que supe que era el llamado “mar de bronce”. Embriagado como estaba con la visión celestial de la casa del Señor, me vi sorprendido cuando unas trompetas lejanas comenzaron a sonar, mientras del cielo descendían nueve espadas chorreantes de la misma sangre, de un color rojo cegador, que recordaba perfectamente de mi primera visión. En esta ocasión la sangre se fue acumulando formando sobre el templo una enorme cruz de color rojo.

De nuevo no pude reprimir las lágrimas que me acometieron con fuerza cegándome de nuevo. Pero esta vez, al enjugarlas, no sólo la visión había desaparecido, sino que, junto con aquellas lágrimas saladas se había ido de mi mente el velo que la había cubierto durante nueve años. Al fin conocía el significado de aquellos mensajes de Dios, pues tales fueron y no simples visiones.

El mensaje del Señor me fue revelado con claridad. Ahora sé que mi destino es reunir un grupo de nueve caballeros, entre ellos vos y yo mismo, que consagren sus espadas al servicio de Dios. Seremos los portadores de la sangre de Cristo y tendremos el deber sagrado de preparar la vuelta del Reino del Señor sobre la Tierra. Para ello tendremos que hacer de Tierra Santa nuestro hogar y buscar, en el templo de Salomón, en el lugar en que mi visión me mostró la cruz con la sangre de Cristo, el conocimiento que nos permitirá llevar a buen fin la misión que el Señor nos tiene preparada.

Te encomiendo pues, amigo mío, la tarea de encontrar al resto de

caballeros, todos guerreros de santidad y valor probados, que han combatido con nosotros y cuyos nombres me fueron revelados con claridad. Debes encontrar a Andrés de Montbard, Archambaud de Saint-Aignant, Payen de Montdidier, Godofredo Bisol, Gondemar, Hugo Rigaud y a Jacques de Rossal. Todos se unirán a ti sin dudar, pues serán iluminados por el Señor para que sepan reconocer la verdad del mensaje del que te hago portador.

Tendrás que conducirlos a Champagne, donde me reuniré con vosotros. Mi amigo y mentor el Conde de Champagne, que vuelve conmigo para ocuparse de asuntos de su casa que no puede postergar más después de estos largos años en Tierra Santa, conoce nuestra misión y se ha ofrecido con desprendida generosidad a financiar nuestro viaje.”

8

—El resto de la carta es una serie de oraciones para pedir la protección del Señor —concluyó el profesor Lamond.

—¿Puedo? —preguntó Gabriel impaciente por examinar por sí mismo el documento.

—Por supuesto —concedió el profesor.

—¿Por qué no lo ha publicado? —preguntó Gabriel—. Este documento es único, aporta un testimonio directo de la mano del propio fundador de la Orden.

—Por varias razones. En primer lugar, porque, como le he contado, su origen es un tanto irregular, aunque supongo que la comunidad científica podría perdonármelo. Pero, sobre todo, porque un documento así necesitaría del aval de otros datos históricos para confirmar su autenticidad más allá de toda duda.

—Un momento —interrumpió Nichole un tanto confusa—. No entiendo qué tiene que ver esa carta con la muerte de mi padre. No estamos aquí para desentrañar como se fundó una orden medieval, sino por qué usted le dijo a Debré que los templarios seguían activos hoy en día y no parece que esta carta nos aclare nada de todo eso.

—Se equivoca —repuso Bertrand Lamond—. Fíjense en el último pliego. Junto a la salutación de despedida, hay una imagen borrosa.

Gabriel levantó con delicadeza el pliego y se lo acercó a Nichole para que ambos pudiesen fijarse en el detalle a que se refería el profesor. Para su asombro, muy borroso y en tinta de color rojo, vieron dibujado el mismo signo esquemático, como una especie de copa, que encontraran en el puñal.

—Cuando vi ese símbolo la primera vez, quedé desconcertado. En un principio pensé que podía tratarse de una representación primitiva del Grial. Incluso pensé que podía ser a dicho objeto al que se refería Hugo de Payns cuando hablaba de buscar algo en el Templo de Salomón. La frase que utilizó para referirse a su misión “*Seremos los portadores de la sangre de Cristo*” parecía corroborarlo. Intenté buscar otras referencias al mismo símbolo por otras fuentes. Descubrí que el triángulo con el vértice hacia abajo se encuentra en ciertos yantra o símbolos geométricos de la India y viene a ser una suerte de representación esquemática de la copa sacrificial. La misma figura es igualmente símbolo del corazón. Ninguna de estas explicaciones y a la vez todas ellas parecían tener sentido. Durante varios años intenté encontrar alguna información concreta que me permitiese avalar el documento, pero no encontré nada. Pero hace unos años recibí una nota anónima. La dejaron en mi puerta por la noche. Mi mujer la encontró en el suelo cuando iba a salir a por unas baguettes para desayunar. Contenía un texto escueto en el que se me conminaba a acudir a última hora de la tarde a una reunión en la catedral, donde el desconocido remitente se ofrecía a proporcionarme nueva información. La nota llevaba como firma el famoso símbolo de la copa, lo que sirvió para convencerme de su autenticidad.

Acudí a la catedral por la tarde con cierta preocupación. La hora acordada era bastante tardía, por lo que supuse que se encontraría ya cerrada y que la cita sería en el exterior pero, cuando llegué, las puertas estaban entreabiertas. En los alrededores del edificio no había nadie por lo que entré con precaución. La iglesia estaba casi desierta, tan sólo la silueta de dos figuras se recortaba frente al altar mayor. Al oírme entrar las figuras se giraron hacia mí y pude distinguir que se trataba de dos hombres de mediana edad y con aspecto elegante. Al llegar a mi altura, el mayor de ellos se acercó a mí. Me explicó, con una entonación que me pareció casi mística, quizá por la extraña situación y el eco especial que se produce en todas las iglesias, que me habían citado en aquel edificio sagrado porque conocían mi profunda Fe cristiana. Querían que me comprometiese en la casa del Señor, frente al altar, a que nada de lo que iban a revelarme saldría de allí, salvo que ellos mismos me liberasen de dicha obligación.

Bertrand Lamond interrumpió bruscamente su relato y se recostó en su silla, mientras se mesaba el bigote pensativo. Parecía sentirse indeciso sobre si continuar o no su historia.

—Deben comprender que, si les cuento lo que aquellos hombres me dijeron, estaré rompiendo mi palabra. Y no temo hacerlo por miedo, sino porque aquellos hombres, que en todo momento me parecieron sinceros y honrados, me advirtieron que, de hacerlo, pondría sus vidas en peligro.

—Puedo prometerle que no es nuestra intención revelar nada de lo que nos cuente —aseguró Nichole hablando en nombre de los dos y adelantándose a Gabriel en la respuesta—. Sin embargo, debo confesarle que podríamos hacerlo si fuese imprescindible para impedir otro asesinato.

Gabriel comprendió agradecido que Nichole estaba haciendo gala de sus dotes como psicóloga. En un momento había ofrecido la respuesta que quería oír el historiador, acompañándola de una puerta trasera que permitía soslayar la promesa, pero perfectamente escondida tras una aparente muestra de sinceridad. El resultado de su inteligente respuesta no tardó en llegar

—Está bien —accedió el historiador—. Les contaré la historia del Temopel que aquellos hombres me relataron y confío en que mantengan su palabra.

9

—Godofredo de Saint Omer consiguió reunir a los siete caballeros restantes —comenzó a explicar Bertrand Lamond, recordando la historia, perfectamente grabada en su memoria desde que se la confiasen bajo la bóveda majestuosa de aquella catedral—. Tal y como había predicho Hugo de Payns, todos los caballeros se ofrecieron a acompañarle sin poner impedimento alguno. Se reunieron con el Conde de Champagne pero aun pasaron casi tres años antes de que pudieran partir a Tierra Santa. El Conde, precavido, no quiso partir hasta que, tras diversas maniobras políticas y religiosas, logró un estatus adecuado para el grupo, que les permitiría una estancia segura en Jerusalén.

Durante su estancia en Tierra Santa, el Conde de Champagne había contribuido notablemente a la conquista de las principales ciudades de la costa de Siria, convirtiéndose en uno de los caballeros más respetados por Balduino I. Cuando éste murió, consciente de los asaltos y vejaciones que

sufrían los peregrinos en su camino a los santos lugares, se ofreció a crear una Orden dedicada a su salvaguarda ante el que sería su sucesor, Balduino de Burgo, Conde de Edesa. De esta forma, consiguió que los nueve caballeros fuesen acogidos por el ya rey Balduino II y que les permitiese establecerse en las mezquitas de Oubbat al-Sakhra y Oubbat al-Aksa, situadas en el mismo lugar donde antaño se encontraba el Templo de Salomón. Por eso adquirieron el nombre de Orden del Temple.

—El profesor Pierre Debré ya nos explicó los detalles de la Fundación de la Orden —interrumpió Nichole cada vez más impaciente.

—Lo supongo —admitió Lamond—. Pero, lo que no les contó Pierre fue que el verdadero objetivo de aquellos hombres no era la defensa de los caminos. De hecho, durante varios años se dedicaron a desescombrar los restos del Templo de Salomón, y sólo esporádicamente, a defender los caminos utilizados por los peregrinos, interviniendo en alguna escaramuza en el estrecho corredor entre Jerusalén y el puerto de Jaffa. En todo momento estuvieron guiados en su búsqueda por Hugo de Payns. Siempre me ha asombrado como aquel caballero, de cuna no demasiado alta, consiguió que aquellos hombres creyesen en él con una Fe capaz de hacerles dejar sus familias y posesiones para entregarse a la búsqueda de algo cuyo significado real tan sólo intuían.

—En la historia ha habido muchos hombres así y no siempre han sido guiados por un espíritu altruista intervino Gabriel, casi meditando en voz alta —. ¿Tuvieron éxito en su búsqueda?

—Sí, pero les costó cerca de nueve años de duro trabajo en unas excavaciones que debieron exigirles un esfuerzo físico casi inhumano. Piensen que el suelo original del Templo debía estar a unos veinte metros bajo ellos y debieron llegar aún más abajo. Todo ello, con la ayuda de utensilios rudimentarios. Siendo tan sólo nueve hombres, debieron irse turnando en los distintos trabajos a realizar hasta completar la tarea.

A principios del año 1126, encontraron, bajo una acumulación especialmente pesada de escombros, lo que parecía una losa con una caprichosa cruz, que la erosión había esculpido en su parte superior a modo de señal. Hugo de Payns reconoció de inmediato la cruz de sus visiones y todos supieron que bajo aquella descomunal piedra se encontraba el misterio que buscaban. De inmediato, mandaron noticia del hallazgo al Conde de Champagne, que acudió sin vacilación a Jerusalén para presenciar el

levantamiento. Hizo falta la fuerza de todos los caballeros y de un ingenioso montaje de cuerdas y poleas para que, tirando todos al unísono, la piedra fuera izada lentamente desde su posición inicial.

Cuando estuvo alzada lo suficiente como para permitir que un hombre se arrastrase bajo ella, ataron las cuerdas a estacas previamente fijadas al suelo, asegurando de esta forma la losa. Bajo la piedra, unas escaleras muy deterioradas se abrían hacia las profundidades. Con ayuda de antorchas y con Hugo de Payns a la cabeza, todos los hombres fueron descendiendo con extremo cuidado por aquellos escalones de piedra, hasta llegar a una estancia, redonda y no muy grande, excavada en la pura roca. En la pared alrededor de ellos se abrían orificios perfectamente horadados, asemejando una extraña colmena. Cuando se acercaron a las aberturas, pudieron comprobar que en su interior se amontonaban una especie de tinajas alargadas de barro cubiertas por el polvo y el moho.

—¿Tinajas? —exclamó Nichole.

—Esa misma perplejidad debió aturdir a aquellos hombres — continuó Bertrand Lamond, cuyo aspecto denotaba que estaba disfrutando realmente su narración—. Puedo imaginar como el temor a ser objeto de una burla del destino y de estar ante una simple bodega olvidada, debió hacer presa de todos los hombres allí presentes. Fue Hugo de Payns, cuyo rostro imagino transfigurado a la luz de las velas, quien, probablemente presa de una nueva iluminación divina, comprendió la verdad. Situándose en el centro de la estancia, les dijo: *“No temáis hermanos. No hemos sido engañados por una argucia del demonio como teméis. Muy al contrario, hoy aquí, en el Templo del Señor, se nos ha dado el mejor de los regalos. Aquel que también se les dio a los Apóstoles el día en que el Espíritu Santo descendió sobre ellos iluminándoles con el fuego del saber. De igual forma, aquí, a la luz del fuego de nuestras antorchas, el Señor nos regala el conocimiento que servirá para instaurar su Reino en la Tierra. Pues no son tinajas de vino lo que a nuestro alrededor se nos muestra sino tinajas de saber”*. Acompañando sus palabras, Hugo de Payns iluminó una de las aberturas. En su interior uno de los recipientes, partido, mostraba lo que parecían rollos de pergaminos perfectamente conservados. Hugo movió entonces su antorcha hacia el suelo. Allí, sobre unas losas perfectamente pulidas, sobre las que ningún pie se había posado en cientos de años, una inscripción en arameo circundaba el contorno. El texto traducido en voz alta por el Conde de Champagne rezaba:

“En esta Biblioteca se guarda el testimonio verdadero de aquellos que conocieron a Jesucristo nuestro Señor”.

—¿Está diciéndonos que encontraron una biblioteca cristiana en el interior del Templo de Salomón? —preguntó Gabriel, ante lo que parecía un contrasentido total.

—Sé que parece totalmente increíble, pero así fue. Se trataba de una reunión de textos de los primeros cristianos, probablemente escondidos allí para escapar de la persecución romana y judía de los primeros años. De alguna forma, un grupo de cristianos, algunos seguramente contemporáneos del propio Jesucristo, se las habían ingeniado para guardar allí el mayor tesoro de Fe y conocimiento que poseían. Si se piensa bien, no es tan descabellado. ¿Dónde iban a estar más seguros aquellos documentos que bajo el suelo del Templo más sagrado de aquellos que les querían destruir? Era el lugar más vigilado de toda Judea. Ni a judíos ni a romanos se les hubiese ocurrido nunca buscar en aquel lugar.

—Supongo que es posible —admitió Gabriel reticente.

—Tras aquel hallazgo —continuó Lamond—, los caballeros templarios se dedicaron a la traducción de los pergaminos, que en su mayoría estaban bien conservados. Aquella tarea supuso para ellos un proceso de auténtica realización espiritual. En aquellos manuscritos descubrieron, de puño y letra de sus propios protagonistas, la auténtica historia de Cristo y el contenido original de su verdadero mensaje. La visión que hasta entonces tenían del propio Jesús cambió para siempre. Mucho de lo que creían cierto era falso y algunas de las teorías que siempre se negaron a creer resultaron ser verdaderas. Esto les sumió inicialmente en el desconcierto, del que sólo pudieron salir cuando realizaron el descubrimiento que marcaría el destino de la Orden desde aquel momento.

Después de un año de traducciones cuidadosas, descubrieron un manuscrito que vino a convertirse en el más importante de todos. El escrito estaba encabezado por el nombre de José de Arimatea y parecía escrito por su propia mano. Al traducirlo, descubrieron que se trataba de una especie de testamento.

José de Arimatea explicaba que Nicodemo y él habían descubierto en la tumba de Jesús de Nazaret el lienzo en el que le habían envuelto tras realizar la unción. La imagen de Jesús se había impreso en él de forma milagrosa con su propia sangre, y mostraba con toda crudeza la terrible

tortura a que su cuerpo fue sometido. Nicodemo y él habían guardado el lienzo, a pesar de que al hacerlo incumplían la Torha, por tratarse de un objeto impuro al haber estado en contacto con un muerto. Tras la resurrección de Jesús, José fue encarcelado, acusado por los judíos de haber sustraído el cuerpo del Nazareno de su sepulcro. Fue encerrado en una torre, donde se le apareció el propio Jesucristo y le reveló el Misterio "*Tú custodiarás la Sangre Real y después de ti aquellos que tú designarás*". José de Arimatea, tras ser liberado, decía haber dedicado su vida a cumplir con dicha misión. El escrito terminaba con una especie de profecía o petición, que tanto Hugo de Payns como sus hombres interpretaron como directamente dirigida a ellos:

“Yo, José de Arimatea, he custodiado a lo largo de mi vida la Sangre Real. Ahora que mi muerte está cercana, como el propio Jesucristo solicitó de mí, debo designar a aquellos que continuarán la misión. Designo a los nueve, que tras nueve siglos encontrarán, guiados por la mano de Dios, este testamento. Sólo ellos podrán recuperar el lienzo sagrado de la Ciudad de los Profetas, donde lo dejé al cuidado del Rey fiel. Deberán custodiarlo y preservarlo de todo mal, para que transcurridos nueve siglos, el Rey del Mundo vuelva a nosotros a través de él.”

— Un momento profesor —volvió a interrumpir Gabriel—. Si no interpreto mal lo que nos está contando, José de Arimatea identifica el lienzo que envolvió el cuerpo de Cristo, el Santo Sudario, con el término Sangre Real. Pero, si como algunos autores defienden, el origen etimológico del término “Sang Real” es “San Greal”, estaríamos diciendo, ni más ni menos, que el Santo Grial y el Santo Sudario son la misma cosa.

—¡Exactamente! —exclamó Lamond, satisfecho de poder compartir con personas, capaces de apreciar la auténtica trascendencia de su relato, unos conocimientos que durante largo tiempo se había visto obligado a guardar para sí mismo—. La relación entre José de Arimatea y el Santo Grial es una constante en múltiples leyendas. Pero en casi todas ellas se identifica a éste como la copa en la que la sangre de Cristo fue recogida tras su crucifixión. Esa idea proviene seguramente del hecho de que José de Arimatea recogió realmente dicha sangre, pero no lo hizo en una copa sino en un lienzo sagrado. La imaginación popular añadió la falsa asociación con un recipiente en forma de copa, cuando éste en realidad no existía. Puede que, de alguna manera, trascendiese el hecho de que sus guardianes secretos utilizaban un símbolo similar a una copa como emblema y esto contribuyese

también a esa idea.

—Eso abre una interpretación completamente nueva del mito del Grial —repuso Gabriel asombrado, mientras intentaba asimilar las múltiples implicaciones de aquella revelación—. Pero, ¿cómo pudo ser la misión de la Orden del Temple la búsqueda del Santo Sudario? No recuerdo nada en la historia medieval que estudié, que apunte un solo dato en esa dirección.

—Porque no fue exactamente así. La misión recayó en los nueve caballeros originales, no en la Orden del Temple.

—No lo entiendo —admitió Nichole—. Esos caballeros constituían la Orden del Temple, ¿no es cierto?

—No, todavía no —contestó Gabriel que empezaba a vislumbrar el lugar al que Bertrand Lamond les estaba llevando.

—Veo que va comprendiéndi —observó Lamond—. La Orden del Temple se oficializó poco tiempo después. El Conde de Champagne, acostumbrado como estaba a medir el poder por el número de territorios y posesiones, planteó ante Hugo de Payns la necesidad de crear una gran organización, capaz de dotarse del poder económico suficiente para preparar la llegada del reino de Dios en la Tierra, y garantizar la seguridad del lienzo sagrado, cuando consiguiesen encontrarlo. Su visión puede parecernos hoy en día un tanto ingenua, pero era bastante lógica en aquella época. El Conde percibía la vuelta de Jesucristo como la instauración de un nuevo reino, que alcanzaría a toda la Tierra. Pensaba que tendría las mismas necesidades que cualquier otro reino; un poder económico fuerte y un ejército acorde para salvaguardarlo. Es por eso por lo que Hugo de Payns y el resto de caballeros se deciden a oficializar la Orden del Temple y empezar un reclutamiento masivo de caballeros y fondos por toda Europa.

—Es decir —resumió Gabriel—, la Orden se crea para conseguir obtener el poder necesario para sustentar el reino de Dios que ha de llegar, lo que explica mucho mejor la trayectoria de la Orden desde ese momento. Pero ahora la pregunta es otra, los nuevos caballeros que son reclutados y constituyen la nueva Orden del Temple, ¿están al tanto de su verdadera misión?

—Creo que ya imagina la respuesta —repuso Lamond—. Los nuevos caballeros que se van incorporando, sólo conocen la misión oficialmente declarada ante las autoridades eclesiales. De esta forma, los nueve caballeros

originales se constituyen en una especie de orden secreta dentro de la orden. Su auténtico objetivo será la búsqueda y custodia del Santo Sudario, llamándose a sí mismos “*Los Nueve*”, tal y como los denomina José de Arimatea en su escrito: Desde entonces y a lo largo de toda su historia, la Orden del Temple será dirigida en la sombra por este Temple Secreto.

—Todo esto está muy bien. Pero, ¿qué tiene que ver con mi padre?
—Nichole estaba visiblemente nerviosa. Parecía perdida en aquella historia medieval, incapaz de ver la manera en que todo aquello podía ayudarle a buscar al asesino de su padre.

El profesor Lamond se levantó de su silla y se acercó a la ventana que tenía a su espalda, mirando al exterior con aire pensativo.

—Miren el puñal otra vez —les pidió sin girarse hacia ellos—. Fíjense en el famoso símbolo, o si lo prefieren, mírenlo en la carta de Hugo de Payns. Gírenlo y díganme que ven a parte de una extraña copa.

—Es un nueve Nichole —anunció Gabriel, que ni siquiera necesitó mirar el emblema de nuevo, pues había adivinado lo que Lamond pretendía explicarles de forma tan teatral—. Un sencillo número nueve escrito en caracteres romanos, con la “I” pegada a la “X”. Si lo giras parece una copa. Estábamos demasiado sugestionados por la idea de la copa del Grial para darnos cuenta de lo que era de verdad. Es la firma que usaba Hugo de Payns y que se convirtió en el emblema de la Orden Secreta. Ellos deben haber matado a tu padre.

—Pero, ¿por qué? —exclamó Nichole angustiada.

—¡No, no lo han comprendido en absoluto! —les recriminó con dureza Lamond, dirigiéndose a una de las estanterías, de la que extrajo un libro en el que buscó rápidamente una cita—. Entre 1179 y 1184 fue Gran Maestre de la Orden del Temple un oriundo de Provenza llamado Odo de St. Amand. Fue hecho prisionero durante la batalla de Merdi-Aïorum por Saladino. Pues bien, se le ofreció la libertad a cambio de un pago o rescate y él lo rechazó con las siguientes palabras:

“Por ningún motivo quiero dar un ejemplo que fomente la cobardía entre los monjes, que se dejarían capturar teniendo en mente el pago de un rescate. Un Templario debe vencer o morir. Un rescate solo se puede pagar con el propio puñal o con el cinturón “.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Nichole.

—Los templarios tenían totalmente prohibido ceder a cualquier chantaje, aunque ello implicase su propia muerte. Su padre era miembro de la Orden y, quien lo asesinó, lo hizo con su propio puñal porque pensaba que así respetaba, en cierta forma, los deseos de éste.

—¡Eso es imposible! —exclamó Nichole, levantándose de su asiento —Mi padre nunca me contó nada de todo esto. ¿No cree, que si fuese un fanático religioso yo lo sabría?

—Precisamente por eso no lo supo. ¿Cómo cree que una orden con casi mil años de historia ha podido pasar completamente desapercibida durante todo este tiempo? Desde luego no pregonándolo a los cuatro vientos. Además, no son hombres fanáticos en el sentido que usted les da. Empezaron siendo la élite, hijos de las más nobles cunas europeas con la mejor educación que se podía conseguir en aquella época. La mayoría provenía del Languedoc, una zona que florecía entonces con un nivel cultural tan sólo equiparable al de Bizancio. Estoy convencido que, hoy en día, sus herederos mantienen aún ese amor por el conocimiento que caracterizó a sus fundadores. Probablemente haya que buscarlos en grupos de profesionales e intelectuales muy cualificados y, con toda seguridad, de reconocido prestigio, como lo era su propio padre. —aseguró Lamond, con tal autoridad que hizo que Nichole volviese indecisa a su asiento.

—Tendría que haber notado algo —murmuró Nichole, sin estar del todo convencida.

—¿Qué le hace estar tan seguro? —preguntó Gabriel, atónito por el cariz que estaba tomando todo el asunto.

—Porque, aunque el hombre que habló conmigo me era entonces totalmente desconocido, el segundo individuo, el que permaneció más atrás sin intervenir en la conversación, pero atento a lo que decíamos, si me pareció familiar. Me costó unos días recordar donde había visto su rostro, pero al final, casi una semana después de aquella conversación, lo recordé.

El profesor Lamond se acercó a una librería cercana a la ventana, para escoger un nuevo libro de ella. Sin abrirlo, se lo acercó, mostrándoles la contraportada.

—Aunque más envejecido, este era el hombre que estaba allí —explicó.

Un rostro alargado de ojos pequeños y nariz fina, peinado cuidadosamente

hacia atrás, les miraba con una agradable sonrisa desde la cubierta de piel de aquel volumen. Aunque mucho más joven, Gabriel no tuvo dificultades en reconocerlo. Bajo la fotografía aparecía su nombre en una tipografía de un cuerpo mayor al resto del texto y resaltado en negrita: **Friederich Ramalla Stahmer.**

CAPÍTULO CUARTO

1

Durante unos minutos, el silencio se apoderó del pequeño y desordenado estudio. El profesor Lamond volvió a su asiento y comenzó a empaquetar cuidadosamente los documentos que había esparcido sobre la mesa, en un gesto que parecía indicar que daba por terminada la conversación. Gabriel, imitando al profesor, procedió a guardar el puñal en su maletín, mientras reflexionaba sobre los pasos a seguir a continuación.

—Si todo eso es cierto —preguntó Nichole, consciente de que, no sólo no habían logrado aclarar lo ocurrido, sino que además se les planteaban nuevos interrogantes— ¿Quiénes son los asesinos?

—No lo sé —repuso Lamond con sinceridad—. Cuando aquel hombre terminó de contarme toda la historia, me advirtió que si la revelaba les pondría en peligro a ellos y a toda su obra. Me dijo algo realmente enigmático, me aseguró que era cuestión de pocos años que su misión llegase a su fin. Cuando le pregunté a qué peligro se refería, se limitó a decirme que no eran el único grupo que había permanecido oculto durante todos estos siglos. Me explicó que existían otros, cuyo único interés era el de impedir que la Orden lograra sus objetivos y que no repararían en utilizar cualquier medio para lograrlo. Se negó a darme más explicaciones. Pero, cuando ya se alejaban en dirección a la salida de la Catedral, el segundo hombre, que después supe que era su padre, se giró hacia mí y me dijo: “*Repase la historia de la Síndone, allí los encontrará*”.

—Conozco bien la historia de la Sábana Santa —intervino Gabriel—. Pensaba realizar una serie de artículos sobre ella para mi revista y me he documentado en profundidad. No recuerdo que halla en su historia ninguna relación con sectas o algo parecido.

—Claro que no —continuó Lamond—. Tampoco ha encontrado ninguna relación con la Orden del Temple. Eso no significa nada. Lo que el padre de la señorita quería decir no es que allí iba a encontrar quienes eran, sino que allí podría ver sus huellas. ¡Y, vaya si las encontré! Supongo que no le habrá pasado desapercibido el hecho de que la Sábana Santa ha sufrido innumerables accidentes que la han puesto en peligro una vez tras otra. La

última vez fue hace sólo ocho años, en que casi se quemó en un incendio en Turín.

—¿Quiere decir que no fueron accidentes? —preguntó Nichole.

—¡Claro que no fueron accidentes! —insistió Lamond, que parecía estarse poniendo nervioso ante sus insistentes preguntas— Como tampoco es accidental el hecho de que haya sobrevivido a pesar de todo.

El profesor Lamond se levantó de nuevo de su silla y se acercó a ellos. Su semblante había recuperado la hosquedad inicial que había mostrado hacia ellos.

—Será mejor que se vayan. Ya les he contado más de lo que debería.

Nichole comenzó a protestar ante el anciano, pero éste insistió nuevamente en que debían irse. Gabriel miró a Nichole y los dos supieron que aquel día no podrían sacar nada más de aquel hombre.

2

El inspector Miralles miró la nueva pila de fotos situada encima de su mesa. Había cambiado de escenario, pero en todo lo demás era como si aún estuviese en Barcelona y no en Madrid. Los detalles del caso madrileño volvían a apuntar hacia la actuación de un profesional. Como ocurriese en Barcelona, no habían encontrado una sola huella en el piso siniestrado, y el método utilizado para la explosión, un simple detonador unido a un mechero eléctrico, era a la vez sencillo y sumamente eficaz. La destrucción no había sido total, pero sí lo suficientemente precisa para destruir cualquier huella que pudiese haber quedado.

La puerta del pequeño despacho que le habían asignado se abrió despacio y un hombre joven, de poco más de treinta años y aspecto aniñado, se acercó a la mesa, transportando con cuidado dos cafés en vasos de plástico marrón, que denotaban su origen. Se trataba de Francisco Padrón. Se lo habían presentado esa misma mañana. Era el inspector encargado de la investigación en Madrid. A Miralles le había causado buena impresión, ya que no parecía haberse sentido molesto en ningún momento porque un extraño, proveniente de otra comisaría, se hiciese cargo del que, hasta ese momento, era su caso.

—Espero que le guste el café de máquina porque es todo lo que

tenemos —exclamó en tono jovial.

—Muchas gracias —respondió Miralles cogiendo uno de los vasos de plástico y acercandoselo a los labios para tomar un pequeño sorbo —. No está tan mal.

— Sabe a cualquier cosa menos a verdadero café, pero por lo menos está caliente — admitió Padrón, sentándose encima de la mesa y comenzando a beber su propio café—. Ahora que ha leído el expediente, ¿piensa que los casos están relacionados?

—No me cabe la menor duda. Aunque el crimen ha sido realizado de forma distinta, en el fondo, el modus operandi ha sido el mismo. En ambos casos la realización fue totalmente profesional. No hay huellas ni testigos. Tras asesinar a los dos hombres, el trato dado a los cadáveres fue idéntico. Fueron depositados con sumo cuidado encima de la cama, colocándolos exactamente en la misma posición.

—El detalle de la posición de los cuerpos es muy intrigante. En su informe indicaba que el cuerpo de Ramalla imitaba la portada de su libro sobre la Sábana Santa. Sin embargo, aquí no había libro alguno. ¿Por qué realizar la misma operación con el cuerpo de Medeiros?

—Probablemente porque la primera vez le gustó el resultado. Creo que, en cierto modo, ese hombre cree honrar al fallecido haciéndolo así.

—Habla de él como de un asesino ritualista y eso es propio de asesinos en serie. ¿No estará pensando que nos enfrentamos a alguien así?

—Todo lo contrario, no creo que se trate de ningún asesino serial. Creo que se trata de un profesional, que acaba con sus víctimas por un contrato o por algún tipo de compromiso adquirido, pero que no siente placer alguno al hacerlo. Creo que, en el fondo, se avergüenza de lo que hace. Coloca los cuerpos así a modo de homenaje y disculpa ante el fallecido.

—Y ¿por qué los mataría? Si es un profesional debe haber un motivo.

—Y lo hay, pero aún no lo sabemos —afirmó con rotundidad Miralles—. Lo único que parece claro en este caso hasta ahora, es la relación de las víctimas con el periodista, Gabriel King. Parece completamente probado que conocía a ambos.

—¿Han podido localizarle para volver a interrogarle? —preguntó

Padrón con interés.

—No. En Barcelona hablamos con su tío, un famoso abogado llamado Sebastián King. Nos dijo que su sobrino había salido a realizar algunas investigaciones para su revista. Le dijimos que era muy importante que le localizáramos, pero se negó a decirnos dónde había ido ni a darnos su número de teléfono móvil, alegando que lo desconocía.

—Probablemente estuviese mintiendo. Deberíamos presionarle un poco... Ya me entiende, intentar asustarle a ver que nos cuenta.

—Eso no funcionaría, créame. Sebastián King es uno de los abogados más importantes de Barcelona. Es más fácil que fuese él, el que terminara intimidándonos a nosotros.

—Pues habrá que seguir intentándolo —insistió con una enigmática sonrisa el inspector Padrón, mientras rebuscaba en el interior de un bolsillo de su chaqueta y extraía de ella una pequeña bolsa de pruebas, en cuyo interior se distinguía un papel arrugado—. Mis hombres han encontrado esto entre los escombros.

Miralles cogió con su mano la bolsa. En su interior, un papel, amarillento y quemado en su mayor parte, presentaba rastros de escritura manual. Podían leerse parcialmente algunas frases escritas a mano: “... *intenta arreglarlo cuanto antes... no se lo digas a nadie, es muy importante*”. Debajo del texto y a modo de rubrica aparecían dos iniciales “G. K.”.

—Estamos seguros de que es parte de una nota enviada por Gabriel King. Hemos comprobado que firma sus artículos con sus iniciales de igual forma que en la misiva. Desgraciadamente, no hemos encontrado ningún resto más, así que no podemos saber a qué se refiere la nota. Ni siquiera podemos estar seguros de que se refiera a algo actual y no a un antiguo encargo.

—¡Un momento! —exclamó Miralles, sintiendo el hormigueo familiar que solía acompañarle en esos momentos en que creía intuir algo importante—. Creo que yo sí sé a qué puede referirse la nota. Cuando interrogué al periodista, recuerdo que me pareció bastante peculiar que no hubiese grabado su entrevista con el Dr. Ramalla. Supongamos por un instante que sí lo hizo y que por algún motivo resultó dañada. Puede ser a ella a lo que se refiere la carta.

—Siguiendo con su hipótesis —continuó Padrón—. Según la nota,

Gabriel King estaba preocupado porque el técnico pudiese contar lo que encontrase en la grabación, Eso sólo podría deberse a que en ella hubiese grabado algo peligroso. Algo por lo que merecía la pena engañar a la policía y mandar el aparato a arreglar de forma discreta.

—Y eso sólo puede ser el asesinato de Ramalla —Miralles completó la frase satisfecho—. De alguna forma, Gabriel King pudo grabar el asesinato.

—Pero ¿cómo? Se supone que el asesino llegó, tras salir él de la habitación. No pudo grabar nada —objetó Padrón, intentando clarificar a donde les llevaba aquel razonamiento.

—Es cierto. Algo no cuadra en todo esto —Miralles meditaba en voz alta.

—Bueno, se me ocurre una manera un tanto rebuscada de hacerlo cuadrar —afirmó Padrón con tono intrigante—. Me suelen echar la bronca por mis conjeturas alocadas, pero a veces van bien encaminadas. Si está dispuesto a oír una teoría sin base alguna se la contaré.

—Estoy impaciente —confesó Miralles intrigado.

—Supongamos que Gabriel King continuaba en la habitación. El asesino llega tranquilamente llamando a la puerta. Consigue entrar en el interior con cualquier excusa. Golpea al periodista y lo deja inconsciente. Después mata al Dr. Ramalla y finalmente, antes de irse, prepara todo para que al llegar la policía piense que King es el asesino y cargue con el muerto. Pero King resulta tener la cabeza más dura de lo esperado, se despierta antes de lo previsto y descubre lo ocurrido. Ve el cadáver junto a él y se encuentra con sus huellas por todos lados, con sangre en sus manos o algo parecido. Asustado, borra sus huellas y se larga, no sin antes descubrir la grabadora rota tirada en el suelo. La coge y decide llevársela, con la esperanza de repararla y de que sirva para probar su inocencia —el inspector terminó su exposición con un gesto cómico en su rostro— ¡Voilà! Todo explicado... ¿Qué le parece?

—Probablemente acertado —admitió Miralles, que comprendió que, tras aquel semblante irónico y afable, se escondía una inteligencia preclara, precisa y tan afilada como un cuchillo. En un momento el inspector Padrón había sido capaz de armar una teoría bastante plausible que daba coherencia a detalles que incluso desconocía—. Pero hay un punto que no me cuadra. Si el

asesino intentaba implicar a King ¿por qué presentarse suplantando a un periodista, al que previamente había atacado a plena luz del día, haciendo que las sospechas recaigan sobre él de forma automática? ¿No parece algo demasiado chapucero para quien parece estar realizando sus crímenes con la precisión de un asesino profesional?

—Ya le dije que era solo una teoría. Supongo que me habré equivocado de lado a lado.

—No me preocupa que se haya equivocado, sino que haya acertado, aunque sólo sea en parte. Porque, si es así, significaría que el asesino se enteró de alguna forma de que Gabriel intentaba arreglar la grabadora, y que fue capaz de localizar al técnico y asesinarlo en menos de veinticuatro horas. Tengo la impresión de que, si no damos pronto con él, la siguiente persona que puede aparecer muerta es el propio Gabriel King.

3

Nichole se había mantenido silenciosa durante todo el trayecto de vuelta desde la casa del profesor Lamond hasta el hotel. Estaban llegando a las cercanías del restaurante, cuando Nichole sintió un impulso repentino. Agarrando a Gabriel del brazo con fuerza, cambió bruscamente la dirección de su camino.

—¿Dónde vamos? —preguntó Gabriel al ver como dejaban atrás la puerta del hotel.

—Quiero ver la catedral —afirmó Nichole.

— Reconozco que debe ser un monumento espectacular y digno de dedicarle una visita. Pero, ¿no crees, que no es el mejor momento para hacer turismo? —Gabriel empezaba a sospechar que nunca sería capaz de comprender a aquella mujer. Cada vez que creía que comenzaba a entenderla, le sorprendía con una nueva reacción imprevisible.

— Necesito ir allí —insistió Nichole sin ofrecer más explicaciones.

Gabriel decidió acompañarla sin hacer más preguntas, ya que supuso que Nichole se encontraba probablemente en estado de shock por lo que acababa de descubrir sobre su padre. Si la visita a la catedral la ayudaba a superarlo, tampoco había nada malo en ello. A fin de cuentas, en aquel momento él también se encontraba bastante perdido sobre qué hacer a

continuación.

Tras recorrer dos manzanas con bastante rapidez, llegaron a una plaza presidida de forma imponente por la catedral, que hasta ese momento sólo habían podido admirar desde la lejanía. Se trataba de un edificio de dimensiones colosales. Su anchura debía rondar los setenta metros. Presidiendo su entrada se levantaban dos enormes torres, la de la izquierda era unos veinte metros más alta que la de la derecha que alcanzaba no menos de ochenta metros de altura.

Nichole se acercó a la entrada principal, donde un pequeño cartel informaba de que la catedral se encontraba cerrada. Parecía que aquella extraña excursión iba a dar fin en aquel momento, pero Nichole, lejos de desanimarse, comenzó a recorrer el perímetro del edificio con ansiedad. En un lateral, casi oculto por un recodo en la pared, encontraron una puerta en apariencia condenada, pues estaba llena de polvo como si nadie la hubiese utilizado en bastante tiempo. Inexplicablemente, cuando Nichole la empujó, empezó a ceder con facilidad. Nichole se introdujo en su interior sin dudarle un instante.

—No deberíamos entrar. Nos van a meter en la cárcel —susurró Gabriel un tanto preocupado, mientras seguía a Nichole cruzando la enmohecida puerta.

El interior del edificio no desmerecía al exterior. Se encontraban ante una gran capilla, la mayor del edificio, iluminada de forma suave por la luz multicolor que atravesaba enormes ventanales con vidrieras de predominante tonalidad azulada.

Gabriel contemplaba absorto unos lujosos tapices situados entre el primer y segundo piso, que mostraban escenas de la vida de la Virgen, cuando, al fijarse en Nichole, vio que ésta se acercaba a una pila con agua bendita situada en un lateral del pasillo central. Nichole no se dirigió hacia el líquido, como hubiese sido de esperar, sino que empezó a examinar minuciosamente la piedra de granito en que estaba esculpida la pila.

—¡Oh! ¡Dios mío! —exclamó la mujer levantando la voz, lo que alarmó a Gabriel no sólo por lo que le pudiese ocurrir a la chica sino ante la posibilidad de ser descubiertos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel acercándose a Nichole.

— Hace unos años mi padre pasó con nosotras casi todo un verano, lo

que era algo bastante inusual en él pues casi nunca tomaba vacaciones de más de una semana. Fuimos a Sevilla a ver la Exposición Universal. Mientras estábamos allí, una tarde nos llevó a visitar la catedral. Estaba fascinado por las catedrales góticas. Según decía, la de Sevilla era el mayor templo gótico del mundo y el tercer templo de la cristiandad tras San Pedro del Vaticano y San Pedro de Londres. Aún le recuerdo contándome como un canónigo de los que decidieron su construcción exclamó: "*Hagamos una iglesia tan grande que los que la vieran acabada nos tengan por locos*".

—¿Qué tiene eso que ver con que estemos aquí ahora? —preguntó Gabriel.

—Déjame que termine de contártelo —le regañó Nichole molesta por la impaciencia de Gabriel—. Cuando estuvimos en la catedral, pasó algo que he recordado ahora. Mi padre me llevó con él hasta una pila de agua bendita como ésta. De forma casi imperceptible, sacó una llave de su bolsillo. Con su canto rasgó la piedra dibujando la letra "R" en la superficie. Después me besó con cariño en la mejilla y me susurró al oído: "*Si alguna vez visitas una catedral, busca la pila del agua bendita. Si encuentras en ella nuestra inicial, sabrás que yo también he estado allí. En ese momento, por lejos que yo esté, estaremos juntos contemplando la belleza de la obra de Dios*".

Gabriel se acercó a la pila y pudo comprobar que, en un lateral, casi oculto por las sombras, podía verse el grabado rudimentario de una letra "R" perfectamente reconocible.

—Mi padre ha estado aquí. Eso significa que lo que nos ha contado el profesor Lamond es cierto. Ahora sé que mi padre era uno de los hombres que dijeron ser templarios.

4

—¿Qué están haciendo aquí? —tronó una voz en perfecto francés.

Gabriel y Nichole se giraron paralizados hacia el altar, de donde provenía la voz fuerte y bien timbrada, que les había sobresaltado. Un hombre de unos cuarenta años se aproximaba hacia ellos, con aspecto de sentirse bastante molesto por su entrada poco ortodoxa a la Iglesia. Vestía completamente de color negro, sólo interrumpido por el cuadrado blanco del alzacuello que lucía. Era moreno, con el pelo rizado y los ojos claros. Al llegar a su altura su gesto severo se acentuó.

— ¿Cómo han entrado aquí? — preguntó de nuevo.

—Lo siento —atinó a responder Nichole en francés—, ha sido culpa mía. Mi nombre es Nichole y él es Gabriel, venimos de España. Nos encanta visitar las iglesias y catedrales. Al ver la puerta abierta, no hemos podido resistir la tentación de entrar. No era nuestra intención causar ningún problema.

El sacerdote pareció tranquilizarse, convencido aparentemente de no encontrarse frente a unos vándalos o ladrones de reliquias.

—No debieron entrar, aunque supongo que también es culpa nuestra —repuso el sacerdote en un extraño castellano salpicado de acento francés y catalán a la vez—. Esa puerta tendría que estar cerrada.

—¿Habla usted castellano? —se interesó Gabriel.

—Estuve destinado en una pequeña parroquia en Gerona durante varios años y aprendí a hablar en catalán y castellano con bastante fluidez.

—Pues ahora no está en una pequeña parroquia precisamente. Esta catedral es realmente magnífica —observó Nichole.

—Es cierto —repuso el sacerdote, mirando con orgullo a su alrededor—. Esta es la Basílica Catedral Nuestra Dama y Santo Privat de Mende. Es un edificio imponente. Cuenta con doce capillas rectangulares a parte de las dos absidiales. Su historia se remonta al año 951 en que se constituyó el obispado de Mende. Aunque probablemente ya antes una iglesia se elevaba encima de la tumba del Santo Privat.

—No me pareció tan antigua cuando entré. Pensé que por su estilo gótico probablemente databa de finales del siglo XIV o principios del XV —indicó Gabriel

—Cuando fue fundada debió tratarse simplemente de una pequeña capilla. Después ha sido múltiples veces ampliada y reconstruida hasta llegar al edificio que puede contemplarse actualmente. Así que en cierta forma su apreciación no iba nada desencaminada —explicó el sacerdote—. Parece usted bastante bien informado.

—Me apasiona el pasado. Soy licenciado en Historia —afirmó Gabriel complacido por el cariz cordial que había tomado la conversación.

—Si no hubiese sentido la llamada del Señor, probablemente yo también me hubiera decidido por esa carrera —repuso el sacerdote

visiblemente complacido—. Soy de Béziers, no muy lejos de aquí, y eso condiciona bastante. Toda la zona del Languedoc es cuna de grandes historiadores, sobre todo medievalistas. Igual que otras personas crecen entre leyendas y cuentos infantiles, nosotros nos hemos criado rodeados de buscadores de tesoros o reliquias perdidas. Las historias preferidas de mi infancia siempre giraban alrededor del Grial o del de los Templarios. A veces pienso que en el fondo muchos de nosotros seguimos siendo buscadores de tesoros como nuestros antepasados. Al final decidí que el tesoro mayor, el que de verdad merecía la pena buscar, no se encontraba en cuevas o antiguas ruinas perdidas, sino en el fondo de nuestra propia alma.

—Antes de venir aquí hemos visitado a un viejo profesor. Quizá usted le conozca. Se llama Bertrand Lamond —preguntó Gabriel interesado en averiguar si aquel sacerdote podía darles alguna información que pudiese serles útil.

—Claro que le conozco. He tenido muchas conversaciones interesantes con él. Pero hace un par de años que apenas le veo. Supongo que se ha retirado. ¿Qué tal está?

—Está muy bien. De hecho mantuvimos una charla muy interesante sobre la historia del Temple. Tiene unas ideas realmente peculiares al respecto. No sé si debemos tomarle demasiado en serio.

—Siempre ha tenido ideas muy extravagantes —el sacerdote comenzó a andar hacia la puerta por donde habían penetrado en el edificio, haciéndoles entender que había llegado el momento de que abandonasen la iglesia—. Me encantaría seguir charlando con ustedes, pero ahora debo dejarles. Me están esperando.

—Sentimos haberle importunado — se disculpó una vez más Nichole, cruzando la salida.

—No se preocupen.

—Puede que podamos hablar más tranquilamente en otra ocasión— se despidió Gabriel estrechándole la mano.

—¡Se me olvidaba! —exclamó el sacerdote sacando un papel cuidadosamente doblado del interior de su chaqueta negra—. Aquí encontrarán información sobre la Catedral y su historia. Contiene los horarios de visita. No olviden echarle un vistazo cuando lleguen a su hotel lo encontrarán muy interesante.

Gabriel recogió el folleto, guardandoselo en un bolsillo de su chaqueta. Cuando levantó la cabeza para despedirse del sacerdote, éste había desaparecido. La puerta estaba ahora cerrada a cal y canto, volviendo a tener el aspecto de no haberse abierto en años.

5

La visita a la Catedral tuvo un efecto balsámico sobre Nichole. Durante la comida en el restaurante del hotel, se había mostrado de nuevo relajada y confiada. Parecía haber aceptado el hecho de que su padre le hubiese ocultado un aspecto importante de su vida. Había llegado a la conclusión de que, si lo había hecho, obedecería a algún motivo poderoso que no debía juzgar sin conocerlo en su totalidad.

Gabriel, por su parte, había conseguido olvidar durante unas horas su situación. Había logrado no ser más que un turista acompañado de una bella mujer. Se sumió en el embrujo de su sonrisa, en la candidez de su mirada, y en los reflejos plateados que la luz proyectaba sobre su pelo negro como la noche.

Cuando subieron a las habitaciones, para recoger lo poco que habían dejado en ellas y poder volver a Barcelona, el ensueño se rompió con el sonido insistente del móvil de Gabriel filtrándose a través de sus ropas. Gabriel extrajo el aparato de su bolsillo. Al mirar la pantalla, descubrió que no reconocía el número de quien le llamaba.

—¿Si? —contestó intrigado.

—Por fin te encuentro —respondió la voz inconfundiblemente ronca de su tío Sebastián King.

—¿Qué ocurre?

—Llevo toda la mañana intentando dar contigo. Deberías darle el número de tu móvil a más gente, ni siquiera en la revista lo conocían. Al final he conseguido que me lo diese tu madre.

—¿Has hablado con mamá? —preguntó perplejo Gabriel.

—Sí y, desde luego, no ha sido nada fácil —admitió su tío con un suspiro—. No hace falta que te cuente su sorpresa al oír mi voz. Estuvo a punto de colgarme. Afortunadamente, conseguí convencerla de que me escuchase. No quería contarle lo ocurrido para que no se preocupase, así que

le dije que un cliente mío tenía una información importante para un artículo que estabas escribiendo y que debía localizarte de inmediato.

—¿Te creyó?

—Probablemente no demasiado, tu madre siempre ha sido muy inteligente. Pero al final terminó por darme tu número. Tendrás que llamarla y tranquilizarla, Cualquiera sabe qué habrá pensado al oír mi voz después de más de diez años y con una excusa tan peregrina. Además, es muy probable que la policía la localice pronto para preguntar por ti y es mejor que esté sobre aviso.

—¿Qué está pasando? —preguntó Gabriel alarmado.

—Las cosas han cambiado bastante desde ayer. Ha habido otra muerte, esta vez en Madrid.

—¡Otra muerte! —exclamó Gabriel, sin poder evitar utilizar un tono de voz demasiado alto, que le hizo mirar a los extremos del pasillo por si alguien se había fijado en ellos. Nichole, asustada, abrió rápidamente la puerta de su habitación indicando a Gabriel que pasase a su interior para que pudiese seguir de forma más discreta la conversación.

—El inspector Miralles me llamó ayer a media tarde, estaba intentando localizarte —comenzó a explicarle su tío—. Me dijo que necesitaba que confirmases algunos datos de la investigación. Le expliqué que habías salido a realizar un trabajo, pero que volverías pronto. Insistió e incluso me pidió tu número de teléfono, pero le dije que lo desconocía. Nada más colgar, llamé a mis contactos en la policía para enterarme de lo que ocurría. Al parecer, han matado a un hombre en Madrid y lo relacionan con el asesinato de Ramalla. Aún no he podido aclarar cuál es exactamente la naturaleza de esa relación, pero lo que sí parece claro es que de alguna manera te implica a ti, porque medio departamento de policía te anda buscando.

—¿Sabes cómo se llama la víctima? —preguntó Gabriel que empezaba a intuir lo sucedido con temor.

—El nombre completo no aún no lo sé, sólo las iniciales. Se refieren a él como I.M.C.

— ¡Joder! — exclamó con un gemido Gabriel mientras un nudo de angustia se formaba en su garganta.

—¿Le conoces?

— ¿Recuerdas que te conté que encontré la grabadora digital destrozada y la envié a un amigo para que intentase repararla? Se llama Iván Medeiros Cardeñosa. Tiene que ser él.

Gabriel se encontraba aturdido, incapaz de ordenar sus pensamientos. Una tormenta de dudas y temores, unida al abrumador presentimiento de que algo estaba completamente equivocado, le impedía razonar con claridad.

—Eso lo aclara bastante, aunque no del todo —su tío parecía ahora dubitativo a través del micrófono del teléfono móvil—. Sé que Miralles está ahora en Madrid. Eso sólo puede deberse a que están completamente seguros de la relación de los dos crímenes. Me parece poco probable que esa seguridad se base sólo en que conocías a la víctima. Debe haber algo más. A fin de cuentas, podría tratarse de una simple casualidad.

—La casualidad no existe —objetó Gabriel con amargura en su voz—. Quien haya matado a Iván quería impedir que pudiese recuperar la grabación y no ha dudado en matar a una persona inocente para conseguirlo. Sólo puede haber sido el mismo hombre que asesinó al Dr. Ramalla.

—Pero, ¿cómo ha podido saber el asesino que la habías enviado a reparar e incluso a dónde?

—No lo sé. No lo entiendo... —admitió Gabriel angustiado.

—No te preocupes Gabriel. Intentaré averiguar qué sabe exactamente la policía. Mientras tanto será mejor que les esquives durante algún tiempo. No puedes presentarte a declarar para que te hagan preguntas que no vas a saber responder. Terminarías detenido. Procura apagar el móvil, probablemente intenten localizarte a través de él como he hecho yo mismo. Tendrás que ser tú el que me llame a partir de ahora. ¿Habéis sacado algo de interés del famoso puñal?

Gabriel le hizo un rápido resumen de lo que hasta ahora habían averiguado, omitiendo dar demasiados detalles, especialmente sobre lo que les contó Bertrand Lamond. Se limitó a hablarle de forma general de la posibilidad de que Ramalla hubiese estado mezclado en alguna extraña secta de origen medieval y que esto podía haber sido el motivo de su muerte. Para asombro de Gabriel, que esperaba que su tío, un acérrimo racionalista, no se tomara muy en serio una historia tan extraña, Sebastián King pareció sumamente alarmado y preocupado.

—Debéis dejar inmediatamente este asunto. Dejadme averiguar qué sabe la policía y luego decidiremos qué hacer. No hagáis nada más. Quedaos en Mende un par de días y no intentéis hacer más averiguaciones. Temo que os estéis metiendo en algo muy peligroso.

—Creí que un abogado, tan apegado a la razón pura como tú, no daría crédito a esta historia —repuso Gabriel extrañado, ante el temor que percibía en la actitud de su tío.

—Mira Gabriel..., hay muchas cosas sobre mí que no sabes. Algún día tendremos que hablar de ello. Pero créeme cuando te digo que te estás metiendo en un asunto muy preocupante. No hay que tomarse a la ligera los asuntos de la historia y los de la religión menos aún.

—No te entiendo muy bien. ¿Es que sabes algo que no quieres contarme?

—No es eso. Es sólo que llevo muchos años viendo en mi trabajo toda clase de casos criminales, y te aseguro que la religión y las rencillas históricas están a menudo mezcladas en los peores de ellos. Hazme caso y apártate de este asunto.

—Está bien —admitió Gabriel, intentado calmar a su tío que parecía muy agitado—. Nos quedaremos aquí. Te llamaré dentro de dos días y veremos qué podemos hacer.

Gabriel colgó el teléfono, un tanto abrumado por la conversación telefónica, recostándose en una silla junto a un pequeño escritorio. Nichole se acercó, sentándose junto a él para que le explicase con detalle lo que su tío le acababa de contar. Aunque había intentado seguir la conversación, muchos detalles se le habían escapado.

—¿Nos quedaremos aquí sin hacer nada? —preguntó Nichole tras terminar su explicación Gabriel.

—Creo que deberías alejarte de todo este asunto —repuso Gabriel—. Coge el coche y vuelve a Barcelona. Yo ya estoy demasiado implicado, pero tú aún puedes evitar verte enredada más en este sinsentido.

— ¿Qué estás diciendo? No pienso dejar esto, así como así. ¡Es mi padre al que han matado! —Nichole indignada se puso de pie bruscamente.

—No lo entiendes —insistió Gabriel dejando su asiento para coger a Nichole suavemente por los hombros y obligarla a mirarle a los ojos—. Ya

han muerto dos personas y las dos estaban relacionadas conmigo. Quien ha hecho esto parece estar al tanto de todo lo que hago y no quiero ser responsable de que te ocurra algo.

—¡No soy una niña! —exclamó Nichole con obstinación—. No necesito que ningún príncipe azul cuide de mí. La única responsable de mis actos soy yo misma. Necesito saber qué está ocurriendo y no pienso dejarlo sin más. Si me pasa algo será sólo mi responsabilidad. No tienes por qué preocuparte por mí.

—No puedo evitarlo —confesó Gabriel azorado—. Aunque te conozco hace muy poco, empiezas a importarme demasiado para arriesgarme a perderte.

Gabriel acercó lentamente el rostro de Nichole hacia el suyo, hasta sentir el calor de su aliento sofocado sobre sus labios y la besó con desesperación. Nichole, lejos de apartarse como Gabriel temía, se aferró a él con pasión.

6

La luz del amanecer irrumpió a través de la persiana medio echada del pequeño balcón de la habitación, anunciando la llegada de un nuevo día. Gabriel fue el primero en despertarse, reconfortado por la sensual calidez del cuerpo de Nichole tendido a su lado. Su espalda desnuda, pero parcialmente cubierta por una cascada de sedoso pelo negro derramándose por sus hombros, junto a la suave fragancia de su piel, le recordaron la pasión con que se habían amado la noche anterior haciéndole desear besarla de nuevo. Sin embargo, una punzada de temor le hizo detenerse, temiendo dilapidar su incipiente relación por una excesiva precipitación y ansiedad. Después de tanto tiempo sin dejar que una mujer entrase en su vida, se sentía torpe e inseguro.

Gabriel decidió levantarse, procurando no despertar a Nichole. Recogió el amasijo de ropa en que se había convertido su traje y se dirigió al lavabo para darse una ducha rápida. Al salir del baño, se encontró a Nichole despierta aunque aún adormilada. Gabriel se acercó a ella y le besó en los labios con ternura.

—¡Buenos días! Intentaba no despertarte, pero veo que no lo he conseguido —le dijo Gabriel, aliviado al notar que ella le devolvía el beso con sensualidad.

—Lo extraño es que haya dormido hasta ahora. Siempre me despierto muy temprano —contestó Nichole, esbozando una sonrisa.

—Voy a mi habitación a afeitarme. Si quieres podemos bajar luego a desayunar a algún buen restaurante. Dicen que las baguettes francesas recién horneadas son deliciosas.

Gabriel se disponía a coger su chaqueta, situada sobre una butaca de la habitación, cuando notó que del bolsillo de ésta se había desprendido un papel doblado, que se encontraba tirado sobre la moqueta. Se trataba del folleto de la Catedral que les dio el sacerdote el día anterior. Pensando que quizá no fuese mala idea realizar otra visita al lugar, ya que ahora iban a disponer de un par de días de descanso, comenzó a desplegarlo con la intención de echarle un rápido vistazo. Repentinamente, lo que parecían dos pequeñas tarjetas cayeron de su interior. Gabriel las recogió extrañado. Una de ellas parecía un carné de biblioteca.

—Creo que vamos a tener que buscar al sacerdote que conocimos ayer —comentó despreocupado Gabriel—. Parece que se ha dejado un carné en el folleto de la Catedral.

Al voltear el que creía un segundo carné encontró ante sí una nota cuidadosamente manuscrita.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nichole preocupada por el repentino silencio de Gabriel.

—Es una nota —respondió Gabriel.

—Habrà que devolvérsela también, a lo mejor es importante.

—Es una nota para nosotros —puntualizó Gabriel, pasándosela a Nichole, para que pudiese leerla por sí misma.

Alguien había escrito en el papel, con letra pequeña y caligrafía un tanto preciosista, aunque perfectamente legible, lo que parecía un mensaje dirigido a ellos:

“Si están decididos a continuar su búsqueda, deben consultar este libro. Les abriré el camino del verdadero conocimiento y pondré a su alcance el legado que les pertenece por derecho”.

Al pie del texto, el símbolo que ahora sabían era un nueve rotado, rubricaba el mensaje avalando su autoría.

—El sacerdote debía ser uno de ellos —exclamó Nichole.

—Es posible que ni siquiera fuese un sacerdote —reflexionó Gabriel en voz alta—. A fin de cuentas sólo le vimos en la penumbra de la catedral. Un traje oscuro y un alzacuello, probablemente hecho con un simple papel, unidos al estupendo entorno de la catedral, le habrían bastado para crear la ilusión.

Nichole cogió el carné descubierto junto a la nota y lo observó durante un instante.

—Es de la Biblioteca Nacional de París y está a tu nombre. Nos autoriza el acceso a la Biblioteca durante un día y el derecho a retirar un volumen, que al parecer ha sido previamente reservado —explicó Nichole.

—Esto no me gusta —confesó Gabriel—. Quienes han preparado esto no puede ser personas corrientes. Sus influencias deben ser muy grandes.

—¿Por qué? Sólo es un carné de biblioteca.

—Sí, pero no de una biblioteca cualquiera, sino de la Biblioteca Nacional Francesa, una de las mejores bibliotecas del mundo con casi siete siglos de antigüedad. Para conseguir una cita como ésta, debe reservarse con meses de antelación, además de requerirse toda clase de documentación para acreditar la identidad del destinatario del préstamo. Esto lo han preparado en apenas unas horas. Han tenido que saltarse todo el procedimiento. ¿Te imaginas a alguien capaz de hacer algo así? Desde luego no se trata del sacerdote de un pueblo, ni de un simple grupo de fanáticos religiosos.

—Tendremos que arriesgarnos e ir. Parece que están dispuestos a contarnos por qué mi padre pertenecía a la Orden del Temple. Supongo que es a eso a lo que se refieren cuando hablan del legado.

—Claro que iremos, a pesar de que esto me parece cada vez más peligroso —afirmó Gabriel con rotundidad—. Esa gente parece saber algo de mí que yo desconozco y necesito averiguar de qué se trata.

—¿Por qué piensas eso?

—Desde el principio he tenido la sensación de que todo esto no me está ocurriendo por azar. Fue tu padre quien pidió a mi revista que yo le entrevistase. Tú misma dijiste que quería que fuese yo y no la policía quien investigase el asunto de las amenazas que estaba sufriendo. Además, el asesino parecía saber muy bien cómo implicarme en todo el asunto ¿Cómo explicar si no que dejase allí un puñal con claras connotaciones históricas que sólo yo podía apreciar?

—Aun así, podría ser todo casual.

—Eso es lo que me he repetido una y otra vez para intentar convencerme. Pero ahora que he leído la nota ya no puedo seguir mintiéndome a mí mismo. ¿No te has dado cuenta de que utiliza el plural? El legado del que habla nos incluye a los dos. Estoy totalmente convencido de que nada de lo que está pasando es una coincidencia.

7

Simón relató al Perfecto todas sus acciones con detalle durante su estancia en Madrid. Le contó cómo había acabado con la vida del técnico informático de forma rápida e intentando causarle el menor sufrimiento posible, y también cómo había procurado tratar el cuerpo con el mismo respeto que lo hiciera con el de Ramalla. Estaba ansioso por su aprobación y perdón, ante aquel acto deleznable que se había visto obligado a realizar. El rostro adusto, que le mostraba su teléfono móvil, sonrió de forma comprensiva.

—Reza una vez más al Señor y pídele por tu alma. Apacigua tus remordimientos. Recuerda que todas las almas, por descarriadas que estén, terminarán encontrando el camino de vuelta al Reino de Dios. Piensa, además, que Él sabe que lo que haces, lo haces por el bien de su obra.

—Señor, rogad a Dios para que este pecador que yo soy, sea guiado hacia un buen final —recitó Simón con reverencia.

—Ahora debes concentrarte de nuevo en nuestro objetivo. El Señor está de nuestro lado. Aunque al principio, la imprevisible aparición de la mujer estuvo a punto de estropear nuestros planes. Al final el Señor nos ha ayudado a utilizar ese hecho en nuestro beneficio. Nos ha permitido descubrir y destruir a tiempo los documentos que Ramalla había preparado. Si hubiesen llegado a manos de Gabriel King, hubiese sido muy difícil continuar con nuestro plan. Ahora, el hecho de que ella se haya unido al periodista en su investigación, nos facilita enormemente la tarea. Si él nos falla podremos utilizarla a ella para lograr nuestro objetivo. Esto nos demuestra que sin duda Dios nos protege en nuestra misión.

—¿Cómo he de proceder? —preguntó Simón—. Parece que los templarios ya han contactado con ellos.

—De ahora en adelante no te apartes de su lado. Pero que no descubran

tu presencia. Reza a Dios para que te permita completar tu misión sin cometer más errores, porque si no es así, más inocentes sufrirán, pues la obra de Dios es lo primero. Durante muchos siglos hemos mantenido un combate por la salvación del mundo. Cuando te conocí en Ipanema, estaba convencido de que íbamos a perder. Pero desde entonces todo ha cambiado. Ahora está a nuestro alcance terminar con el plan del maligno.

Al oír el nombre del famoso barrio de Rio de Janeiro, la mente de Simón evocó al instante el día que conoció al Perfecto, el día en que su vida cambió para siempre hacía ya casi ocho años.

En aquella época era ya un sicario totalmente integrado en el Comando Vermelho, adquiriendo cierta fama por la gran frialdad y absoluta pulcritud con que realizaba todos sus “trabajos”. Aquella mañana había recibido el encargo de acudir, junto a otros dos sicarios más, al barrio de Ipanema. Debían ir a la zona de bares en el Posto 9, frente a la Rua Farme de Amoedo. Tenían que buscar a un hombre, cuya exacta descripción les habían facilitado, sacarlo discretamente de allí y conducirlo a las afueras para eliminarlo con rapidez. Al llegar al lugar, los tres hombres se separaron para buscar a su víctima por las calles totalmente atiborradas de turistas en aquellas fechas.

Tras un ligero paseo, Simón decidió probar suerte en uno de los múltiples bares que salpicaban toda la zona. Nada más entrar reconoció a su víctima, maravillándose de la suerte de encontrarlo tan rápidamente. Se trataba de un hombre vestido totalmente de negro, lo que en Rio de Janeiro, un mundo lleno de color, era como llevar una antorcha encendida en el interior de una cueva. Se encontraba sentado solo, frente a una pequeña mesa redonda cubierta de documentos, tomando lo que parecía un simple refresco. Simón se acercó a él con tranquilidad, observándole detenidamente y preguntándose qué habría hecho un hombrecillo con aspecto tan inofensivo para ofender al Comando Vermelho. Cuando llegó a su altura, cogió otra silla y, colocándola junto al hombre, se sentó a su lado. Éste, al ver su espacio vital repentinamente invadido, se giró hacia él con estupor.

—Siga tomando su refresco y no haga aspavientos —le dijo Simón abriendo ligeramente su chaqueta para dejarle entrever la pistola que asomaba de su cintura—. No dudaré en utilizarla si me obliga.

Simón hubiese esperado cualquier reacción del desconocido menos la que éste tuvo. El hombre lo miró directamente a los ojos y sonrió, lo que dejó a Simón totalmente perplejo.

—¿Qué le parece tan gracioso? —preguntó Simón intentando intimidar a aquel extraño individuo que le miraba con sorna.

—Tu intento de asustarme con esa pistola —repuso con insolencia el individuo—. En este mundo la vida está muy sobre valorada. Parece que tus jefes están muy enfadados con nosotros ¿No les ha gustado que liberemos a algunos de sus esbirros de las cadenas de droga y engaños con que los atan?

—No sé quién es usted, ni me importa, tan sólo sé que debe venir conmigo —contestó Simón con sinceridad, ya que prefería desconocer todo sobre las personas que debía eliminar, para no tener así que plantearse si se merecían o no su final—. Levántese ahora mismo y acompáñeme fuera. Mis jefes quieren hablar con usted y no admitirán ninguna excusa.

—Pues es una pena porque yo no quiero hablar con ellos. En cuanto a tu falta de interés por mí, es comprensible. Sólo soy un hombre anodino que intenta hacer el bien en un mundo creado por el mal. Me interesas mucho más tú. ¿Desde cuándo trabajas con esta gente?

—No intente jugar conmigo. Levántese o le disparo aquí mismo— insistió Simón, preocupado por la situación comprometida en que aquel hombre, por valentía o por locura, le estaba metiendo, ya que de ninguna manera podía dispararle allí delante de todo el mundo, si no quería acabar en una de las masificadas cárceles del país.

—Hazlo si realmente lo deseas. Seguramente me harás un favor porque mi espíritu volverá al reino de Dios y dejará este mundo creado por el Diablo. Pero, antes mira estas fotografías— repuso el hombre señalándole la mesa.

Simón sabía que no debía implicarse de ninguna manera con sus víctimas pero, empujado por un repentino impulso, se acercó a observar las fotos que aquel extraño le mostraba.

—Son todos jóvenes como tú —comenzó a explicar el hombrecillo—. Trabajaban para distintos traficantes y mafiosos realizando encargos como asesinos, ladrones o camellos. Ahora han encontrado otro camino, lejos de sus jefes, enriquecidos y engordados con la sangre que ellos derramaban en su nombre. Se han librado de la muerte prematura que este tipo de vida conlleva. ¿No te has preguntado nunca por qué todos los que trabajáis para las bandas sois tan jóvenes? Pues yo te lo diré. Porque no llegáis a envejecer, morís antes de poder hacerlo, por sobredosis o asesinados por otros como vosotros. Los más afortunados pasan quince o veinte años en la cárcel y

terminan sus días viviendo, como ancianos olvidados y solitarios, en la miseria de alguna favela.

Simón ya había oído aquellos argumentos antes, pero había algo en aquel hombre o en su manera de decirlo que le hizo sentir la verdad de sus palabras. Se sintió, casi sin quererlo, atraído por sus argumentos.

—¿Y qué camino es ese que les ofreces? —preguntó Simón.

— El camino de la Fe verdadera.

—¿Qué eres, un cura o algo así? Estoy harto de predicadores que prometen alcanzar la felicidad, pero sólo buscan sacarte el dinero. La Fe no da de comer.

—Al cuerpo desde luego no, aunque te sorprenderías lo que el Señor puede llegar a hacer por ti —explicó el hombre con firmeza—. Pero no te preocupes. No soy ningún sacerdote. La Iglesia, como todo lo demás en este mundo, es obra de Satán. Sólo nuestros espíritus son puros. Yo sólo soy un hombre bueno. Pero te garantizo que, si sigues mi camino, cuando vuelvas a sentir hambre no será de pan sino de alimento para tu espíritu.

Simón se sentía profundamente turbado por las palabras de aquel hombre. Empezaba a pensar que, por primera vez desde que empezó a trabajar de sicario, iba a ser incapaz de cumplir el trabajo que le habían encomendado. Le parecía incomprensible que aquel hombre, que parecía absolutamente sincero, le ofreciese una nueva vida a quien había venido a arrebatarse la suya.

—Yo no soy bueno ni podré serlo ya nunca. Será mejor que me deje en paz. Váyase y no vuelva por aquí. Diré que no pude encontrarle— ofreció Simón confundido.

—Si me voy, tus jefes sabrán que has fallado y no durarás en las calles una semana. Sólo me iré de aquí si vienes conmigo.

Aquello terminó de conmocionar a Simón, al comprobar que aquel hombre, un total desconocido para él, estaba dispuesto a arriesgar su propia vida en una difícil apuesta por quien había venido a matarle. Nunca había conocido a nadie así.

Estaba tentado de aceptar la oferta de aquel hombre, cuando vio como por la puerta del local entraba uno de los sicarios con los que había venido. Nada más verlos, se dirigió hacia ellos con cierta extrañeza dibujada en su

rostro. Con toda seguridad se había dado cuenta de que algo extraño estaba sucediendo en la mesa.

—Vamos haz lo que viniste hacer —le ordenó de pronto el hombre sentado frente a él, levantándose de la mesa dispuesto a acompañarle al exterior, justo cuando el otro sicario les alcanzaba.

Simón se levantó, escoltando, junto al otro sicario que esbozaba una amplia sonrisa, al hombre que tan noblemente se había portado en aquella mesa de bar. Salieron al exterior dirigiéndose al vehículo en el que habían llegado, donde probablemente les esperaba el tercer sicario. Simón decidió actuar en aquel momento, antes de llegar al coche y tener que enfrentarse a dos hombres en lugar de a uno. Sacó el arma de su cintura y apuntó directamente a su compañero del Comando Vermelho, que le miró con cara asombrada.

—¿Qué coño estás haciendo? ¿Te has vuelto loco? —gritó el asesino, levantando los brazos enfurecido— ¡Esto te costará el cuello, cabrón!

—¡Váyase ahora!— gritó Simón a su acompañante, mientras éste le miraba con una mezcla de asombro y satisfacción en el rostro.

—No me iré —respondió—. Tendrás que tomar una decisión: matarme e irte con tu compañero para volver a tu vida de siempre o matarle a él y venir conmigo para iniciar una nueva vida. Desgraciadamente, no hay otro camino. Si me dejas libre y no le matas, él te matará a ti. Quizá no lo consiga hoy, pero con toda seguridad lo hará tarde o temprano.

La gente corrió, despejando la calle al ver el arma en las manos de Simón, mientras éste se debatía intentando tomar la decisión correcta. Simón se dio cuenta de que, por una vez no era su mente la que estaba rigiendo sus actos, sino sus sentimientos. Con las manos temblando y el sudor bajando por su mejilla, se giró hacia el sicario, que continuaba insultándole, sin ser totalmente consciente de que se encontraba ante una muerte cierta, y le disparó. El hombre cayó hacia atrás como empujado por una mano invisible. Sus ojos reflejaron un asombro infinito justo antes de cerrarse para siempre, mientras su pecho estallaba en una cascada imparable de sangre.

Simón se quedó por un instante estupefacto, mientras empezaba a ser consciente de lo que acababa de hacer. Le había disparado, no sólo a un sicario del Comando Vermelho, sino también a toda la vida que había llevado hasta aquel momento. El hombre que le había hecho tomar aquella decisión le

sacó de su trance obligándole a correr tras él por las calles de Ipanema. No fue consciente de por donde fueron, tan sólo que tras unos largos minutos, que le parecieron infinito,s llegaron totalmente fatigados a un pequeño callejón, donde los esperaba un vehículo aparcado junto a un contenedor. Era un coche negro y brillante, cuya marca no pudo adivinar, que al parecer pertenecía a su acompañante. Los dos hombres se subieron a él ya más calmados.

—¿Estás dispuesto a empezar hoy una nueva vida y ser un hombre bueno? —le preguntó aquel extraño individuo, que mantenía su semblante asombrosamente sereno, a pesar de lo que acababa de ocurrir.

—Soy un asesino. ¿Cómo puedo cambiar eso?

—Los zelotes eran fanáticos nacionalistas judíos. Sentían un odio feroz por los romanos y no dudaban en utilizar el asesinato para conseguir sus fines. Uno de los seguidores de Jesús, Simón de Galilea, era uno de ellos. Cuando Jesús lo encontró, era un hombre amargado, pero fue capaz de abandonar todos sus odios por la Fe hacia el Maestro, convirtiéndose en uno de sus discípulos más amados. Si hoy vienes conmigo yo te convertiré en Simón.

En aquel momento decidió dejarlo todo atrás. Aquel hombre, al que aprendió a llamar el Perfecto, le enseñó un nuevo camino, nunca le preguntó por su pasado y ni siquiera quiso saber su nombre, llamándole desde aquel mismo día tan solo Simón.

—No habrá más errores. Haré todo lo que sea necesario incluido dar mi vida si el Señor lo requiere —exclamó al fin Simón, volviendo de sus recuerdos.

—Excelente. Estoy muy orgulloso de ti. Te has convertido en el hombre bueno que siempre quisiste ser.

Aunque llegaron a París a primera hora del viernes, decidieron descansar el resto de la mañana antes de dirigirse a la Biblioteca. Nichole no conocía la ciudad. Sin embargo Gabriel la conocía bien por haberla visitado mientras estudiaba en la universidad. Pasó allí un verano, junto con otros compañeros de estudios, con la excusa pública de querer visitar uno de los marcos históricos más ricos de Europa, y la esperanza privada de conocer

“otro tipo de monumentos”, que no aparecían precisamente en las guías turísticas.

Gabriel condujo a Nichole hasta el Palacio y los Jardines de Luxemburgo, que recordaba como uno de los lugares más bellos y tranquilos de Francia. El jardín, situado en el barrio latino, les brindó la calma y el sosiego que buscaban, permitiéndoles olvidar por unas horas el motivo por el que se encontraban allí. Pasearon durante un rato, recreándose en el mundo de colores y esencias aromáticas que la naturaleza les ofrecía. Al llegar a la zona central de los jardines, se encontraron con un espectacular lago de forma octogonal, que reflejaba de forma tan perfecta el cielo azul sobre sus inmóviles aguas, que creaba la momentánea ilusión de tratarse, no de un lago, sino de un enorme espejo perfectamente pulido.

—Es muy hermoso —comentó Nichole, mientras se sentaban en uno de los múltiples bancos situados alrededor del lago—. Todo este lugar transmite una increíble sensación de serenidad.

—Fue concebido para ese fin —contestó Gabriel—. Por eso me pareció el lugar más adecuado para que pudiésemos descansar un rato.

— ¿Quién lo hizo?

—Lo construyó María de Médicis alrededor de 1615, justo después de ser coronada reina de Francia. Tras la muerte de su marido Enrique IV, estaba cansada y harta de la barbarie de la atrasada Corte del Louvre. Eligió estos jardines para instalarse lejos de la Corte, porque le recordaba los palacios italianos en que se crio.

—Creo que puedo entenderla muy bien —suspiró Nichole bajando la mirada.

—Lo siento —susurró Gabriel, acariciando su mejilla con el dorso de su mano—. No pretendía recordarte lo ocurrido sino todo lo contrario.

—Has elegido bien. Es un lugar maravilloso —susurró Nichole, acercando su rostro al de Gabriel, hasta que sus labios se rozaron en un suave beso.

El resto de la mañana lo dedicaron a visitar aquel lugar, intentando perderse en el marco incomparable que aquel hermoso jardín les ofrecía. Gabriel convertido en un improvisado guía, condujo a Nichole por cada uno de los rincones de aquellos jardines que mejor recordaba.

Tras visitar la fuente de María de Médicis, el único monumento que, aunque reconstruido, quedaba como testimonio del jardín inicialmente concebido por la Reina, Gabriel intentó sorprender a Nichole, llevándola hasta una zona apartada donde se encontraba una escultura que poca gente conocía.

—¡Una réplica de la Estatua de la Libertad! —exclamó Nichole al contemplar frente a ella una reproducción reducida pero idéntica a la famosa estatua neoyorquina.

—Eso es lo que piensa todo el mundo cuando la ve, pero no es del todo cierto. En la historia del arte, la barrera entre el original y la copia a veces se difumina con el paso del tiempo —explicó Gabriel divertido ante la cara de sorpresa de la mujer—. En realidad, se trata de la escultura original. Fue realizada por Frederic Auguste Bartholdi. Le sirvió como modelo para construir, ayudándose del armazón diseñado por Alexandre Gustave Eiffel, el regalo más caro de todos los tiempos, la Estatua de la Libertad de Nueva York.

—Quizás sea exactamente eso lo que le ha ocurrido a mi padre— reflexionó Nichole, con la sombra de la preocupación asomando de nuevo sobre sus ojos—. Quizá estos templarios no sean más que una copia de los originales, un grupo moderno que convence a sus miembros con falsas pretensiones históricas. Quizá mi padre fuese, al fin y al cabo, tan sólo una víctima más de un grupo sectario.

—Lamentablemente, apenas pude conocer a tu padre, pero no creo ni por un instante que fuese un hombre que se dejase convencer por un grupo de iluminados —aseguró Gabriel abrazándola con fuerza.

Cerca de las dos de la tarde decidieron dejar, no sin gran pena, aquel paradisíaco lugar, para buscar un restaurante y reponer fuerzas antes de afrontar aquello que les estuviese esperando en la Biblioteca Nacional de París. Almorzaron frugalmente en un restaurante cercano. Después, ya perdida la magia de la mañana, se dirigieron andando hacia el edificio oficial con la esperanza de averiguar algo más concreto que lo descubierto hasta el momento.

Al llegar a la Biblioteca Nacional se encontraron ante una enorme explanada con un jardín central muy cuidado, en cuyas esquinas se levantaban cuatro edificios con forma de “L”. El conjunto tenía el aspecto inequívoco de una mesa invertida de diseño futurista, formada por

construcciones acristaladas y semitransparentes.

—Esperaba un edificio antiguo con aire de palacio neoclásico reconvertido o algo así, pero desde luego no esto —reconoció Nichole impresionada—. Más que una biblioteca parece la sede del FBI o de la ONU.

—No te dejes engañar por su aspecto —le recomendó Gabriel—. En realidad, la Biblioteca Nacional de Francia cuenta con una historia de más de seiscientos años a sus espaldas.

— Tengo la sensación —repuso Nichole mirando a su alrededor—, de que no tendremos problemas para encontrar lo que andamos buscando.

Cuando llegaron a la recepción, se encontraron con un diseño tan moderno en el interior como el exterior del edificio. Una señorita, situada tras el mostrador frente a la pantalla plana de un ordenador, se dispuso a atenderles con rapidez. Gabriel le acercó el carné de biblioteca que había encontrado en el bolsillo de su chaqueta junto con su documento nacional de identidad.

— ¡Españoles! —exclamó la bibliotecaria con una sonrisa, devolviendo el carné de identidad a Gabriel— Últimamente vienen muchos españoles a la biblioteca interesados por este tipo de libros.

—¿Qué tipo de libros? —preguntó Nichole.

—¡Oh!... ¡Ya me entiende! Volúmenes de la Edad Media, religión, cruzadas, ese tipo de cosas. La gente está cada vez más interesada por los secretos y tesoros de aquella época.

—No somos buscadores de tesoros se lo aseguro —repuso Gabriel impaciente—. Soy periodista. Necesito ese libro para mi próximo artículo. Eso es todo.

—¡Vaya! —exclamó la mujer mirando con asombro la pantalla de su ordenador, como si acabase de ver aparecer frente a ella la cosa más extraña del mundo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabriel extrañado.

—Nada. No se preocupen. Tardaremos un poco en localizar el volumen. Pasen a la salita situada a la derecha. Les avisaré allí en cuanto lo tenga —el tono de la mujer había abandonado repentinamente su inicial jovialidad para volverse formal y desconfiado.

Gabriel y Nichole se miraron extrañados por el cambio de actitud de la bibliotecaria y se dirigieron a la sala que les había indicado. Se trataba de una pequeña estancia decorada con muebles de diseño y plantas ornamentales, flanqueada en sus esquinas por ordenadores con conexión a la base de datos de la Biblioteca.

—¿Qué hacemos? —preguntó Nichole intranquila— ¿No te ha parecido raro el cambio de humor de la recepcionista?

—La verdad es que si —reconoció Gabriel—. Pero no creo que tengamos que ponernos nerviosos. No estamos robando un banco ni nada parecido. Tan sólo estamos sacando un libro de una biblioteca pública. Nada más.

—¿Y si todo es una encerrona? —insistió Nichole.

—¿Qué quieres decir?

— Puede que el carné sea falso. Tú mismo dijiste que habían sido demasiado rápidos en conseguirlo.

—¿Y qué podrían pretender con algo así? No creo que por un carné de Biblioteca vayamos a la cárcel. Supongo que como mucho nos echarían un buen rapapolvo y una multa considerable.

—¿No has pensado que en el carné está tu nombre y que además has entregado tu DNI con él? Puede que quisieran que aparecieses en un lugar público como éste para que la policía pudiese localizarte. Tu tío nos dijo que Miralles te estaba buscando. Le conozco muy bien y es perfectamente capaz de haber cursado una orden de búsqueda a la Interpol.

El sonido inconfundible de los pasos de un hombre dirigiéndose hacia ellos interrumpió bruscamente sus divagaciones. Gabriel vio con aprensión como un individuo alto, de pelo ligeramente canoso, y piel un tanto olivácea, se dirigía hacia ellos con rapidez. Llevaba un elegante traje oscuro que alisaba con nerviosismo. Al llegar a su altura, ajustó la montura dorada de sus pequeñas gafas sobre su nariz con nerviosismo, como si la mayor cercanía de los cristales graduados a sus ojos le ayudase a afrontar con mayor tranquilidad su futura conversación.

—Buenos días —les saluda el hombre— ¿Es usted Gabriel King?

—Sí, soy yo —respondió Gabriel angustiado ante la posibilidad de encontrarse ante un policía francés dispuesto a detenerle.

—Soy Marcel Beaumont, encargado de la colección de códices medievales —se presentó el desconocido—. Me temo que ha habido un error en su solicitud. El libro que usted ha solicitado no puede ser cedido en préstamo, tan sólo puede ser consultado in situ bajo ciertas medidas de seguridad.

—¿Qué debemos hacer entonces? —preguntó Gabriel aliviado al comprobar que su temor era infundado, pero preocupado a la vez ante la posibilidad de que al final no pudiesen ver el libro.

—No hay motivo para preocuparse —contestó el bibliotecario adivinando sus pensamientos—. Dado que su documentación está perfectamente en regla y tiene usted la reserva concedida, no veo motivo por el cual no pueda consultar el volumen ahora mismo. Tan solo le informo para que comprenda el por qué no puede llevárselo en préstamo. La señorita puede acompañarle si lo desea, tan solo debe mostrarme su documentación.

Tras comprobar el DNI de Nichole, el bibliotecario les pidió que le acompañasen. Le siguieron, no sin cierta preocupación, a través de varios pasillos y escaleras, que les fueron alejando cada vez más de la zona concurrida por la gente hasta adentrarse por zonas totalmente desiertas. Casi sin darse cuenta, el diseño modernista acristalado y transparente dio paso a paredes de madera y columnas de mármol, como si en medio de aquel tortuoso camino hubiesen cambiado de edificio. Finalmente llegaron ante unas puertas dobles de caoba brillante y tiradores de bronce con forma de cabeza de león, que el silencioso bibliotecario abrió, tras anunciarles en voz alta que habían llegado a su destino.

La estancia, no muy grande, se encontraba presidida por una enorme mesa de madera rodeada de sillas de altos respaldos, tapizadas con terciopelo rojo. Las paredes, cubiertas de paneles de madera de caoba con un acabado idéntico al de las puertas, estaban adornadas con tapices de estilo medieval, que mostraban una serie de escenas que Gabriel no supo identificar.

—Acomódense por favor —les pidió el bibliotecario, desplazando dos sillas para que pudieran sentarse en ellas.

—Un sitio impresionante —comentó Nichole—. No parece una sala de lectura.

—Me temo que no lo es señorita Ramalla —respondió el bibliotecario, sentándose en una silla situada al otro lado de la mesa frente a

Nichole.

—¿Qué está pasando? —exclamó Gabriel comprendiendo que habían sido conducidos a una extraña encerrona.

La pregunta de Gabriel tuvo como respuesta la entrada de un segundo hombre, por una puerta al otro lado de la sala, que les había pasado desapercibida por encontrarse mimetizada con los paneles de madera de la pared. El individuo era extremadamente alto y delgado, lo que unido a su vestimenta completamente de negro, le daba un aspecto un tanto inquietante. Su rostro, enjuto y anguloso, mostraba una palidez cadavérica. Llevaba gafas negras y su pelo era de un rubio muy claro casi blanco. Con paso seguro se dirigió hacia ellos.

—Siento no quitarme estas molestas gafas, pero habrán adivinado por mi aspecto que soy albino y no soporto la luz —explicó sonriendo con amabilidad, mientras se sentaba en la silla situada frente a Gabriel, colocándose junto al hombre que les había llevado hasta allí.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Gabriel con cautela, consciente de que el supuesto préstamo de un libro había sido una treta para llevarles a él y a Nichole hasta allí.

—Espero que comprenderán que de momento no podemos darles nuestros nombres reales —contestó el albin—. Bastará con que conozcan nuestro apodo en la Orden. Soy el hermano Archambaud y al hombre que les ha conducido hasta aquí es el hermano Godofredo.

—En recuerdo de los fundadores, cada uno de nosotros lleva el nombre del caballero de cuyo linaje proviene —explicó el falso bibliotecario tomando la palabra.

Gabriel miró a su alrededor, dándose cuenta ahora de detalles que le habían pasado desapercibidos, como el hecho de que las sillas situadas alrededor de la mesa fueran exactamente nueve, o que una de las escenas representada en los tapices, mostraba a nueve caballeros en pleno combate.

—¿Son ustedes miembros de la Orden de los Nueve? —preguntó al fin Gabriel, cogiendo con su mano izquierda la mano derecha de Nichole bajo la mesa, apretándola con ternura con la intención de transmitirle tranquilidad y confianza.

—Aunque seguimos utilizando el emblema que ya conocen y que hace alusión a los Nueve —explicó el hermano Archambaud, mostrándole un

sello de plata situado en el dedo índice de su mano derecha con el signo, ya conocido, de un nueve romano, girado, simulando una copa—, hace siglos que decidimos llamarnos simplemente la Orden del Temple. Somos por tanto caballeros templarios.

—¿Pertenece mi padre a su orden? — preguntó Nichole incapaz de contener su impaciencia.

—Creo que ya ha averiguado eso por sí misma, ¿no es cierto? Su padre era descendiente directo de Godofredo de Saint Omer. Fue un excelente caballero e hizo honor a su legado como espero que lo haga usted misma.

—¿Yo? —exclamó Nichole perpleja ante la propuesta velada que aquel extraño hombre de piel pálida acababa de hacerle.

—Tan solo nos interesa saber quién mató a Ramalla y por qué — intervino Gabriel preocupado ante el cariz que estaba tomando la conversación, ya que temía que aquellos hombres estuviesen más interesados en captar a Nichole para su extraña secta que en darles las respuestas que buscaban.

—Eso requiere que les ponga al día de algunos aspectos que aún desconocen de la historia de la Orden. Pero antes deben entender que lo que aquí les contemos no debe ser divulgado por ustedes bajo ninguna circunstancia. Si así lo hicieran, nos veríamos obligados a tomar medidas muy negativas para ustedes.

—¿Quiere decir que nos matarían? —preguntó Nichole recuperando la actitud desafiante que tanto impresionaba a Gabriel.

—No somos asesinos —repuso Archambaud mostrándose ofendido—. Pero nos veríamos obligados a hacer desaparecer cualquier prueba que intentasen utilizar. Les aseguro que tenemos poder e influencia suficiente para desprestigiarles personal y profesionalmente. Tendríamos que destruir toda su credibilidad para conseguir que nadie prestase atención a su historia. Sería muy desagradable se lo aseguro. Espero que nada de esto sea necesario. Confío en que comprenderán por ustedes mismos la importancia de lo que vamos a confiarles.

—No tenemos intención de revelar nada de lo que aquí nos cuenten. Como ya le hemos dicho, tan sólo queremos coger a los asesinos de dos buenas personas —aseguró Gabriel convencido de que las amenazas vertidas por aquellos hombres eran algo muy real.

El hombre llamado Archambaud miró de soslayo a su compañero Godofredo, al que hizo una señal de asentimiento con la cabeza cediéndole la palabra.

—Creo que ya conocen los motivos que llevaron a los Nueve a fundar, con la colaboración del Conde de Champagne, la Orden del Temple.

—El profesor Bertrand Lamond nos explicó cómo hallaron en Tierra Santa una especie de biblioteca con documentos cristianos muy tempranos y que, en base a algunos documentos hallados en ella, decidieron que su misión era la búsqueda y salvaguarda del Sudario de Cristo —confirmó Gabriel.

—La Orden del Temple se oficializó en el Concilio de Troyes en el año 1128 —comenzó a explicar el hombre que se hacía llamar Godofredo—. Bernardo de Claraval redactó la Regla original, adaptando para ello la dura Regla del Císter. Con arreglo a ella la vida del Temple se organizó de forma monacal, pronunciando los votos de pobreza, castidad y obediencia, más un cuarto voto de contribuir a la conquista y conservación de Tierra Santa, para lo cual debían estar dispuestos a dar gustosos su vida si era necesario.

Cuando al año siguiente Hugo de Payns regresó a Jerusalén, lo hizo acompañado de más de trescientos caballeros pertenecientes a familias nobles de todo Occidente y numerosos escuderos. Ninguno de ellos fue informado de la verdadera función de la Orden, cuyo conocimiento permaneció reservado tan solo para los nueve caballeros originales y Hugo de Champagne.

La inocencia de aquellos primeros caballeros, sumada a las ambiciones de Hugo de Champagne, hizo que la Orden del Temple fuese concebida como el método más rápido para alcanzar el poder terrenal necesario para establecer el Reino de Dios en la Tierra. Aquellos caballeros pensaban que dicho Reino se establecería por fin en la Tierra cuando localizasen el lienzo de Cristo, tal y como parecía confirmar José de Arimatea en los documentos que encontraron en el Templo. De esta forma, mientras unos caballeros, con Hugo de Payns a la cabeza, buscaban con ahínco la localización del famoso lienzo, otros se dedicaban a ampliar de forma incansable las riquezas de la Orden del Temple.

El éxito de ambos grupos fue desigual. Los encargados de enriquecer al Temple consiguieron éxito tras éxito en su misión. La bula *Omne datum optimum* del año 1139 eximía a los Templarios de toda jurisdicción episcopal

y les situaba bajo la dependencia exclusiva del Sumo Pontífice, lo que confirmaba, a todos los efectos, la potestad de la Orden para tener iglesias, capellanes y cementerios propios. Otra bula la Milites Templi obtenía cuatro años después un aumento de las indulgencias de la Orden, así como la disponibilidad de sus propios capellanes, y la completa validez de los sacramentos efectuados por ellos.

Paralelamente, la búsqueda del Sudario resultaba mucho más ardua de lo esperado. La falta de nuevos documentos que especificase su localización, junto con las limitaciones que la guerra les imponía, hicieron que tardaran casi ochenta años en lograr su objetivo. La clave la encontraron cuando lograron averiguar a qué ciudad se refería el apelativo “ciudad de los profetas” que José de Arimatea utilizaba en su escrito. Se trataba de Edessa, la actual Urfa, situada en Turquía.

—¿Tiene algo que ver con la leyenda del rey de Edessa? —preguntó Gabriel interrumpiendo la disertación del caballero templario.

—¿Qué conoce usted de la leyenda? —se interesó Godofredo.

—Según recuerdo, el rey de Edessa, enfermo de lepra, se enteró de la existencia de Jesús de Nazaret y sus muchos milagros, por lo que decidió enviar un mensajero. Consiguió así, intercambiar varias cartas con el propio Jesús de Nazaret, hasta que decidió encargarse a uno de sus artistas que fuera a Judea y dibujara el rostro del profeta judío. El artista no consiguió realizar el retrato, debido a los resplandores que el rostro de Jesucristo desprendía. Sin embargo, al parecer, esa misma luz grabó en la tela la imagen del Santo Rostro y el Rey, al contemplar aquel lienzo, sanó milagrosamente.

—Se trata claramente de una simple leyenda —aclaró Godofredo con cierto divertimento—. Pero como usted bien sabe, las leyendas suelen guardar un poso de verdad y en este caso así es. El rey de Edessa en tiempos de Jesús era Abgar V Ukama, gobernó del año 9 al 46 de nuestra era. Este rey mantuvo realmente correspondencia con el propio Jesús de Nazaret y puede decirse que fue el primer rey convertido al cristianismo de toda la historia. De ahí que José de Arimatea se refiriese a él como el rey fiel. Cuando José supo que iba a ser apresado, decidió enviar el sudario de Cristo al lugar más seguro que conocía, y ese era, sin duda, el único reino cristiano de aquella época; Edessa. El rey Abgar estaba entonces terriblemente enfermo de lepra negra y al recibir el lienzo curó milagrosamente.

—Pero los pocos documentos históricos que recuerdo no hablan de

un sudario sino del retrato milagroso de un hombre —observó Gabriel.

—Y eso fue lo que hizo que no se identificase el famoso retrato de Edessa con el sudario de Cristo —reconoció Godofredo—. Pero la explicación es sencilla y proviene del hecho de que el sudario permanecía doblado de tal forma que solo el rostro era visible. Por este motivo, cualquier espectador que lo veía pensaba indudablemente que se trataba de un retrato. De todas formas, fíjese en la leyenda y en como afirma claramente que no se trataba de un retrato pintado, sino una imagen impresa milagrosamente por una luz proveniente del rostro de Cristo. Si une eso a que, en las descripciones que nos han llegado, se describe el retrato de Edessa como una tela en la que apenas se divisaban los rasgos de una cara debido a su extraña y peculiar factura, tendrá una buena descripción del sudario de Cristo que hoy en día puede contemplar en Turín.

—¿Encontraron pues los templarios el sudario en Edessa? —preguntó Nichole con impaciencia.

—Lamentablemente no fue tan sencillo —continuó Godofredo—. Sólo once años después de la muerte del rey Abgar subió al trono un rey pagano, que volvió a prohibir la religión cristiana, y la Sabana Santa fue escondida en un hueco de la muralla de la ciudad. Los que la habían ocultado murieron, y se perdió el dato de dónde estaba. Pasaron cuatrocientos años, hasta que en el año 525 pudo ser reencontrada durante unas reparaciones efectuadas en la muralla, mientras se preparaban ante el ataque inminente de los persas. Posteriormente, tras el desarme y la victoria sobre el enemigo, el pueblo Edessano atribuyó la victoria al poder del lienzo. En el año 638, Edessa fue de nuevo conquistada, esta vez por los musulmanes que, afortunadamente, respetaron la Sábana Santa. Sería en el año 944 cuando el ejército bizantino, por orden del emperador Romano Lacapeno, cercó Edessa, exigiendo para su retirada la entrega del que llamaban el Mandylyon. Los bizantinos llevaron la Sábana Santa así capturada, a la capital de su imperio, Constantinopla. Estaban convencidos de que la reliquia les protegería del imperio romano de Occidente. Cuando el Temple localizó el sudario original resultó estar aún en Constantinopla, lo que hizo imposible su acceso inmediato a él.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel— Constantinopla era la capital del Imperio de Bizancio que era un reino cristiano.

—Precisamente por eso. La intención de nuestros antepasados era

conseguir el sudario para ser ellos sus custodios. Si se hubiese tratado de una ciudad bajo dominio musulmán, hubiese resultado sencillo atacarla utilizando las cruzadas como excusa y robar el sudario. Pero ¿cómo podían sustraer la reliquia en un reino cristiano?

—¿Cómo lo lograron entonces? —preguntó ahora Nichole.

—Los primeros caballeros y muchos de sus sucesores murieron sin haberlo conseguido. Hugo de Payns murió en el año 1136 sin haber podido siquiera contemplar la faz del Señor impresa en la Sábana Santa. Los Nueve pasaron entonces por un mal momento, pues algunos pensaron que el Señor les daba su espalda. Afortunadamente se impuso la idea de que el Señor había castigado al fundador de la Orden, tal y como lo hizo con Moisés, por haber dudado en su primera visión, cuando a punto estuvo de abandonarlo todo frente a las puertas precisamente de Constantinopla. Nuestros hermanos consiguieron mantener viva su misión hasta que finalmente, el 12 de abril de 1204, el ejército cruzado tomaba Constantinopla. En el tumulto dos caballeros templarios pertenecientes a los Nueve lograron robar el sudario y ponerlo bajo la protección de la Orden.

—¿Cómo es posible que el ejército cruzado atacase Constantinopla? ¿No habíamos quedado en que era un reino cristiano? —insistió Nichole sin comprender del todo el relato.

—La oportunidad se presentó tras un duro conflicto entre regentes en que les llevó a pedir ayuda a los cruzados. Estos fueron convencidos de desviarse en su camino a Egipto, inmersos en la cuarta cruzada, y de dirigirse a Bizancio, con el argumento de que las grandes reliquias que se conservaban en Constantinopla no debían estar custodiadas por los griegos, que eran considerados cismáticos. Aun así, al principio la campaña cruzada en Bizancio estuvo a punto de suponer que el Papa Inocencio III excomulgara a los propios cruzados por atacar a ciudades cristianas, pero, al final, tuvo el apoyo oficial del papado. Roma veía con buenos ojos la oportunidad de acabar con el imperio de Bizancio de una vez por todas.

—¿Qué hicieron después con el Sudario?

—Fue llevado en secreto a la fortaleza de San Juan de Acre. Allí permaneció seguro, hasta que, en enero de 1291, la situación de la Orden del Temple se deterioró de tal manera, que la toma de la ciudad, el último bastión cristiano en Tierra Santa que quedaba, pareció inminente. Afortunadamente, nuestros hermanos pudieron poner a salvo el sudario antes de la llegada de

los musulmanes, que, bajo el mando del Sultán Malek-Aschraf, tomaron la ciudad el 5 de abril de 1291.

—¿Por qué la situación del Temple se había deteriorado? ¿No seguía siendo la Orden inmensamente rica y poderosa? —preguntó Gabriel, no muy convencido de que aquel relato obedeciese a hechos históricos, y no a una interpretación sectaria, perfectamente hilvanada a partir de la historia real.

—Claro que era rica y poderosa. Pero fueron precisamente esos aspectos lo que la llevaron al desastre. No deben olvidar que, aunque estemos hablando siempre de la Orden del Temple, en realidad había dos organizaciones distintas dentro de ella: la de los fundadores, inicialmente llamados los Nueve, y la Orden del Temple oficialmente reconocida. La separación entre ambas se fue haciendo cada vez mayor. El cargo de Gran Maestro era ocupado por personas distintas en ambas organizaciones, desde que Hugo de Payns así lo dispusiera antes de morir. Esto, unido a que los Nueve preferían mantener su misión real en secreto, filtrando tan sólo aspectos generales de la doctrina al resto de templarios, hizo que la Orden se llenase de tergiversaciones, de malentendidos, y de auténticas supersticiones. Aquello fue atrayendo el recelo de la Iglesia Católica, por lo que la posibilidad de utilizarla como base del futuro Reino del Señor en la Tierra empezó a ser cada vez más remota.

—Al hablar de supersticiones se refiere a aspectos como el “Baphomet” y los múltiples ritos paganos de los que se les acusó en su juicio —. Gabriel no pudo evitar intentar aprovechar la franqueza con que aquel hombre les estaba hablando para indagar sobre ciertos aspectos de la Orden del Temple, que siempre habían llamado poderosamente su atención.

El albino que se hacía llamar Archambaud y había permanecido callado escuchando las explicaciones de su compañero, tomó ahora la palabra.

— El único objeto sagrado para nosotros es la Sábana Santa, a la que consideramos testimonio de Dios vivo en la Tierra. Por eso utilizamos una representación suya en nuestros rituales. Dicha representación era originalmente una reproducción en piedra del rostro de Jesucristo, tal y como aparece en el sudario. Esa era la única “cabeza” adorada por la Orden del Temple. La palabra Baphomet está escrita según el código cifrado Atbash⁽¹⁵⁾, y significa Sophia, que como sabrán quiere decir sabiduría.

—Si eso es cierto ¿por qué se denominó a las cabezas con esa palabra? —insistió Gabriel.

—Se trata de una simple confusión, que puede servirles para comprender mejor lo que el hermano Godofredo intentaba explicarles. En este caso concreto, el malentendido proviene de una declaración del caballero templario Gaucerant, que, durante un interrogatorio, hizo referencia a un ídolo en forma de cabeza barbuda con la frase “*in figuram baffometi*”. De ahí proviene la asimilación a que las cabezas recibían esa denominación. En realidad, el caballero, que obviamente apenas había comprendido los rituales de la orden, estaba recitando una frase cuyo significado literal es “*figura fuente de la sabiduría*”, y que hacía referencia simplemente a Jesucristo, la única fuente verdadera de todo el conocimiento.

—Pero, si no había nada hereje en los rituales ni en la Orden ¿Por qué no se defendieron explicando todo esto a los acusadores?

Godofredo sonrió tomando de nuevo la palabra, dispuesto a continuar con el relato detallado que estaba realizando de la historia de la Orden.

—Sólo los Nueve tenían el conocimiento real sobre los fundamentos de la Orden del Temple, de forma que sólo ellos podrían haber realizado dicha defensa. Sin embargo, decidieron que era mejor dejar que la Orden oficial desapareciese.

—¿Está diciéndonos que dejaron que esos hombres fuesen exterminados? —exclamó Gabriel escandalizado ante la crueldad implícita en una decisión así—. ¿No creen que no es una actuación muy caritativa para quienes dicen estar preparando la vuelta del mismísimo Jesucristo?

—Tiene razón en que fue algo sumamente cruel. No quiero disculpar sus acciones pero, si se para a reflexionar un instante, comprenderá que a aquellos hombres no les quedaba otra salida que actuar de la forma en que lo hicieron. ¿Qué cree que hubiese sucedido si se hubiese revelado que la Orden del Temple era el ejército de un nuevo reino en la Tierra, el reino de Jesucristo? No sólo hubiesen muerto de todas formas, sino que además hubiesen puesto en peligro el tesoro documental obtenido en Tierra Santa, y, algo aún más grave, la propia Sábana Santa. Cuando un organismo enferma, es preferible amputar un miembro antes de arriesgar la vida del organismo completo.

—¿Por qué nos cuentan todo esto? —preguntó Nichole desconcertada

ante las interminables explicaciones de aquellos hombres que parecían no llevarles a ningún sitio— es posible que fuese importante para mi padre, pero no veo la relación que puede tener con su muerte.

—Es importante que comprendan quiénes somos y cuáles son nuestros más profundos ideales. Sólo así podrán entender a aquellos que llevan siglos oponiéndose a nosotros y que son los responsables de la muerte de su padre —respondió Archambaud, mirando directamente a Nichole, que creyó percibir en sus ojos, de un azul tan pálido que parecían blancos, una profunda tristeza—. Confíe en nosotros.

— Continuemos pues —exclamó Godofredo retomando de nuevo su relato—. Después de la caída en manos musulmanas de San Juan de Acre, la Sábana tuvo que ser sacada de Tierra Santa, ya que La Orden del Temple ya no mantenían allí ninguna plaza segura. Fue traída aquí, a París, muy cerca de donde nos encontramos, a la fortaleza templaria de Villeneuve-du-temple donde residía el maestre de la Orden, Jacques de Molay. El día 14 de septiembre de 1307 las firmas de Guillermo de Nogaret, Felipe IV y Clemente V autorizaron al ejército a desarmar a la Orden, confiscar sus tesoros y entregar a todos los frailes en manos de la Inquisición. El 13 de octubre del citado año fueron apresados todos los miembros de la Orden del Temple, incluido el Gran Maestre Jacques de Molay. Nuestros antepasados de los Nueve cometieron entonces el mayor error de nuestra historia. Dieron órdenes a los máximos dirigentes del Temple, incluido el Gran Maestre, de aceptar las acusaciones que se les hicieran y firmar las confesiones.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel.

— Como ya les he explicado, los Nueve habían comprendido que el excesivo crecimiento de la Orden del Temple, no sólo no les había permitido crear la base de un nuevo reino en la Tierra, sino que además había propiciado el odio de diversos reinados e incluso de gran parte de la curia romana, que veían en ellos una amenaza para su poder. La Orden contaba con infiltrados en casi todos los lugares donde se controlaba el poder en aquella época, de forma que supieron con bastante antelación del complot que el rey de Francia Felipe IV y alguno de sus consejeros, principalmente Guillermo de Nogaret y Guillermo de Plaisians, estaban preparando para conseguir que el papa Clemente V consintiera la disolución del Temple.

Convencidos de la imposibilidad de parar el golpe y de la inminente disolución de la Orden del Temple, decidieron concentrar sus esfuerzos en

prepararse para el paso a la clandestinidad. La Sábana Santa y los documentos encontrados en Jerusalén fueron escondidos inmediatamente, dándose la orden a Jacques de Molay de no presentar resistencia alguna a las detenciones y de reconocer las acusaciones que se hicieran contra la Orden. La intención de los Nueve fue que, perdida la Organización, por lo menos pudiera salvarse la vida del mayor número de hombres. Estaban convencidos de que, aceptando la inculpación, las penas a que serían condenados serían tan sólo de prisión y penitencia.

Sin embargo, el ataque fue mucho más brutal de lo esperado. Los templarios fueron ejecutados por miles sobre todo en Francia. El propio Jacques de Molay fue quemado vivo el 19 de marzo de 1314, tras siete años en prisión, frente a la catedral de Nôtre Dame. Aquel día, ante su inminente ejecución, se retractó públicamente de cuantas acusaciones se había visto obligado a admitir y proclamó la inocencia de la Orden.

Fue el momento en que más cerca estuvo la Orden de su completa desaparición. La Orden oficial del Temple había sido totalmente destruida y alguno de los caballeros, que entonces formaban parte del grupo secreto de los Nueve, también habían sido asesinados, al ser tomados por templarios.

Para poder sobrevivir, los caballeros supervivientes tuvieron que mantener lo que quedaba de la Orden en la más absoluta clandestinidad. Habían comprendido que su error fundamental había sido pretender el poder terrenal, cuando el Reino de Dios debía ser de orden eminentemente espiritual. Se dieron cuenta de que la idea impulsada por Hugo de Champagne había sido un terrible error que había estado a punto de causar el fracaso total de su misión. Se abandonó la denominación interna de los Nueve para denominarse simplemente la Orden del Temple, en homenaje a los que murieron bajo su nombre, y se comenzó un nuevo camino, alejado para siempre del poder militar y religioso.

—Ha dicho que la Sábana Santa fue ocultada junto con los documentos hallados en el Templo de Jerusalén, ¿significa eso que la biblioteca había sido sacada del Templo? —preguntó Gabriel vivamente interesado.

—Veo que su espíritu de historiador aún está vivo debajo de esa capa de periodista sensacionalista —observó complacido Godofredo—. Fue trasladada en 1157 a Francia, a una réplica de la cripta original, realizada al efecto por Bertrand de Blanchefort, cerca de su propio hogar ancestral, entre

Bézu y Rennes-le-Château. Con la excusa de explotar unas minas de oro de la zona, en 1156 se trajo para su construcción a un contingente alemán, que, ignorante de lo que realmente estaban construyendo, terminó la obra en poco más de un año. Allí fue guardada también la Sábana durante casi cuarenta años, hasta que la Orden tomo una decisión que ha marcado nuestra historia hasta ahora, exponer de forma pública la Sábana Santa.

—¿Por qué hicieron algo así? ¿No hubiese sido más sencillo mantenerla oculta? —se interesó Gabriel.

—No sé si hubiese sido más sencillo pero, lo que sí sé, es que nuestros hermanos de aquellos tiempos juzgaron con acierto que el conocimiento de la existencia de la Sábana Santa no podía pertenecerles sólo a ellos. Al fin y al cabo, se trataba del testimonio tangible de la existencia de Jesucristo y su muerte en la cruz. Nuestra Orden venera la Sábana por considerar que será el instrumento de la vuelta de Jesús, el auténtico Rey del Mundo. Nuestra misión es, por tanto, preservarla de todo mal hasta que su retorno se produzca, pero eso no significa que debamos ocultarla del resto de la humanidad.

—Pero mostrarla públicamente significaba exponerla a innumerables peligros. De hecho, si no recuerdo mal, incluso estuvo a punto de ser destruida por la propia Iglesia de Roma. Además, terminaron perdiendo su control, a fin de cuentas, la sabana está ahora bajo la autoridad del Vaticano ¿no? —insistió Gabriel.

—Puede que la síndone pertenezca aparentemente al Vaticano, pero les aseguro que la Orden del Temple siempre ha mantenido un control absoluto sobre ella. La Sábana Santa sólo fue sacada a la luz cuando nuestros hermanos se aseguraron de haber creado en el interior de la Orden la estructura de poder necesaria para asegurar su integridad. Además, ¿dónde podía estar más seguro el Sudario que bajo el amparo de la propia Iglesia de Roma? Si lo piensa detenidamente, nuestros hermanos de la Orden utilizaron la misma idea que los primeros cristianos, que escondieron sus documentos sagrados bajo el Templo de sus perseguidores.

—Si decidieron exponer la Sábana Santa, ¿por qué no hicieron lo mismo con los documentos encontrados en el Templo? —preguntó de nuevo Gabriel

—Porque, si los hubiésemos sacado a la luz pública, hubiésemos destruido la Iglesia Católica y, aunque parezca paradójico pues fue ella quien

nos destruyó a nosotros, nunca hemos querido su desaparición. Consideramos que serán sus estructuras, una vez desaparecida la Orden del Temple como tal, las que den soporte al Reino de Dios en la Tierra. Queda lo suficiente del mensaje auténtico de Cristo en la Iglesia Católica como para asegurar que, aquel creyente que de verdad busque a Dios pueda encontrarlo, a pesar de los múltiples errores de su doctrina oficial.

Nichole se levantó bruscamente de la mesa. Gabriel se dio cuenta de que apretaba inconscientemente sus puños, con tal fuerza, que parecía a punto de clavarse sus propias uñas, haciendo que sus manos comenzasen a blanquear por la falta de circulación sanguínea. El torbellino de sentimientos en su interior parecía a punto de estallar como una olla a presión.

—¡Ya es suficiente! Estoy harta de esta vacía cháchara pseudo histórica, que sólo ustedes saben si es cierta o sólo un montón de mentiras bien adornadas. Lo único que quiero saber es quién mató a mi padre. Si no me lo dicen de una vez me iré de aquí ahora mismo —la voz sonó con estridencia entre las paredes de madera de la habitación.

Gabriel se levantó preocupado, no sólo por lo alterada que parecía Nichole, sino por la impredecible reacción de aquellos hombres a los que no conocían.

—Tranquilízate —le pidió Gabriel con suavidad.

—¡No! —exclamó el hombre que se hacía llamar Archambaud dirigiéndose directamente a Nichole—. Tiene usted razón. Es hora de que sepa toda la verdad de lo ocurrido a su padre. Siéntense de nuevo, por favor. Les explicaré todo lo que sabemos.

Nichole suspiró, al comprender que por fin iban a llegar a algo concreto, mientras volvía a acomodarse en la enorme silla aterciopelada. Archambaud tomó en esta ocasión la palabra, dispuesto a afrontar por fin el tema más escabroso de aquella extraña reunión.

—En los mismos años en que se produjo la fundación de la Orden del Temple, surgió un movimiento herético en el corazón de Europa. Su primer gran acto fue en 1167. En el mes de mayo, en el castillo de Saint-Felix de Caramon, el pope oriental Nicetas dio el *cosolamentum*⁽¹⁶⁾[\[C1\]](#) a una gran multitud de gentes de la zona occitana. Se ordenaron seis obispos y se constituyeron comisiones para delimitar los territorios de las diócesis de Albi, Tolosa, Carcasona y Agen. Se acababa de organizar como Iglesia, el que

hasta entonces se conocía como catarismo. Creemos que miembros de la Iglesia Cátara, supervivientes como nosotros a su propio exterminio, son los responsables de la muerte de su padre.

—¿Cátaros? —intervino Gabriel perplejo—. Por lo que recuerdo eran pacifistas que pretendían vivir como los cristianos originales. Aunque siguiesen existiendo, ¿cómo es posible que se hubieran convertido en asesinos?

—A veces se extrema tanto nuestro camino que sin darnos cuenta podemos encontrarnos al otro lado de donde pretendíamos ir —contestó Archambaud con pesar—. Para poder contestar adecuadamente a su pregunta, deben comprender bien el origen de esta herejía.

Las ideas que fueron el fundamento del catarismo se originaron alrededor del año 1000. La fiebre milenarista hizo que muchos buscaran en la vuelta a las raíces cristianas primigenias, la respuesta a los terrores apocalípticos que les atenazaban. Las élites católicas, acusadas con frecuencia de concubinato y simonía, no parecían ofrecer un modelo apropiado para las ansias de renovación, que muchos atormentados cristianos ansiaban en esos tiempos próximos al cambio de milenio. Las ideas cátaras supieron dar respuesta a esas inquietudes religiosas. Ofrecía un modelo sobre el bien y el mal sencillo y fácil de asimilar por el pueblo, que fue poco a poco contagiándose de sus ideas. El catarismo ofrecía una interpretación dualista de la realidad. Creían que el mundo material era obra de Satán mientras que Dios reinaba en el mundo del espíritu. El ser humano, que alberga en su interior un principio divino, estaba aprisionado por la materia, que era el reino del mal. En este contexto, Jesucristo sería un enviado de Dios, que interviene en un mundo, que no es el suyo, para recordar a las almas adormecidas su verdadero origen celestial. Mientras la Iglesia Católica había estructurado su dogma alrededor de la idea del sacrificio y del cuerpo martirizado en la cruz, el catarismo lo hacía alrededor del espíritu. Para ellos, Jesucristo no era un verdadero hombre, tan sólo tenía su apariencia, porque la carne es obra de Satán y no de Dios. De esta forma, el Hijo de Dios no podía por tanto morir, aunque sí sufrir. Ningún cuerpo fue torturado o muerto, sólo lo aparentó y, por supuesto, ninguna sangre fue vertida.

En un principio, la Orden del Temple contempló con simpatía esta religión, pues en su práctica diaria de austeridad y de ascetismo coincidía más con sus propias ideas que la Iglesia Católica. Además, algunos de los

documentos encontrados en el Templo de Salomón retrataban una vida en las primeras comunidades cristianas mucho más cercana a la cátara que a la católica. Aunque en un principio la Orden se limitó a tratarlos con tolerancia, cuando el catarismo empezó a tomar una mayor entidad en la zona de Occitania, los Nueve decidieron estrechar su relación con ellos. Obsesionados aún con la necesidad de crear un reino en la Tierra para la vuelta de Jesucristo, manejaron la posibilidad de llegar a controlar toda Occitania, haciéndose poco a poco con la confianza de los numerosos señores feudales que estaban pasándose al bando cátaro. Los Nueve iniciaron contactos con altos dignatarios cátaros, hasta el punto de compartir con ellos algunos de los documentos encontrados en el Templo de Salomón, que confirmaban algunos de los principios teológicos de su nueva religión.

Sin embargo, Inocencio III decidió proclamar una cruzada contra ellos, preocupado porque los derechos de la Iglesia católica estaban siendo expoliados y los diezmos eclesiásticos no llegaban ya a las arcas de Roma. Para conseguirlo, utilizó la excusa del asesinato en 1208 del legado papal Pedro de Caltelnou en San Gèli, probablemente a manos de anticlericales extremistas, culpando de él al conde de Tolosa.

Aunque la Orden procuró dar refugio a numerosos herejes en su huida de la represión eclesial, tan sólo llegaron a combatir en defensa de los cátaros en raras ocasiones. La Orden del Temple, cogida en medio de los dos frentes, intentaba no enemistarse con ninguno de ellos manteniéndose al margen del conflicto. Algunos dirigentes cátaros, que pensaban que la Orden Templaria iba a acudir en su ayuda, vivieron aquella neutralidad como una auténtica traición

—¿Me está diciendo que mi padre ha sido asesinado por una rencilla de hace setecientos años? —preguntó Nichole con incredulidad.

—Desgraciadamente, no es algo tan sencillo como eso. Nunca suele serlo —repuso Archambaud—. Aunque ese hecho hizo que perdiesen la confianza en nosotros, no supuso todavía un enfrentamiento claro. Éste llegó cuando se produjo la toma del último reducto cátaro en Montségur en el año 1244. Más de diez mil hombres habían sitiado la fortaleza, intentando rendirla por hambre. Bertrand de Blanchefort mandó un emisario al interior de la fortaleza, aprovechando la lealtad de algunos templarios que se encontraban entre el contingente cruzado. Su misión era conseguir que los Perfectos cátaros devolvieran los últimos documentos pertenecientes a la

Biblioteca del Templo que permanecían en su poder. De haber caído éstos en manos de la Iglesia, hubiesen supuesto el inicio de una investigación, para averiguar su origen, de consecuencias desastrosas para el Temple. Los Perfectos de Montségur exigieron, a cambio de su devolución, la promesa de que la Orden los utilizaría, junto al resto de documentos en poder templario, para acabar con la corrupta Iglesia Católica e instaurar de nuevo la Fe cátara, exponiéndolos públicamente.

El emisario y otros cuatro hombres elegidos entre los cátaros, escaparon el 16 de marzo, arriesgando sus vidas en un descenso casi imposible de cien metros por la cara occidental de la montaña. Tenían la doble misión de entregar los documentos del Temple a Bertrand de Blanchefort en Béziers y de poner las riquezas cátaras, previamente escondidas en una cueva de las inmediaciones, a salvo. Cuando, desde una montaña de las inmediaciones, los fugados realizaron la señal convenida, cientos de hombres y mujeres se auto inmolaron en una pira de fuego erigida por los cruzados, convencidos de que la Iglesia Católica tenía los días contados, y de que el catarismo resurgiría de sus cenizas para traer la Fe verdadera al mundo. Sin embargo, Bertrand de Blanchefort no respetó el compromiso. Tras recuperar los documentos, se limitó a ayudar a los cátaros a salvar sus posesiones y llegar a salvo a Italia, pero se negó a revelar al mundo los documentos de la Orden. La consecuencia fue la destrucción completa del catarismo a manos de la Iglesia católica. Los últimos cátaros de que se tiene noticia fueron tres creyentes que murieron en la hoguera en Carcassona en 1329.

—Obviamente no desaparecieron todos —expuso Gabriel con ironía.

—La Orden siempre sospechó que algunos habían sobrevivido y que, de forma clandestina, continuaban practicando su Fe en la sombra. No fue casualidad que, muchos de los caballeros que hicieron acusaciones febriles contra la Orden del Temple, proviniesen de lugares que habían sido feudos cátaros. También estuvo su mano tras algunos ataques y “accidentes” sufridos por el Santo Sudario cuando fue sacado a la luz.

—¿Por qué intentaban destruir la Sábana Santa? Después de todo eran cristianos y se trataba de una reliquia del propio Jesucristo —preguntó Nichole.

—Eso no es difícil de imaginar —contestó Gabriel, sorprendiendo a Nichole, que no esperaba que fuese él quien le respondiese—. Los cátaros

creían que la materia era en sí misma obra del diablo, y que Jesucristo no era una persona real, sino una simulación divina, capaz de sufrir, pero no de sangrar, ni por tanto de dejar sus huellas en ninguna sábana de lino. Supongo que para ellos no era más que una falsa reliquia.

—No sólo eso —apuntó Archambaud—. Consideraban la Sábana Santa un engaño diabólico. Mientras hubo buena relación entre los Nueve y el catarismo, jamás se les comunicó la existencia de la Sábana Santa. Pero, curiosamente, cuando se rompió toda relación y prácticamente fueron exterminados, se enteraron inmediatamente de su existencia, probablemente gracias a algunos templarios de origen cátaro que pretendían vengarse por lo sucedido a familiares y amigos. Sea como fuere, igual que nuestro propósito principal siempre ha sido preservar la Sábana Santa de todo mal, hasta que Jesucristo la utilice para regresar e instaurar su reino en la Tierra, el suyo pasó a ser el destruirla, convencidos de que es una obra diabólica, y que, por tanto, sólo puede traer el mal al mundo.

—Muy bien, puedo comprender por qué la quieren destruir. Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con mi padre? Sigo sin comprender por qué le han asesinado —insistió de nuevo Nichole abatida.

—No estamos muy seguros de eso. La verdad es que nunca fueron asesinos —continuó Archambaud—. Al principio se limitaron a intentar destruir la Sábana, utilizando las influencias políticas que aún mantenían. Cuando comenzó a ser expuesta en Lirey, a sólo quince kilómetros de aquí, tras ser entregada a los canónigos del lugar, intentaron que el obispo de Troyes, Pierre d'Arcis, declarase que la Sábana Santa era un fraude e intentase prohibir su veneración, afortunadamente el Papa lo desautorizó rápidamente.

Maniobras de este estilo se repitieron varias veces, obligando, junto al peligro de la Guerra de los Cien años, al traslado continuo de la Sábana. En 1478 la Orden consiguió que Sixto IV autorizase que la Sábana fuese llevada por el duque de Saboya a Chambery, donde construyó una capilla para albergarla. Para asombro de la Orden, cuando pensaban que la Sábana se encontraba por fin a salvo, en 1532 los cátaros prendieron fuego a la capilla de Chambery. El incendio fue pavoroso, pero la mano de Dios intervino salvaguardando milagrosamente la Sábana Santa del fuego, librándose del atentado con tan sólo unas marcas, que las hermanas Clarisas pudieron parchear algún tiempo después.

Tras aquello, la Orden del Temple comprendió que el peligro cátaro era mayor de lo esperado. Se decidió que lo mejor era que los Saboya se trasladasen, llevándose la Sábana Santa a un lugar cercano a Roma y alejado de las zonas de influencia cátara, Turín. Se instaló en una capilla situada entre la Catedral y el Palacio Real de Turín, realizada por Guarino Guarini. Allí ha permanecido hasta nuestros días, con la salvedad de las dos guerras mundiales en que fue trasladada en secreto, por seguridad, a las grutas del santuario de Monteveme, cerca de Nápoles.

—Y en todo ese tiempo ¿no hubo más atentados? —preguntó Gabriel.

—No ocurrió nada importante salvo las discusiones lógicas sobre su naturaleza que usted bien conoce. Por eso, llegamos al convencimiento de que finalmente habían desaparecido, o que, al menos, habían dejado de estar interesados en la Sábana Santa.

En los años ochenta, en la Orden iniciamos un proyecto del que aún no puedo hablarles, sólo puedo indicarles que suponía una posibilidad cierta de alcanzar la consecución final de nuestra misión. Hace unos años, descubrimos, cuando uno de nuestros miembros fue extorsionado cruelmente para revelar detalles del proyecto, que la Iglesia Cátara había vuelto dispuesta a impedir que completásemos nuestra misión a cualquier precio. Los años pasados desde nuestro último enfrentamiento, no sólo no habían aminorado su odio hacia nosotros, por la traición de nuestros antepasados, sino que parecían haberlo multiplicado. La extorsión no tuvo éxito, pero nuestro hermano sucumbió, ante la presión a la que fue sometido, muriendo algún tiempo después.

A principios del año 1997, nuestros esfuerzos tuvieron éxito, por fin tuvimos a punto el proyecto. Desgraciadamente, la prensa publicó algunas informaciones que alertaron a los cátaros sobre lo que pensábamos hacer, por lo que decidieron actuar a la desesperada para destruir la Sábana e impedir que el proyecto fructificase. El viernes 11 de abril, intentaron una vez más quemar la Sábana Santa en un nuevo incendio provocado, tal y como ya lo hicieran cuatrocientos años antes. Como entonces, la mano de Dios actuó para impedirlo, pero sus intenciones y capacidad quedaron dolorosamente patentes.

Archambaud miró fijamente a Nichole con una expresión de auténtico pesar reflejado en su rostro, como si un enorme peso estuviese sobre sus

hombros.

—Nuestro proyecto se encuentra ahora demasiado avanzado para impedirlo sin derramar sangre inocente. Suponemos que intentaron que su padre les contase nuestras actividades, para intentar abortar el proyecto, y que, al negarse, le asesinaron.

—¿Y qué es ese proyecto? Creo que tengo derecho a saberlo si han matado a mi padre por él —exclamó Nichole, devolviendo la mirada a Archambaud con dureza.

—Lo siento, no podemos revelar esa información a nadie que no pertenezca a la Orden. Sólo si accede a continuar con la obra de su padre y hace los juramentos correspondientes, tendrá derecho a conocer y participar de los proyectos de la Orden.

Nichole se desplomó sobre el alto respaldo aterciopelado de su silla, mientras bajaba su mirada, antes desafiante, ante la inesperada propuesta que acababan de hacerle.

—¿De eso se trata todo esto? —intervino Gabriel preocupado al ver como sus peores temores sobre aquellas gentes se hacían realidad— ¿Intentan captar a Nichole para su extraña Orden? ¿Quién nos dice que todo lo que nos han dicho no es una gran mentira?. Quizá solo sean una secta más de locos, que intenta aprovecharse de una persona en su momento de mayor debilidad para captarla para su grupo.

—¡No somos una secta y desde luego no captamos a nadie para nuestra Orden! —exclamó Archambaud, imprimiendo por un instante una dureza de acero a sus rasgos albinos, que fue rápidamente sustituida por lo que parecían claros signos de cansancio, mientras agachaba el rostro y volvía a ponerse sus gafas oscuras—. Según nuestros estatutos, sólo tienen derecho a entrar en la Orden del Temple los herederos con lazos de sangre de primer orden de cualquiera de los miembros, o cualquier persona designada explícitamente por un miembro activo, que desee su cese voluntario en las actividades de la Orden. En todo caso, la ceremonia de iniciación ha de realizarse en los quince días siguientes al fallecimiento del hermano o de la renuncia del cargo, si ese fuese el caso. Es requisito previo al ingreso, la exposición detallada de la historia de la Orden y sus objetivos por parte de dos miembros de la misma al candidato. Posteriormente, si este acepta su ingreso, debe realizarse una nueva ceremonia, esta vez con todos los miembros de la Orden presentes y siguiendo el ritual tradicional.

—De manera que todo esto ha sido la exposición previa para el ingreso de Nichole —repuso Gabriel, cargando de sarcasmo su voz— Y yo, ¿qué pinto en todo esto? ¿Acaso me están pidiendo que me aparte y deje a Nichole en sus manos? Porque, si es eso lo que quieren, no pienso hacerlo.

—Creo que aún no lo entiende. No le estamos pidiendo que deje a nadie. La exposición que hemos realizado y por consiguiente la oferta de acceso a la Orden, no es sólo para Nichole Ramalla, sino también para Gabriel King.

—¿Cómo? —exclamó perplejo Gabriel.

—Su acceso se produce por el segundo supuesto. Ha sido designado heredero por un miembro actual, que ha pedido su baja voluntaria de la Orden.

—¿Quién ha sido? —preguntó Gabriel totalmente confundido.

—Me temo que no puedo responder esa pregunta. El hermano que le ha designado es el único con potestad para explicarle sus motivos, y lo hará en el momento oportuno —Archambaud se levantó bruscamente de la mesa—. Ahora si me disculpan, el hermano Godofredo les explicará qué han de hacer.

El albino abandonó la habitación, mostrando claros síntomas de agotamiento, por lo que Gabriel dedujo que su estado de salud debía ser muy precario. Probablemente, estaba afectado por algo más que albinismo. El hombre que se hacía llamar Godofredo, extrajo unos documentos del interior de su chaqueta y los depositó en la mesa.

—Aquí tienen dos billetes de avión para Roma. Tienen dos días para reflexionar sobre lo que les hemos contado y tomar su decisión. Si finalmente deciden ingresar en nuestra Orden, deben utilizar estos billetes el lunes por la mañana. Llegarán al aeropuerto romano de Fiumicino a las once de la mañana. Les estarán esperando para llevarles a un lugar seguro, donde se les dará toda la información que deseen y se les explicará el proceso de la ceremonia de ingreso. Mientras tanto, no intenten ponerse en contacto con nosotros. Si tienen cualquier problema, tendrán que esperar a aclararlo en Roma —les explicó Godofredo.

—No pueden pedirnos que confiemos ciegamente en ustedes hasta ese punto. Ni siquiera sabemos quiénes son —imploró Nichole con vehemencia.

—Si no quieren confiar en nosotros, confíen en aquellos que les eligieron para ser sus herederos en la Orden.

—Yo ni siquiera sé quién ha sido —respondió Gabriel.

—Alguien que le aprecia y confía en usted, no le quepa la menor duda —indicó Godofredo, levantándose de la mesa y dando así por concluida la reunión—. Si me acompañan, les llevaré de vuelta a la Biblioteca.

CAPÍTULO QUINTO

1

Miralles introdujo todos los folios situados sobre su mesa en la carpeta de donde los había sacado una hora antes. Estaba cansado y cada vez más desanimado con su trabajo. No paraba de dar vueltas a su última conversación telefónica con Fátima la tarde anterior. Ella le había preguntado si volvería el fin de semana, a lo que él había contestado que tenía quedarse en Madrid para intentar avanzar en la investigación. Aquello había provocado una agria discusión entre los dos. Las palabras de su mujer habían sido de una dureza inusitada. Miralles creyó percibir una amargura y un resentimiento, como no los había notado nunca. Tenía un nudo en la boca del estómago desde que ella le colgase con las palabras “*Esto no puede continuar así*”.

No sabía muy bien por qué se estaba comportando de forma tan obsesiva con este caso. Lo único que sabía es que una vaga sensación de urgencia se había ido apoderando de él. Tenía la sensación de que si no averiguaban pronto qué ocurría, el mecanismo, que había comenzado su andadura con el asesinato de Ramalla, como si de un temporizador se tratase, llegaría a su disposición final y algo horrible sucedería. Impulsado por esa extraña premura, había estado trabajando casi sin parar desde que llegase a Madrid. Había hablado con forenses, policía científica y todo aquel que pudiese aportar algo de luz sobre lo ocurrido, pero las piezas de aquel rompecabezas se negaban a encajar. Aun así, no conseguía avanzar en la investigación, estaba claro que necesitaba encontrar una manera distinta de afrontar la investigación.

Empezaba a valorar la posibilidad de volver a Barcelona, para pasar el fin de semana con su familia e intentar solucionar sus problemas con Fátima, cuando el teléfono de su despacho comenzó a sonar con insistencia.

—¿Sí? —preguntó Miralles, temiendo que fuese de nuevo su mujer para anunciarle que finalmente había decidido separarse de él.

—Sabía que le encontraría ahí. Está usted obsesionado con el trabajo. Hace una hora que terminó su turno, debería haberse ido a su casa a pasar el fin de semana con su mujer —tronó por el micrófono la voz jovial del inspector Padrón, que parecía adivinar sus pensamientos.

—Pues no parece que sea el único obseso, ¿no? — repuso Miralles irónico.

—Está bien, me ha pillado. Soy un investigador compulsivo o un perro de presa si lo prefiere —respondió teatralmente Padró—. Cuando muerdo un hueso no puedo soltarlo.

—¿Qué hueso ha mordido ahora?

—El de un testigo que dice haber visto a su hombre en Madrid.

—¿Cómo lo ha conseguido? —exclamó Miralles, esperanzado de que aquello fuera lo que había estado buscando.

—Podemos decir que ha sido consecuencia de una de mis corazonadas. Si ha leído los informes, habrá visto que se mostró el retrato robot, que consiguieron en Barcelona del supuesto asesino, a casi todo el mundo por los alrededores del lugar del incendio. Sólo en un Burger King cercano, un camarero dijo recordar a alguien similar pero no parecía estar seguro.

—Sí, lo acabo de estar repasando en el expediente. Decía que había servido una hamburguesa y unas patatas fritas a un hombre que podía parecerse al retrato. No parece un buen testigo; demasiado vacilante en sus declaraciones para poder sacar nada en claro.

— Efectivamente. Por eso, anoche estuve dando vueltas al tema y se me ocurrió que, si el camarero estaba en lo cierto, quizá algún cliente del establecimiento le hubiese visto también.

—Ya lo habíamos pensado pero localizar a los clientes que estaban allí aquella mañana, puede ser como buscar una aguja en un pajar. Sólo podemos intentar localizar a los que utilizaron tarjeta de crédito para pagar y, aun así, será un trabajo de chinos.

—Ahí es donde intervienen mis corazonadas. Se me ocurrió que quizá, si volvía a la misma hora y mostraba a los clientes el retrato robot, podría tener suerte.

—¿No me dirá que la tuvo? —preguntó Miralles, perplejo porque una idea tan elemental pudiese haber funcionado.

—Más que eso —afirmó Padró, con el orgullo marcado en su voz—. He pasado toda la mañana enseñando el retrato a cada cliente que entraba en el Burger. Hace sólo un par de horas, cuando el dueño del local estaba a

punto de echarme a la calle por espantarle la clientela, un hombre reconoció el retrato sin dificultad. Al parecer, se fijó en él porque le pareció extraño que, alguien tan bien vestido, tuviese un coche tan viejo y polvoriento como el que llevaba.

—¿Quiere decir que vio el vehículo que llevaba?

— ¡Exacto!. Cuando se dirigía al Burger King, observó como el sospechoso bajaba de un coche y entraba en el restaurante justo delante de él.

—¿Tiene la descripción del coche?

—Por supuesto. ¿Me toma por un aficionado? —contestó Padrón fingiéndose falsamente ofendido— Pasé todos los datos a tráfico y ya sabemos de qué vehículo se trata. Su robo fue denunciado la misma mañana del incendio. Fue sustraído en plena noche, y aquí viene lo mejor...

—¿Pero aún hay algo mejor?— preguntó Miralles contagiándose del entusiasmo que reflejaba Padrón

— Pues sí. Cuando robaron el coche, dejaron otro vehículo en su lugar: un pequeño Fiat Punto de dos puertas casi nuevo, que había sido sustraído en Barcelona el 28 de febrero. Lo habían dejado abandonado sin matrículas.

—Veamos... —recapituló Miralles, tras unos segundos en silencio meditando—. Al parecer, el individuo roba un vehículo en Barcelona que utiliza durante el asesinato de Ramalla. Después, conduce con él hasta Madrid, cambiándolo por el camino por otro vehículo más viejo y usado, y doblando la matrícula. Cuando llega a Madrid, desayuna tranquilamente y asesina a Medeiros.

—Efectivamente, esa parece la secuencia de los hechos —confirmó Padrón.

—Lo primero que necesitamos es que el Fiat sea examinado de arriba abajo en busca de cualquier rastro. Puede que esta vez haya alguna huella y podamos identificar a nuestro hombre.

—Los técnicos ya están en ello, pero no tendremos resultados hasta el lunes —repuso Padrón—. Creo que podrá irse a casa después de todo. Hemos avanzado bastante. Puede que el lunes tengamos ya un nombre para nuestro retrato robot.

—Hay una cosa que me preocupa —objetó Miralles.

—¿Qué? —preguntó Padrón contrariado—. Creo que estamos enfocando muy bien el caso y en un tiempo récord.

—Es cierto, sus hombres están haciendo un gran trabajo —reconoció Miralles—. Pero hemos olvidado algo, que no podemos obviar tan fácilmente. ¿Qué papel juega en todo esto Gabriel King?

—Ninguno relevante. Probablemente está escondido en algún sitio, asustado, pensando que le culpamos del asesinato y vamos tras él. Ya aparecerá cuando consigamos atrapar al asesino y se convenza de que no se le culpa de nada.

—Pude pero, ¿por qué cree que el asesino condujo toda la noche sin ni siquiera pararse a comer? Debía tener mucha prisa para tomar una hamburguesa y patatas fritas a una hora tan temprana. Podría haber comido con mayor tranquilidad tras asesinar a Medeiros.

—No lo sé. Quizá simplemente no le gusta matar con el estómago vacío —propuso con sarcasmo Padrón.

—Estoy seguro de que debía tener un motivo mucho más importante para no permanecer en la ciudad tras el crimen —insistió Miralles un poco molesto, por la excesiva frivolidad con que Padrón parecía tomarse todo el asunto.

—¿Cuál?

—Tengo la impresión de que necesitaba volver imperiosamente y que, por eso, aproveché el cercano Burger King para reponer fuerzas. No quería perder ni un segundo, buscando un restaurante alejado de la escena del crimen para evitar a la policía, teniendo un restaurante tan a mano.

—Pero ¿por qué iba a querer volver? Es una locura. A estas alturas es seguro que sabe que en Barcelona tienen su descripción y le están buscando.

—No me refiero a volver específicamente a Barcelona. El asesino sabía que Gabriel King había mandado la grabadora digital a Iván Medeiros, y eso sólo puede deberse a que está vigilando al periodista, por alguna razón que se me escapa. Por eso, pienso que necesitaba reanudar su vigilancia inmediatamente tras asesinar al técnico. Cada vez estoy más convencido de que King es la clave de todo el asunto. ¿Qué le dice su famosa intuición respecto a esto? —preguntó Miralles, convencido de que su presentimiento era correcto y satisfecho de poder demostrárselo al inspector madrileño.

—Bueno... —pareció titubear Padrón—. Es posible que lleve razón. Pero, ¿qué podemos hacer? No hemos conseguido dar con el periodista. Parece que se le hubiese tragado la tierra.

—Podría haber salido del país, debemos intentarlo mediante la Interpol —explicó Miralles, seguro de estar tomando la decisión correcta.

—Conseguir que un juez autorice una orden de busca y captura no será fácil. Después de todo, no tenemos nada contra Gabriel King, salvo vagas conjeturas —objetó Padrón, reticente.

—Podemos argumentar que el abogado es un colaborador necesario en el asesinato. Conozco un juez que no pondrá demasiadas pegas —insistió Miralles con optimismo creciente—. Creo que, al final, daré una sorpresa a mi familia y volveré a Barcelona mañana, así podré hablar con el juez en persona. Estoy seguro de que entenderá la urgencia del caso. Si localizamos a Gabriel King nuestro asesino no estará muy lejos.

—Esperemos que sea así —admitió Padrón, recuperando su buen humor—. Pero, si está decidido a volver a Barcelona, permítame que mañana le invite a comer antes de irse. No puedo dejar que se marche sin que compruebe como es la cocina casera madrileña.

—De acuerdo, usted gana —exclamó Miralles, obligado ante la amabilidad que el inspector había mostrado durante toda su estancia en Madrid.

2

Tras salir de la Biblioteca Nacional, Gabriel y Nichole tenían la sensación de estar completamente perdidos. Su esperanza al ir allí era conseguir aclarar lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, en lugar de eso, se encontraban ahora más confusos que nunca. Su única esperanza para desentrañar lo ocurrido residía ahora en la arriesgada propuesta de una gente extraña y probablemente peligrosa.

—No creo que debamos aceptar —comentó Gabriel, respirando el aire fresco de la capital francesa con fuerza, intentando aclarar así sus ideas mientras paseaba al lado de Nichole.

—Si no lo hacemos, nunca sabremos que está ocurriendo, ni quien ha matado a mi padre —objetó Nichole con un suspiro de pesar.

—Quizá sea lo mejor

—¿Qué quieres decir?

—Pues que desde que empezamos a investigar no hemos avanzado nada en saber realmente quién mató a tu padre. Sólo hemos conseguido destapar algunos secretos de familia, que quizá estaban mejor guardados.

—No estoy de acuerdo, prefiero saber la verdad sobre mi padre, aunque eso suponga descubrir que no era el hombre que yo creía que era— repuso Nichole, con la emoción del recuerdo dibujándose en el brillo de sus ojos.

—También yo necesito saber quién me ha metido en esto y por qué. Pero no puedo evitar sentir temor ante lo que pueda averiguar —confesó Gabriel preocupado.

El sol brillaba aún con fuerza, pero la temperatura comenzaba a bajar a medida que la tarde empezaba a declinar. Un policía pasó andando por su lado y les saludó con un gesto de la cabeza y una sonrisa, tomándoles por una pareja de novios enfrascados en un romántico paseo al atardecer. Aquello le hizo recordar a Gabriel su ambigua situación respecto a la policía, por lo que introdujo la mano en el bolsillo y extrajo su teléfono móvil.

—Será mejor que llame a mi tío y averigüe como están las cosas o no podré dejar de mirar a cada policía como si fuese a detenerme —explicó a Nichole, sonriendo amargamente.

Gabriel iba marcar el número de su tío, que tenía memorizado en la agenda del teléfono móvil, cuando se dio cuenta de que, el familiar símbolo de un sobre blincaba, abriéndose y cerrándose, en la parte superior de la pantalla. Al parecer había recibido un mensaje. El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio el nombre del remitente de la misiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nichole, que había percibido claramente la expresión de sorpresa en el rostro de Gabriel.

—Es un mensaje de Iván, el técnico al que mandé la grabadora— respondió Gabriel titubeante.

—¿No me dijiste que le habían asesinado? —repuso Nichole, sin comprender lo que pasaba.

— Y así es, debió enviarlo justo antes de que le asesinaran— respondió Gabriel, no repuesto aun de la impresión.

—¿Qué es lo que dice?

—Son sólo tres letras “ZML”. No sé qué puede significar. Nunca me había enviado un mensaje así.

—Deben ser algún tipo de abreviatura o quizá— propuso Nichole.

—Iván no solía usar abreviaturas, siempre mandaba mensajes muy largos y perfectamente redactado —repuso Gabriel que no lograba encontrar el sentido de aquellas letras.

—A lo mejor pensó que así nadie entendería el mensaje. Quizá es algo que sólo tú puedes comprender —indicó Nichole, convencida de que el mensaje podía ser importante.

—¡Eres un genio! —exclamó Gabriel, acercándose a Nichole y dándole un sonoro beso de agradecimiento—. Ya sé qué significa. Necesito un ordenador con Internet. Es posible que aquí tengamos la respuesta a quién mató a tu padre.

3

Encontrar un cibercafé no les resultó demasiado difícil. Nichole tomó la iniciativa. Acercándose a una pareja de jóvenes les preguntó en francés por el local que buscaban. Obtuvo rápidamente una perfecta descripción de varios lugares, y de cómo llegar hasta ellos desde donde se encontraban.

—¡Vamos! —exclamó Nichole, tras despedirse de la pareja, que amablemente la había ayudado—. Me han indicado un buen local, que no está muy lejos de aquí.

Tardaron menos de quince minutos en llegar. Fue fácil localizarlo pues lucía un enorme cartel extremadamente llamativo con su nombre en letras de neón: “EASYNET”. Cuando entraron, se encontraron en el interior de un local de enormes dimensiones y tres plantas de altura. La principal estaba ocupada por un restaurante de aspecto intimista. Una luz tenue envolvía numerosas mesas, en las que se adivinaban pantallas táctiles con conexión a Internet. Las paredes estaban repletas de fantástica tecnología de cartón piedra, en la que brillaban pequeños diodos de colores, creando la ilusión de estar repletas de misteriosos dispositivos electrónicos. Un camarero les informó de que la planta alta estaba dedicada a los juegos en red, y que en el sótano se encontraba el locutorio telefónico y los ordenadores

de alquiler.

Tras bajar por unas escaleras situadas al fondo del local, llegaron a la planta baja. Se dirigieron a la recepcionista, a la que tuvieron que pagar, para que les diera un ticket con el código de desbloqueo, que les permitiría usar un equipo durante una hora. Eligieron un ordenador situado en un extremo de la sala y se sentaron frente a él. El equipo, de un diseño futurista a tono con el entorno, estaba configurado para utilizarse exclusivamente para las funciones previstas por el establecimiento. La pantalla, plana y de gran tamaño, estaba encendida mostrando, en medio de un fondo azulado a modo de nubes, una pequeña ventana solicitando el código de cliente. Gabriel tecleó el número que indicaba su ticket e inmediatamente la pantalla de bienvenida se iluminó mostrándoles un navegador web.

Gabriel tecleó rápidamente la dirección de un servidor de correo poco conocido llamado Zmail.

—¡Eso era! —exclamó Nichole que había estado observando con atención toda la operación—. Las iniciales se referían a una cuenta de correo.

—Cuando dijiste que quizá Iván quería que sólo yo supiese que significaba su mensaje, recordé esta cuenta de correo— comenzó a explicar Gabriel, mientras introducía el nombre de usuario y la contraseña que el servidor le solicitaba—. Hace cosa de un año recibí un mensaje suyo, invitándome a crear una cuenta de correo muy poco conocido, que acababa de iniciar su servicio de forma gratuita. Según me contó, era un servidor especialmente seguro y muy poco conocido. Al principio no le hice mucho caso, porque Iván siempre estaba con historias de este tipo, pero, al final terminó convenciéndome. Creé la cuenta con datos falsos, siguiendo el consejo de Iván, para poder utilizarla cuando me interesase acceder a algún servicio de Internet al que no quisiese dar mis datos reales. De esta forma, impediría que mi correo habitual se inundase de SPAM⁽¹⁸⁾ y ese tipo de cosas.

La pantalla inicial del servidor de correo se dibujó con rapidez en la pantalla del ordenador. Sobre el fondo de color blanco, apareció un nuevo menú, mostrando las distintas carpetas que componían la cuenta de correo. Gabriel pulso sobre la carpeta de entrada. Al desplegarse la nueva pantalla, apareció un listado de mensajes ordenados alfabéticamente, en el que destacaba el primero de ellos, por estar escrito en negrita. Mostraba como remitente “Spock” y como encabezamiento “Importante”.

—¿Ese es el mensaje de Iván? —preguntó Nichole extrañada.

— Sí, lo ha enviado también desde una cuenta anónima, por eso aparece como “Spock”. Era el pseudónimo que utilizaba para casi todo. Era un auténtico Trekie⁽¹⁹⁾ —contestó apenado Gabriel.

Al abrirse el texto del mensaje, ante la mirada impaciente de Gabriel apareció una frase, que al principio le pareció una broma más de Iván:

“No leas este mensaje en voz alta. Deshazte de tu móvil y grábate el fichero adjunto”

—¡Qué demonios! —exclamó Nichole.

—Espera aquí, ahora mismo vuelvo —le pidió Gabriel, indicándole que guardase silencio mediante un gesto de la mano.

Gabriel se levantó de su asiento, ante la mirada perpleja de Nichole. Tras un instante de duda, cruzó la habitación y se introdujo en una habitación, donde el dibujo de dos muñecos, internacionalmente conocidos, le indicó a Nichole que se dirigía al baño.

Los aseos del edificio estaban decorados siguiendo el mismo modelo futurista del resto del edificio. La forma circular de la habitación junto a los urinarios situados formando un semicírculo, le daba un aspecto más parecido al interior de un platillo volante que al de un servicio de caballeros. Se dirigió a una de las pequeñas habitaciones con taza, que aparecían al fondo de la salita, imitando la forma de modernas cápsulas de salvamento, y se metió en su interior.

Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y comenzó a extraer la tapa posterior del aparato con cuidado. Afortunadamente, estaba fijada tan sólo por presión y le fue fácil desprenderla. Ante él apareció la batería de litio. Tras un pequeño forcejeo, consiguió sacarla presionando ligeramente dos pulsadores laterales, que permitían liberarla de sus anclajes. En un primer examen no observó nada extraño. Empezaba a preguntarse si, después de todo, no habría interpretado mal el mensaje de su amigo, cuando se fijó en la tarjeta SIM situada bocabajo en un lateral del aparato. Había algo en ella que le pareció extraño. Un hilo sumamente fino, casi imperceptible, parecía salir de su parte inferior. Con cuidado extrajo la tarjeta, desplazándola por los carriles en que estaba enganchada, al darle la vuelta, comprendió que no había malinterpretado el mensaje, sin lugar a dudas, aquella no era la SIM que colocase al móvil hace más de dos años. Sujetándola con fuerza, la partió

en dos pedazos y la arrojó al interior de la taza del váter. Por un momento pensó en quedarse con el resto del aparato, pero después decidió no arriesgarse. Con cierta pena, miró al teléfono móvil, que fielmente le había servido durante varios años, y lo arrojó también al interior de la taza. Tiró de la cadena, aunque no pensaba que fuese a ser capaz de arrastrar todo el aparato. Sin embargo, un potente chorro de agua salió con fuerza inusitada, haciendo desaparecer en pocos segundos todos los restos de su viejo teléfono.

Gabriel salió del baño con premura. En el exterior, Nichole miraba en su dirección en busca de una explicación para su extraño comportamiento. Pero aún había algo que Gabriel debía hacer antes de reunirse de nuevo con ella frente al ordenador. Se dirigió hacia la entrada de la sala de ordenadores, hasta el mostrador donde adquiriese el ticket. Tras una charla, casi por señas, con la recepcionista, ésta le facilitó un pendrive, previo pago de uno precio desorbitado, en el que podía guardar los datos que bajase del equipo. La recepcionista le advirtió, con una sonrisa, que pretendía ser de complicidad, que si grababa cualquier fichero ilegal al disco sería bajo su propia responsabilidad.

Gabriel se dirigió finalmente hacia Nichole. Al llegar, se sentó de nuevo frente al equipo informático e introdujo en la bandeja de la grabadora el disco recién adquirido.

—Lo siento —se disculpó Gabriel, mientras pulsaba sobre el icono con forma de clip, que aparecía junto al mensaje indicando que contenía un fichero adjunto—. Había una especie de dispositivo en el teléfono móvil. Debía ser un micrófono o algo parecido. Lo he desarmado lo mejor que he podido y lo he tirado todo por el servicio.

—¿Cómo es posible? —preguntó Nichole alarmada.

—Tuvo que colocarlo el hombre que asesinó a tu padre, mientras estuve inconsciente en la habitación. De todas formas, espero que el fichero que viene con el mensaje tenga la respuesta. He comprado este pendrive para poder grabarlo— explicó Gabriel.

—¿Qué crees que es?

—Probablemente se trate del fichero de audio de la grabadora que le envié. Seguramente consiguió recuperarlo. Al oírlo, debió descubrir lo del micrófono y prefirió enviármelo por e-mail para advertirme cuanto antes.

Gabriel terminó de grabar el fichero y estaba extrayendo el pendrive

del equipo, cuando Nichole le interrumpió bruscamente.

—Espera —le pidió Nichole, arrebatándole el ratón de las manos—. Hay algo que me gustaría hacer antes de irnos.

Nichole volvió a ejecutar el navegador de Internet y tecleó con rapidez la dirección de un famoso buscador. Cuando el cuadro de diálogo de búsqueda se desplegó en el monitor, escribió rápidamente la palabra clave “1997”.

—¿Qué estás buscando? —preguntó intrigado Gabriel.

—¿Recuerdas el famoso proyecto que los templarios se negaron a explicarnos en la Biblioteca?

—Claro.

—Dijeron que en 1997 se filtró algún tipo de noticia que alertó a los cátaros de lo que estaban haciendo. Si ellos fueron capaces de deducir cuál era ese proyecto, es posible que, si localizamos esa famosa noticia, nosotros también lo hagamos. He pensado que no estaría mal echar un vistazo a lo ocurrido ese año.

—Es una búsqueda demasiado amplia. No sabemos a qué se referían exactamente —protestó Gabriel, impaciente por salir cuanto antes de aquel lugar y oír la grabación que Iván le había enviado.

En la pantalla, la búsqueda había terminado mostrando un listado enorme de resultados, tal y como Gabriel esperaba. Nichole pulsó sobre el enlace que aparecía en primer lugar, que indicaba simplemente “1997-*Wikipedia*”. Ante ellos se desplegó un enorme listado, con los distintos acontecimientos sucedidos en el año 1997 perfectamente organizados en distintas categorías. En cada uno de ellos, el color azul con el que se destacaban numerosas palabras clave, abría la posibilidad de ampliar la información de forma casi infinita.

—El problema de Internet es que, aunque la información es abundante, no hay forma de discriminarla satisfactoriamente —explicó Nichole—. Afortunadamente, podemos guardar la página de Wikipedia completa en el pendrive y examinarla después offline.

de receptor de la señal del DSM, que había colocado a Gabriel King.

El DSM (Dispositivo de Seguimiento Móvil) era conocido sólo por los servicios secretos de unos pocos países. Todavía no había trascendido su existencia a la opinión pública. Sus capacidades eran asombrosas. El propio Simón se había maravillado cuando se lo había mostrado el Perfecto, a pesar de que hacía tiempo que había dejado de sorprenderse ante el nivel tecnológico tan avanzado que la organización cátara manejaba.

El dispositivo era exactamente igual que la tarjeta SIM de cualquier teléfono móvil, con la salvedad de un pequeño hilo, más fino que un cabello, que sobresalía por uno de sus extremos. El aparato era capaz de duplicar todos los datos de una SIM convencional de cualquier operador del mundo. Los almacenaba para poder suplantar a la SIM original, al ser insertada en el teléfono móvil de la persona a espiar. Una vez hecho esto, el teléfono se convertía en un micrófono, que transmitía de forma continua todos los sonidos que captaba al receptor, sin importar la distancia, pues utilizaba las propias redes telefónicas para ello. La transmisión era transparente para los operadores y virtualmente indetectable. La autonomía del aparato era también impresionante, ya que utilizaba la propia batería del teléfono móvil como fuente de alimentación. El usuario percibía que su teléfono debía ser recargado con algo más de asiduidad, pero no de forma tan alarmante como para que llegase a sospechar de algo más que del desgaste habitual del aparato.

El equipo receptor, que Simón sostenía ahora en su mano, no era mayor que una caja de cigarrillos. En su pequeña pantalla podía verse en todo momento la localización del emisor. Con unos auriculares convencionales podía escucharse todo lo que el móvil emisor percibía y consultarse en tiempo real cualquier mensaje de texto que el móvil enviase o recibiese.

Simón reinició una vez más el receptor con poca esperanza de recuperar la señal perdida del emisor. Estaba seguro de que todo se debía al mensaje que había enviado el técnico portugués a Gabriel King. El hombre había resultado más inteligente de lo que había supuesto. Al final, había conseguido advertir a su amigo sin que él pudiera impedirlo. Lo que más le dolía a Simón es que él había visto el SMS enviado a Gabriel, mucho antes de que este lo descubriera, pero no había sido capaz de imaginar de qué se trataba. Ahora sabía que el mensaje había sido una treta, para avisar a Gabriel King de la existencia de un e-mail en un servidor que sólo ellos conocían. Lo

único que consolaba a Simón ante su error era pensar que, aun habiendo averiguado que existía el servidor del correo, le hubiese sido muy difícil entrar en él e impedir que viesen el mensaje. A pesar de que la organización cátara le había dado durante varios años una formación envidiable en el uso de toda clase de tecnologías, preparándole para esta misión, algo así aún estaba fuera de su alcance. Aunque quizá el Perfecto sí hubiese sido capaz de hacerlo, dada la asombrosa extensión de los medios e influencias que la Iglesia Cátara era capaz de movilizar. El DSM era una buena muestra de ello.

Tras mirar una última vez al pequeño monitor y anotar mentalmente la dirección desde donde llegase por última vez la señal, Simón apagó definitivamente el receptor, devolviéndolo a su funda protectora. Se levantó de la silla en la que estaba sentado. Mirando al cielo, como si quisiese atravesar con su mirada el desconchado techo de la habitación y alcanzar el Reino de Dios con su mirada, recitó en voz baja: *“Señor cuida de este pecador y guía su espíritu para que sea capaz de realizar tu obra”*. Después, abrió un pequeño armario, un tanto desvencijado situado frente a su cama, y sacó una chaqueta de su interior, que se puso con rapidez. De los bolsillos extrajo unos guantes de cuero negro, que se puso con cuidado.

Antes de abandonar la habitación del hotel en que se encontraba, miró una vez más hacia el cielo, mientras las palabras, que el Perfecto le dijese en su última conversación, resonaban en su mente: *“Reza a Dios para que te permita completar tu misión sin cometer más errores, porque si no es así, más inocentes sufrirán, pues la obra de Dios es lo primero”*.

Simón cerró por fin la puerta de su habitación y comenzó a bajar las escaleras repitiéndose una y otra vez: *“La obra de Dios es lo primero”*.

5

La tarde comenzaba a declinar, cuando Gabriel y Nichole llegaron al automóvil que, polvoriento, esperaba frente al cibercafé parisino. El aire empezaba a ser lo suficientemente frío para ser molesto, por lo que los dos agradecieron el calor reconfortante que emanaba del interior del vehículo.

—¿Es compatible con mp3⁽²⁰⁾? —preguntó Gabriel indicando a Nichole la radio del automóvil.

—Claro —respondió Nichole.

Gabriel, mientras encendía el aparato y conectó impacienteel

pendrive recién grabado en su interior. La pequeña pantalla de iluminó rápidamente. Tras unos segundos de espera, que a Gabriel le parecieron eternos pues pensaba que en cualquier momento la pantalla iba a mostrar el terrible mensaje de ERROR, apareció un listado con el contenido del disco. En este caso tan sólo aparecía el nombre del fichero que le había enviado Iván: “28022005_1.mp3”.

Nichole pulsó con rapidez las teclas situadas en un lateral del aparato, de forma que el fichero comenzó a reproducirse inundando el pequeño habitáculo del automóvil con un fuerte ruido de estática. La voz de Gabriel surgió fuerte y clara por los altavoces, mientras hacía una pregunta a Ramalla. Cuando la voz de Ramalla comenzó a replicar, Nichole no pudo evitar la emoción y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas de forma silenciosa.

—Siento mucho lo que estás teniendo que pasar — la consoló Gabriel, parando la grabación—. No es necesario que lo oigas. Puedo escucharlo yo y contarte después lo que sea importante.

—Quiero oírlo —sentenció Nichole con obstinación.

— De acuerdo, aunque puede que no sea agradable. No sé hasta dónde puede haber captado la grabadora —argumentó de nuevo Gabriel, temiendo el efecto que, escuchar el asesinato de su padre, pudiera tener sobre la mujer.

—No insistas —insistió Nichole—. Me ha impresionado oír de nuevo la voz de mi padre pero ya estoy bien. Es necesario que lo escuche. Puede que capte algo importante, que para ti pase desapercibido. No olvides que era mi padre.

Gabriel decidió no insistir, pesaroso de que ella tuviese que pasar por un trance así, pero a la vez orgulloso de la entereza con que lo hacía.

La grabación se prolongó durante un largo rato. Gabriel reconoció una tras otras todas las preguntas que había ido haciendo a Ramalla durante la entrevista, hasta que llegó al punto donde pudo oírse claramente como el timbre de la habitación sonaba.

—Es él —anunció Gabriel, previniendo a Nichole, mientras su mente retrocedía al momento en que aquel extraño irrumpió en la habitación, haciéndose pasar por Roberto Jiménez periodista de “Mundo Misterioso”; el instante a partir del cual su mente se negaba a recordar nada.

Las voces llegaban lejanas desde el reproductor del coche. Ramalla y él se encontraban lejos de la grabadora, pues habían acudido hacia la puerta de la habitación al encuentro del desconocido que acababa de llegar.

—Es el señor Román, parece que ha bebido demasiado y está armando una buena en el bar del hotel. Esperaba que usted pudiese ayudarme a llevarlo a su casa. —la voz del asesino sonaba profunda y pausada.

—Está bien —respondió la voz de Gabriel.

A continuación, un golpe seco anunció el momento en que el asesino golpeaba a Gabriel dejándole inconsciente.

—Cálmese —ordenó el asesino fríamente—. Si hace lo que le diga no le sucederá nada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere? —preguntó Ramalla, cuya voz sonaba deformada por el miedo.

—Creo que sabe perfectamente quién soy y lo que quiero, igual que yo sé bien quién es usted y lo que pretende en realidad —una leve pausa precedió a lo que parecía el recitar de un antiguo discurso—. “A vosotros, que habéis hecho voluntaria renuncia de vuestras voluntades personales, que prestáis servicio de caballería al Rey con armas para la protección de vuestras almas, velad en un sentido universal al escuchar maitines y todos los servicios, según se establece en el lugar canónico y lo que dicten los maestros regulares de la santa ciudad de Jerusalén”

—Veo que conoce nuestra regla —contestó Ramalla, con tono de resignación—. Supongo que era lógico que también vosotros sobrevivieseis. Vuestra Iglesia vuelve a estar activa después de tantos años de silencio.

—Nunca dejó de estarlo. Sólo nos replegamos el tiempo suficiente para recomponer nuestra organización y poder combatirlos eficazmente.

—¿Por qué seguís odiándonos? Los hombres que ahora formamos la Orden del Temple no somos responsables de lo que nuestros antepasados hicieron. Nuestras dos organizaciones fueron un tiempo casi hermanas — Ramalla mostraba en su voz un orgullo emocionado—. Muchos hombres han sufrido a lo largo de la historia. ¿No es ya suficiente?

—Sois vosotros los que nos obligáis a actuar una y otra vez. No podemos permanecer impasibles ante vuestras afrentas a todo lo sagrado. Ahora pretendéis cometer el peor de los sacrilegios y no podemos permitirlo.

—No sé de qué me hablas. Puede que la Orden del Temple haya cometido graves errores en el pasado, pero siempre ha actuado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, procurando respetar sus enseñanzas.

—Claro que sabes de qué hablo, templario —el desprecio que sentía aquel hombre quedó patente en la manera de pronunciar aquella palabra—. Hace cinco años tuvisteis éxito en la abominación que vuestros científicos estaban intentando. Esperáis traer de vuelta al Rey del Mundo, pero no os dais cuenta de que al que vais a traer es al mismísimo Satanás. ¿Cómo podéis seguir pensando que el mundo ha sido creado por Dios? ¿Es que no habéis aprendido nada de las abominaciones que en su nombre se han hecho? Ya deberíais haber comprendido que el mundo material sólo puede ser obra del ángel caído, y que es a él al que estáis sirviendo.

—¿Qué quieres? —volvió a preguntar Ramalla, aparentemente poco dispuesto a comenzar una discusión teológica con el cátaro, convencido de que su fanatismo exacerbado la haría inútil.

—Dinos donde está. Sólo eso y te dejaremos ir en paz —respondió el asesino.

—Ni quiero ni puedo hacer eso. Daría mi vida antes que contarte nada.

—Me temo que eso es exactamente lo que estás poniendo en riesgo.

—¿Habéis caído tan bajo como para llegar al asesinato? Mucho ha debido deteriorarse vuestra Fe, para que aquellos que se llamaban “Hombres Buenos” se hayan convertido en simples criminales —exclamó desafiante Ramalla.

—Precisamente porque seguimos siendo “Hombres buenos” no dudaremos en hacer lo que sea necesario para impedir que Satán reine en la Tierra.

—¿Y qué ganaréis matándonos? Deberíais haber comprendido hace mucho tiempo que nunca conseguiréis que ningún templario traicione a la Orden.

—Lamentablemente para todos, eso ya lo sabemos. Pero, lo que también sabemos es quién es ese periodista que yace ahí, junto a tu cama. Con él sí que hablarán tus hermanos ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso? —la voz de Ramalla pareció perder la

fuerza y templanza de la que había hecho gala hasta aquel momento, volviéndose más temblorosa y frágil, como si hubiese empezado a comprender por primera vez el verdadero peligro que corría.

—Cuando busque de ayuda porque crea ser sospechoso de un asesinato, sus hermanos de la Orden no le negarán esa ayuda. Muy al contrario, le contarán todo sin dudarle, y yo lo estaré escuchando gracias a este pequeño rastreador y micrófono que pondré en su teléfono móvil.

—Te equivocas. Él no pertenece a la Orden, no es uno de nosotros — un inconfundible tono de desesperación se dibujó en la frase de Ramalla.

— Todavía no, pero lo será muy pronto. Puede que no hayamos podido penetrar en vuestra organización, pero tenemos una red de información excelente sobre todos sus miembros.

Durante unos instantes, la habitación quedó en silencio, tan sólo la respiración agitada de ambos hombres parecía escucharse de fondo, como si ambos hombres estuviesen evaluando su situación y se preparasen para el acto final.

—Haz lo que tengas que hacer —Ramalla parecía haber recuperado su compostura. Su voz sonó serena, transmitiendo fuerza y determinación. Al parecer había llegado a la conclusión de que no podría evitar lo que iba a suceder y lo encaraba con un valor asombroso.

—Saludo el valor que demuestras ante tu final. Prometo que será rápido y rogaré a Dios por tu alma, pues sé que en el fondo crees actuar en su nombre. Espero que tu alma alcance el camino al verdadero Reino de Dios.

—Yo también ruego al Señor para que te ayude cuando descubras que al matarme sólo has provocando tu propio fracaso.

Aquella enigmática sentencia de Ramalla, fueron las últimas palabras que pudieron oírse a través de la cinta. A continuación, sonó un golpe seco, seguido por el suspiro ahogado de Ramalla al morir.

Nichole no pudo evitar romper a llorar, tras emitir un gemido de angustia. Gabriel la abrazó con fuerza, mientras la grabación terminaba con un fuerte estruendo seguido por el silencio.

Durante unos minutos Gabriel y Nichole permanecieron abrazados. Gabriel sintió las lágrimas de la mujer caer silenciosas por su mejilla. Con

ternura comenzó a acariciar su pelo negro intentando tranquilizarla.

—Se dejó matar sin ni siquiera luchar —musitó Nichole entre sollozos.

—Eso no es cierto —repuso Gabriel, intentando elegir con cuidado sus palabras para no herir más a la muchacha que se estremecía entre sus brazos—. Ese miserable es un hombre joven y muy fuerte, algo más alto que yo. Probablemente se trata de un asesino entrenado. Tu padre no tenía ninguna oportunidad. Con resistirse sólo hubiese conseguido que le asesinara más rápidamente. Es más, creo que tu padre actuó de forma muy inteligente y con una valentía fuera de lo común.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó Nichole.

—Tu padre sabía que yo había puesto en marcha una grabadora al comienzo de la entrevista. Probablemente, nada más entrar su atacante se imaginó quién era y lo que pretendía y, en vez de intentar huir o luchar de forma inútil, pienso que decidió intentar sonsacar la máxima información posible al asesino, con la esperanza de que todo quedase registrado por el aparato, para que la policía o yo mismo nos enterásemos de lo sucedido a través de dicha grabación. Y creo que en cierto modo al final lo ha conseguido.

—Tienes razón —admitió Nichole, animada y orgullosa al comprender mejor el comportamiento de su padre.

Gabriel extrajo el pendrive del reproductor del coche, guardándolo con cuidado, pues era la prueba tangible que demostraba claramente que él había sido una víctima más del verdadero agresor de Ramalla y no su asesino.

—Todo estaba preparado. Desde el principio iban a por ti. Parece que tú también tienes algún tipo de relación con la Orden a la que pertenecía mi padre —dijo Nichole con preocupación—. Ese hombre parecía muy seguro de que los templarios te ayudarían y te contarían todo sobre su extraño proyecto.

—No lo entiendo. Mi padre murió hace años. Si hubiese pertenecido a la Orden, me hubiesen ofrecido el ingreso entonces, no ahora —reflexionó Gabriel, pensando en voz alta.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Nichole.

—No lo sé... Aunque quizá la pregunta no sea esa, sino ¿qué van a

hacer ahora ellos?

—¿Qué quieres decir?

— Hemos destruido el aparato que les permitía espiar todo lo que hacíamos. Me pregunto, qué harán ahora si no pueden seguir controlándonos.

—¡Un momento! —exclamó Nichole, repentinamente alarmada— En la grabación, ese hombre lo definió como rastreador y micrófono.

— ¿Y...? —preguntó Gabriel.

— Pues que un rastreador sirve para localizar la posición y, si ese aparato lo era, ahora puede que sepan dónde estamos. Habrán visto como la señal desaparecía...

Sin terminar su frase, Nichole introdujo la llave de encendido y el coche arrancó con rapidez, perdiéndose entre las calles parisinas.

6

Simón aparcó con cuidado el automóvil que conducía desde que había llegado a Francia. Se trataba de un turismo de color verde oscuro. Un modelo antiguo que había robado nada más cruzar la frontera, junto a una gasolinera. Como ya hiciese en Madrid, había intercambiado las matrículas para dificultar su búsqueda el tiempo suficiente para realizar su tarea. Después, se desharía de él, sin prácticamente riesgo de ser descubierto.

Observó el hotel frente al que había aparcado. Se trataba de un edificio blanco en su totalidad, austero y no demasiado elegante, aunque a años luz de la triste pensión en que él se había alojado. La entrada, bien cuidada y adornada por dos enormes plantas, mostraba un toldo rojo con el nombre “Hotel Williams”, seguido por las tres estrellas que anunciaban su categoría con orgullo.

Casi no llega a tiempo, pero, afortunadamente, pudo localizar el vehículo de Gabriel y Nichole justo cuando salían del locutorio. Les siguió sin dificultad hasta verles aparcar junto aquel hotel el polvoriento Seat metalizado de la mujer. Después de unos minutos de espera, Simón comprobó con satisfacción como una ventana del segundo piso era abierta y sus cortinas corridas, en señal de que acababan de llegar nuevos ocupantes. Anotó en su mente la posición exacta de la ventana, para poder localizar después la habitación sin dificultad. Simón no pudo evitar sonreír en su

interior, cuando comprobó que ninguna otra ventana era abierta. No era difícil suponer que la relación entre el periodista y la mujer se estaba estrechando cada vez más, lo que no le llamó especialmente la atención, ya que la mujer había resultado poseer una gran belleza.

Simón dejó con indolencia que su imaginación se deleitase, evocando las perfectas formas del cuerpo de aquella mujer. Con un esfuerzo de su voluntad, consiguió alejar aquellos pensamientos de su mente, recordándose que la atracción física era, como todo lo material, obra del diablo. Aunque el amor podía considerarse en su esencia divino y puro, el sexo era un invento diabólico que lo mancillaba. Incluso la procreación era mejor evitarla. Traer niños al mundo no hacía otra cosa que condenar almas espirituales a ser encerradas en el mundo terrenal, en cuerpos de esencia infernal.

Permaneció aún varios minutos más observando el hotel, hasta que se convenció de que Nichole y Gabriel se quedarían allí. Con cuidado extrajo el teléfono móvil, que su Iglesia le suministrase, y marcó el número del Perfecto, dispuesto a contarle lo que había sucedido. Sentía cierto temor ante la reacción que su mentor podría tener cuando le revelase que había vuelto a fallar. No porque le temiese, pues era la mejor persona que había conocido nunca, sino porque podía decidir que, como iniciado, no estaba lo suficientemente preparado para acceder a la ordenación como Perfecto. Sin su aprobación, el Obispo nunca le ordenaría, y todo su esfuerzo de estos años, viviendo en el ascetismo y la castidad absoluta, sería inútil.

Cuando el rostro del Perfecto apareció en la pantalla iluminada, Simón repitió las tres reverencias de rigor, antes de relatarle todo lo ocurrido. El Perfecto no pareció sorprendido cuando supo que finalmente la grabación había llegado hasta King, y que éste había descubierto el DSM y lo había destruido.

—No te preocupes —le tranquilizó el Perfecto—. Sabíamos que esto podía ocurrir. No debes olvidar que depositar nuestra Fe en aparatos electrónicos, como único medio para resolver nuestros problemas, es un error. Como todo lo material, la tecnología no es más que una argucia más del diablo para brindarnos una comodidad, que nos ate más a su mundo inferior.

—Pero sin el DSM, ¿qué haremos ahora? —preguntó Simón confundido por la aparente calma del Perfecto— Si el periodista decide ingresar en la Orden no podremos escuchar lo que ocurre.

—Siempre hemos contado con la posibilidad de que el dispositivo electrónico fallase o fuese descubierto —replicó el Perfecto, sonriendo comprensivo a Simón—. Esta eventualidad estaba perfectamente prevista desde el principio. Lamentablemente tendrás que volver a hacer algo que no te va a agradar, pero no existe otro camino.

—Haré lo que sea necesario —se ofreció Simón con determinación, aunque en su interior temía profundamente lo que el Perfecto pudiera pedirle.

—Estoy muy orgulloso de ti y de todos los esfuerzos que has hecho para convertirte en un Hombre Bueno. Ruego a Dios por ti cada día —el Perfecto juntó sus manos frente a la pantalla—. Tendrás que utilizar a la hija de Ramalla.

La sola mención de la mujer hizo que la imagen de su tentadora belleza cruzase de nuevo ante la mente de Simón, aunque sólo fugazmente.

—Podríamos hacerlo al revés —argumentó Simón con preocupación—. A ella también le han ofrecido ingresar en la Orden del Temple.

—Ella te será más fácil de manejar que el periodista. Debes comprender que él es muy importante para la Orden. Además, los templarios sospecharían inmediatamente si apareciese sola en Roma.

—¿Qué he de hacer exactamente? —preguntó Simón, rindiéndose ante los argumentos irrefutables del Perfecto.

7

Gabriel se despertó con lentitud mientras los rayos de luz solar se filtraban con fuerza a través de las cortinas entreabiertas de la ventana de la habitación. Sentía su cuerpo extrañamente dolorido, probablemente no por el esfuerzo físico pasado, sino por el estrés psíquico a que se estaba viendo sometido durante los últimos días. Se levantó con esfuerzo, para encontrarse con la desagradable sorpresa de que Nichole no estaba a su lado.

Habían cenado en el hotel, intentando apartar por unas horas toda preocupación de sus mentes. Nichole consiguió relajarse con dificultad. Después de cenar, un cansancio abrumador, probablemente causado por la tensión del día que había pasado, se apoderó de ella. Nada más subir a la habitación, que habían reservado para el resto del fin de semana, se derrumbó

sobre el lecho agotada. Gabriel se acostó a su lado contemplando el perfil del cuerpo de Nichole recortándose contra la luz de la luna, que iluminaba la ventana. Gabriel tardó bastante tiempo en conciliar el sueño, preocupado por lo ocurrido durante el día, pero al final le rindió el cansancio y se durmió.

Cuando a la mañana siguiente Gabriel descubrió que Nichole había desaparecido, se acercó hasta su cama intranquilo. Las sábanas aún estaban calientes, por lo que dedujo que Nichole no hacía mucho que la había abandonado.

Un mal presentimiento empezó a enturbiar los pensamientos de Gabriel. Con el temor dibujándose en su rostro, se acercó hasta el baño.

— Nichole... ¿Estás ahí? —preguntó golpeando suavemente la puerta.

No hubo respuesta alguna, por lo que con precaución entró en el aseo. En su interior, pulcramente ordenado, no había nadie.

Gabriel, inquieto, decidió ir a buscar a Nichole. Se aseó y vistió lo más rápidamente que pudo. Cuando fue a ponerse la chaqueta para salir, se dio cuenta de algo que terminó de disparar su preocupación. El bolsillo, donde la tarde anterior depositase el pendrive con la grabación, estaba vacío; había desaparecido. Aunque Gabriel no quería creerlo, todo hacía apuntar a que alguien había entrado en la habitación, llevándose a Nichole y la grabación mientras él dormía sin darse cuenta de nada.

La posibilidad de que Nichole pudiese estar en peligro, hizo que el miedo y la rabia se apoderasen de Gabriel. Con furia se dirigió hacia la salida de la habitación. Sin embargo, antes de que llegase a ella, el sonido de una llave introduciéndose con sigilo en la cerradura hizo que se detuviese en seco. Se acercó a la puerta silenciosamente, situándose con cautela a un lado, dispuesto a sorprender al intruso.

La puerta se abrió lentamente, como si quien intentaba penetrar en la habitación pretendiese no alertar a sus ocupantes. Cuando el cuerpo del intruso comenzó a asomar por el quicio de la puerta, Gabriel se arrojó sobre él dispuesto a inmovilizarle. El intruso gritó, mientras se abalanzaba con tal ímpetu, que ambos cuerpos cayeron al suelo rodando por el suelo de la habitación.

—¡Qué demonios! —exclamó Gabriel, al comprobar que bajo él, sudorosa y con el rostro congestionado por el susto, se encontraba Nichole

intentando recuperar el aliento— ¿Eres tú?

—¡Me has dado un susto de muerte! —le reprochó Nichole resoplando— ¡Si llego a saber que tenías tan mal despertar hubiese pedido habitaciones separadas!

Gabriel observó a la mujer totalmente inmovilizada bajo su abrazo y comenzó a reír con ganas, aliviado de que se encontrase bien. Nichole, ante su aspecto un tanto patético, no pudo evitar contagiarse de la risa de Gabriel, prorrumpiendo en sonoras carcajadas.

—Lo sietno, si no encontrarte y ver que tampoco estaba el pedrive, temí que te hubiese ocurrido algo —se disculpó Gabriel incorporándose con dificultad, para ayudar después a Nichole— Además, has entrado con tanto sigilo que parecías un ladrón.

—Intentaba no despertarte —explicó Nichole, riendo de nuevo—. Me levanté temprano y pensé en buscar un ordenador, para echar un vistazo al documento que bajamos de Internet. Por eso me llevé el pendrive.

—La próxima vez prefiero que me despiertes. Me has dado un buen susto.

—Me alegra que te preocupes tanto por mí —Nichole se acercó a Gabriel besando con cariño su rostro mal afeitado.

—¿Conseguiste el ordenador? —preguntó Gabriel, haciendo un esfuerzo por controlar sus deseos, consciente de que no era el momento ni la situación adecuada para abandonarse a su abrazo con pasión.

—El conserje me prestó esto —repuso Nichole, recogiendo del suelo una bolsa oscura, en la que Gabriel reparó por primera vez—. Espero que haya sobrevivido a nuestro apasionado reencuentro, porque si no, sí que tendrás que preocuparte por mí cuando el conserje intente asesinarme.

Gabriel extrajo un ordenador portátil, aparentemente intacto, del interior de la bolsa. Sujetándolo con cuidado lo llevó a una pequeña mesa circular, cercana al balcón interior de la habitación.

—Pediré algo para desayunar. Así podremos examinar el documento con tranquilidad —propuso Nichole, mientras descolgaba el teléfono de la habitación.

El ordenador se encendió con pereza, emitiendo un pequeño zumbido al ponerse en marcha su sistema de ventilación. La pantalla se iluminó con

lentitud mientras el sistema operativo despertaba de su letargo.

—Es un buen equipo para ser de un conserje —observó Gabriel al comprobar las características del portátil.

—No he dicho que fuese del conserje —replicó Nichole, acomodándose al lado de Gabriel tras pedir el desayuno—. Aunque me lo ha prestado él, al parecer es de un cliente que no pudo pagar la cuenta. La dirección del hotel se quedó con el equipo en prenda hasta que trajese el dinero. Por lo visto, debió resultarle más barato no volver a por él porque nunca regresó.

—Pues o ese tipo debía la cuenta de un año o este hotel es más caro de lo que nos dijeron anoche —observó Gabriel, mientras introducía conectaba el pendrive al portátil.

Tras pulsar sobre el nombre del documento, el navegador de Internet lo cargó de forma local desde el disco. Ante él apareció la página que guardaron el día anterior. Se trataba de un listado completo y resumido de los acontecimientos sucedidos durante el año 1997. Estaban clasificados en distintas secciones. Gabriel descendió hasta situarse en el apartado encabezado como “Acontecimientos”.

—Es enorme —se lamentó Gabriel, al comprobar cómo un listado casi infinito, ordenado por meses, se desplegaba en la pantalla.

—Tenemos que acotar la búsqueda o no acabaremos nunca —observó Nichole.

—¿Cómo? Ni siquiera sabemos qué buscamos.

—Pero sí que sabemos algunas cosas que pueden ayudarnos —Nichole sonreía con picardía—. Busca el incendio de Turín que estuvo a punto de destruir la Sábana Santa. Tiene que aparecer en el listado.

Gabriel abrió el buscador del navegador e introdujo “incendio” como palabra clave. La búsqueda se detuvo en el mes de febrero mostrando la noticia:

“23 de febrero - Se produce un gran incendio en la Estación Espacial Rusa Mir”.

Al comprobar que no era el suceso buscado, Gabriel repitió de nuevo la búsqueda. En esta ocasión la noticia que apareció ante ellos fue:

“11 de abril - Un incendio daña la Catedral de Turín”.

—¡Bien! —exclamó Nichole— Si es cierto que lo provocaron los cátaros, ahora sabemos que lo que buscamos debió suceder antes de esa fecha. No creo que un incendio de esas características pudiera prepararse en dos días, así que supongo que podemos limitar la búsqueda a los tres primeros meses del año.

Gabriel copió la parte del listado que comprendía los sucesos ocurridos en los tres primeros meses. Después, abrió el procesador de textos y pegó en una página en blanco el contenido del portapapeles. Una vez confeccionada así una lista más reducida, comenzaron a repasar uno a uno todos los acontecimientos. Eliminaron todo aquello que parecía fuera de lugar, como lo referente al mundo del cine o a la vida social, centrándose principalmente en noticias políticas o de ámbito científico. El resultado fue un listado muy simplificado:

ENERO

— *18 de enero - En el noroeste de Rwanda, miembros de la milicia Hutu asesinan a tres trabajadores sociales españoles.*

— [19 de enero](#) - *Yasser Arafat vuelve a Hebrón tras treinta años en el exilio.*

— *20 de enero - Bill Clinton comienza su segundo mandato como presidente de los Estados Unidos de América.*

— *21 de enero - Newt Gingrich se convierte en el primer miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos en ser multado y censurado por su falta de ética.*

— *23 de enero - Mir Aimal Kasi es condenado a muerte por el asalto en 1993 al Cuartel General de la CIA en el que murieron dos personas y otras tres fueron gravemente heridas.*

— *27 de enero - Se revela que los museos franceses contaban con cerca de 2000 piezas de arte que fueron robadas por el ejército nazi.*

FEBRERO

— *4 de febrero - El Presidente Serbio Slobodan Milošević reconoce la victoria de la oposición en las elecciones de noviembre de 1996.*

— *6 de febrero - La británica Diane Blood gana el derecho a utilizar el esperma de su marido fallecido para tener un hijo.*

- 10 de febrero - Los periódicos australianos publican la noticia de que el gobierno de Papua Nueva Guinea ha enviado mercenarios a Bougainville.
- 13 de febrero - Los astronautas del trasbordador espacial Shuttle comienzan la reparación del Telescopio Espacial.
- 19 de febrero - El último de los históricos revolucionarios de la República de China, Deng Xiaoping muere a los 92 años de edad.
- 22 de febrero - En Roslin, Scotland, científicos anuncian que una oveja adulta llamada Dolly ha sido clonada con éxito, habiendo nacido en julio de 1996.
- 23 de febrero - Se produce un gran incendio en la Estación Espacial Rusa Mir.

MARZO

- 4 de marzo - El presidente estadounidense Bill Clinton prohíbe destinar fondos federales para cualquier investigación en clonación humana.
- 6 de marzo - En Sri Lanka, los Tigres Tamiles atacan una base militar y asesinan a más de 200 personas.
- 11 de marzo - Una explosión en una central de procesamiento de residuos nucleares, produce la exposición de 35 trabajadores a bajos niveles de radiación en el peor incidente nuclear de la historia de Japón.
- 13 de marzo - Las Misioneras del Caridad de la India eligen a la Hermana Nirmala como sucesora de la Madre Teresa.
- 26 de marzo - 39 personas son halladas muertas tras un aparente suicidio ritual de la secta Heaven's Gate.

Gabriel y Nichole examinaron la lista resultante con detenimiento. En principio no vieron nada que les llamase especialmente su atención.

— La única noticia extraña relacionada con sectas es el suicidio masivo de la secta de Heaven's Gate —comentó Gabriel, tras el primer e infructuoso examen.

— No veo que relación podría tener, más allá del hecho de que se trata de una secta —objetó Nichole poco convencida—. Además, está demasiado cerca del incendio de Turín, apenas habrían tenido tiempo de

planearlo.

— Tienes razón —admitió Gabriel.

—También está la noticia de que los museos franceses perdieron cerca de dos mil piezas de arte robadas por los nazis. Quizá tenga algo que ver con los documentos del Templo —propuso ahora Nichole.

—Podría ser —reconoció Gabriel—. De hecho, existe cierta relación entre cátaros y nazismo.

—¿Qué clase de relación?

— Supongo que conoces la extraña obsesión de los nazis por las reliquias sagradas de todo tipo —comenzó a explicar Gabriel—. Dentro de esta obsesión destacaba, como no podía ser de otra manera, el Santo Grial. Otto Rahn fue el encargado de su búsqueda. Era un personaje ciertamente extraño que creía, que la versión narrada en la ópera “Parsifal” de Wagner, reflejaba la historia real de la sagrada reliquia. En dicha ópera se ubica el Grial en Montsalvage (monte se la salvación), una fortaleza mítica en los Pirineos. Otto Rahn creyó ver en ese monte una alegoría a Montségur.

—¿La fortaleza donde fueron quemados vivos los últimos cátaros? —preguntó Nichole más interesada.

—La misma —confirmó Gabriel—. Por eso pensó que existía una relación entre los cátaros y el Grial.

—Pero eso no implica ninguna relación directa con los nazis —objetó Nichole sin.

—Todavía no, pero es que Otto Rahn no se quedó ahí. Como los cátaros rechazaban, en todo o en parte, el Antiguo Testamento, lo interpretó como un intento cátaro de crear una iglesia cristiana libre de raíces judías. Por otro lado, a los cátaros se les denominaba de diversas maneras: cátaros, arrianos, albigenses o valdanos, dependiendo del líder o de la región donde predominaba. Pues bien, en algunos documentos se les llama “ariani” lo que recuerda demasiado a “ario”. De esta forma, el catarismo fue incorporado definitivamente al imaginario del nazismo, sobre todo a las SS de Heinrich Himler. Para ellos, eran el símbolo de un cristianismo “desjudaizado”, de raíces arias.

— De todas formas, no veo cómo, el hecho de que robaran reliquias, puede tener que ver con el famoso proyecto —concluyó Nichole poco

convencida.

—Tampoco yo veo la relación la verdad. Cuando los templarios se refirieron a él, parecían estar hablando de algo muy concreto. Algo, que según dijeron, les acercaba por fin a traer de vuelta a Jesucristo. Es casi como si hablarán de un proyecto de carácter científico o a algo por el estilo.

—¡Eso es! —interrumpió Nichole con entusiasmo— Mira el 22 de febrero.

Gabriel recorrió el documento hasta el lugar indicado por Nichole. Al leer lo ocurrido en aquella fecha, comprendió a qué se refería Nichole.

“22 de febrero - En Roslin, Scotland, científicos anuncian que una oveja adulta llamada Dolly ha sido clonada con éxito, habiendo nacido en julio de 1996”.

Gabriel volvió al navegador, buscando la página original para intentar encontrar más información. Desgraciadamente, recordó que habían consultado la página de forma local desde el disco en que estaba grabada.

—Intenta pulsar al enlace sobre “Dolly”, puede que el equipo tenga una conexión Wifi— propuso Nichole, adivinando el pensamiento de Gabriel.

Al pulsar sobre el enlace y tras unos instantes de duda, el equipo se conectó automáticamente a Internet, y una nueva página se abrió ante ellos, mostrando los detalles del proceso de clonación seguido por el equipo científico.

“Dolly fue el resultado de una transferencia nuclear desde una célula donante diferenciada a un óvulo no fecundado y enucleado (sin núcleo), implantado después en una hembra portadora. La célula de la que venía Dolly era una célula ya diferenciada o especializada, procedente de un tejido concreto -la glándula mamaria- de un animal adulto (una oveja Fin Dorset de seis años), lo cual suponía una novedad, hasta ese momento se creía que sólo se podían obtener clones de una célula embrionaria, es decir no especializada. Cinco meses después nació Dolly, que fue el único cordero resultante de 277 fusiones de óvulos enucleados con núcleos de células mamarías.”

—No puedo creer que mi padre interviniese en algo así —comentó Nichole, impresionada ante lo que aquello parecía significar—. De todas formas, puede que nos estemos equivocando, no veo una relación clara de

este descubrimiento con el Temple.

—Tienes razón —reconoció Gabriel—. Debe haber algo más que se nos escapa.

Gabriel volvió de nuevo a la página principal, donde repasó una vez más el texto inicial de la noticia. Tras unos instantes, pulsó sobre un nuevo enlace resaltado en azul, la palabra “Roslin”. La nueva página resultante le ofreció varias opciones:

— *Roslin, Escocia, una villa en Midlothian, al sur de Edimburgo.*

— *Castillo Roslin.*

— *Instituto Roslin.*

— *Batalla de Roslin, 1303.*

Sorprendentemente para Nichole, que esperaba que pulsase sobre el Instituto Roslin, Gabriel se decidió por la primera opción. En la nueva página resultante escogió sin dudar el enlace sobre “Iglesia de Rosslyn”.

Cuando un nuevo texto se desplegó con abundante información, incluida una pequeña imagen de la que parecía una iglesia de claro diseño gótico, la respuesta que estaban buscando apareció con claridad ante ellos. El encabezamiento de aquella página bastó para que supiesen que tenían delante la relación que buscaban:

“¿EL SANTO GRIMAL?”

Debido a sus conexiones con la Francmasonería, siempre se ha rumoreado que la Capilla Rosslyn, es uno de los posibles lugares donde descansa el Santo Grimal. Esta posibilidad se basa en la leyenda de “las Bóvedas Secretas” y en la supuesta semejanza entre Rosslyn y el Templo de Salomón.

Siempre se ha dicho que “La Señora Blanca del Castillo Rosslyn”, oculta un secreto con un valor de “millones de las libras” y algunos han sugerido que pudiera tratarse del Grimal o de instrucciones sobre cómo encontrarlo.

La leyenda del lugar siempre ha mantenido la existencia de unas grandes bóvedas secretas enterradas en algún sitio característico de la propiedad. Sin embargo, ninguna de las exploraciones y excavaciones realizadas cerca de la Capilla han dado resultado alguno. Sí, existen unas

cámaras selladas bajo el sótano que no han podido ser excavadas, por miedo a derrumbamientos. Se rumorea que están llenas de arena blanca de origen árabe, que habría sido traída al lugar por los Caballeros Templarios.”

—Cuando he visto el nombre de Roslin me ha parecido recordar algo —explicó Gabriel.

—Está claro que esto no puede ser una casualidad —empezó a razonar Nichole—. La clonación de la oveja Dolly fue el motivo por el que los cátaros intentaron precipitadamente destruir la Sábana Santa. Los templarios estaban detrás de la investigación y eso sólo puede ser por un motivo...

—¡Es increíble!... No puedo creer que sea cierto, pero parece que la Orden del Temple está intentando clonar a Jesucristo, a partir de las muestras de sangre de la Sábana Santa —concluyó Gabriel sobrecogido.

—¿Es eso posible? —preguntó Nichole perpleja.

Gabriel no pudo contestar la pregunta, pues el timbre de la puerta sonó con fuerza, haciendo que los dos volviesen la vista hacia la entrada de la habitación. Nichole se levantó, adelantándose a Gabriel, convencida de que iba a encontrarse frente al desayuno que había solicitado.

Lo sucedido fue tan rápido que Gabriel apenas pudo darse cuenta de que algo iba mal. Un hombre penetró bruscamente en la habitación. Con facilidad asombrosa, inmovilizó a Nichole, sujetándola por un brazo que torció hacia su espalda, y agarrándola por el cuello, con tal fuerza y rapidez, que de su garganta no llegó a brotar sonido alguno.

—¡No dé un solo paso más o le parto el cuello! —gritó el intruso, impidiendo que Gabriel llegase hasta él en su intento de ayudar a la mujer.

Gabriel retrocedió indeciso, contemplando como el hombre cerraba la puerta de la habitación de un puntapié y se dirigía hacia él. La cara de Nichole comenzaba a amarrotarse, mientras intentaba en vano zafarse de la garra de hierro que la sujetaba de la garganta privándola de aire.

Gabriel no tardó en reconocer al hombre que se acercaba hacia él. Su pelo había cambiado de aspecto, donde antes se mostraba liso y muy negro, ahora aparecía ligeramente rizado y rubio, probablemente mostrando su verdadero color, pues estaba más en consonancia con los ojos claros de aspecto gatuno con los que le miraba fijamente. Aquel gigante bronceado de casi dos metros de altura era, sin lugar a dudas, el hombre que asesinó a

Friederich Ramalla, dejando al propio Gabriel inconsciente en el proceso.

—Veo por su expresión que se acuerda de mí —declaró el intruso con tranquilidad, confirmando las sospechas de Gabriel—. Puede llamarme Simón. Le aseguro que, a pesar de lo que piensa de mí, no disfruto haciendo esto. Lo hago sólo porque no hay otra manera de evitar el gran mal que se avecina.

—¿Qué quiere? —preguntó Gabriel sin apartar la vista de Nichole, que empezaba a mostrar claros síntomas de asfixia.

—No se preocupe por ella —respondió Simón, aflojando su abrazo sobre la mujer permitiendo que ésta respirase libremente—. No estoy aquí para hacerles ningún daño.

—¡Asesino, hijo de puta! —consiguió pronunciar con dificultad Nichole, en cuanto sus cuerdas vocales comenzaron a obedecerla y recuperó aire suficiente en sus pulmones.

—Cálmese y no grite señorita Ramalla o me obligaré a tomar medidas desagradables —repuso Simón, apretando por un instante su garganta.

Gabriel, aliviado al ver que Nichole se encontraba bien, hizo a ésta un gesto con su cabeza, con la intención de que se calmase y no intentase librarse de la sujeción de Simón, consciente de que éste tenía suficiente fuerza para partirla el cuello si así lo decidía.

—Antes de llamar, estuve escuchando un rato frente a su puerta —explicó pausadamente Simón—. Hacen ustedes un equipo de investigación formidable. Todo lo que han averiguado en tan poco tiempo es realmente asombroso. Es una lástima que descubriese el DSM.

—¿DSM? —preguntó Gabriel confundido

—Perdone. Seguro que me entenderá mejor si le aclaro que me refiero a la falsa SIM de su móvil, la que destruyó en el cibercafé. Ese pequeño dispositivo era la clave de todo, nos hubiera permitido conseguir la información necesaria sin que ustedes se hubiesen enterado y sin que nadie más sufriese. Ahora, sin embargo, nos vemos obligados a intervenir.

—No sé qué es lo que quieren exactamente de nosotros. Nichole y yo no tenemos nada que ver en su guerra con los templarios —aseguró Gabriel intentando mostrar una calma y firmeza que en absoluto sentía.

—En eso se equivoca. Ambos están metidos en esto desde el mismo día que nacieron.

—Puede que yo sí —admitió Nichole, haciendo un esfuerzo por contener la furia que sentía en su interior—. Pero él no tiene nada que ver. Son ustedes quienes le han metido en esto.

— Al revés —repuso Simón —. Él está más implicado que usted misma, pero eso es algo que averiguará en su momento.

—Díganos qué quiere exactamente —pidió Gabriel, al comprender que no llegarían a ningún lado intentando razonar con aquel fanático.

—Es muy sencillo. Lo único que pretendo es que continúe haciendo lo que estaba haciendo.

—¿A qué se refiere?

—Quiero que se presente en Roma, como tenía pensado hacer, y solicite su ingreso en la Orden del Temple. Allí, seguirá todas las instrucciones que los templarios le den hasta completar su ingreso.

—¿Por qué habla en singular? ¿Qué ocurre con Nichole?

—Ella se quedará conmigo hasta que todo haya concluido.

Gabriel sintió que las piernas le fallaban. Una sensación abrumadora de impotencia le embargó, al comprobar que aquel hombre pretendía secuestrar a Nichole, sin que él pudiese hacer nada para evitarlo. Logró sobreponerse con esfuerzo, comenzando a plantearse si habría forma de vencer a aquel hombre si conseguía atacarle con la velocidad suficiente. Decidió actuar de inmediato, sin pensarlo, intentando así sorprender al aparentemente confiado asesino.

Se levantó como una exhalación, arrojándose sobre Simón con suficiente rapidez como para propinarle un fuerte puñetazo en la cara, antes de que pudiese amenazarle con ahogar de nuevo a Nichole. Simón, pillado por sorpresa por la desesperada reacción de Gabriel, cayó hacia atrás golpeándose contra el suelo, y soltando a la mujer en el proceso. Gabriel se disponía a golpear de nuevo sobre Simón, cuando éste, con la agilidad de un felino, se incorporó de un salto, sacando de su cintura una pistola con la que le apuntó directamente a la cabeza.

Gabriel pudo ver, como si sus sentidos se hubiesen visto misteriosamente ampliados, como el dedo de Simón apretaba lentamente el

gatillo de su arma. Incluso creyó percibir, antes de cerrar sus ojos en un acto reflejo, como ésta escupía su carga mortal, con un sonido amortiguado por el silenciador cuidadosamente ensamblado en el extremo del cañón.

CAPÍTULO SEXTO

1

Cuando Gabriel abrió los ojos, comprendió, tras unos instantes de confusión, que, por algún extraño azar que no comprendía, aún estaba vivo. Simón, de pie frente a él, le apuntaba directamente a la cara con el cañón de su pistola. Un ruido a su espalda le hizo girar la cabeza, a tiempo de ver como un cuadro, situado directamente en la pared tras él y que mostraba una vista luminosa de los Campos Elíseos, caía al suelo totalmente destrozado por el impacto de la bala, que pensaba dirigida hacia su rostro.

Gabriel pudo comprobar, paralizado aún por la confusión, cómo, sin dejar de apuntarle, Simón se dirigía a Nichole sujetándola por la cintura sin que ella ofreciese resistencia alguna.

—¡Otro intento estúpido como ése y el próximo disparo irá a su cabeza! —aseguró Simón, mostrando una rabia hasta ese momento desconocida en su voz, mientras dirigía su arma directamente a la sien de la mujer.

—Haz lo que dice —pidió Nichole con desesperación—. Iré con él, no quiero que haya más muertes.

—Juro que, si le hace daño, nunca conseguiré lo que quiere— repuso Gabriel, intentando recuperarse aún del hecho de haber estado a punto de morir.

—Admiro su espíritu combativo Sr. King, pero se equivoca totalmente. Tenemos otros medios de conseguir su colaboración. Podemos utilizar a su tío, o a su madre o a cualquier otra persona que sea importante para usted —Simón, al ver restaurado su control de la situación, había recuperado la calma inicial y volvía a presentar el aspecto hierático que mostrase desde su llegada.

Gabriel sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo, al comprender con impotencia que aquel hombre le tenía atrapado. Había caído en la tela de araña que habían urdido contra él y ahora no tenía forma de liberarse. Por lo menos, no veía manera de hacerlo sin perjudicar a las personas que quería en el proceso.

—Está bien, haré lo que me ha pedido —admitió finalmente Gabriel, sintiéndose completamente derrotado.

Simón introdujo la mano en un bolsillo de su chaqueta sin dejar de apuntar en ningún momento a Nichole. Con rapidez, extrajo de su interior un teléfono móvil de última generación que ofreció a Gabriel.

—Quiero que hasta todo esto acabe lleve este teléfono. Comprobará que lleva un nuevo DSM con una nueva copia de la SIM de su teléfono original. No se extrañe —explicó Simón con cierta diversión—, puedo hacer cuantas copias quiera, aún conservo la tarjeta original de su teléfono. Gracias a lo cual, podrá utilizar su nuevo teléfono con total normalidad. No queremos que a nadie le extrañe que no responda a sus llamadas habituales. Pero no olvide que escucharemos todas sus conversaciones. Y, sobre todo, no intente destruirlo, si la señal vuelve a desaparecer de mi receptor, no volverá a ver a Nichole con vida.

—¿Qué quiere conseguir con todo esto? —preguntó Gabriel cogiendo el teléfono que Simón le ofrecía.

—Antes de entrar en la habitación, estuve escuchando su pequeña investigación informática y creo que había llegado a una conclusión bastante interesante.

—Pensamos que la Orden del Temple está intentando clonar al hombre de la Sábana Santa —admitió Gabriel con reticencia, pero consciente de que por el momento no podía hacer otra cosa más que seguir la corriente a aquel hombre.

—Una conclusión cercana a la realidad, pero no del todo exacta —repuso Simón—. Seguramente, si les hubiese dejado más tiempo se hubiesen dado cuenta por ustedes mismos de algo aún más preocupante. Tendrían que recordar las palabras de José de Arimatea en aquel escrito que dejó bajo el templo de Salomón.

—No entiendo dónde quiere ir a parar —insistió Gabriel

—Déjenme que les refresque la memoria —Simón, con los ojos entrecerrados, comenzó a recitar con increíble exactitud la carta de José de Arimatea: *“Designo a los nueve, que tras nueve siglos encontrarán, guiados por la mano de Dios, este testamento. Sólo ellos podrán recuperar el lienzo sagrado de la Ciudad de los Profetas, donde lo dejé al cuidado del Rey fiel. Deberán custodiarlo y preservarlo de todo mal, para que, transcurridos*

nueve siglos, el Rey del Mundo vuelva a nosotros a través de él.”

—¿Quiere decir que ya lo han hecho? —preguntó Nichole, movida por un repentino presentimiento.

—Veo que la señorita Ramalla sigue siendo la más perspicaz de los dos —contestó Simón con cierta burla hacia Gabriel—. Los templarios siempre han perseguido la vuelta de Cristo a la Tierra. Pero ese retorno no puede producirse en cualquier momento, sino que, siguiendo las palabras de José de Arimatea, debe producirse “tras nueve siglos”. Al principio, creímos que dicho periodo comenzaba en el momento de la fundación de la Orden del Temple. La fecha elegida para la vuelta del Rey del Mundo sería por tanto el año 2018. Sin embargo, al descubrir en el año 1997, lo avanzados de sus planes de clonación, nos dimos cuenta de que habíamos estado equivocados. Los nueve siglos debían contarse desde el momento de la creación de los Nueve, los verdaderos depositarios de la misión según José de Arimatea, y no de la Orden del Temple, ya que al principio ambas fueron organizaciones diferentes, aunque una dependiese de la otra. La fecha de la fundación de la Orden debía adelantarse al año 1099, ya que creemos que los Nueve se unieron por primera vez en dicha fecha. Momento, además, simbólico para ellos, en cuanto que fue también el año de la primera visión de Hugo de Payns, y comienzo por tanto de su misión.

—Eso significa que el retorno de Cristo debía producirse en el año 1999 —exclamó Gabriel.

—Y estamos seguros de que lo consiguieron —apuntillo Simón con pesar—. Comprenderán ahora el porqué de nuestro intento precipitado de destruir el sudario de Turín, antes de que consiguiesen las muestras de sangre necesarias para el proceso.

—Aunque todo fuese cierto —objetó Gabriel haciendo un último intento por razonar con Simón—. Puedo entender que consideren inmoral la actuación de la Orden Templaria. Pero, a fin de cuentas, sólo han creado un gemelo del hombre de la Sábana, un niño normal que ahora tendrá cinco o seis años. ¿Qué puede haber en ello que justifique lo que están haciendo?

—Ustedes no pueden entenderlo —se lamentó Simón con desprecio—. No pueden comprender lo que la Sábana Santa es en realidad. Dios no creó este mundo sino Satán. Nada material es sagrado sino diabólico. El cuerpo de nuestro señor Jesucristo no era real sino una simulación divina con la capacidad de sentir y sufrir del ser humano, pero constituido por esencia

divina y no material. El hecho de que exista un sudario impregnado de sangre humana, implica necesariamente que no es de procedencia divina sino diabólica, y eso sólo puede obedecer a un ardid muy elaborado del maligno. Un ardid destinado a engañar a hombres de Fe extraviada como Hugo de Payns, para que sirvieran de guardianes y profetas de un falso Mesías, el Anticristo. Nuestra Iglesia, la única Iglesia Cristiana verdadera, pretende obtener el cuidado de esa criatura para que su naturaleza diabólica pueda ser neutralizada por nuestros Perfectos. Hemos intentado averiguar dónde está el niño desde su misma concepción, pero los templarios han sabido mantenerlo en absoluto secreto, sólo los miembros de la Orden lo conocen.

—Ahí es donde entro yo —afirmó Gabriel comprendiendo finalmente lo que aquellos hombres habían pretendido de él desde el principio, y por lo que habían estado dispuestos incluso a matar.

—Naturalmente. Cuando se complete su ingreso en la Orden, le será explicado el proyecto de la clonación y le confiarán el lugar donde el niño está siendo custodiado. En ese momento, cuando nosotros también lo sepamos, su misión habrá terminado y yo mismo le devolveré a la mujer.

—¿Qué harán con el niño cuando den con él? —preguntó Nichole, que parecía haber aceptado con resignación el papel de rehén que aquel hombre le tenía reservado.

—Quedará bajo la custodia de nuestro Obispo, que se ocupará, junto a los principales Perfectos de nuestra Iglesia, de su educación para evitar que su naturaleza maligna se manifieste.

Simón apretó de nuevo su presa sobre Nichole, en lo que pareció un claro signo de que daba aquella charla por terminada. Gabriel vio con impotencia cómo se dirigía hacia la salida de la habitación, ocultando el revólver en el bolsillo de su chaqueta, pero sin dejar de apuntar a Nichole en ningún momento.

—Es hora de irnos —anunció mirando directamente a Gabriel con desconfianza—. Le estaremos vigilando y, permítame un consejo, no intente heroicidades sólo servirán para empeorar las cosas.

Gabriel contempló consternado como cruzaba la puerta de la habitación, arrastrando a la asustada Nichole con él. Antes de que su imagen se perdiese por el pasillo del hotel, Nichole le miró esbozando una tímida sonrisa, con la intención de calmar su ánimo. Gabriel pensó que nunca en su

vida había visto una sonrisa tan triste y vulnerable. Se juró a si mismo que no dejaría que Nichole sufriese ningún daño, fuese cual fuese el coste que esa decisión significase para él.

2

Nichole fue arrastrada por Simón escaleras abajo en dirección al exterior del hotel. Se cruzaron por el camino con un camarero, que empujaba una mesa decorada con delicadeza, que portaba un copioso desayuno. Nichole recordó el desayuno que había pedido por teléfono.

—Si intentas algo tendré que matarle —le susurró Simón al oído, justo cuando se cruzaban con el empleado del hotel.

El hombre pasó a su lado, deseándoles cordialmente los buenos días. Simón le devolvió el saludo con naturalidad, procurando continuar su camino con rapidez mientras apretaba su abrazo sobre Nichole.

—¿Señorita Nichole?

El camarero se había parado y vuelto hacia ellos, cuando acababan de sobrepasarle. Su cara mostraba un claro gesto de confusión.

Nichole notó como el cuerpo de Simón se tensaba junto a ella, mientras detenía su camino y se volvía con desconfianza. Cuando Nichole pudo ver el rostro del camarero, comprendió lo que ocurría. Aquel hombre era el mismo que les acompañó hasta su habitación el día anterior y seguramente la había reconocido.

—¿Sí? —preguntó Nichole, fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—¿Se marcha? Pensaba que este desayuno era para su habitación —preguntó el camarero sorprendido.

Simón apretó con tanta fuerza su mano sobre el costado de Nichole, que esta pudo sentir las falanges de sus dedos clavándose en su carne, a través de la gruesa tela de su chaqueta.

—Siento perdermelo. Parece delicioso, pero me han llamado urgentemente por un asunto del trabajo y no me queda más remedio que ir —explicó Nichole, intentando controlar la ansiedad y el nerviosismo que sentía. Estaba convencida de que el hombre que intentaba secuestrarla no dudaría en matar al inocente empleado del hotel, si éste se percataba de que algo iba mal.

El camarero no parecía del todo convencido. Por un instante,

permaneció inmóvil, mientras su mirada pasaba alternativamente de Nichole a Simón. Nichole comprendió, por la forma en que la tela de la chaqueta de Simón se tensaba, que éste había empuñado su pistola y estaba apuntando al camarero.

—De todas formas, Gabriel se ha quedado en la habitación. Estoy segura que dará buena cuenta de todo. Dígale de mi parte que me guarde una de esas deliciosas magdalenas para cuando vuelva —exclamó Nichole, mostrando su mejor sonrisa.

El camarero pareció por fin satisfecho. Tras despedirse educadamente, reanudó de nuevo su camino, lo que hizo que Simón relajase automáticamente su presión, permitiendo a Nichole respirar con un profundo suspiro de alivio.

Cuando llegaron al vestíbulo, el conserje se hallaba ocupado atendiendo a una joven pareja con aspecto de recién casados, que estaba realizando una reserva de habitaciones, por lo que apenas les prestó atención, dirigiéndoles un lacónico saludo mientras abandonaban el hotel.

Simón la llevó hasta un coche aparcado en la acera de enfrente, que a Nichole le pareció poco acorde, por su estado tan deteriorado, con Simón, que mostraba un aspecto impecable en su indumentaria, por lo que dedujo que probablemente se trataba de un vehículo robado.

Simón le abrió la puerta del acompañante, asegurándose de que entraba en su interior, antes de introducirse a su vez en el vehículo. Nada más sentarse, un chasquido anunció a Nichole que el cierre centralizado se había activado dejándola atrapada. Simón acercó su mano derecha hacia Nichole, por lo que ésta no pudo evitar un leve sobresalto.

—No se preocupe señorita Ramalla. No voy a hacerle ningún daño — la voz grave y sosegada de Simón contribuyó a aumentar el nerviosismo de Nichole.

La mano de Simón alcanzó finalmente su objetivo, que se encontraba en la guantera del automóvil, de donde extrajo un minúsculo frasco de vidrio y un pañuelo de seda azulada.

—¿Qué es eso? —preguntó Nichole, intentando controlar el pánico que comenzaba a apoderarse de ella, mientras veía como el hombre que la había secuestrado vertía unas gotas del contenido del frasco sobre el pañuelo.

—Esto es su seguro de vida —repuso con calma Simón—. Es un

potente anestésico, que impedirá que descubra el lugar a donde nos dirigimos, y que asegurará que no tengamos ningún incidente hasta que llegemos.

—¡No, por favor! —pidió Nichole asustada, al comprender que aquel hombre pretendía drogarla. Siempre había sentido repulsión ante la idea de que su conciencia fuese arrebatada artificialmente por un producto químico. Un temor infantil le perseguía ante la idea irracional de que algún día podría no despertar de un proceso así—. Tápeme los ojos, si es necesario, le juro que no contaré nada de lo que vea.

—No tiene de qué preocuparse, es una droga muy segura. Conseguiré que todo esto pase para usted con la rapidez y suavidad de una ráfaga de viento— aseguró Simón con calma, intentando tranquilizarla.

Mientras con una mano la sujetaba por la nuca, con la otra acercó el pañuelo con el anestésico al rostro de Nichole, que comenzó a agitarse desesperadamente intentando evitar el contacto con el pañuelo. La fuerza de Simón era tal, que la dominó con la facilidad con la que se dominaría a un chiquillo, consiguiendo que el pañuelo cubriese su nariz y su boca con rapidez. Nichole intentó aguantar la respiración, en un acto de autodefensa, pero no pudo evitar finalmente aspirar de forma refleja. Un olor amargo y punzante inundó sus fosas nasales. Las fuerzas comenzaron a abandonarla, a medida que una irrefrenable laxitud se apoderaba de sus miembros, hasta que, poco a poco, dejaron de agitarse. Durante toda la operación, Simón mantuvo su cara junto a la de Nichole, con cuidado de no aspirar nada de la droga. De esta forma, cualquier persona que hubiese pasado cerca de ellos habría pensado que simplemente la estaba besando. Cuando comprobó que Nichole estaba completamente dormida, apoyó su cabeza sobre el respaldo del vehículo, y con ayuda del cinturón de seguridad, sujetó su cuerpo al asiento, procurando que pareciese que la mujer estaba descansando.

Simón miró a un lado y a otro de la calle. Sólo había un transeúnte en la acera, pero no parecía nada interesado en su pequeña maniobra. Con un rugido del gastado y cansino motor del vehículo, abandonó el lugar, agradecido por la habitual insolidaridad de la gente.

Gabriel se desplomó sobre una butaca de la habitación, consciente de que acababa de dejar que un asesino se llevase a Nichole, sin haber sido capaz de impedirlo. Se sentía aturdido, como si su mente se hubiese refugiado en una extraña bruma de confusión, para evitar ver con claridad lo

que acababa de ocurrir. Se restregó con fuerza los ojos, intentado aclarar su mente, lo que le hizo darse cuenta de que en su mano aún sostenía el teléfono móvil que le entregase el asesino. Aquel pequeño objeto era a la vez, la cadena que le mantenía esclavizado a los deseos de unos locos, y el frágil hilo del que pendía la vida de Nichole. Su contacto se le antojó ardiente, como si de un hierro candente se tratase, capaz de hacer hervir la sangre en sus venas.

El timbre de la habitación sonó como un grito apagado, sacando a Gabriel del pozo de sus negros pensamientos. Se dirigió a la puerta temeroso de encontrarse de nuevo el hombre que le había arrebatado a Nichole, pero a la vez esperanzado en tener una nueva oportunidad de escapar de la pesadilla en que la mañana se había convertido.

Frente a la puerta de entrada, un hombre delgado, vestido con el uniforme del hotel, se anunció a sí mismo como servicio de habitaciones, disipando las últimas nubes de la mente de Gabriel y trayéndole de vuelta a la realidad. El hombre introdujo en la habitación una pequeña mesita, cubierta de lo que parecía un completísimo desayuno.

—Siento que su mujer no haya podido quedarse a desayunar — comentó el camarero.

—¿Cómo dice? —preguntó Gabriel, pensando que quizá no había entendido bien al camarero, ya que hablaba un extraño castellano distorsionado por su fuerte acento francés.

—Me he cruzado con su mujer en el pasillo y me ha comentado que no podía quedarse al desayuno —le explicó el camarero

Gabriel comprendió que aquel hombre se estaba refiriendo a Nichole, sin duda se había cruzado con ella por la escalera.

—¿Le dijo algo más? —preguntó Gabriel disimulando su ansiedad.

—¡Oh!, sí —contestó el camarero con una sonrisa—. Me dijo que le guardase una magdalena para cuando volviese.

Gabriel se despidió con amabilidad del camarero. Sin saber muy bien por qué, aquella breve conversación había conseguido que Gabriel se sintiese mejor. Nichole se encontraba bien y esperaba volver junto a él y Gabriel no pensaba defraudarla. Alejando la autocompasión en que se había visto sumido, guardó finalmente el teléfono, que aún sostenía en la mano, en un bolsillo de la chaqueta.

Miralles contempló con detenimiento cómo se alejaba lentamente el coche del inspector Padrón por las calles atestadas de tráfico de Madrid. Miró su reloj y comprobó que aún le quedaba una media hora hasta que llegase el tren que le llevaría de vuelta a Barcelona.

Padrón le había dejado en la entrada de la estación de Atocha. Se encontraba en medio de una rotonda, que servía de intercambiador de autobuses, tren y metro. Se trataba de un edificio circular, con varias entradas acristaladas en toda su periferia que permitían el acceso directo al vestíbulo de la estación.

Miralles se dirigió hacia la entrada más cercana, arrastrando con cuidado su equipaje, maravillándose de cómo, inventos tan sencillos, como aquellas pequeñas ruedas a los lados de su maleta junto a su mango extensible, podían llegar a ser tan útiles.

Había reservado billete en clase turista en un tren regional, que saldría a las siete de la tarde, por lo que aún tardaría en llegar a casa unas seis horas. Tendría que cenar algo en el propio tren.

Miralles esperaba haber llegado a la estación con más tiempo, pero la comida con Padrón se había alargado de forma impredecible. El inspector había resultado una compañía excesivamente cordial. Se había obstinado en llevarle a un restaurante especializado en comida casera, que se encontraba en una callejuela perdida del casco histórico madrileño. Padrón había insistido en que degustase un cocido madrileño “*como debe ser*”, y, aunque Miralles aceptó más por educación que porque le apeteciese dicho plato, terminó disfrutando la comida más de lo esperado.

Cuando observó cómo les servían la sopa caliente, Miralles se preparó para una comida pesada y copiosa, de las que dejan el cuerpo capaz sólo de echarse la siesta. Sin embargo, nada más comenzar a degustar el plato, se vio sorprendido por un hambre feroz, hasta tal punto, que cuando llegó al plato de garbanzos, no tuvo reparos en coger un gran trozo de tocino, chorizo y jamón para acompañarlo. Si Fátima le hubiese visto tomarse aquella ración de colesterol, probablemente le hubiese recordado sus últimas cifras de tensión arterial, y cada uno de los incrementos, que su peso de baño había ido denunciando con obstinación los últimos meses. Miralles se había

reconfortado a si mismo prometiéndose controlar las comidas cuando volviese a Barcelona.

Tanto el inspector Padrón como el propio Miralles evitaron en todo momento hablar del caso en que estaban trabajando. Padrón se pasó la comida contándole diversas anécdotas del servicio, salpicadas de un humor sarcástico muy acentuado, que a Miralles llegó a resultarle un tanto excesivo, casi forzado. La mente analítica de Miralles no pudo dejar de preguntarse si todo aquel despliegue de extroversión desbordada no escondería algún tipo de inseguridad en su interior.

La comida se alargó en demasía, por lo que Padrón se ofreció a acercar a Miralles hasta la estación, para evitar que pudiese perder el tren. Cuando se despidió del inspector madrileño, Miralles se sintió culpable al no poder evitar sentir cierto alivio, al dejar por fin su compañía. A fin de cuentas, el inspector madrileño le había tratado durante aquellos días como pocas veces lo había hecho ningún otro compañero.

—¿Inspector Miralles? —la voz grave de un policía de enorme estatura, que se encontraba frente a Miralles, interrumpió sus reflexiones — Me envían de la comisaría con un mensaje urgente para usted.

—¿Qué clase de mensaje? —preguntó Miralles extrañado...

—Lo único que sé es que me han pedido que le muestre una grabación. Si me acompaña, podrá oírla a través de la radio del coche patrulla —explicó el policía.

—No me gustaría perder el tren —objetó Miralle —. Cuando llegue a Barcelona les llamaré y podrán ponerme esa grabación.

—Me han dicho que es muy importante que la oiga ahora. Al parecer la han recuperado del ordenador del técnico que murió en el incendio — insistió el agente con vehemencia—. Tardaremos muy poco, no perderá su tren.

—Está bien —accedió finalmente el inspector intrigado.

El policía cogió la maleta de Miralles, tan fácilmente como si se tratase de la mochila de un niño, y, echándosela al hombro, comenzó a andar de vuelta a la entrada de la estación.

—¿Cómo me han localizado? —preguntó Miralles.

—No ha sido fácil —repuso el policía con un soplido—. Ha sido pura

suerte. Llamamos a su hotel y, al decirnos que se había ido, supusimos que vendría aquí.

Al llegar al exterior, un furgón antidisturbios les estaba esperando aparcado en la rotonda junto a la parada de autobús.

—Creía que había dicho un coche patrulla —observó Miralles confuso.

—Para nosotros es nuestro coche patrulla. En la parte de atrás tenemos un sistema de radio muy moderno —contestó el policía, abriendo la parte posterior del vehículo—. Suba, por favor.

Miralles, apenas había metido medio cuerpo en la furgoneta, cuando supo que algo iba mal. En el interior del vehículo no había equipo electrónico de ningún tipo. Intentó salir, pero las manos de hierro del supuesto policía le empujaron hacia el interior con una fuerza descomunal, arrojándole al fondo del vehículo como si se tratase de una pluma.

Miralles, instintivamente intentó sacar su pistola de la funda en que la llevaba junto al costado. Pero, antes de que pudiese hacerlo, el falso policía le propino un fuerte puñetazo en la cara, con la mala suerte de que su cabeza, al girar bruscamente hacia atrás por el fuerte impacto, se estrelló contra la pared metálica del automóvil, sufriendo así, un segundo golpe, que estuvo a punto de desnucarle. Miralles luchó por mantener la consciencia, a medida que las fuerzas le abandonaban. Antes de hundirse en la negrura absoluta, sólo pudo pensar en que finalmente no podría volver a casa ese fin de semana.

5

Tras alejarse varios kilómetros del hotel, Simón se dirigió a una zona de fábricas, que permanecía prácticamente desierta durante el fin de semana, donde paró el vehículo. Nichole se encontraba a su lado, frágil e indefensa. Su cuerpo yacía abandonado sobre su asiento, durmiendo profundamente. Simón contempló su rostro de blancura marfileña, al que el reflejo de la luz daba un aspecto angelical. Su pequeña chaqueta vaquera entreabierta dejaba vislumbrar las formas marcadas de un cuerpo tentador bajo su fina camiseta blanca. Simón sintió como el deseo invadía su cuerpo como una marea lenta pero imparable. Con un esfuerzo, apartó la mirada de la mujer.

Cuando Simón ingresó en la iglesia cática todo empezó a suceder de forma asombrosamente sencilla. Propósitos, que antes le hubiesen parecido

imposibles de conseguir, se fueron alcanzando uno tras otro, con la ayuda de los Perfectos y hermanos. Absorbió la doctrina como si hubiese nacido para ello. Comprendía cada concepto místico, como si en el fondo siempre hubiese sabido que aquella era la verdad y ahora tan solo aprendiese a expresarla con palabras y oraciones. Comenzó a estudiar toda clase de materias, que antes le parecían más allá de sus capacidades; aprendió matemáticas, informática e incluso descubrió que tenía una especial habilidad para la electrónica. No tuvo ningún problema en hacerse vegetariano y las drogas, que antes consumía casi diariamente, pasaron al olvido junto al alcohol o al tabaco, sin sufrir en ningún momento síntomas de abstinencia.

Durante todo aquel periodo de tiempo, que se prolongó más de un año, sólo el sexo se convirtió en un problema para él. La Iglesia Cátara enseñaba que la procreación era una herramienta diabólica, que contribuía a la perpetuación de este mundo material mediante la reproducción. De esta forma, se retrasaba indefinidamente el momento final en que todas las almas humanas retornasen al reino celestial del Señor, consiguiendo por fin que el mundo terrenal llegase a su fin. En este contexto, el sexo era el sistema traicionero que tenía el diablo para atraer al ser humano a un ciclo interminable de condena.

Aunque en principio la práctica sexual sólo estaba prohibida para los *Perfectos* pero no para los simples *Creyentes*, como él mismo, lo cierto era que estaba considerada una debilidad del espíritu. Simón intentó por ello practicar una abstinencia absoluta, convencido de que su anterior vida criminal sólo podría perdonarse con su entrega total a la religión verdadera del catarismo, tal y como el Perfecto, que le sacó de las calles, le había explicado.

Su intención fue desde el principio convertirse en Perfecto, tal y como lo era su maestro. Para ello, tendría que profesar una serie de votos de esencia monástica como: recitar determinadas plegarias durante las horas indicadas del día y de la noche, respetar los períodos de cuaresma y de ayuna ritual de pan y agua, y cumplir una abstinencia total de cualquier alimento de origen animal con la excepción de la carne de pescado. Pero lo más duro de todo era que debía vivir en comunidad con el resto de hermanos y hermanas postulantes como él. Simón se encontró así conviviendo con hombres y mujeres de toda condición, *Creyentes* como él y aspirantes a Perfectos.

Aquél fue el periodo más duro de su formación. Paradójicamente,

aunque el sexo no era permitido, sí lo era el amor, por lo que se fomentaba un tipo de relación platónica entre hombres y mujeres exenta de sexo. Simón no podía entender ese tipo de relaciones. Sus impulsos sexuales surgían con fuerza, cuando alguna de sus compañeras le besaba o acariciaba en muestra del afecto que le profesaba. En tales ocasiones, Simón buscaba el consuelo de la soledad y la oración, hasta que conseguía retornar el control sobre sí mismo.

Aquella situación, sumada a la gran gratitud que sentía hacia el Perfecto que le sacó de las calles de Brasil, fue lo que hizo que, cuando éste apareció una mañana y le llevó aparte para hacerle una propuesta, la aceptase casi sin pensarlo. Tras realizar las reverencias que el *melhorament*⁽²¹⁾ exigía, el Perfecto le hizo aquellas asombrosas revelaciones, que recordaba ahora tan vivamente.

—No te he querido contar nada hasta que tu formación estuviese lo suficientemente avanzada. Pero, ahora que sé los esfuerzos y progresos que has hecho durante todo este tiempo, ha llegado el momento de que te explique lo que está ocurriendo.

El Perfecto parecía cansado y triste, como si arrastrase el peso del mundo sobre sus hombros, lo que extrañó profundamente a Simón, que le recordaba como un hombre optimista y valiente.

—Casi desde su fundación, nuestra iglesia ha estado en guerra, una guerra que se acerca a su fin —continuó el Perfecto—. Conoces la historia de la fundación de nuestra iglesia, así como la historia de persecución y muerte a que nuestros hermanos fueron sometidos. Lo que no conoces es que en aquellos tiempos sufrimos la traición de quienes creíamos nuestros mayores aliados. Una traición que nos ha llevado a un enfrentamiento con ellos que ha perdurado hasta nuestros días.

—¿De quiénes habla Perfecto? —preguntó Simón sorprendido.

—De hombres y mujeres que como nosotros consagraron su vida a Dios, pero que lo hicieron como guerreros y monjes a la vez. De los caballeros de la Orden del Temple.

Aquella era la primera vez que Simón oía aquel nombre, pero ya entonces le pareció que la palabra Temple producía extrañas resonancias en su mente. Como si presintiese que su destino estaba indefectiblemente unido a esa palabra.

Simón escuchó ansioso como el Perfecto le explicaba con detalle la historia de los enfrentamientos continuos, que habían sucedido entre la Iglesia Cátara y la Orden del Temple, a lo largo de los siglos. Cuando terminó su exposición, su mentor le hizo finalmente la propuesta que le había llevado hasta donde estaba ahora.

—Ahora que lo conoces todo, has de saber a qué he venido realmente. Has de saber que no soy un Perfecto más de nuestra Iglesia, sino el Hijo Mayor del Obispo⁽²²⁾, lo que significa que a su muerte ocupare su lugar como máximo dirigente de nuestra Iglesia. El Obispo me ha encargado realizar una importante misión y necesito una mano fuerte en que apoyarme y he decidido que tú seas esa mano. Debes comprender que tendrás que realizar algunas acciones muy difíciles, que pondrán en riesgo tu espíritu. Pero, si accedes, el Obispo ha decidido que, tras terminar la tarea, seas inmediatamente ordenado Perfecto, y que, poco tiempo después, seas designado su Hijo Menor.

Simón se quedó mudo de sorpresa durante un instante. Sabía que lo que se le iba a pedir debía ser enormemente importante para la iglesia, ya que lo que le estaban ofreciendo era pasar de simple Creyente a tercero en la jerarquía eclesial cátara, saltándose todo un proceso, que en condiciones normales costaría años de duro trabajo y sacrificio.

Simón dejó escapar un fuerte suspiro en el asiento del automóvil, igual al que debió emitir tiempo atrás cuando aceptó la propuesta del Perfecto. La emoción le embargó como entonces, hasta el punto de sentir como una lágrima asomaba su rostro, pues sabía que en aquel momento había dejado atrás su pasado como asesino callejero para convertirse en un instrumento de la obra de Dios.

Miró una última vez al rostro sereno de Nichole, comprobando, no sólo que respiraba plácidamente sumida aún en la inconsciencia, sino que su mente ya no se sentía tentada por la calidez de su figura. Reconfortado y decidido a realizar su misión, se dispuso a llamar al Perfecto para recibir nuevas instrucciones.

Lo primero que vio Miralles al despertar, fue un punto de luz oscilando sobre su cabeza. Al principio, demasiado confuso e incapaz de

razonar con normalidad, no supo que era lo que estaba contemplando. Sin embargo, lentamente la claridad fue abriéndose paso a través de su mente, como si de un cristal empañado se tratase.

Cuando pudo enfocar la vista, descubrió que estaba contemplando una bombilla, que pendía de un cable eléctrico medio pelado y toscamente instalado en el techo. La artesanal lámpara proyectaba una luz mortecina a su alrededor. Estaba tumbado y sentía el cuerpo profundamente entumecido. Intentó incorporarse lentamente, descubriendo que la parte posterior de su cabeza le dolía de forma abrumadora. Al palparse, convencido de tener la cabeza abierta como un melón maduro, comprobó que había sido vendado con cuidado, lo que le tranquilizó.

Reprimiendo el dolor que sentía, intentó examinar el lugar donde se encontraba. Se trataba de una pequeña habitación de seis o siete metros cuadrados. Tanto las paredes, como el techo y el suelo, estaban cubiertas de cemento con un acabado tosco y poco elaborado. La cama, sobre la que se encontraba, no era más que una fina colchoneta arrojada sobre el suelo. Todo el mobiliario se reducía a una pequeña mesa plegable, de las que suelen utilizarse para ir al campo, situada en una esquina, y una percha de madera clavada a la pared, en la que se encontraba su ropa de abrigo. A los pies de su “cama” descubrió, para su disgusto, lo que iba a ser su retrete particular, un pequeño orinal, igual al que su padre tenía desde hace años bajo su cama, para evitar levantarse por la noche cada vez que la próstata se empeñaba en recordarle su precario estado.

Miralles comprendió deprimido el tipo de habitación en que se encontraba. Se trataba de un “zulo” muy similar a los utilizados por ETA⁽²³⁾. La idea de que fuese la banda terrorista la que le hubiese secuestrado, se le pasó fugazmente por la mente, pero, aunque no podía descartar del todo esa posibilidad, le pareció altamente improbable. A Miralles se le antojaba un momento político totalmente descabellado para realizar un secuestro, por mucho que el secuestro hubiese sido en otros tiempos su método preferido para mejorar sus finanzas con rapidez.

—¿Me oye inspector? —irrumpió una voz extrañamente metálica, haciendo a Miralles dar un respingo sobre su colchoneta, mientras miraba a su alrededor buscando el lugar del que aparentemente procedían aquellas palabras.

En una esquina y oculto por las sombras, por lo que le había pasado

desapercibido anteriormente, localizó un pequeño altavoz más parecido a los usados por los equipos informáticos que a los de las cadenas de alta fidelidad. Junto a él, una pequeña cámara enfocaba en su dirección, por lo que supuso que sus secuestradores vigilaban todos sus movimientos.

—Le oigo bien —respondió Miralles, consciente de que el extraño tono robotizado provenía de que la voz estaba siendo distorsionada mediante algún equipo electrónico.

—Mis jefes me han pedido que le diga que sienten haber tenido que recurrir a un método tan extremo como el secuestro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Miralles

—Lo único que estoy autorizado a contarle es que algunas personas estaban inquietas por sus actividades recientes y me han contratado para que esté un tiempo alejado de su trabajo. Estas personas no tienen realmente nada contra usted, por lo que si colabora no sufrirá el menor daño.

—No sé de qué está hablando — repuso Miralles con sinceridad.

—Es mucho mejor que siga sin saberlo —la voz sonó dura y amenazadora, a pesar de la distorsión a que estaba sometida—. Si se porta correctamente sólo estará aquí unos días. Después, le devolveremos a su vida y podrá recordar todo esto como una anécdota más de su carrera.

—¿Cuánto tiempo estaré aquí?

—El que sea necesario —respondió la voz con rotundidad—. Mientras tanto, deberá cumplir unas pequeñas normas para que no tengamos ningún tipo de problema. ¿De acuerdo?

—Ustedes mandan —admitió Miralles con docilidad, consciente de que rebelarse no le serviría para nada en aquel momento.

—Muy bien. Cuando vayamos a entrar en la habitación, le avisaremos y tendrá que situarse en la pared contraria a la puerta. Bajo ningún concepto se acercará a nosotros mientras permanezcamos en la habitación. Si lo intenta, le dispararemos y no volverá a ver a su familia. Es libre de hablarnos a través de los micrófonos cuando quiera, le estaremos escuchando todo el tiempo. ¿Ha entendido bien lo que le acabo de explicarle?

—He entendido todo con suma claridad —repuso con ironía Miralles.

—¿Padece alguna enfermedad que requiera medicación?

—A parte de una úlcera que tuve hace dos años, lo único que ahora

requiere medicación es mi cabeza que me duele como mil demonios— repuso Miralles sorprendido ante la curiosa preocupación del secuestrador por su estado físico.

—Le administraremos un calmante con las comidas.

—Se darán cuenta de que en cuanto noten mi falta en Barcelona van a empezar a buscarme —apuntó Miralles, con la intención de prolongar la conversación y averiguar algo más antes de que aquella voz desapareciese.

— No se preocupe por eso. Es asombroso lo que los modernos sistemas informáticos pueden hacer. Entre otras cosas, con tan sólo suministrar algunas muestras grabadas, se puede realizar una imitación perfecta de cualquier voz.

—¿Qué quiere decir?

—Simplemente que “usted” ha llamado hace unos minutos a Barcelona explicando que se encuentra mal y solicitando unos días de baja. Además, ha dejado el caso en que trabajaba en manos del inspector Padrón hasta que pueda reincorporarse.

—Mi familia me echará de menos.

—Sabemos que no les dijo que volvía, así que no esperan su vuelta hasta la semana que viene. Además, probablemente su mujer ni siquiera le llame en toda la semana ¿no es cierto? —la distorsión informática no pudo disimular la cruel satisfacción que el secuestrador parecía sentir—. En todo caso, si no fuese así y se decidiera a llamarle, le respondería desde su móvil una voz que en nada distinguiría de la suya.

—Es un método demasiado arriesgado. Tarde o temprano alguien se dará cuenta de mi falta. Es imposible mantener un engaño así durante mucho tiempo.

—Como ya le he dicho, si todo va bien saldrá de aquí en pocos días y podrá poner fin al engaño usted mismo. Ahora, le dejaré para que pueda descansar y, por favor, no haga ninguna tontería. Sé que su conciencia de buen policía le exige intentar escapar, pero le aseguro que sería un grave error. Piense en su familia y tómese esto como unas pequeñas vacaciones.

Al terminar la conversación con su raptor, el silencio envolvió de nuevo a la pequeña habitación, dando a Miralles la sensación de que las tinieblas le rodeaban con mayor intensidad. Procurando mover lentamente su

cabeza, se recostó sobre su improvisado lecho, intentando relajar la mente para no pensar en el dolor pulsante de su nuca. Había algo en la conversación que acababa de mantener, algo que aquella voz había dicho que sabía que era importante, algo que podía darle una pista sobre por qué estaba allí. Empezó a repasar mentalmente la conversación en busca de aquel detalle, convencido de su importancia.

7

Aún no eran las doce y Gabriel ya se encontraba esperando su maleta en la cinta de equipajes del Terminal B del aeropuerto Fiumicino de Roma.

Desde que Nichole se fue, el tiempo había transcurrido con desesperante lentitud. Pasó la tarde del sábado deambulando por París, intentando ordenar sus pensamientos, mientras compraba algo de ropa. Tan sólo contaba con el poco equipaje que había traído en su pequeño maletín, y que estaba pensado para una simple escapada de unas horas a Barcelona, no para un peregrinaje precipitado, de destino y duración inciertos.

El domingo, a su impaciencia y nerviosismo, se unió el cansancio e inquietud provocado por una noche de insomnio plagada de pesadillas. No se atrevía a llamar a su tío, ya que, si no quería que su conversación fuese espiada, tendría que hacerlo con un teléfono distinto al móvil que le diese el secuestrador, y eso podría significar un grave peligro para Nichole, si de alguna manera éste lo averiguaba. Después de reflexionar durante un rato, decidió llamar a su madre. No creía que ella pudiese revelar nada comprometedor por teléfono, y se imaginaba su preocupación y desconcierto después de recibir la llamada repentina de su tío, tras casi veinte años sin hablarse.

Cuando oyó por fin la voz cautelosa de su madre al otro lado de la línea, comprendió que había hecho aquella llamada, no sólo para tranquilizarla a ella sino también a sí mismo. Poder escucharla fue como volver a la seguridad del hogar de su niñez durante unos pocos minutos. Le dijo que estaba realizando una serie de entrevistas en Francia pero que estaría de vuelta en unos pocos días. Cuando ella le preguntó extrañada por la llamada de su tío, Gabriel le explicó que le había visto casualmente en Barcelona y que le había proporcionado algunas direcciones útiles para su trabajo. De esta forma, pretendía confirmar la historia que Sebastián King le había contado a su madre cuando la llamó por teléfono. Ella, pareció aceptar

sus explicaciones, aunque Gabriel sospechaba que, en el fondo, se había dado cuenta de que algo extraño ocurría.

El resto del domingo lo pasó en la habitación del hotel, comiendo con desgana y debatiéndose con la posibilidad de llamar a la policía y contarlo todo. Si la vigilancia del secuestrador de Nichole se limitaba a la localización y escucha a través del móvil, sería tan sencillo como dejarlo en la habitación y salir al exterior en busca de la gendarmería más cercana. Pero llegó a la conclusión de que hacer algo así sólo serviría para poner en serio riesgo la vida de Nichole e incluso la de otros familiares suyos. No dejaba de repetirse las palabras que aquel maldito individuo le había dicho “...*podemos utilizar a su tío, o a su madre o a cualquier otra persona que sea importante para usted*”. Estaba claro que aquella gente le había investigado en profundidad y no debía tomarse sus amenazas a la ligera.

Apenas consiguió dormir durante la siguiente noche. Impaciente e intranquilo, decidió levantarse temprano el lunes para acudir con tiempo sobrado al aeropuerto de París. Necesitaba acabar con aquel asunto cuanto antes y volver a ver a Nichole. La conocía desde hacía sólo unos días, pero la echaba de menos como si hubiese estado a su lado durante toda una vida. Cuando por la mañana se subió al coche de Nichole, sintió su falta de forma abrumadora. Con un esfuerzo intentó apartar de su mente los malos presagios que sentía, mientras se concentraba en sortear el increíble atasco que presentaba la A1, la autovía del Norte, en dirección a Porte de Chapelle. Se juró a sí mismo que volvería a estar con ella muy pronto.

A pesar de la hora tan temprana, el atasco del tráfico parisino resultó mayor de lo esperado. Aun así, consiguió llegar al aeropuerto con hora y media de adelanto. En principio, pensó que llevaba tiempo sobrado para coger el avión que le llevaría a Roma, sin embargo el aeropuerto “Charles de Gaulle” era increíblemente grande. Tenía seis terminales, tan distanciadas entre sí que debía usarse un pequeño autobús para circular entre ellas. Cuando consiguió alcanzar la Terminal Dos y consiguió facturar su equipaje, comprobó por las pantallas de información, que apenas quedaban quince minutos para la salida de su avión, por lo que al final tuvo que correr hacia la puerta de embarque.

Cuando subió al aparato, un enorme Airbus de la compañía Alitalia, se dio cuenta de que por primera vez en su vida había olvidado su persistente miedo a volar y no había llevado consigo ninguna píldora contra el mareo.

Resignado, se dispuso a pasar un vuelo infernal a Roma.

Una azafata hizo las habituales recomendaciones sobre el vuelo y terminó pidiendo a los pasajeros que apagasen sus teléfonos móviles. Aquello provocó un fuerte sobresalto a Gabriel, pues recordó la clara amenaza de Simón de que no debía apagar en ningún momento el teléfono. Gabriel no quería arriesgarse a provocar un problema en el vuelo, pero tampoco quería poner en peligro la seguridad de Nichole. Tras un rato de pelea con los botones del teléfono, en los que se maldijo por no prestar más atención a la moderna tecnología, encontró en finalmente el “Modo de Vuelo” y lo activó. Rezando para que aquello no afectase al extraño dispositivo espía de su interior, activó la opción y cruzó los dedos.

Durante el trayecto, sufrieron algunos golpes y aceleraciones no muy fuertes, que el piloto achacó a un fuerte viento de cola. Aquella aparente incomodidad se tradujo en un cierto adelanto del vuelo a su llegada prevista, por lo que tuvieron que dar algunas vueltas en el aire antes de recibir el permiso para aterrizar en el aeropuerto italiano Leonardo da Vinci-Fiumicino. A pesar de todo, Gabriel se asombró al no sufrir en ningún momento sensación de mareo, lo que achacó a la ansiedad desproporcionada que sentía por llegar a su destino.

Nada más bajar del avión, Gabriel desactivó el “Modo de Vuelo” del teléfono móvil, rezando para que éste siguiese funcionando con normalidad. El aeropuerto italiano resultó ser exactamente lo contrario del aeropuerto francés. Era un edificio pequeño y bien señalizado por lo que llegó con rapidez a la salida de equipajes. Su maleta de piel marrón apareció tras unos minutos de espera en el extremo de la cinta y Gabriel pudo por fin recogerla. Un hombre alto y elegantemente vestido, que había permanecido en el fondo de la sala, al que Gabriel apenas había prestado atención, se dirigió directamente hacia él.

—Buongiorno. ¿Es usted el Sr. Gabriel King? —preguntó en un perfecto castellano, que apenas mostraba un ligero timbre italiano en la entonación.

—Sí, soy yo —se presentó Gabriel, estrechando la mano del desconocido con desconfianza.

—Permítame que me presente, soy Paolo Bassani, el conductor contratado para llevarle a su residencia. Si se está preguntado cómo le he reconocido, me he limitado a observar su maleta —explicó indicando con un

gesto de su cabeza la etiqueta pegada a la maleta de Gabriel, en la que él mismo apuntase su nombre para evitar su extravío—. Permítame su equipaje, signore.

El hombre le indicó que le siguiese y en un instante estuvieron en la planta superior, desde donde accedieron al parking del aeropuerto. Al ver el automóvil que le esperaba, Gabriel no pudo dejar de sentir cierta admiración. Se trataba de un lujoso Mercedes, cuya carrocería color negro estaba recién encerada. Cuando el misterioso chófer hubo acomodado el equipaje en el maletero del automóvil, abrió la puerta del asiento trasero a Gabriel, que pudo comprobar que el interior, espacioso y confortable, no desmerecía en absoluto al exterior del vehículo. Preocupado, por lo que podía esperarle en la ciudad y sentado encima de aquel tapizado de cuero, rodeado de un acabado en maderas nobles, Gabriel se sintió como un condenado agasajado antes de ser llevado a la sala de ejecución.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Gabriel, con ansiedad e impaciencia.

—Tenemos que recorrer unos treinta —repuso el conductor—. Por la Grande Raccordo Anulare llegaremos a Roma en apenas unos minutos pero una vez llegemos al centro, es imposible saber cómo estará el tráfico.

Gabriel no sabía a dónde se dirigían, por lo que observó todo el trayecto con atención. No conocía Roma, aunque siempre había deseado visitarla, por eso cuando empezó a ver desfilar ante él una sucesión sin par de maravillas escultóricas y arquitectónicas, lamentó enormemente que su primera visita a la ciudad fuese bajo aquellas circunstancias.

—¿Es su primer viaje a Roma? —preguntó el conductor con curiosidad, mientras enfilaban la salida de la autopista Aurelia Uscita 1.

—Sí, es mi primera visita —confirmó lacónicamente Gabriel.

— Le aseguró que repetirá. *Roma, non basta una vita*⁽²⁴⁾ — exclamó el conductor esbozando una amplia sonrisa.

Gabriel pensó para sí mismo, con una punzada de angustia, cuánto deseaba que aquel hombre tuviese razón. Ojalá pudiese volver pronto junto a Nichole y apreciar cómo se merecía aquella urbe de más de 2500 años de antigüedad.

Durante el corto trayecto, el conductor no paró de describir cada uno de los lugares por los que pasaban, demostrando un conocimiento nada

desdeñable de la historia de la ciudad. En otras circunstancias, Gabriel hubiese disfrutado manteniendo una conversación con aquel hombre, pero en esta ocasión se limitó a responder a sus indicaciones con monosílabos.

Finalmente, tras una pelea nada desdeñable con un tráfico enmarañado, llegaron frente a un elegante edificio, cuya fachada de mármol blanco estaba claramente inspirada en la arquitectura clásica. La entrada lucía un frontón griego apoyado en dos columnas dóricas.. Al principio, Gabriel creyó que se encontraba ante un elegante hotel, pero la ausencia de rótulo alguno le hizo darse cuenta de que en realidad se trataba de una lujosa mansión particular, situada en pleno corazón de Roma.

—Aquí es —anunció el chófer, apagando el motor y saliendo del vehículo para abrir la puerta a Gabriel y que éste pudiese salir.

El conductor extrajo la maleta de Gabriel del maletero del vehículo y avanzó con ella hasta la puerta de la elegante mansión. Gabriel observó con aprensión como el aldabón, que el conductor utilizaba frente a él para llamar a la puerta, representaba una cabeza de fisonomía irreconocible, lo que le hizo recordar irremediablemente las leyendas del Baphomet.

—La puerta se abrió y un hombre mayor con aspecto cansado apareció ante ellos. Sin pronunciar una sola palabra, recogió la maleta de Gabriel de las manos del chófer y se introdujo en el interior de la casa, esperando sin duda que Gabriel le siguiese.

—Bueno, pues aquí le dejo. Espero que disfrute de su estancia en nuestra ciudad —se despidió el conductor volviendo a su lujoso vehículo tras estrecharle la mano—. No se olvide de preguntar por Paolo Bassani, si necesita de nuevo mis servicios, signore. ¡Arrivederci!

—¡Arrivederci! —se despidió Gabriel, antes de volverse para afrontar la puerta que se abría frente a él, consciente de que a partir de aquel momento ya no había vuelta atrás en el camino que había emprendido.

8

Cuando Nichole despertó de su largo sueño, lo primero que notó fue una molesta sequedad de boca. Tenía la lengua pastosa y un extraño sabor químico en el paladar. Abrió los ojos con dificultad, lo que le sirvió para descubrir que se encontraba tendida sobre una cama en una habitación sumida en la penumbra.

—No intente hablar todavía —le pidió la voz inconfundible de su raptor, el hombre que se hacía llamar Simón—. Ha permanecido dormida un largo tiempo, debe dejar que sus sentidos se habitúen al nuevo entorno poco a poco.

Simón se acercó a ella, situando su rostro encima del de la mujer, de forma que ella pudo observar con claridad los rasgos del hombre que la había secuestrado y había matado a su padre. Su piel morena y su pelo, rizado y oscuro, contrastaban con el azul pálido de sus ojos, lo que ayudaba a dar cierto aspecto hipnótico a su mirada.

—Supongo que tendrá sed —comentó Simón, acercando a sus labios un vaso.

—¡No! —rechazó Nichole hablando con dificultad, mientras intentaba apartar su rostro del recipiente que le ofrecía Simón.

—No sea tonta, sólo es agua. Podrá hablar mejor cuando su cuerpo haya repuesto los líquidos que le faltan.

Nichole notó su ropa empapada en sudor y pegada a la piel, lo que la llevó a suponer que debía haber sudado profusamente en el trayecto desde el hotel de París hasta llegar al lugar donde ahora se encontraba. Probablemente, Simón la había transportado encerrada en algún habitáculo pequeño y mal ventilado. Al pensar que su cuerpo inerte había estado a merced de aquel loco durante horas, Nichole sintió un escalofrío. Con desesperación, empezó a entender que la debilidad y confusión que sentía no provenía sólo de haber estado drogada, sino que también podía tratarse de los primeros síntomas de una fuerte deshidratación. Reprimiendo su desconfianza, decidió beber el agua que Simón le ofrecía, al convencerse de que necesitaba líquido con urgencia. Con un esfuerzo mayor de lo esperado, cogió con sus manos temblorosas el vaso y comenzó a beber con avidez.

—Le tiemblan las manos —observó Simón con—. Veo que es usted una mujer muy orgullosa. Prefiere sujetar el vaso por si misma, a pesar de tener los brazos totalmente entumecidos.

—Lo hago porque me das asco —repuso Nichole desafiante.

—Ya veo que el agua surte efecto y que va recuperando las fuerzas. Me alegro —sonrió Simón, haciendo caso omiso de la provocación de Nichole, mientras se alejaba de ella en dirección a la salida de la habitación.

Nichole se encontró sola en la estancia por primera vez, lo que

aprovecho para incorporarse y contemplar el lugar en que se encontraba. Se trataba de una habitación amplia, con el suelo de tarima de nogal brillante y paredes lisas de un color, que a pesar de la poca luz, identificó como un azul pastel muy claro. Las ventanas habían sido cerradas y aseguradas con tablas de madera clavadas a la pared, impidiéndole asomarse al exterior, por lo que ni siquiera pudo adivinar si era de día o de noche. Habían sacado prácticamente todos los muebles de la habitación, dejando tan solo dos butacas y una pequeña mesa, en cuyo centro se encontraba la lámpara responsable de la luz tenue que bañaba la habitación. Se trataba de una elegante lámpara de sobremesa de bronce patinado representando dos cisnes en disposición de iniciar el vuelo, iluminada por dos preciosas tulipas en cristal glaseado de color rosa. Aquel inesperado detalle de elegancia y el perfecto estado de suelo y paredes, le hizo imaginar que aquella no debía ser una casa cualquiera. Probablemente se trataba de una elegante residencia perteneciente a personas acaudaladas y, a juzgar por el silencio que le rodeaba, con toda seguridad no se encontraba en un núcleo urbano, sino en algún lugar poco transitado. Definitivamente, un buen lugar para mantener a alguien aislado durante mucho tiempo.

La puerta por la que se había marchado Simón se abrió de nuevo con lentitud y éste volvió a entrar en la estancia, llevando en sus manos una bandeja, con lo que parecía una comida completa.

—Espero que su asco no la impida comer —dijo el hombre con sorna, depositando la bandeja sobre la pequeña mesa, justo al lado de la elegante lámpara.

—¿Dónde estamos? —se atrevió a preguntar Nichole, aun sabiendo que con toda probabilidad aquel hombre no la contestaría.

—En Roma —repuso Simón para sorpresa de Nichole—, en un lugar que a muchos hombres les gustaría visitar si supiesen de su existencia.

—¿Qué quiere decir?

—Estamos en una de las sedes de la Iglesia Cátara. Un lugar utilizado por mis hermanos desde hace varios siglos, y que muchos buscadores del tesoro de los cátaros han rastreado con insistencia.

Nichole se encontraba un poco perpleja ante la repentina locuacidad que mostraba Simón y decidió aprovechar aquel momento para intentar averiguar algo más.

—No sabía que los cátaros hubiesen estado en Roma. Creía que provenían de Francia —comento Nichole con fingida indiferencia.

—¡Es increíble que su padre no la hablase de nosotros! —lamentó Simón, mostrando su decepción mediante un gesto de la cabeza—. Su padre era un hombre valiente. Supongo que lo hizo siguiendo alguna norma interna de la Orden, o puede que para protegerla.

Oír a aquel hombre hablar de su padre, provocó en Nichole una furia interior casi insostenible, era como si estuviese profanando su tumba. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse e intentar escuchar lo que Simón estaba explicando, pues sabía que sólo recurriendo a todo lo que la psicología le había enseñado, y utilizando grandes dosis de autocontrol, podría llegar a manejar aquella situación.

—Mucha gente desconoce que la región alta de Italia fue, después del sur de Francia, el principal lugar de asentamiento de los cátaros —empezó a explicar Simón, entornando los ojos como si recordase un saber antiguo grabado con fuerza en su memoria—. En Italia se les conocía como los gazzari. Su extensión fue enorme, alcanzaron Calabria, Sicilia, Cerdeña y Roma, e hicieron de Milán el centro principal de su credo. Cuando la cruzada se extendió por Europa, la propia corrupción de la Iglesia católica hizo posible que Italia se convirtiese en el mejor refugio para los creyentes.

—¿Cómo es posible? En Roma se encuentra la sede de la Iglesia católica. No parece el mejor sitio precisamente para que unos herejes se escondan. —preguntó Nichole, con la esperanza de que, en medio de aquella disertación entusiasta de Simón, éste dejase escapar alguna información que pudiese serle útil.

—¡La Iglesia cátara no es una herejía! —gritó Simón, mirando con repentina ferocidad a Nichole, mientras las palabras surgían de su garganta con la velocidad y agresividad del caudal desbocado de un río—. Es la Fe verdadera, la herejía mayor es la propia Iglesia Católica. Dios dijo: *“He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas”*. Así, nuestros hermanos fueron perseguidos y asesinados, porque ellos pertenecían de verdad a Dios. *“Cuando el mundo os odie, recordad que primero me ha odiado a mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría, porque el mundo ama a los que le pertenecen; pero como no sois del mundo, pues yo os he sacado de él, el mundo os odia.”*

Nichole observó con preocupación cómo Simón abandonaba su ataque de furia, recuperando con brusquedad la extraña calma inicial de su discurso, como si nada hubiese ocurrido.

—En Italia se debatían en luchas políticas intestinas entre los “Güelfos” y “Gibelinos” —continuó Simón, mientras un escalofrío recorría la espalda de Nichole—. Los Güelfos eran comerciantes y burgueses, que formaban el partido republicano y que estaban a favor de la Iglesia, ya que el Papa favorecía su crecimiento. Los “Gibelinos”, en cambio, pertenecían a la antigua nobleza feudal italiana, y eran en su mayoría descendientes de familias teutónicas llegadas a la península durante las invasiones germánicas, y naturalmente se mostraban a favor del Imperio, ya que veían al emperador como su protector contra las crecientes pretensiones de las ciudades. Esta batalla continua entre ambas facciones hizo que la vigilancia de la Inquisición fuese en Italia más laxa y permisiva, facilitando así la permanencia de nuestros hermanos en estas tierras durante más tiempo que en cualquier otro lugar.

—Pero al final desapareció —se atrevió a apuntar Nichole, arrepintiéndose de inmediato al ver como de nuevo el rostro de Simón recuperaba su ferocidad.

—No desapareció. La Fe verdadera no puede desaparecer —replicó con rapidez Simón.

—Quiero decir que pasó a la clandestinidad como la Orden del Temple —aclaró Nichole, procurando calmar a Simón y al parecer consiguiéndolo, pues éste sonrió con aprobación y continuó su disertación.

—Hubo un último intento entre 1300 y 1310 por parte de los hermanos Authié, ordenados en Italia. Fueron apoyados por algunas familias para que intentasen propagar de nuevo nuestra Fe por la Gascuña y Lauragais. Pero aquel intento fracasó, terminando con su muerte en la hoguera. Después de eso, los Perfectos comprendieron que la actividad pública de nuestra Iglesia sería imposible mientras la Iglesia Católica continuase ostentando el poder, por lo que decidieron pasar a la clandestinidad.

Nichole se encontraba cada vez más convencida de que aquel hombre no era un vulgar asesino. Su incapacidad para controlar sus emociones e impulsos, su comportamiento antisocial, y su clara actitud dicotómica extrema, parecían indicar más bien que se trataba de un individuo con una

fuerte personalidad sicopática. Ni todos sus años de carrera en la universidad, ni toda su experiencia, realizando entrevistas en la empresa en la que trabajaba, la habían preparado para manejar a un individuo de aquella naturaleza. Al observar como Simón, ensimismado en su discurso, esbozaba una enigmática sonrisa, Nichole se dio cuenta de que era ahora realmente cuando, por primera vez desde que todo comenzase, sentía auténtico miedo.

9

Gabriel acabó de deshacer su equipaje, acomodándose en la habitación a la que el hombre que le recibiese le había conducido. Supuso que se trataba de un criado por su comportamiento, ya que, en realidad, el hombre no se había presentado. Tan sólo le había dirigido la palabra para indicarle que le siguiera hasta la habitación donde debía acomodarse. Todo ello indicado casi por gestos y con sólo alguna palabra intercalada pronunciada en italiano. Tras dejar a Gabriel instalado en su nuevo dormitorio, el extraño individuo había desaparecido sin darle ninguna otra explicación.

Gabriel estaba desconcertado por aquel frío recibimiento. Aunque cuando decidió dirigirse a Roma no sabía muy bien a qué se iba a enfrentar, lo último que hubiese podido imaginar es que todo el recibimiento, a lo que sería la ceremonia de iniciación en la Orden del Temple, una organización con nueve siglos de antigüedad, se vería reducida a la aparición de un anciano criado casi mudo.

Cansado y un tanto deprimido, Gabriel se sentó en la cama de la habitación, admirando la belleza innegable de la amplia estancia en que se encontraba. Se trataba de un enorme dormitorio, bastante mayor que el salón de la mayoría de las casas que conocía, que contaba con su propio salita de estar y baño completo, todo ello ricamente decorado con una fascinante ornamentación barroca, compuesta por elegantes muebles de época, valiosas figuras de porcelana, y cuadros no menos impresionantes, la mayoría reproducciones, o eso creía, de obras famosas. Sin duda se encontraba en el interior de un auténtico palacete.

Transcurrió más de un cuarto de hora, en el que, salvo guardar sus escasas pertenencias en el valioso armario de la habitación, no hizo otra cosa que admirar la lujosa estancia, incapaz de decidirse a salir de ella y explorar por su cuenta el resto de aquel lugar.

Se asomó al balcón de su habitación y contempló el exterior con expectación, pues, aunque ya conocía la calle por la que había accedido al edificio, el balcón se abría hacia el lado contrario y sentía curiosidad por intentar desentrañar en qué lugar de Roma se encontraba. El pequeño mirador le mostró una avenida muy ancha, presidida por una gran escalinata, a cuyos pies una espléndida fuente congregaba a múltiples curiosos. La escalera desembocaba en su parte alta en una espectacular iglesia, que llamó poderosamente la atención de Gabriel por su peculiar fachada, en la que se encontraba un enorme obelisco.

Cuando se disponía a escudriñar en su memoria, para intentar recordar qué monumento era el que estaba contemplando, la voz ya conocida del extraño criado le obligó a girarse. El hombre había penetrado en la estancia sin que le oyese y le indicaba con un gesto que le acompañase. Gabriel supo que, por fin iba, a conocer a sus verdaderos anfitriones.

El mayordomo le condujo con rapidez por los enrevesados pasillos de la casa, lo que le permitió de nuevo maravillarse ante la valiosa decoración exhibida. Parecía claro que, si aquel lugar pertenecía a la Orden del Temple, no toda la riqueza que llegaron a amasar debía haberse perdido tras su persecución. Finalmente, llegaron frente a unas enormes puertas de madera, labradas con distintos relieves representando escenas bíblicas del Antiguo Testamento. El criado abrió las puertas y, con cierta reverencia en su gesto, indicó a Gabriel que entrase, cerrándolas tras él y abandonando el lugar a continuación.

Gabriel penetró en la estancia con precaución. Se trataba de una sala de lectura. Las paredes estaban repletas de librerías, a cuyos pies se encontraban algunos sillones de piel y mesitas, estratégicamente colocados para que sus ocupantes pudiesen dedicarse a la lectura y a charlar al mismo tiempo. Entre medias, algunas plantas ornamentales rompían la triste monotonía de los colores oscuros de cortinas, maderas y cueros, salpicándolos del verde brillante de sus hojas. Al fondo, frente a un gran ventanal, fuente de la buena iluminación de la estancia, se encontraba una mesa mucho mayor que el resto. Sentado frente a ella se encontraba un hombre, del que Gabriel sólo podía distinguir con claridad su silueta, debido al fuerte contraste existente entre su cuerpo y la fuente de luz situada a su espalda.

Gabriel se acercó con curiosidad hacia la figura situada frente a él.

Pero fue su oído la que le hizo identificarlo, adelantándose por unos segundos a su vista, cuando aquel hombre se dirigió a él con su voz inconfundible

—Gabriel —dijo con cierto pesar en la voz—. Debiste escucharme cuando te dije que te quedases en Mende. Supongo que no has podido evitar seguir la llamada de tu sangre.

El hombre se inclinó, acercándose a la mesa, lo que ayudó a Gabriel, cuya vista ya se había acostumbrado a la iluminación, a confirmar que, quien se encontraba sentado frente a él, no era otro que su propio tío, Sebastián King.

—¡Debí imaginarme que tenías que ser tú! —exclamó Gabriel decepcionado—. No quería admitir que mi familia estuviese tras toda esta locura, pero en el fondo creo que lo sabía.

—Ante de que saques conclusiones precipitadas, será mejor que escuches lo que tengo que contarte —repuso su tío con amargura—. Pero, dime una cosa, ¿no ha venido Nichole contigo?

Gabriel había temido durante todo el viaje el momento en que le hiciesen aquella pregunta, pero pensó que no sería difícil convencer a los templarios de que Nichole había rechazado su oferta. Sin embargo, no había imaginado que a quien tuviese que convencer fuese a su tío. No sería tan fácil hacerle creer que ella había abandonado, después de que la conociese y tuviese ocasión de comprobar la fuerza y determinación de su carácter.

—Conseguí convencerla de que no viniese —comenzó a explicar Gabriel, intentando resultar lo más creíble posible—. Descubrir que su padre era miembro de la Orden del Temple y que se esperaba de ella que siguiese su camino, era excesivo para poder asumirlo en tan poco tiempo. Además, no sabíamos que podíamos esperar aquí, así que pensé que era mejor arriesgarme primero yo. Si todo va bien, quizás más adelante ella venga también.

—Es extraño... —exclamó su tío dubitativo—. Su padre pensaba que aceptaría entrar en el Temple sin dificultad. Solía comentarme muy convencido que ella sería un miembro muy valioso para la Orden. Estaba muy orgulloso de su inteligencia y determinación.

—¿Dónde estamos? —preguntó Gabriel intentando apartar la conversación de Nichole.

—¿No te has asomado al balcón de tu habitación?

—Sólo un instante antes de que tu criado me trajese hasta aquí.

—No nos gusta pensar en él como en un criado. Su nombre es Marco y, aunque no pueda considerárseles miembros de pleno derecho, él y su familia han servido a la Orden durante generaciones.

Gabriel se dio cuenta de que su tío se había referido por primera vez a sí mismo como miembro de la Orden, e incluso creyó percibir una nota de orgullo en su voz.

—Deberías haber reconocido la zona aún sin haber estado aquí —le recriminó su tío—. En un tiempo estuvo aquí la Embajada española ante la Santa Sede, en el actual Palacio de España.

—¡La Plaza de España! —exclamó Gabriel, recordando el conjunto monumental que había visto desde el balcón de su habitación.

—Exacto. La *Piazza di Spagna*, antiguamente *Platea Trinitatis* e incluso el *ghetto degli inglesi* —confirmó su tío—. Un lugar de gran belleza. Más tarde podremos ir a visitarla para que puedas admirar la *Fontana de la Barcaccia* de Pietro Bernini, el padre de Gianlorenzo Bernini y la *Scalinata della Trinità dei Monti*. Naturalmente, debes visitar la *Iglesia de la Trinidad de los Montes*, aunque en su interior no guarda nada auténticamente valioso para tu mente de historiador

—Supongo que no me habéis hecho venir hasta aquí para hacer turismo —protestó Gabriel, ansioso por averiguar de una vez por todas la relación de su familia con la Orden del Temple

—Claro que no —admitió su tío, mostrando una triste sonrisa en su rostro, al comprobar el desdén y la frialdad con que su sobrino continuaba tratándole—. Pero, será mejor que empecemos por el principio. Siéntate e intentaré aclararte las extrañas circunstancias que nos han llevado hasta aquí.

Gabriel acercó uno de los butacones de cuero a la mesa y se dispuso a afrontar una conversación, que esperaba desde hacía muchos años, aunque ni en sus más locas imaginaciones había podido suponer que se produciría en aquella surrealista situación.

—He intentado desde el principio mantenerte alejado de todo esto, pero, al final, has llegado hasta aquí, y ahora mis deberes como miembro de la Orden del Temple se anteponen incluso a la promesa que un día le hice a tu padre —empezó a explicar con gravedad su tío—. Ante todo, debes conocer algunas normas de la Orden que son las culpables directas de que tú y yo nos

sentemos hoy aquí. El hermano Archambaud te explicó que la sucesión en la Orden se produce por sangre en primer grado o por designación explícita de un miembro. Todo eso es cierto, pero, además, nuestra regla fija de forma explícita que, si un miembro muere sin designar sucesor, su hijo mayor se convierte en sucesor inmediato, sea cual sea su edad.

—Pero eso es absurdo. Podría darse el caso de que un niño fuese convertido en miembro de la Orden —objetó Gabriel.

—Debes comprender que la regla se redactó hace casi nueve siglos. En aquella época la sucesión era considerada tan importante que incluso se dio el caso de que jóvenes infantes llegaron a sentarse en el trono de los reyes.

—Sí, pero normalmente había algún adulto que ocupaba el cargo de regente hasta que el niño alcanzaba una edad razonable para asumir realmente su cargo —insistió Gabriel, sin saber exactamente a dónde quería llegar su tío con todo aquello.

—Y eso era también lo que solía ocurrir en la Orden —aseguró su tío—. Todos los miembros dejaban una persona designada para que, en caso de fallecer antes de que su primogénito alcanzase la mayoría de edad, dicha persona fuese elegida miembro de la Orden en su lugar. Los miembros así elegidos eran miembros de pleno derecho, por lo que podían elegir entre restituir la línea sucesoria del miembro original o iniciar una nueva con su propia descendencia.

—¿Por qué me cuentas esto? —preguntó Gabriel un tanto perdido ante aquella explicación normativa cuyo sentido se le escapa.

—Porque eso es exactamente lo que ocurrió en tu caso.

—¿Qué quieres decir?

—Desde el origen de la Orden del Temple solo dos líneas sucesorias de las nueve, originales, se mantuvieron por sucesión sanguínea directa a lo largo de los siglos, el resto pasaron en un momento u otro de la historia a líneas sanguíneas distintas. Una de ellas y quizá la más importante de todas es nuestra línea familiar. Tu padre y yo somos descendientes directos, por línea materna, de Hugo de Payns. Tu padre era el hermano mayor y por tanto el que ingresó en la Orden cuando nuestra madre murió.

—Mi padre nunca me contó nada de todo eso. Él siempre pareció muy orgulloso del origen irlandés del abuelo. Recuerdo que solía contarme

como el abuelo conoció a la abuela durante la guerra civil, pero jamás mencionó nada especial sobre la familia de la abuela —repuso Gabriel, incrédulo ante lo que su tío le contaba.

—Debes comprender que la pertenencia a la Orden del Temple se mantiene en secreto incluso dentro de la familia y sólo se revela en el momento en que es necesaria la sucesión. Eso hace que los miembros de la Orden procuren proporcionar una educación cristiana a sus hijos, para que, en el momento de revelarles la verdad, sean capaces de asumirla. En el caso de tu padre, ni siquiera yo supe nada hasta que él mismo me lo contó cuando le detuvieron, hace ya casi veinte años.

—Espera un momento —exclamó Gabriel, expresando en voz alta por primera vez un temor, que casi de forma inconsciente le había perseguido, desde que descubrió que su familia podía estar relacionada con la Orden del Temple —¿Estás insinuando que su detención tuvo algo que ver con todo esto?

—Claro que tuvo que ver. En los ochenta tu padre ostentaba el cargo de Gran Maestro dentro de la Orden del Temple.

—¿Gran Maestro? —exclamó sorprendido Gabriel.

—No debería extrañarte tanto. Aunque el cargo no es hereditario, al ser descendientes del primer Gran Maestro y fundador de la Orden, nuestra familia es la que más veces ha ostentado dicho cargo a lo largo de los siglos. Debes comprender lo que dicha responsabilidad conlleva, pues significa que tu padre era el máximo responsable de las decisiones tomadas en aquel momento, incluida una que a la larga se convirtió en un grave error para todos. Tu padre era un excelente economista y decidió iniciar una serie de operaciones en bolsa muy arriesgadas, para conseguir fondos destinados a acelerar las investigaciones sobre la Sábana Santa y poner en marcha un nuevo proyecto de la Orden. Tu padre fue el impulsor de toda la operación, y la llevó a cabo con una eficacia increíble. No sólo recaudó los fondos necesarios, sino que, además, multiplicó el capital de la Orden de forma asombrosa, permitiendo a ésta recuperar un poder e influencias, que casi había perdido con el paso de los siglos.

—Pero dijiste que fue un error.

—Y lo fue —afirmó con contundencia Sebastián King—. Hasta aquel momento, la supervivencia de la Orden del Temple y todas sus actividades

habían permanecido completamente en secreto. Sin embargo, cuando las operaciones económicas de tu padre empezaron a dar sus frutos, nuestro rastro se hizo mucho más visible, a pesar del inteligente entramado de empresas y asociaciones interpuestas creado por tu padre. En aquella época, los miembros de la Orden estaban convencidos de que la Iglesia Cátara, que ya se nos había opuesto en otras ocasiones, había dejado de ser una amenaza. Pensaban que, o bien había desaparecido, o se había visto reducida a la existencia meramente simbólica de algún pequeño corpúsculo poco activo. Pero estaban equivocados. Los cátaros, al igual que la Orden, habían sabido ocultarse y adaptarse al nuevo siglo. Estaban activos y seguían vigilando al Temple como lo hicieran sus antepasados, hasta tal punto que algunos de sus miembros fueron capaces de comprender la verdadera naturaleza de las operaciones bursátiles y financieras de la Orden del Temple, llegando a rastrear su origen y a identificar la cabeza visible del entramado: tu padre. Ellos fueron los responsables de perpetrar el engaño que le llevó a la cárcel. Manipularon informes y documentos, haciéndole parecer responsable de un desfalco que nunca cometió. Quiero que te quede absolutamente claro que todas las operaciones que efectuó tu padre fueron siempre realizadas, al margen de su trabajo en el banco, de forma escrupulosamente legal.

—Pero... ¿Por qué le hicieron algo así? ¿Qué esperaban conseguir?
—preguntó Gabriel, notando como la rabia subía por su garganta como una amarga bilis.

— Tenían un doble objetivo: por un lado pretendían destruir económicamente a tu padre, con la esperanza de infringir un grave perjuicio a la Orden que paralizase sus operaciones, y, por otro lado, intentaban coaccionarle para que les revelase todos los pormenores del proyecto que había impulsado, desde la localización de los lugares donde se estaban realizando los estudios, hasta los nombres de cada uno de los miembros de la Orden implicados.

—¿Cuándo supiste todo esto?

—Cuando fui a verle a la cárcel por primera vez para preparar su defensa. Fue entonces cuando me lo contó todo y me pidió que hiciese algo por él, algo que cambió el resto de mi vida. Quería que dejase su defensa en manos de otro abogado para que yo le sucediese inmediatamente en la Orden del Temple.

—¡Eso es absurdo! —protestó Gabriel, expulsando la rabia que

durante años había albergado en su interior—. Lo que ocurrió es que te asustaste cuando te contó todo y decidiste abandonarle

—Sé que eso es lo que tú y tu madre habéis creído durante años —repuso su tío con tristeza, dejando asomar unas lágrimas, que resbalaron bajos sus ojos—. Tu padre me lo pidió porque pensaba que los cátaros intentarían asesinarle cuando estuviese en la cárcel para provocar que tú le sucedieses. Cuando se produce la sucesión, el heredero recibe todos los conocimientos y responsabilidades de su predecesor. Por eso, la Orden del Temple habría depositado sobre tus hombros toda la información que los cátaros perseguían: la que no eran capaces de arrancar de ningún miembro de la Orden del Temple ni siquiera con torturas. Eras un niño de catorce años. Hubieses tenido que pasar el resto de tu infancia escondiéndote de la Iglesia Cátara, pues te habrías convertido en el miembro más débil, el objetivo ideal al que arrancarle la información. Tu padre no quería que tu vida fuese destrozada de esa manera.

—Por eso te pidió a ti que le sucedieses —susurró Gabriel empezando a entender el comportamiento de su padre—. Pero, ¿por qué quería que abandonases su defensa?

—Al principio yo tampoco lo entendí. Hasta aquel día sólo había oído hablar del Temple en los libros de historia. Por eso, debo confesar, que llegué a plantearme la posibilidad de que tu padre hubiese perdido la cabeza por la presión a la que estaba sometido. Pero, cuando volví al hotel aquel mismo día, me estaban esperando dos hermanos de la Orden que me confirmaron todo lo que tu padre me había revelado. Me convencí finalmente de que debía aceptar mi ingreso en la Orden y, como tú has hecho hoy, vine aquí a Roma a realizar el ritual de ingreso. Pensaba volver a Madrid y defender a tu padre. en cuanto me lo permitiesen, a pesar de lo que le había prometido.

—Pero no lo hiciste.

—La ceremonia de ingreso es algo muy especial. Te hace replantearte tus creencias más íntimas y produce un cambio en tu interior, que hace que tus valores y tu concepción del mundo nunca vuelvan a ser los mismos. Pero eso es algo que tendrás que descubrir por ti mismo —Sebastián King levantó el rostro y suspiró profundamente como si evocase en su mente aquella escena del pasado—. Al final de la ceremonia, se me pidió que jurase no intervenir en la defensa de tu padre personalmente y no tuve más remedio

que aceptar. El consejero que me fue asignado posteriormente, me explicó que todo aquello se debía a una orden explícita de tu padre. Pretendía evitarme el riesgo de que, al perder el juicio y ser condenado a prisión, pudiese sufrir un fuerte descrédito profesional y personal por mi parentesco con él, ya que sabía que su defensa sería prácticamente inútil, al haber sido todas las pruebas perfectamente preparadas y falsificadas en su contra. Temía que, si yo perdía mi prestigio profesional, no pudiera después afrontar los gastos y penurias que recaerían sobre su familia después del juicio.

Gabriel se levantó de su asiento, presa de una extraña sensación de ansiedad por todo su cuerpo. Durante veinte años había culpado a su tío por algo que no había hecho. Los recuerdos de llamadas no realizadas, de invitaciones no hechas, de comentarios de desprecio, se agolpaban en su mente, golpeándole, por su tremenda injusticia, con la fuerza de un puñetazo en la boca del estómago. Por un instante, incluso sintió náuseas, al darse cuenta del tiempo perdido despreciando a un hombre al que en su infancia llegó a querer como a un segundo padre.

—¿Por qué no nos lo dijiste nunca? —consiguió preguntar Gabriel, intentando recuperar el control sobre sus emociones con dificultad.

—Quise hacerlo cuando tu padre murió en la cárcel, pero no pude. Sabía que cualquier acercamiento mío supondría ponerlos en el punto de mira de los hombres que acabaron con tu padre, y eso era algo que no podía permitir. En su lugar, hice todo lo posible por alejarlos de mí. Pensé que, si la vigilancia de los cátaros seguía sobre nuestra familia, era mejor que se convenciesen de que sólo yo había continuado los pasos de tu padre.

—El traslado a Madrid, el trabajo de mamá... ¿Estuviste detrás de todo? —afirmó más que preguntó Gabriel.

—Sólo hice lo que tu padre me pidió, procurar que estuvieseis lo mejor posible.

Gabriel bordeó la mesa hasta llegar a la altura de su tío. Éste, comprendiendo las intenciones de su sobrino, se incorporó con gran dificultad, apartando su silla de ruedas, y los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo lleno de la emoción tan injustamente reprimida durante largos años.

—Te he echado de menos —susurró Gabriel conmovido, mientras besaba con ternura la mejilla suavizada por la edad de su tío.

—Y yo también hijo, yo también...

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

Miralles era consciente de lo relativo que es el tiempo, de cómo, cuando se enfrascaba en una tarea desagradable, parecía transcurrir con exasperante lentitud, y, por el contrario, cuando se embarcaba en algo placentero, transcurría con una rapidez abrumadora. Sin embargo, solo y encerrado entre aquellas cuatro paredes enyesadas, sin reloj ni luz diurna para orientarse, fue consciente de lo realmente subjetiva que era su apreciación. Era incapaz de calcular el tiempo transcurrido desde que despertase en aquella habitación insalubre. Ni siquiera los periodos de sueño le servían de orientación, ya que sólo se había dormido un par de veces, y suponía que ninguna fue por un periodo demasiado largo. Lo único que podía servirle para orientarse era el hecho de que le habían llevado comida en cuatro ocasiones, lo que le hacía suponer, tomando tres comidas por día como referencia, que llevaba encerrado cerca de día y medio en aquel antro.

En todo aquel tiempo, no había mantenido ninguna nueva conversación con sus carceleros. Había hecho varios intentos de conversar en busca de información, pero el silencio había sido siempre la respuesta obtenida. Su único contacto con sus secuestradores era contemplar, desde la esquina opuesta de la habitación, al hombre de cara encapuchada que le traía las comidas. El refrigerio consistía casi siempre en algo de sopa o caldo, junto a un trozo de carne o pescado y un vaso de leche, que le ayudaba a tragar la pastilla de paracetamol que le suministraban para calmar el dolor de su herida. Debía comer todo con ayuda de sus manos, pues no le traían cubierto alguno, en precaución quizá de que pudiese usarlos como arma.

Miralles había estado repasando mentalmente todos y cada uno de los pasos que había dado, desde que le informasen por la radio del coche de la muerte de Ramalla, hasta el momento actual, intentando descubrir alguna cosa que le hubiera pasado desapercibida. Tras varias horas, o lo que suponía que fueron horas, había llegado a una conclusión muy preocupante. Una conclusión que le llevó a convencerse de la imperiosa necesidad de escapar de su encierro cuanto antes. Pero para hacerlo tendría que forzar las cosas y arriesgarse a poner su vida en peligro.

Miralles sintió como el dolor de su cabeza volvía a palpar en su nuca, golpeándole intermitentemente con la fuerza de un martillo. Fue entonces cuando una voz familiar surgió de los altavoces: “*apártese de la puerta, le traemos la comida*”. De forma casi simultánea, la puerta comenzó a abrirse, por lo que Miralles caminó con rapidez hasta situarse en la esquina opuesta, intentando contener el dolor inoportuno que le atenazaba.

Un hombre encapuchado de gran corpulencia pasó al interior de la habitación con lentitud, llevando una bandeja de plástico, con una nueva ración de la comida habitual en una mano y una pistola con silenciador en la otra, con la que apuntaba el comisario en todo momento. Tras observar a Miralles durante unos segundos, depositó la bandeja en el suelo junto a su cama y se dispuso a abandonar la habitación. Fue en ese momento cuando Miralles, reprimiendo el dolor que sentía, decidió actuar jugándose todo a una carta. Con la máxima velocidad de que fue capaz, se abalanzó sobre el encapuchado con la esperanza de sorprenderle antes de que pudiera disparar. Su movimiento fue tan repentino que el secuestrador saltó de forma refleja hacia atrás, intentando evitar al hombre que se le venía encima, olvidándose momentáneamente del arma que llevaba en la mano. Aquello fue suficiente para que Miralles le alcanzase, agarrándole fuertemente por la muñeca para impedirle disparar. Los dos hombres rodaron entrelazados por el suelo, impulsados por la fuerza del envite. Miralles forcejeó con el secuestrador, hasta conseguir situarse sobre él en una aposición ventajosa, que le permitió alejar el cañón del arma de su rostro. Miralles tuvo la esperanza fugaz de vencer a su contrincante. Sin embargo, la mayor juventud de éste le hizo conseguir, a pesar de la tenaza de Miralles, liberar una de sus manos, y, con crueldad premeditada, le golpeó en la herida abierta de su cabeza, que apenas había comenzado a sanar. El dolor fue tan intenso que Miralles cayó hacia atrás fulminado por un rayo. Parecía que la cabeza fuese a desgarrarse. Cuando pudo recuperarse del dolor lo suficiente para abrir los ojos, contempló con desolación como la suerte le había dado la espalda. El secuestrador, repuesto de su ataque, se había incorporado y le apuntaba con el arma que había intentado arrebatarse sin éxito.

— ¡Le dije que no lo hiciera! —gritó el secuestrador con la furia dibujada en su voz—. Ahora tendré que matarle.

—Puede quitarse la capucha, he reconocido su voz —exclamó Miralles, recuperando el aliento con dificultad tras el altercado.

El secuestrador se despojó, con la mano libre, de la tela negra que cubría su rostro, dejando que Miralles confirmase lo que este ya sabía, que aquel hombre era el mismo que le había engañado en la estación, el mismo que le había introducido en la furgoneta y el mismo que le había dado las instrucciones con la voz distorsionada el primer día de encierro.

—¿Por qué esta pantomima? —preguntó Miralles, sin comprender lo que estaba ocurriendo.

— Porque si hubiese visto el mismo rostro y oído la misma voz, habría supuesto lo obvio, que está en manos de un único hombre, y eso le hubiese llevado a intentar lo que acaba de hacer mucho antes.

—¿Qué más da? Vi su rostro el primer día, y eso significa, como todo policía sabe bien, que el secuestro sólo puede acabar con la muerte del secuestrado para evitar la identificación —repuso Miralles desafiante.

—Se equivoca. Me han contratado sólo para mantenerle aquí unos días como le dije, no para matarle —aseguró el secuestrador enjugándose el sudor que perlaba su rostro—. Aunque yo no lo entienda, los que me contrataron querían evitar su muerte siempre que fuese posible. Yo me limité a hacer y decir exactamente lo que me pidieron. En cuanto a que viese mi rostro, usted debería saber mejor que nadie que el rostro es lo menos importante a la hora de identificar a alguien. De hecho, es mejor una prueba de ADN o incluso una huella dactilar. Basta engordar unos kilos o cambiarse el peinado, para que cualquier testigo sea incapaz de realizar una identificación. De manera que se ha jugado la vida por nada.

—Si eso es cierto, sigue sin ser necesario matarme —alegó Miralles, empezando a temer que atacar aquel hombre hubiese sido el mayor error de su carrera como policía, y lo que era peor, el último de su vida.

—Me temo que vuelve a equivocarse. Si le permito vivir ahora que sabe que estoy sólo, intentará de nuevo escapar en cuanto tenga ocasión —respondió con frialdad el secuestrador—. Mis clientes fueron muy claros, “*evitar su muerte a menos que intentase escapar*” y siempre cumplo los términos de mi contrato.

Miralles comprendió que aquel hombre no le dejaría salir de allí con vida. Angustiado, observó como levantaba el cañón de su pistola y lo dirigía a su cabeza preparándose para realizar un disparo certero y limpio, y supo que ya no había argumento alguno que pudiese evitar que apretase aquel

gatillo. Miró a su alrededor con desesperación, en busca de cualquier cosa que pudiese serle de ayuda, pero lo único que había cerca de él era la bandeja con la comida, tal y como la dejase el secuestrador justo antes de que él le atacase.

— ¡No! ¡Por favor! ... Prometo no volver a intentar escaparme — comenzó a suplicar Miralles, empezando a arrastrarse hacia atrás por el suelo, en dirección a la bandeja de comida, de forma que el secuestrador pensase que intentaba alejarse de su arma presa del pánico.

—No creí que fuese un cobarde —dijo decepcionado el secuestrador—. Le tomaba por alguien con la suficiente dignidad como para afrontar la muerte sin suplicar.

—¡Por favor!..., tengo una familia e hijos... —continuó implorando Miralles, acercándose cada vez más a su objetivo, rezando por alcanzar la bandeja antes de que el secuestrador dejase de sentirse fascinado por la situación y decidiese disparar.

—¡Cállese! —gritó el secuestrador enfurecido—. Es muy desagradable matar a alguien que se arrastra como un perro.

Miralles se preguntó, con ironía inapropiada para el momento de angustia que vivía, si aquel individuo esperaba encima que sus víctimas le hicieran agradable su asesinato. Haciendo caso omiso de sus órdenes, continuó su representación, gimoteando y arrastrándose.

—Está bien, se acabó...

Miralles supo entonces que no lo conseguiría, le iba a disparar antes de alcanzar la bandeja. Haciendo un último esfuerzo desesperado y, arriesgándose a recibir un disparo por la espalda, saltó con todas sus fuerza, cruzando el espacio que le separaba de su objetivo, a la vez que el sonido, parecido a un trueno seco, anunciaba que una bala había salido ya del arma del asesino.

Miralles alcanzó la bandeja y cogiéndola con fuerza con una mano la arrojó directamente al rostro de su atacante. La fortuna estuvo en este caso de su lado y, la sopa caliente contenida en un pequeño cuenco de plástico, se derramó directamente en el rostro del secuestrador. El hombre, con un chillido de dolor, intentó apartarlo de su cara de forma inútil, pues el líquido se había introducido en sus ojos cegándole por completo. Miralles no perdió tiempo y se lanzó sobre él con rapidez. Aprovechando su confusión, le

golpeó con toda la fuerza de que fue capaz en la cabeza. Su intención era dejarle inconsciente antes de que pudiese volver a disparar, sin embargo, el crujido seco que siguió a su golpe, le indicó que su ataque había hecho más daño del esperado.

El cuerpo del secuestrador quedó tendido en el suelo en una postura grotesca, mientras un pequeño reguero de sangre comenzaba a surgir de sus oídos. Miralles se arrodilló con rapidez en el suelo e intentó buscar su pulso. Sin embargo, sus temores se convirtieron en una certeza, estaba muerto. Miralles maldijo para sí mismo al hombre caído a sus pies por haberle obligado a convertirse en un asesino. Tras once años de carrera policial, era la primera vez que había arrebatado una vida con sus propias manos.

2

Gabriel pasó el resto del día acompañado de su tío en aquella lujosa mansión, intentando asimilar lo que éste le había contado, y cómo incorporarlo a partir de ahora a su vida. Gabriel se sentía en deuda con él. Había pasado muchas noches de su infancia lamentando su pérdida, por lo que él creía que había sido una traición hacia su padre, su propio hermano. Ahora sabía que todo aquello había sido preparado de forma premeditada por su propio padre, y que su tío había sido tan sólo un peón, tal y como él lo era ahora.

En varios momentos estuvo a punto de confesar a su tío lo ocurrido realmente con Nichole y cómo era rehén del hombre que había matado a su padre. Pero, al final, el temor por la seguridad de la mujer, que había empezado a ser para él bastante más que una simple amistad, se impuso haciéndole mantener el engaño.

Al mediodía, su tío le sorprendió pidiéndole que se preparase para salir, ya que quería invitarle a comer fuera. Cuando Gabriel salió al exterior del edificio, se encontró con que el coche que venía a recogerles era el mismo que le había traído del aeropuerto. El rostro risueño de Paolo Bassani le esperaba con una sonrisa junto a la puerta trasera de su lujoso automóvil, donde su tío ya se había acomodado, después de que el conductor dejara su silla de ruedas bien guardada en el maletero del vehículo.

—Supongo que ya conoces a mi sobrino —dijo su tío al conductor, señalando a Gabriel con un signo expresivo de su rostro.

—Claro, signore —respondió Paolo sonriendo, mientras se acomodaba en su asiento, mostrando una confianza hacia su tío que demostraba que su relación era bastante habitual—. Aunque la verdad es que ayer pensé que era su hijo. El parecido con usted es sombrero.

Aunque Gabriel nunca quiso reconocerlo, cada vez que se miraba en el espejo no podía evitar recordar a su tío. Gabriel se dijo si mismo que, cuando fuese un anciano, no le importaría que su aspecto fuese similar al que ofrecía ahora su tío. Aunque siempre fue un hombre de gran seriedad en su rostro, lo que le restaba atractivo, la vejez le había transmitido, mediante las arrugas de su rostro y el color plateado de sus sienes, una imagen de elegancia y sobriedad que le confería una gran fuerza y serenidad.

Tras un trayecto muy corto en el vehículo, llegaron a una original trattoria de aire rústico, donde su tío se empeñó en que ambos degustasen un curioso plato de tortellini a la menta. El plato resultó delicioso, pero Gabriel fue incapaz de apreciarlo como se merecía, ya que se encontraba demasiado preocupado para disfrutar de la comida.

Su conversación consistió básicamente en una puesta al día de sus vidas, desde que perdiesen casi todo su contacto hacía ya veinte años. En todo momento, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo de forma inconsciente, obviaron toda mención a la Orden del Temple y a la complicada situación que les había llevado hasta allí.

Cuando salieron del restaurante, su tío insistió en que Gabriel le acompañase a dar un paseo. Mientras Gabriel empujaba la silla de ruedas, empezó a recordar con nostalgia los paseos que daba con su tío por las inmediaciones de la Sagrada Familia en los atardeceres del verano, cuando tan solo era un chiquillo. Si algo había echado de menos habían sido aquellas explicaciones, interminables y fascinantes para su mente infantil, de leyendas e historias, que cada edificio o monumento arrancaban de la mente prodigiosa de su tío a medida que avanzaba por las calles barcelonesas.

Tras un corto recorrido por una calle no muy ancha, desembocaron en una gran plaza, que Sebastián King se encargó de identificar inmediatamente.

—Estamos en la *Piazza Navona* —comentó, pronunciando el nombre del lugar con un acento italiano tan limpio, que hizo comprender a Gabriel que su tío debía pasar allí largas temporadas.

Se trataba de una plaza de grandes dimensiones con una curiosa

forma oblonga. El lugar estaba muy concurrido por paseantes que disfrutaban del increíble conjunto monumental, y de la abundante presencia de pintores callejeros, payasos, y hasta un mimo de traje verde pistacho y gafas aparatosas, que por su increíble quietud parecía un elemento escultórico más del lugar.

—Es magnífica —reconoció Gabriel, impresionado por su amplitud y su curiosa forma alargada, mientras se esforzaba por traer a su memoria de vuelta las lecciones sobre historia romana de la facultad—. Creo recordar que se trata de un antiguo estadio romano.

—Diocleciano lo construyó. Era un estadio con capacidad para más de treinta mil personas —corroboró su tío—, después lo restauró Alejandro Severo. Durante muchos años se celebraron aquí múltiples competiciones deportivas, como la lucha, el lanzamiento de jabalinas, o las carreras. Cuando paseo por Roma, a veces pienso que, si fuésemos capaces de prestar atención y de abstraernos de todo lo que nos rodea, aún sentiríamos como estos lugares vibran con los ecos de aquella época. Creo que, de alguna forma, en las paredes de todos los palazzi barrocos que bordean esta plaza, aún resuenan los vítores de alegría de los vencedores y los lamentos de los perdedores de aquellas competiciones.

Oyendo hablar a su tío, Gabriel comprendió que, aquella manera intensa de vivir el pasado y de narrarlo, era lo que probablemente más le había influido para que decidiese encaminar sus pasos hacia el estudio de la historia.

—No puedo entender cómo es que gustándote tanto la historia pudiste hacerte abogado —le preguntó Gabriel.

—Las personas somos como los lugares que nos rodean —contestó su tío—. Nacemos para una finalidad, tal y como este lugar nació para ser un estadio de juegos y competiciones, pero luego pasamos por los vericuetos de la vida, y ésta nos lleva, unas veces por necesidad y otras por casualidad, a ocupar unas funciones que no eran las que al principio habíamos imaginado. Esta plaza en 1477 albergaba el mayor mercado de la ciudad, en el siglo XVII fue pavimentada y aquí se celebraron torneos, desfiles, juegos, fiestas y hasta funerales. Incluso se llenaba de agua en verano y se convertía en una singular piscina. Y ahora, ya ves en qué se ha convertido. A mí me pasó lo mismo, en mi interior siempre he pensado que había nacido para estudiar y admirar la historia, pero tu abuelo era abogado y, después de que tu padre, su hijo

mayor, decidiese dedicarse a la economía, pensé que, si yo no continuaba con su despacho, todo su trabajo y esfuerzo se perdería.

—¿Dejaste tu propia vocación para no defraudar al abuelo?

—No debes pensar en ello como algo horrible —objetó su tío ante el tono de contrariedad de Gabriel—. Tu abuelo no me obligó, lo hice porque quise y no me arrepiento. El derecho me ha dado a lo largo de estos años muchas satisfacciones, que a lo mejor no hubiese podido conseguir a través de la historia. Prefiero pensar que la vida me llevó por este camino por una buena razón, aunque, igual que esta plaza sigue siendo en el fondo un estadio, yo también sigo teniendo corazón de historiador.

Gabriel comprendió que su tío había dedicado su vida a complacer a otros hasta el punto de descuidar la suya propia. Lo había hecho con su padre, cuando siguió sus pasos como abogado, y lo hizo con su hermano, cuando éste le pidió que asumiese su papel en la Orden y se alejase de su familia. Gabriel se preguntó si también lo estaría haciendo ahora. Si cuando su tío abandonase la Orden del Temple para que él ingresase su lugar, no estaría renunciando una vez más a algo realmente importante para él, únicamente para complacer a un sobrino, que hace apenas unas horas sólo tenía pensamientos de desconfianza e incluso desprecio hacia él.

Tras andar algunos metros por el centro de la plaza, Gabriel se decidió a hacer una difícil pregunta a su tío, que le había rondado la cabeza desde que conociese la verdad de lo ocurrido con su padre.

—¿Mataron a mi padre? —preguntó Gabriel mirando a su tío fijamente.

Sebastián King se revolvió en su silla, como si de pronto sintiese ganas de abandonar el involuntario encierro de su asiento rodante.

—Cuando ocurrió —comenzó a responder—, moví todas las influencias que tenía en la policía para averiguarlo, pero no pude aclarar gran cosa. El informe forense no encontró huella alguna de que fuese provocado, y, oficialmente, su muerte se atribuyó a causas naturales. Sin embargo, tu padre no estaba dentro de ninguno de los factores de riesgo habituales, de hecho, tenía una salud excelente. En aquellos momentos no pude evitar recordar como tu padre me había pedido que asumiera sus funciones en la Orden, convencido de no salir de prisión. Aunque nunca pude llegar a estar seguro de nada, lo que sí sé es que su aneurisma, fuese provocado o no

directamente por los cátaros, desde luego no se hubiese producido si ellos no hubiesen arruinado su vida como lo hicieron.

Gabriel permaneció en silencio unos minutos, intentando controlar la indignación que se apoderaba de su pecho quemándole como si hubiese ácido en sus entrañas.

—Gabriel —le llamó suavemente su tío— ¿Estas convencido de lo que vas a hacer? Tu padre no quería que entrases en la Orden porque te pondría en peligro. Aún estás a tiempo de volver con Nichole y continuar con tu vida sin mezclarte en esto. Estoy seguro de que la policía no te va a culpar de nada y ya sabes todo lo que habías venido a averiguar.

—No, todo no —objetó Gabriel, sintiendo una punzada de dolor al oír el nombre de Nichole, mientras una nueva oleada de culpabilidad inundaba su mente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su tío.

—Aún no sé de qué se trata ese proyecto que la Orden está realizando, y que me has contado que impulsó mi padre cuando era Gran Maestro. En la Biblioteca de París, los templarios que nos ofrecieron el ingreso en la Orden, se negaron a darnos más detalles hasta que ingresásemos en el Temple — explicó Gabriel, omitiendo el hecho de que él y Nichole ya sospechaban en qué consistía y esperando que su tío decidiese explicarle algo más.

—Sabes que no puedo revelarte nada hasta que la ceremonia concluya. Pero... ¿estarías dispuesto a abandonar y volverte a Barcelona con Nichole si te contase todo ahora? —le propuso su tío un tanto indeciso.

Gabriel sabía que aquella podía ser la oportunidad que había estado esperando. En cierto modo, confiaba en la palabra dada por el secuestrador de Nichole, por lo que supuso que, si su tío le revelaba donde estaba el niño, toda su angustia podía acabar en aquel momento. Sin embargo, el hecho de dejar a aquel niño, cuyo único crimen era ser un gemelo artificial de Jesús de Nazaret, en manos de unos fanáticos religiosos, le pareció un precio demasiado caro, por lo que decidió esperar a que hubiese otra forma de salir de aquel embrollo.

—Creo que no —contestó al fin Gabriel, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para no confesar allí mismo lo que estaba pasando—. Le debo a mi padre el acabar lo que él empezó.

—Muy bien —contestó su tío con lo que a Gabriel le pareció una sonrisa de alivio en sus labios—. Cada uno hemos de seguir el camino que creamos más correcto, y confiar en que Dios nos guie por él para que no nos perdamos.

Ambos hombres habían continuado su paseo por la plaza y se encontraban ya frente a la fuente central. Algunos chiquillos jugaban con el agua helada, salpicándose unos a otros, hasta que los que debían ser sus padres les obligaron a dejar su actividad.

—Estoy orgulloso de que hayas tomado esta decisión —continuo o su tío—. Sin embargo debes comprender que tu ingreso no será algo automático. Tendrás que seguir una ceremonia, se te someterá a pruebas y se te harán preguntas para probar tu Fe. Yo no seré entonces tu juez, sino que lo serán el resto de miembros de la Orden. Ellos serán quienes decidan si estás preparado para convertirte en un caballero templario.

—¿Quieres decir que pueden rechazarme? —preguntó Gabriel con temor, al percatarse de que no había tenido en cuenta aquella posibilidad. Con terror intentó no pensar en lo que podría ocurrirle a Nichole si no era admitido en la Orden y por consiguiente no obtenía la información tan anhelada por los cátaros.

—No debes preocuparte —contestó Sebastián King, alarmado al ver el rostro de extrema contrariedad de su sobrino—, que yo recuerde, sólo a dos o tres candidatos se les ha denegado el ingreso en toda la historia moderna del Temple.

—¿Por qué los rechazaron?

—Principalmente por falta de honestidad con la Orden. Debes comprender que una sociedad secreta debe basarse en la total confianza entre sus miembros. Una sola traición puede provocar su desaparición. Afortunadamente, siempre que ha habido algún intento de infiltración o espionaje, ha sido abortado antes de que llegase a concretarse lo suficiente como para suponer un riesgo. Gracias a lo cual, nunca se ha revelado ningún dato importante sobre la Orden, salvo rumores imposibles de probar, lo que nos ha permitido mantener hasta hoy nuestras actividades en secreto.

—¿Cómo podrán saber en la ceremonia de ingreso si miento o no, si apenas me conocen? —preguntó Gabriel, con el corazón aun palpitándole con fuerza en el pecho por el sobresalto que las palabras de su tío le habían

producido.

—Eso no es del todo cierto. Claro que la Orden te conoce. Yo te conozco y te avalo, y, además, lo hace el hecho de que uno de los nuestros te formo y educó, dándote los valores que hacen de ti un candidato perfecto. Aun así, debes comprender que la Orden cuenta con amplios medios y muchos siglos de historia a su espalda. Estamos acostumbrados a afrontar el engaño y la ambigüedad siempre presentes a nuestro alrededor. Fíjate si no, en este lugar —comentó Sebastián King, señalando la majestuosa fuente que se alzaba frente a ellos—. Es la *Fontana de Quattro Fiumi*, la Fuente de los Cuatro Ríos. Se trata una obra maestra de Gianlorenzo Bernini, que consigue eclipsar las otras dos fuentes del conjunto, la *Fontana del Moro* y la *Fontana de Nettuno*. Representa los ríos Nilo, Ganges, Danubio y Río de la Plata. Estos ríos simbolizan los cuatro continentes conocidos en aquella época, África, Asia, Europa y América. Ahora ¡fíjate en la figura que representa el Nilo!

Gabriel observó la fuente con atención. Las colosales figuras de las alegorías, realizadas en mármol travertino, estaban apoyadas en una suerte de montaña horadada, que creaba la ilusión de que el impresionante obelisco, que coronaba el conjunto escultórico, se apoyaba en el aire. Encima del obelisco, una paloma simbolizaba al Espíritu Santo. Aguzando la vista pudo por fin distinguir la escultura a que su tío parecía referirse.

—¿Te refieres a la que parece cubrirse los ojos? —preguntó Gabriel.

—La misma —confirmó su tío—. Durante mucho tiempo la gente ha discutido sobre el significado de su gesto. Muchos piensan que se tapa los ojos para cubrirse de la abominación que suponía, según Bernini, la iglesia de Borromini que está justo delante, la *Chiesa di Sant'Agnese in Agones*.

La iglesia a la que Sebastián King se refería, Santa Inés en Agonía, se levantaba frente a ellos imponente. Gabriel reconoció la curiosa mezcla de elementos góticos y renacentistas característica de Borromini en su diseño. La combinación de formas cóncavas y convexas era una constante en las obras del escultor, y probablemente contribuían a hacer sus obras poco comprensibles para Bernini, mucho más clásico en sus concepciones arquitectónicas.

—No parece un motivo descabellado —reconoció Gabriel—, recuerdo que la rivalidad entre Bernini y Borromini, los dos artistas más importantes del siglo XVII, llegó a ser legendaria.

—Más que eso. Bernini llegó a decir de su rival que “*había sido enviado para destruir la arquitectura*” —corroboró su tío con satisfacción—. Sin embargo, los que mantienen esa idea desconocen que la fuente se terminó dos años antes de que Borromini tuviese relación alguna con la Iglesia. La realidad sobre la figura es mucho más prosaica. El gesto de taparse los ojos sólo pretendía representar que en aquella época aún no se conocían las fuentes del río africano. Sólo a los ojos del profano puede mantenerse un engaño así. Quien tiene una buena formación en los sucesos de la historia, está capacitado para reconocer la realidad, por muy plausible que parezca el engaño bajo el que se encuentra escondida.

Gabriel deseó profundamente que su tío se equivocase en la enorme confianza que depositaba sobre la Orden, y que, por una vez, consiguiese engañarles el tiempo suficiente para encontrar la manera de salvar a Nichole y al niño, si era posible. Al pensar en lo que ocurriría si descubrían el extraño aparato dentro de su teléfono móvil, Gabriel sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal.

—Paolo debe estar esperándonos frente al restaurante como le pedí —recordó repentinamente su tío, mientras consultaba su reloj de muñeca—. Será mejor que volvamos, nos espera un largo viaje.

—Apenas tardamos cinco minutos en llegar al restaurante —puntualizó Gabriel, sin entender la observación de su tío.

—No vamos a volver a la casa, Gabriel. Ha llegado el momento de que empiece tu iniciación y para ello hemos de hacer una visita primero —explicó su tío con un tono divertido en la voz.

—¿A dónde vamos? —preguntó Gabriel.

—Vamos a ver la Sábana Santa. No podemos consentir que un nuevo miembro de la Orden no contemple en persona el objeto más importante de nuestro culto, el Santo Sudario.

—¡La Síndone! —exclamó Gabriel, alzando en exceso la voz, lo que hizo que algunos viandante volviese su rostro para mirarles—. ¡Pero si está en Turín!

—Pues claro, por eso hemos de apresurarnos. Tenemos que coger un avión.

Simón soltó con indignación los auriculares, desde los que escuchaba las emisiones de audio que iba recibiendo del DSM que llevaba Gabriel. Sabía que había estado a punto de conseguir la información que estaban buscando. El tío del periodista le había preguntado si quería que le contase todo sobre el proyecto de clonación y, sin embargo, él había dejado pasar la oportunidad.

Simón creía haber dejado su postura bien asentada en el hotel de París. Al ver la expresión aterrorizada del periodista cuando se llevó a Nichole, pensó que tenía a aquel hombre en sus manos, que, a partir de aquel momento, sería tan maleable para él como un muñeco de arcilla. Pero se había equivocado. Lo que había pasado le indicaba claramente que aquel hombre aún tenía esperanzas de mejorar su situación. Era como un pez que hubiese picado el cebo de un pescador, y que cuando éste estuviese a punto de sacarle del agua, hubiese esquivado la mano de su captor para seguir agitándose en el agua intentando soltarse.

Simón se levantó de la mesa, colocando el receptor en modo de grabación, para no perderse nada de lo que ocurriese al otro lado. Necesitaba un nuevo incentivo para su presa, uno que le hiciese recordar la situación desesperada en que se encontraba y le quitase toda esperanza de escapar del anzuelo.

Con extremo cuidado, abrió la puerta de la habitación donde mantenía encerrada a Nichole. Entró con sigilo, procurando respetar el completo silencio en que la estancia estaba sumida. La mujer se encontraba tendida en la cama profundamente dormida. Se acercó a ella, confiado en que no interrumpiría con facilidad su sueño, ya que desde que ella despertase por primera vez en la habitación, Simón le estaba suministrado un ligero sedante en las comidas, que la hiciese más fácil de manejar.

La pequeña lámpara, situada encima de una mesita en el centro de la habitación, derramaba su luz sobre la figura tendida boca arriba de la mujer, resaltando las formas sugerentes de su cuerpo. El rítmico movimiento de su cintura, subiendo y bajando al compás de la respiración resultó hipnótico para Simón, que sintió como su mente resbalaba por las curvas de su cuerpo cayendo a un pozo de deseo. Simón se acercó al cuerpo tendido y sus fosas nasales se llenaron con el ligero olor ambarino, teñido de flores frescas que

emanaba de la mujer. Cuando se encontraba a punto de perder su autocontrol y abalanzarse sobre ella para saciar el feroz apetito sexual que sentía, su fuerza de voluntad se impuso y, casi dolorosamente, apartó su rostro de la mujer.

4

Tardaron cerca de cuarenta y cinco minutos en llegar a un aeropuerto privado situado a las afueras de Roma. Gabriel comprendió que no iban a tomar un vuelo comercial convencional, cuando vio como Paolo enfilaba directamente la entrada a las pistas y se dirigía a un avión, que se le antojó del tamaño de una caja de cerillas. El miedo a volar, que sentía habitualmente, empezó a contraer su estómago cuando comprendió que aquel pequeño aparato blanco azulado les estaba esperando.

—¿Es ese nuestro avión? —preguntó Gabriel, sintiendo las “mariposas” de su estómago arreciar con insistencia.

—No te preocupes, es un excelente aparato —respondió su tío sonriendo—. Pertenece a un buen amigo y nos llevará a Turín en poco más de dos horas.

Bajaron del Mercedes y, tras despedirse del conductor, se dirigieron al avión, donde el piloto les esperaba apoyado en la portezuela entreabierta del aparato. Se trataba de un hombre joven, provisto de unas trasnochadas gafas de espejo y un pequeño bigote recortado pulcramente. Llevaba puesta una desgastada chaqueta de cuero, que unida a su peculiar aspecto, le hizo recordar a Gabriel a un piloto de combate de una antigua película americana. Cuando llegaron a su altura, su tío se encargó de presentarles. Se llamaba Salvatore y resultó ser un hombre extremadamente agradable y educado. Inmediatamente, se ofreció para ayudar a subir a Sebastián King al aparato, acomodándole en uno de los asientos traseros.

—¿Ha volado alguna vez en una avioneta? —preguntó el piloto dirigiéndose a Gabriel.

—Es la primera vez —confesó Gabriel

—Si quiere puede sentarse junto a mí, tendrá mejores vistas del vuelo —le ofreció el piloto.

— Es muy amable, pero prefiero ir aquí atrás con mi tío — respondió Gabriel, intentando disimular el temor que sentía ante el vuelo.

—¿Le dan miedo los aviones? —preguntó el piloto.

— Tengo tendencia al mareo — reconoció Gabriel, rindiéndose a la evidencia de que su fobia era demasiado obvia para intentar negarla.

— No debe preocuparse —contestó el piloto, mientras se acomodaba frente a los mandos del aparato—. Este cacharro funciona a las mil maravillas, tiene una envergadura de casi once metros en las alas, unos nueve metros de largo y más de dos metros y medio de alto. Es de los mejores aviones de cuatro plazas que puede encontrar.

Si el piloto tenía la intención de tranquilizar a Gabriel con aquella descripción del aparato, el efecto que obtuvo fue exactamente el contrario. Si normalmente se sentía inseguro a bordo de los inmensos vuelos comerciales, el simple hecho de pensar en lo reducido del habitáculo en que se encontraba, hizo que cada fibra de su ser comenzase a chillar en silencio pujando por salir de allí.

Cuando el avión comenzó a tomar velocidad sobre la pista, Gabriel se agarró con fuerza a los brazos de su asiento mientras su cuerpo se veía empujado contra el respaldo. Cuando la aceleración comenzó a ser sustituida por una velocidad constante al terminar la maniobra de despegue, Gabriel pudo recuperar aliviado una postura más relajada. Mirando por la ventanilla observó como el suelo se alejaba con gran velocidad.

Una música que al principio no identificó, empezó a sonar repentinamente en la pequeña cabina, haciéndole apartar bruscamente su mirada del exterior. Con sorpresa se percató de que se trataba del móvil que le había dado Simón. Gabriel lo extrajo de su bolsillo, preocupado por lo que podría significar aquella llamada inesperada. Desde el otro lado de la línea telefónica le llegó una voz, que se le había quedado grabada a fuego en su mente, provocando que el cuerpo de Gabriel se tensase como la cuerda bien afinada de un violín.

—Escuche con atención y no diga nada —ordenó con calma Simón a través del auricular—. No debió perder la oportunidad que tuvo hace un rato. Si hubiese aceptado la propuesta de su tío, ahora le estaría llamando para decirle donde recoger a la mujer. En cambio, me ha obligado a hacerle una demostración de lo que ocurrirá si vuelve a desaprovechar una oportunidad así.

El teléfono guardó silencio momentáneamente, para después volver a

emitir el rumor sofocado de una respiración dificultosa.

—Me... ahogo... — Gabriel reconoció inmediatamente el tono aterciopelado de la voz de Nichole, a pesar de que llegaba hasta él lejana y distorsionada. Con estupor comprendió que Simón le estaba dejando oír como la mujer se asfixiaba. Estaba a punto de gritar, cuando un fuerte suspiro le anunció que la mujer había vuelto a respirar con normalidad.

—La he soltado —anunció la voz de Simón con rotundidad—. No ha sufrido ningún daño pero, si incumple de nuevo nuestro acuerdo, me obligará a terminar lo que hoy he empezado.

La llamada se cortó tan repentinamente como había comenzado. Gabriel se guardó el teléfono en el bolsillo de nuevo, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener su rabia. Un fuerte calor ascendía por su rostro, a medida que la impotencia que sentía por lo que estaba ocurriendo iba creciendo en su interior.

—¿Era algo importante? —preguntó preocupado su tío al observar su extraño aspecto.

—No. Sólo era un mensaje automático con propaganda de la compañía telefónica —explicó Gabriel, intentando recuperarse del shock que había supuesto para él la llamada, al hacerle recordar, de forma brutal, el frágil hilo del que pendía la vida de Nichole

—Tienes mal aspecto —insistió su tío poco convencido.

—No es nada, siempre me mareo al volar en avión. Pero no te preocupes se me pasará.

—¡Más te vale! —exclamó su tío con un suspiro—. Aún nos quedan unas dos horas de vuelo.

Nichole tosió varias veces, mientras intentaba recuperarse de la repentina falta de aire en sus pulmones. Cuando, al despertar, vio su rostro extrañamente congestionado de Simón sobre ella, comprendió alarmada que algo iba mal. Sin pronunciar palabra alguna sobre sus intenciones, se había sentado junto a ella en la cama, cogiéndola a continuación fuertemente del cuello con un brazo, mientras utilizaba su mano libre para comenzar a marcar un número de teléfono en su móvil. Nichole supo en el acto que estaba

hablando con Gabriel. Simón acercó el teléfono a Nichole por lo que esta pensó que iba a permitirle hablar con él. Sin embargo, comenzó repentinamente a apretar su cuello impidiéndole respirar. Nichole creyó que iba a matarla e intentó desesperadamente liberarse, pero se encontraba demasiado débil para resistirse. Cuando ya pensaba que todo estaba perdido y que no podría soportar más la falta de aire, Simón había aflojado su presa permitiéndole soltarse y recuperar la respiración.

—Lo siento —se disculpó Simón con sinceridad, dirigiéndose a Nichole tras apagar el móvil—. Su novio me ha obligado. Si le sirve de algo, creo que habrá aprendido la lección y esto no volverá a ser necesario.

Nichole se preguntó, preocupada, qué debía haber hecho Gabriel para que Simón actuase de aquella manera. Consternada, observó como el hombre abandonaba la habitación, sin ni siquiera volver a mirarla. Con la garganta irritada y reseca, se acercó a la mesita de la habitación, donde un vaso de agua le esperaba listo para aliviar su malestar. Le asustaba pensar qué clase de hombre sería capaz de planear, tan fría y meticulosamente un estrangulamiento parcial, como para dejar preparado un vaso de agua, para que después la víctima aliviase sus molestias. Se trataba, sin duda, de una compleja personalidad, capaz de los actos más brutales con total falta de empatía, pero, a la vez, necesitado de una justificación, de una eterna disculpa que calmase su conciencia. Nichole imaginó, de forma poco tranquilizadora, que alguien así podría asesinar a una persona y llevar después flores al entierro de su víctima, sin observar la contradicción alguna entre ambas acciones.

Nichole se encontraba agotada, por lo que decidió echarse nuevamente en la cama e intentar descansar un poco para reponer sus fuerzas. Desde que estaba sometida a aquel encierro, se sentía cansada físicamente y le costaba razonar con claridad. Sus ojos comenzaron a cerrársele y por un momento le pareció que los cisnes de la lámpara de bronce comenzaban a levantar el vuelo. Un último pensamiento cruzó por su consciencia antes de rendirse totalmente al sueño. El vaso situado sobre la mesita empezó a tomar, entonces, un significado aún más siniestro, mientras en su mente tomaba forma la inquietante posibilidad de estar siendo drogada

con su tío, incapaz de sacudirse del todo el nerviosismo provocado por la terrible amenaza que le hiciese Simón. Afortunadamente, su tío respetó el silencio de su sobrino, seguramente pensando que se debía al nerviosismo que le producía al vuelo. Lo cierto es que Gabriel había descubierto que la ansiedad resultaba un eficaz remedio para su miedo a volar porque, tal y como le pasó en su viaje a Roma, no sintió malestar físico alguno durante todo el trayecto.

Cuando llegaron a Turín, un nuevo coche no menos lujoso que el que usasen en Roma, les estaba esperando. En esta ocasión el conductor resultó ser un total desconocido para su tío, que lo trató sin ninguna familiaridad, limitándose a indicarle su destino con un formal “*Piazza San Giovanni, per favor*”.

Durante el trayecto, su tío comenzó a contarle, como era su costumbre, algunos datos históricos sobre la ciudad.

—Turín tiene a sus espaldas unos dos mil años de historia. La ciudad fue construida por el emperador Augusto, como campamento militar destinado a la protección de la frontera norte romana. Después no sufrió cambios importantes hasta el siglo XV.

—Hasta los Saboya, supongo —apuntó Gabriel, haciendo un esfuerzo por incorporarse a la conversación.

—Efectivamente —exclamó su tío complacido—. El Ducado de Saboya unificó las distintas facciones políticas y administrativas del Piamonte, convirtiendo a Turín en la sede oficial del propio duque. Aquello significó, sin duda, una expansión importante de la ciudad, sobre todo de sus bastiones defensivos.

Gabriel contempló las calles por las que pasaban con rapidez. A diferencia de lo que había supuesto, aquella ciudad, modernizada y bulliciosa, había perdido en gran parte el espíritu histórico que había sentido tan vivamente en Roma. Las anchas avenidas, plagadas de soportales y los amplios cruces flanqueados de edificios modernistas, hacían que la ciudad tuviese un aspecto más parisino que romano.

Turín siguió creciendo hasta que en el siglo XVIII cayó bajo la bota de Napoleón durante su invasión del Piamonte —continuó explicando su tío, dando sentido a las intuiciones de Gabriel—. Los franceses demolieron inmediatamente las antiguas murallas y fortificaciones de la ciudad para

hacerla más adecuada a los usos militares modernos, lo que facilitó su ampliación en todas direcciones incorporando al río Po en el casco urbano. La revolución industrial la convertiría después en uno de sus bastiones más importantes de toda Roma. En 1861 llegó a convertirse en la capital de la nueva Italia Unificada y, hoy en día, es la tercera ciudad en importancia del país después de Roma y Milán.

—Espero algún día poder visitarla bajo otras circunstancias —se lamentó Gabriel sin poder evitar pensar en Nichole.

Cuando llegaron a su destino, el coche aminoró la velocidad, aparcando en una plaza amplia muy transitada por la gente. El sol estaba ya lo suficientemente bajo para que el alumbrado público comenzase a despertar con pereza. Los tonos dorados, de los últimos rayos de luz del atardecer, sumados a la luz eléctrica incipiente, contribuían a dar un aspecto mágico al edificio que se levantaba frente a ellos. Se trataba de la Catedral de Turín.

Gabriel contempló con admiración y reverencia su fachada completamente realizada en mármol blanco. La imponente construcción mostraba un claro aspecto renacentista, tanto por su decoración y composición como por el rematado del cuerpo central con su frontón triangular.

—¡Ya estamos aquí! —exclamó su tío con satisfacción—. Ahora podrás ver con tus propios ojos la razón por la que hemos luchado durante tanto tiempo.

—¿No es demasiado tarde? —objetó Gabriel, al comprobar con frustración que la puerta de entrada se encontraba cerrada—. Los horarios para las visitas deben haber terminado.

—Aún te ves como un turista ¿no es cierto? —se burló su tío—. Sigues sin comprender quién eres realmente. Espero que esta noche te empieces a dar cuenta de cuál es la verdadera herencia de tu familia.

Al llegar a la entrada principal, ésta se abrió dejándoles ver a un hombre de edad avanzada y elegantemente vestido, que les flanqueó la entrada con un formal “Buongiorno”.

—Te presento a mi sobrino Gabriel —explicó su tío, dirigiéndose al hombre canoso y un tanto encorvado que les había recibido—. El hermano Rigaud —dijo de nuevo, dirigiéndose a Gabriel, que comprendió con aprensión de que acababa de comenzar el proceso de su ingreso en la Orden.

Con la guía de Rigaud, se dirigieron hacia el interior de la desierta Iglesia. Gabriel empujaba la silla de ruedas de su tío, mientras contemplaba extasiado el interior de lugar. A la izquierda vio lo que parecía un panel luminoso con información y una reproducción de la Sábana Santa, pero ninguno de los hombres pareció prestarle atención.

—Esta catedral fue construida entre 1497 y 1498. Está dedicada a San Juan Bautista y es de unas grandes dimensiones, como puedes observar —explicó Sebastián King—. El interior se divide en tres naves con capillas laterales y un amplio crucero. Tiene ciertas maneras tardo góticas, que puedes reconocer en las proporciones estilizadas de las naves, en la cúpula, situada sobre la cruz mayor, y, por supuesto, en las ventanas arco agudas de dos orificios. Es una Iglesia muy especial y no sólo por su arquitectura.

Gabriel tuvo que reconocer interiormente que su tío llevaba razón. Desde que atravesase la entrada de aquel lugar, había tenido una sensación extraña, una sensación que nada tenía que ver con su estilo arquitectónico o con las pinturas e iconos utilizados en su decoración. Era una sensación muy distinta a la que había sentido en otros lugares sagrados, la sensación íntima de que, de alguna forma, aquella pequeña catedral, no especialmente imponente en sus formas, estaba, sin embargo, más cerca que ninguna otra de ser la auténtica casa de Dios.

Penetrando aún más al fondo del recinto, tras girar a la izquierda, los tres hombres llegaron por fin frente la Capilla del Santo Sudario. El hombre que les guiaba detuvo su marcha para situarse frente a ella. Con solemnidad comenzó a hablar en un castellano, teñido de un acento que Gabriel no supo identificar aunque imaginó procedente de algún país del Este por su peculiar sonoridad.

—La Sábana Santa fue traída por los Saboya desde Chambery a la nueva capital del Ducado el 14 de septiembre de 1578. Se instaló en un pabellón completamente aislado. En 1655 Carlo Emanuele II decidió realizar un edificio dedicado ex profeso a la protección de la reliquia, a la que consideraba la "Protectora de Turín". El elegido para el proyecto, Amadeo de Castellamonte, ideó una capilla cilíndrica cubierta por una cúpula realizada en mármol negro y muy clásica en su concepción, similar a las habitualmente utilizadas en las iglesias funerarias. Sin embargo, fue Guarino Guarini quien terminó la obra, dándole el aspecto que tiene actualmente.

Gabriel contempló admirado la capilla, se trataba de una especie de

camarín, cubierto por una cúpula cónica de base octogonal compuesta por nervaduras segmentadas, que se tramaban imitando motivos similares a labores de cestería.

—En lo alto del altar se encuentra la urna que contiene la Sábana Santa. Se trata de un cofre de plata situado dentro de una caja de hierro, que a su vez está colocada en el interior de un cofre de mármol.

Los ojos de Gabriel se posaron sobre el preciado objeto mientras notaba como una corriente eléctrica recorría su sistema nervioso ante su proximidad. Su tío se encontraba a su lado contemplando la capilla con rostro solemne. Durante unos minutos, los tres hombres permanecieron en silencio.

—Debemos apresurarnos —su tío interrumpió el silencio mirando a Rigaud, quien le contestó con una sonrisa de complicidad.

Gabriel pensó al principio, un tanto decepcionado, que su tío pretendía abandonar el edificio apurado por la hora tardía. Sin embargo, comprendió su error de inmediato, cuando vio como Rigaud le indicaba de nuevo que le siguiera. Mientras, Gabriel, que empujaba la silla de ruedas de su tío, observó desconcertado como su guía se encaminaba hacia un lugar oculto en la penumbra, situado a un lado del altar mayor de la catedral. Al instante, apareció ante ellos una puerta, tan perfectamente oculta, que a Gabriel le fue imposible identificarla hasta que, como por encanto, comenzó a abrirse frente a ellos.

Cuando su tío y él alcanzaron el borde de la inesperada entrada, Rigaud había desaparecido a gran velocidad en su interior. Al acercarse, comprobó como una escalera, pobremente iluminada por los destellos vacilantes de antorchas situadas a intervalos regulares en la pared, se hundía en las profundidades. Cuando estaba a punto de preguntar a su tío cómo pensaba bajar por aquel estrecho corredor con su aparatosa silla de ruedas, Rigaud reapareció nuevamente, acercándose hasta su tío y cogiéndolo a continuación en brazos, con una facilidad y presteza completamente inesperadas, para quien había juzgado erróneamente frágil y envejecido.

Un tanto avergonzado de que un hombre mucho mayor que él fuese el encargado de llevar a su tío, Gabriel comenzó a bajar hacia las profundidades siguiendo a Rigaud. Los escalones de piedra se internaban girando sobre sí mismos hasta alcanzar una profundidad nada desdeñable,. Finalmente, llegaron a un estrecho corredor que desembocaba en una enorme puerta de madera, que se encontraba abierta esperando su llegada.

Cuando Gabriel penetró en la habitación tras los dos hombres, creyó que sus rodillas iban a ceder ante la impresión que recibió. Se trataba de una estancia con forma de elipse, toda ella tallada en roca viva. Las paredes estaban completamente desnudas a excepción de las antorchas que, estratégicamente colocadas en los cuatro puntos cardinales, iluminaban la estancia. En el techo, una rejilla de hierro forjado era la responsable de que el aire resultase fresco y puro, a pesar del ligero humo proveniente de la combustión de las antorchas. La parte inferior de la pared sobresalía de ésta alrededor de todo su perímetro, formando lo que parecía un banco pétreo alargado. Rigaud depositó a su tío en dicho banco con suavidad, tras lo cual se arrodilló en el suelo, empezando ambos hombres una oración silenciosa dirigida al objeto responsable de la inesperada sorpresa que Gabriel acaba de sufrir. En el centro de la estancia, se encontraba una plataforma alargada, de unos cinco metros de longitud, y metro y medio de anchura. Se trataba de una amplia y robusta mesa, tallada en la roca, cuya imponente superficie había sido pulida con destreza. Encima de ella, protegida por un fino cristal engastado en un marco de madera tallada, se encontraba la Sábana Santa.

Nada más verla frente a él, supo que no se trataba de una reproducción fotográfica a tamaño real, o de una de las múltiples copias que circulaban por el mundo, sino que aquella era la auténtica tela que una vez cubrió el cuerpo de Cristo. Allí pudo contemplar, separado de sus dedos tan solo por el delgado cristal protector, el tejido de lino puro, tupido y opaco, entramado al estilo antiguo de Damasco, que componía el tejido del lienzo.

Gabriel admiró impresionado su tosquedad, propia de telares rudimentarios donde se desconocían los actuales medios técnicos de precisión de hilatura y textura. Se apreciaban con claridad las líneas oscuras causadas por los dobleces a los que durante siglos fue sometida la sábana, al exponerse dejando tan solo el rostro al descubierto, así como las quemaduras y remiendos realizados por las monjas clarisas de Chambéry, e incluso la mancha del agua resultado del intento de extinguir el fuego del incendio de 1532.

En el centro, y destacando sobre la tela de algo más de cuatro metros de larga, se distinguía, con aspecto amarillento y gastado, la impronta anterior y posterior del cuerpo. Gabriel había leído que en la sábana original las imágenes eran difíciles de distinguir. Sin embargo, fuese por la peculiar iluminación o por su estado de ánimo alterado, lo cierto es que a él le

parecieron claras como el agua. No tuvo dificultad alguna para distinguir la anatomía, perfectamente proporcionada, elegante y robusta de un hombre que debió medir más de metro ochenta, a pesar de que toda la imagen se encontraba impresionada en negativo, tal y como había descubierto Secondo Pía alrededor de 1890. Gabriel se estremeció al imaginar la emoción que debió sentir aquel hombre, cuando, durante el proceso de revelado de una de las primeras fotografías en alta resolución que había tomado del lienzo, vio surgir, en la penumbra del cuarto oscuro y entre los reflejos del baño de revelado, el Santo rostro ante él.

Gabriel, sumido en una especie de trance, continuó recorriendo, con las yemas de sus dedos pegadas al cristal, el resto de la imagen, ante la mirada respetuosa de su tío y del hermano Rigaud, que permanecían junto a él en silencio, comprendiendo y respetando la emoción que estaba sintiendo en aquel momento mágico e irrepetible.

Gabriel recordó emocionado la descripción detallada que Ramalla hacía en su libro del lienzo. Impresionado pudo comprobar por sí mismo, como las heridas, reflejadas con un tono ligeramente más rosado que el resto, se ajustaban en tamaño y colocación, de forma admirable, a lo narrado en los Evangelios, mostrando incluso aspectos de la crucifixión que pasaron inadvertidos a los propios evangelistas. Era el caso de las heridas de los clavos, claramente situadas en los carpos, en la región del pulso, lo que tiraba por tierra la creencia milenaria de que fueron clavados en las palmas de la mano, y también el de las marcas causadas por las espinas en la cabeza, a la que circundaban por completo, desmintiendo que se tratase de una corona y confirmando que fue un casquete de espinas lo utilizado durante la tortura. Gabriel incluso creyó apreciar las huellas del patibulum⁽²⁵⁾ y de la cruz en la impronta de la espalda, que demostraban que fue sólo el travesaño de la cruz atado a sus brazos, lo que arrastró aquel hombre hasta el lugar de su ajusticiamiento y no la cruz completa.

Mientras contemplaba una vez más el rostro del hombre, cuyo cuerpo había descansado, tras un suplicio inimaginable, entre los pliegues de aquel tejido, tuvo la certeza de que aquel semblante, que se intuía amable y humano a pesar de la deformidad que la terrible tortura le había producido, también le contemplaba a él a través de los dos mil años de historia que les separaban, y que lo hacía con una compresión y dulzura infinitas.

—¿Por qué esta aquí? —preguntó Gabriel, saliendo finalmente del

ensueño en que había estado sumido.

—Esta estancia fue construida como lugar de reunión de la Orden. Se realizó con la finalidad de que el Santo Sudario pudiese presidir nuestras decisiones más importantes, y, también, para que los candidatos pudiesen presentarse en completa intimidad ante la mirada del Señor —explicó su tío, sin poder disimular la emoción que embargaba su voz.

—Ahora debemos irnos —interrumpió Rigaud.

—Me gustaría poder examinar la Sábana Santa durante más tiempo —protestó Gabriel contrariado, ante la posibilidad de que una oportunidad como aquella se le escapase entre los dedos tan rápidamente.

—Podrás hacerlo, no te preocupes —intervino su tío con cierta ironía—. Rigaud no se refería ti. Tú debes quedarte en esta cámara.

—¿Cómo?

—Todo nuevo candidato debe pasar la noche anterior a la ceremonia de ingreso en íntima comunión con Cristo —empezó a explicar Rigaud—. Tendrá que permanecer esta noche aquí, meditando en soledad y ayuno, en presencia tan sólo de la Sangre Real. Dios le revelará si es digno de que depositemos sobre sus hombros la tarea que la Orden le tiene encomendada.

Sebastián King hizo un gesto a su sobrino para que acudiera junto a él, mientras extraía del interior de su chaqueta un fajo de hojas perfectamente plegadas, que entregó a continuación a Gabriel.

—Debes leer esto durante tu estancia aquí —le informó Sebastián King con solemnidad—. Se trata de la traducción de una carta dejada por Hugo de Payns a su heredero antes de morir. Desde entonces ha permanecido en nuestra familia y ha sido transmitida por cada miembro de la Orden a su sucesor antes de la ceremonia de ingreso.

Gabriel observó las hojas que su tío acababa de darle, siendo consciente, quizá por primera vez, de que realmente era descendiente del hombre que había fundado la Orden del Temple y que había redactado aquella carta, hacía más de nueve siglos.

Su tío se acercó a él y los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo. Gabriel notó como el cuerpo de su tío temblaba intensamente por la emoción. Cuando los dos hombres se separaron, Rigaud acudió con rapidez, volviendo a levantar el cuerpo de Sebastián King con la fuerza inusitada de

sus brazos. Tras abandonar la habitación, la enorme puerta de madera maciza se cerró tras ellos y a Gabriel le pareció que aquella estancia se volvía más fría que nunca.

7

Simón empezaba a perder la calma, llevaba más de una hora sin recibir señal alguna en el receptor, y el aparato ni siquiera era capaz de fijar con precisión el lugar donde se encontraba el periodista. Tan solo sabía que había acudido junto a su tío a la Catedral de Turín, pero, una vez allí, la señal había desaparecido por completo. La posibilidad de que King hubiese decidido traicionarle después de que lo amenazase por teléfono, se le antojaba absolutamente impensable. Si algo había aprendido a durante el tiempo en que trabajó de sicario entre los traficantes de Brasil, fue a juzgar a la gente, a saber cuándo mentían o decían la verdad con tan sólo ver sus ojos u oír el tono de sus voz. Todo su ser le decía que el terror de Gabriel King en el hotel de París había sido genuino, y que la conversación que acababa de tener por el móvil había apuntillado aquel terror hasta paralizarle por completo. Por eso no comprendía qué podía estar pasando.

Tras comprobar una vez más que la señal del emisor seguía sin recibirse en el receptor, decidió calmarse y llamar al Perfecto para contarle lo ocurrido. Si él se lo pedía, estaba dispuesto a cumplir la amenaza que hiciese al periodista y acabar con la vida de la mujer, pero no quería hacer algo así hasta no estar convencido de que era lo correcto.

8

Gabriel se acomodó lo mejor que pudo sobre el duro banco de piedra, situándose bajo la luz vacilante de una de las antorchas. Con impaciencia comenzó a colocar las hojas que le diese su tío en la mesa para comenzar su lectura. Por un lado, se encontraba el texto original escrito por el propio Hugo de Payns y, junto a él, una traducción cuidadosamente realizada por su propio tío. Forzándose a apartar su atención de la Sábana Santa, comenzó a leer el escrito traducido.

“Escribo estas líneas ante la luz mortecina de una vela, sintiendo como mi pecho arde de dolor, en el que ahora sé que es uno de mis últimos

días en este mundo antes de que sea llamado ante el juicio divino, donde habré de dar cuenta de mis pecados. Sólo espero que en la balanza de mi vida pesen más mis buenos actos y rectas intenciones que mis numerosos errores, para que la misericordia del Señor tenga a bien llevarme a su lado.

Mi intención pues, al escribir este texto es intentar iluminarte a ti, el futuro heredero de mi compromiso con la Orden, a comprender mejor los motivos que me llevaron a mí, un señor de un feudo modesto, a fundar públicamente la Orden del Temple, y en completo secreto la Orden de los Nueve, a la que has elegido dedicar tu vida tal y como yo mismo hice hace casi veinte años.

No me extenderé relatando las visiones que el Señor en su infinita sabiduría tuvo a bien enviarme para guiarme a mí y al resto de caballeros hasta el tesoro de sabiduría que localizamos bajo las ruinas del Templo de Salomón, pues a estas alturas de tu formación supongo que te habrán sido relatados una y otra vez por el resto de miembros de la Orden. Así mismo, sé que ya sabes que la misión discreta de nuestra Orden ha sido desde su fundación buscar y localizar el lienzo con la Sangre Real, cuya custodia debe ser nuestra principal misión. Aunque ahora estamos ya muy cerca de localizar su situación exacta, sé que su contemplación no me será concedida, probablemente como castigo por permitir que la debilidad de mi Fe me apartase en ocasiones del verdadero objetivo de mi vida al servicio del Señor. Pero no te escribo esta misiva para ahondar en el que sé que es un profundo compromiso con nuestra causa, sino para revelarte una tercera visión, que tuve hace menos de un año, y que sólo tú y nadie más tiene el derecho de conocer.

No me juzgues ante lo que ahora narraré como un loco o iluminado, sino como un simple ser humano, que ha intentado toda su vida descubrir lo que Dios esperaba de él, y que siempre ha procurado, con mayor o menor fortuna, seguir sus dictados. A partir de ahora, serás tú el que deba averiguar el camino que el Señor ha marcado para ti.

Creo que esta última visión no está destinada ya a guiar mi propio camino, sino a iluminar el de los que han de continuar la obra a partir de ahora. Por eso, quiero que su relato permanezca escrito por mi propia mano, para que su contenido no sea alterado con el paso del tiempo, o por la interpretación que terceras personas pudieran hacer de él, pues sólo a ti, mi heredero en la Orden, te pertenece dicho privilegio.

He de confesar que las labores de administración de la Orden del Temple me han ido absorbiendo estos últimos años cada vez más, debido al crecimiento desproporcionado que la Orden ha experimentado desde que oficializamos su fundación, lo que me ha hecho descuidar los asuntos mucho más importantes de la Orden de los Nueve. Por eso, he decidido que a partir de ahora ambas organizaciones permanezcan separadas, de forma que el futuro Gran Maestre de la Orden del Temple no sea ya un miembro de la Orden de los Nueve. Para tal cargo he pensado en Robert de Craon, un caballero de indudable valor y piedad, especialmente dotado para las labores de organización. Te cuento esto porque fue hace varios meses, tras un día que había sido realmente fatigoso, cuando, después de discutir con Robert mi futura sucesión en el cargo, me empecé a sentir muy cansado. Al llegar el atardecer, sentí mis fuerzas desfallecer y por primera vez comencé a experimentar la sensación de ahogo y ardor de pecho, que ahora mientras escribo esta carta siento como avanza por mi garganta. Robert percibió mi cansancio y se ofreció a terminar el sólo la redacción de los documentos, en que estábamos ocupados, para que yo pudiese retirarme a descansar.

Llegar a mis habitaciones, en el ala oeste del castillo, resultó una tarea más difícil de lo esperado, pues mi vista comenzó a nublarse y los objetos a mi alrededor a oscilar, de forma que a punto estuve de dar de bruces con mi cuerpo sobre el frío suelo de piedra. Por fin llegué a mis aposentos. Casi sin fuerza, me abalancé sobre mi cama, envuelta en finas sedas de Oriente, como un beduino sediento ante un pozo del desierto. Tumbarme en el lecho no trajo a mi cansado cuerpo el descanso buscado, sino que la sensación de irrealidad se acrecentó mientras una peculiar parálisis, que recordaba bien, comenzó a atenazar mis miembros.

Todo a mí alrededor empezó a cambiar paulatinamente, hasta que de pronto me vi sumergido en un entorno de pesadilla. Me hallaba en una inmensa llanura, pero mis pies no pisaban tierra ni arena sino un inmenso mar de sangre. Horrorizado, miré hacia el suelo y vi mi propio rostro, perfectamente reflejado en el rojo elemento. La imagen comenzó a oscilar, como si las ondas, provocadas por una piedra lanzada al agua de un estanque, la alcanzasen. Ante mis ojos, los rasgos reflejados cambiaron una y otra vez mostrándome distintas figuras, unas veces el rostro parecía pertenecer a un hombre joven, otras a un simple mozuelo, luego volvía a cambiar y el rostro de una doncella ocupaba su lugar, para tornarse rápidamente el de un anciano arrugado, y así sucesivamente en un

interminable desfile de personas, que sólo mantenían un rasgo en común, algo que no cambiaba y que era igual en mi propio reflejo: los ojos. Había algo en la mirada que se mantuvo inalterable hasta que el desfile de rostros terminó, mostrando de nuevo mi propio reflejo.

Un estruendo llegó entonces desde la lejanía. Me recordó inmediatamente el retumbar de los cascos de caballos a galope, en plena carga contra el enemigo, y al ruido del choque de las espadas, que tantas veces presenciase durante batalla. Me sentí triste ante las muertes inútiles que, todas aquellas guerras que ahora me parecían sin sentido, provocaron en el nombre de dioses, cuya verdadera Fe era tan ajena a la guerra entre los pueblos como la sonrisa de un niño lo era al odio de los hombres.

Estaba sumido en la pena y el remordimiento, cuando dos caballos se hicieron de pronto visibles. Eran blancos como la nieve, pero la sangre les iba salpicando según avanzaban, tiñéndoles poco a poco el pelo del color rojo de la sangre. El rostro de sus jinetes estaba envuelto en la oscuridad, pero el estandarte que portaban aparecía claro como la luz de la mañana, pues era un simple tejido blanco desnudo sin ningún símbolo bordado. Entonces, algo en el mar de sangre llamó mi atención; una figura extraña comenzaba a surgir de su interior. Al principio me pareció un simple remolino, pero, después, fue adquiriendo volumen hasta que, poco a poco, se formó una figura, que me hizo prorrumpir en un inesperado llanto incontrolado. Se trataba del cuerpo de un niño completamente desnudo, tiritando de frío descontroladamente. Podía percibir la tristeza y desamparo que sentía en aquel extraño lugar como mío propios.

Los jinetes repararon entonces en él y se acercaron lentamente, alargando sus manos para que el niño se fuese con ellos. Por un momento, deseé que fuese a la seguridad de sus monturas pues no podía percibir mal alguno en sus figuras. Sin embargo, todo cambió cuando un nuevo caballo apareció tras ellos. En esta ocasión se trataba de un corcel de color negro como la noche que avanzaba vacilante, pues dos jinetes se apretujaban sobre él dificultando su marcha. De forma incomprensible, el mar de sangre no salpicaba en esta ocasión al animal y éste se mantenía limpio durante su avance. Cuando llegó a la altura del niño, pude distinguir a sus ocupantes. En esta ocasión sus rostros eran visibles, se trataba de un hombre y una mujer. Ella, aunque desconocida para mí, me resultó familiar en cierta manera, y el hombre, que tenía el porte de un Rey, era yo mismo sin serlo en

absoluto. Cuando se acercaron al niño, también tendieron sus manos para recogerlo. La desamparada criatura se vio así en la tesitura de escoger entre ambas ofertas. Sin dudarlo, se dirigió a los ocupantes del corcel negro, agarrándose a las manos de la mujer, que lo cogió sin dificultad abrazándolo.

Entonces ocurrió algo terrible, los caballos blancos se agitaron, levantándose sobre sus cuartos traseros y relinchando con furia, lo que les hizo cubrirse completamente de sangre por las salpicaduras que provocaban. Los jinetes revelaron sus semblantes, hasta ahora ocultos entre las sombras, y lo que vi me llenó de terror. Sus rostros eran sendas calaveras. Entonces comprendí que el blanco de su estandarte no era el blanco de la pureza, sino el marfileño color del hueso desnudo de la muerte.

Comenzó entonces una terrible batalla, cuando atacaron sin piedad a la pareja que intentaba proteger al niño. El sonido del choque de las espadas rasgó el aire. En medio del fragor de la pelea, contemplé impotente como el niño caía de nuevo al mar de sangre situado a sus pies, sin que ninguno de los jinetes pudiese evitarlo. Tras un leve forcejeo, el pobre niño desapareció en las profundidades de la marea roja, tal y como había surgido. En aquel mismo instante, el rojo de la sangre se tornó en llama y me vi envuelto en enormes lenguas de fuego, que intentaban alcanzar el cielo. Sin embargo, no sentía su calor sobre mi carne. En medio de aquel infierno, vi salir un solo caballo del lugar, pero me fue vedado ver sus ocupantes, por lo que no pude saber quién ganaba aquella batalla. Lo que sí pude observar es que el niño no se encontraba en aquella montura. Sin embargo, aquel descubrimiento no me hizo sentir desgraciado sino en cierto modo reconfortado. El fuego fue apagándose paulatinamente, hasta que volví a encontrarme en mi habitación tendido sobre las sábanas de seda de mi lecho.

Paulatinamente, fui recuperando la paz de espíritu hasta que, una calma, hasta ese momento desconocida, se apoderó de mi cuerpo, devolviéndome de forma sosegada mi respiración normal. En mi mente el significado de lo que acababa de ver empezó a esclarecerse, tal y como me había ocurrido en las otras ocasiones. Ahora sé que mi tiempo llega a su fin, pero que el camino sólo ha empezado a recorrerse. Sé que ese camino, que deberán transitar otras personas, será un camino dificultoso, plagado de traiciones, donde los amigos y aliados se convertirán en enemigos. Un camino tapizado de la sangre de inocentes. Sólo espero que al final del

mismo, a pesar de todo el sufrimiento, sea el caballo de Nuestro Señor el que salga victorioso entre de las llamas purificadoras, cabalgado por su propio hijo, para que su reino de paz se establezca por fin en la Tierra.

A partir de ahora, dejo en tus manos mi legado. Actúa siempre con rectitud de espíritu y santas intenciones. Yo apagaré ahora esta vela y dejaré esta carta a tu cuidado, para que la entregues también en su momento a los que han de venir. Me retiraré ahora a dormir el sueño de los justos, donde espero que el Señor Jesucristo me permita contemplar la gloria de su Santa Faz, que mi falta de Fe me hizo imposible contemplar en vida.

Durante toda mi vida sólo quise ser un servidor de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Que Dios tenga piedad de mi alma!

Hugo de Payns, Gran Maestro de la Orden de los Nueve y de la Orden del Temple.

24 de mayo del año 1136 de Nuestro Señor”

Gabriel depósito la última hoja con reverencia junto a las demás, sintiendo como el peso del mismo mundo se depositaba encima de sus hombros. No sabía o no quería interpretar lo que acababa de leer. No se veía capaz de asumir la responsabilidad de que aquella carta fuese real, de que las visiones de su antepasado pudiesen estar relacionadas con lo que él mismo estaba viviendo. Apartó de su mente los negros nubarrones que se empeñaban en atormentarle e intentó recuperar la tranquilidad.

Miró a su alrededor y su vista volvió a recalar sobre la imagen de eterna paz del hombre reflejado en el sudario que tenía frente a él. La sensación de estar ante lo trascendente volvió a ser abrumadora. Se sintió incapaz de permanecer allí hasta el día siguiente, enfrentándose a la mirada acusadora del hombre de la Sábana. El peso del teléfono móvil en el interior del bolsillo de su chaqueta, comenzó a parecerle insoportable. Tenía la sensación de estar cometiendo un sacrilegio al permitir que aquel objeto, proveniente de las manos de un asesino, estuviese junto a él en presencia de la imagen de quién podía ser Jesucristo. Gabriel no sabía qué debía hacer; por un lado, pensaba en sacar el aparato y estrellarlo contra una pared, y por otro, recordaba el rostro de Nichole y no se veía capaz de hacer nada que pusiese en riesgo su vida.

Gabriel hizo entonces algo que no había hecho desde que su padre

murió en la cárcel, desde el día en que, completamente defraudado, decidió que Dios no tenía ya cabida en su vida. Se arrodilló y, con lágrimas en los ojos, comenzó a rezar en silencio pidiendo a Dios que le iluminase en su camino.

9

—No debemos precipitarnos —repuso la voz siempre paciente del Perfecto—. Debes comprender que el secretismo de la Orden del Temple siempre les ha llevado a realizar sus ceremonias en lugares ocultos, la mayoría de las veces bajo tierra. Es muy posible que, el emisor que lleva Gabriel King no pueda atravesar las gruesas paredes del lugar donde se encuentra para llegar al receptor.

—¿Y qué haremos si el DSM no funciona? —preguntó Simón, preocupado de que el cuidadoso plan que habían preparado pudiese estar empezando a fallar.

— No debes preocuparte —lo tranquilizó el Perfecto—. Ya te he explicado que no debemos depositar nuestra Fe en la tecnología, tan sólo la usamos como un medio que nos facilita la tarea que Dios nos encomienda. Ahora, la utilidad del DSM ya no radica tanto en su eficacia tecnológica, como en su capacidad para mantener a King atemorizado ante nuestro aparente control de la situación.

—¿Y si decide no colaborar y lo cuenta todo?

—Eso no va a ocurrir porque el periodista nunca arriesgará la vida de la mujer a la que ama, y que el Señor nos ha entregado en su infinita sabiduría. Ella debe ser ahora nuestra máxima prioridad. Mientras nosotros la tengamos, tendremos a King y la obra del Señor llegará a buen puerto.

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó Simón aún nervioso.

—Nada. Espera a que toda la ceremonia acabe sin interferir ¿La mujer está bien? —se interesó el Perfecto.

—Está muy bien. No me ha dado ningún problema —aseguró Simón avergonzado pues creyó percibir, en la voz del Perfecto, una clara desconfianza, ante la posibilidad de que Simón aún no hubiese superado los problemas que había tenido en relación a su control sexual, durante su periodo de educación.

—¡Estaba seguro de ello! —exclamó satisfecho el Perfecto, esbozando una sonrisa—. Cada día está más cerca el momento en que serás nombrado Perfecto e Hijo Menor del Obispo. Lo espero con impaciencia, pues sé que entonces se hará justicia con un hombre que lo está dando todo al servicio del Señor.

Simón sintió como su corazón se llenaba de nueva fortaleza al oír las palabras de su mentor. Si antes de llamar al Perfecto se encontraba nervioso en inseguro, con tan sólo hablar con él unos minutos, su voluntad era ahora de hierro en su determinación a realizar todo lo necesario para lograr vencer en esta guerra en que él era el soldado de Dios.

CAPÍTULO OCTAVO

1

Cuando la puerta del recinto se abrió y la cara ya familiar de Rigaud asomó a través de la entrada, Gabriel se incorporó con rapidez de su improvisada cama de piedra. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que quedase a solas, pero para sus articulaciones doloridas parecía como si hubiese pasado allí una semana.

La noche había resultado una experiencia realmente extraña. Por primera vez en mucho tiempo, había estado rezando, y aquello había supuesto recordar momentos de su infancia y niñez que creía prácticamente olvidados. Hubo instantes en que le pareció estar reviviendo en su memoria situaciones pasadas, con tal fidelidad y viveza que hubiese sido incapaz de determinar si estaba soñando o si aún permanecía despierto.

En varias ocasiones, se levantó de su dura cama de piedra dispuesto a pasar el resto de la noche despierto, estudiando la Sábana Santa en cada uno de sus detalles. Pero, siempre, de forma ineludible, una fuerza superior a él, que no era el mero cansancio, le había devuelto a su improvisado lecho pétreo para continuar sufriendo una serie infinita de visiones y ensoñaciones.

Creó ver a Nichole tendida sobre un lujoso lecho de sábanas bordadas, con elegantes cisnes volando a su alrededor, y perdida en un sueño del que era incapaz de despertar. Vio a su padre rezando en el interior de una pequeña celda, pidiéndole a Dios que su hijo tuviese una vida feliz, e incluso llegó a sentir la presencia de su tío llorando en aquella misma estancia, intentando comprender porque estaba allí en vez de ayudando a su hermano. Todas aquellas imágenes, y otras que no podía recordar, pasaron ante él, llevándole a un estado de frenesí y nerviosismo tal, que llegó a temer por su propia cordura.

Pero fue precisamente en el momento en que su desesperación parecía alcanzar un grado insoportable, cuando un inexplicable sosiego se apoderó de ser. Fue como si, en medio de aquella locura, una presencia sutil acariciara su misma esencia, con una sincera ternura y comprensión, consiguiendo elevarle hasta una paz profunda. Con aquella nueva sensación, le llegó la seguridad de no encontrarse sólo ante aquel trance y se sintió

reconfortado. El miedo, que hasta entonces le había perseguido con insistencia, desapareció como polvo arrastrado por el viento.

Por eso, cuando Rigaud entró en la estancia, encontró a un Gabriel descansado y satisfecho, a pesar del poco tiempo dormido, dispuesto e incluso impaciente por afrontar la ceremonia de ingreso en la Orden. El hombre le guio con rapidez al exterior del edificio, sin hacerle ninguna pregunta sobre lo ocurrido durante la noche. Le llevó hasta una salida lateral de la Catedral, donde Gabriel pudo comprobar, al recibir la luz débil del sol sobre su rostro, que aún era una hora muy temprana de la mañana. Su estancia en la catedral había sido más corta de lo que había supuesto. Un nuevo vehículo de alquiler le esperaba para llevarle al aeropuerto, donde Salvatore, el mismo piloto que le trajese en el viaje de ida, le aguardaba para llevarle de vuelta a Roma.

—¿Se sentará esta vez junto a mi o prefiere ir en la parte trasera como ayer? —le preguntó Salvatore con ironía, mientras limpiaba con un pañuelo sus trasnochadas gafas de espejo.

Al ver su mirada caída y poco agraciada, el efecto de encontrarse frente a un antiguo piloto de guerra se desvaneció de inmediato, y Gabriel comprendió por qué aquel hombre ocultaba sus ojos tras el reflejo de los cristales de sus gafas.

—¡Iré junto a usted! —exclamó Gabriel, sorprendiéndose a si mismo tanto como al piloto, al comprobar que ya no sentía temor alguno ante una nueva experiencia de vuelo.

Salvatore pareció complacido por la osadía de Gabriel y pronto ambos hombres estuvieron sentados uno junto al otro volando de vuelta a Roma.

—Veo que le ha sentado bien su estancia en Turín —comentó el piloto perplejo ante la tranquilidad que Gabriel aparentaba, sentado a su lado sin mostrar incomodidad alguna, a pesar de que el despegue había resultado un tanto brusco.

—La verdad es que ha resultado ser una experiencia notable —reconoció Gabriel con sinceridad.

—Ha debido serlo. Ayer temí durante todo el vuelo que terminase estropeándome la tapicería de los asientos, y hoy, sin embargo, parece que fuese otro hombre.

—Ayer no me encontraba bien, pero hoy estoy mucho mejor — procuró zanjarse el tema Gabriel, que no quería pensar en exceso sobre ello, no fuera que su nueva seguridad desapareciese tal y como había llegado — Pero, dígame ¿llevó ayer de vuelta a mi tío? —preguntó procurando desviar la conversación.

—Sí, le devolví a Roma ayer a última hora de la tarde. Él fue quien me pidió que repostase y volviese hoy por la mañana de nuevo a Turín para recogerle —respondió Salvatore—. Debe ser muy importante su visita para que me contratase para cuatro vuelos seguidos. Ya he tenido que llenar el depósito dos veces y, cuando lleguemos a Roma, volveré a hacerlo. Me gusta tener el avión siempre a punto y no le va a resultar nada barato a su tío.

—No se preocupe por eso —repuso Gabriel—. Estoy seguro que mi tío ya tenía sus estipendios previstos.

El viaje de vuelta se le hizo a Gabriel increíblemente corto, gracias a la amena conversación que mantuvo con el piloto, al que descubrió como un brillante orador lleno de sarcasmo. Sus anécdotas sobre las distintas personas que solían contratarle parecían infinitas. En otras circunstancias no le hubiese costado convertir a aquel agradable piloto italiano en un buen amigo.

Al llegar a Roma, Paolo Bassani le esperaba una vez más con su flamante Mercedes, para llevarle hasta la casa de su tío, cosa que hizo en un tiempo récord, sorteando el caos automovilístico, en que la ciudad eterna parecía envuelta, con increíble eficacia.

Cuando llegó finalmente a su destino, su tío le esperaba en la sala de lectura con profunda impaciencia. Si hubiese podido, se hubiese levantado para abrazarle nada más cruzar la puerta de la estancia, pero tuvo que contentarse con esperar que llegase a su altura para poder estrecharle entre sus brazos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, ansioso por conocer cuáles habían sido las sensaciones de su sobrino durante aquella noche de meditación y ayuno.

—Ha sido una experiencia extraña pero muy positiva —reconoció Gabriel con sinceridad, extrayendo de su chaqueta la carta, que la noche anterior le diese su tío, para devolvérselas.

— Me alegro. El Santo Sudario tiene la capacidad de hacer aflorar nuestros temores y nuestros deseos. Es como si desde la Sábana, en que el

propio Jesucristo se enfrentó a su prueba final como hombre, el Señor nos ayudase a enfrentarnos a nuestros propios demonios — explicó su tío emocionado, mientras recogía de sus manos las hojas manuscritas.

— He de confesar que, antes de esta noche, pensaba en la Sábana Santa más como objeto históricamente valioso que como objeto sagrado. Sin embargo, ahora todo es distinto. Ahora sé que, venga de donde venga, ese sudario es mucho más que la tela que envolvió el cuerpo de un ajusticiado — confesó Gabriel, no sólo a su tío sino también a sí mismo.

—Ahora entenderás mejor lo que a mí me ocurrió. Por qué llegué aquí dispuesto a hacer el juramento, sólo por cumplir el deseo de tu padre, y terminé haciéndolo por la fuerza de mi propia Fe, convirtiéndome en un caballero templario de corazón, tal y como espero que tú hagas esta noche.

Gabriel comprobó con dolor la fragilidad de la salud de su tío, al ver como su voz emocionada comenzaba a temblar, profundamente conmovido, obligándole a callar durante unos segundos para recuperar el aliento.

—¿Qué opinas de la carta de Hugo de Payns? —preguntó Sebastián King, recuperando poco a poco la serenidad.

—No sé qué pensar —reconoció Gabriel—. Cuando la leí, tuve la rara sensación de que Hugo de Payns se dirigía directamente a mí con sus palabras. Aun no entiendo como algo escrito hace cientos de años pudo parecerme tan directamente relacionado con mi propia situación actual. Puede que sólo fuera la necesidad del cerebro humano de buscar una pauta reconocible en todo cuanto percibe.

—Siempre he pensado que su relato era como las antiguas profecías de los oráculos de época clásica. Como aquellas extrañas metáforas, llenas de múltiples significados casi siempre acertados, que la sacerdotisa ofrecía a sus intérpretes, bajo el efecto de los vapores alucinógenos del Oráculo de Delfos⁽²⁶⁾ —le explicó su tío, recuperando su capacidad habitual para evocar con facilidad asombrosa los episodios más peculiares de la historia— Creo que, como entonces, sólo a quien realmente va dirigida la profecía es capaz de comprender su significado real. Sólo espero que su lectura, y el hecho de contemplar por ti mismo el Santo Sudario, fortalezcan tu decisión de ingresar en la Orden como hicieron conmigo.

Al oír las palabras de su tío, de nuevo el peso del teléfono móvil pareció aumentar en el bolsillo interior de su chaqueta, recordándole con

obstinación su existencia. Gabriel decidió ignorar su presencia, dispuesto a afrontar la futura ceremonia sin atormentarse con un remordimiento de conciencia continuo, que no le llevaría a ningún lado. Haría lo que tenía que hacer y lo haría de la mejor forma posible.

—¿Qué ocurrirá a partir de ahora? —preguntó con decisión Gabriel.

—La ceremonia tendrá lugar esta noche. Permanecerás en ayunas hasta su conclusión, para que la pureza de tu cuerpo sea un reflejo de la pureza de tu espíritu cuando te enfrentes al resto de hermanos y al juicio divino. Te daré ahora una copia de nuestra regla y permanecerás el resto del día en tus habitaciones, dedicado a su estudio y a la meditación.

—¿Hay algo que deba saber antes de la ceremonia? —se interesó Gabriel, en busca de algún consejo de su tío que le ayudase a superar la prueba.

—Tan sólo que la sinceridad será tu mejor arma. Con ella de tu lado, mañana a estas horas serás un nuevo hermano de la Orden —repuso su tío con una cálida sonrisa—. Ten Fe y todo saldrá bien.

Aquella sencilla respuesta, que estaba destinada a tranquilizar a Gabriel por su aparente sencillez, tuvo el efecto contrario y la inquietud volvió a hacer acto de presencia en su ánimo.

2

A medida que las horas iban pasando, la agitación de Gabriel iba en aumento, al verse cada vez más cerca de enfrentarse a la desconocida ceremonia, que le convertiría en miembro de pleno derecho de la Orden Secreta del Temple. Una ceremonia cuyo extraño contenido había levantado innumerables especulaciones entre los historiadores durante siglos. Al igual que lo había hecho el contenido de la Regla, que había estado estudiando durante todo el día. La Regla establecía los estatutos secretos de la Orden. Unos estatutos muy lejanos en su contenido a aquellos originales redactados por Bernardo de Claraval, que estaban esencialmente inspirados en Regla del Cister.

Según leía cada uno de los artículos, donde se establecían las finalidades reales de la Orden, así como los deberes y obligaciones de sus miembros, más convencido se encontraba Gabriel de que aquella regla había sido redactada en época posterior a la disolución de la Orden oficial del

Temple. Todo su espíritu estaba muy lejano del que inspirara una milicia esencialmente dedicada a la guerra santa en la regla original. De hecho, la única lucha reflejada en el texto era la encaminada a conseguir que la conciencia espiritual de la sociedad madurase hasta permitir el establecimiento del verdadero Reino de Dios en la Tierra.

A Gabriel le resultó especialmente revelador comprobar cómo el contenido doctrinal, expuesto en aquellos estatutos, aunque inequívocamente cristiano, difería notablemente de la doctrina católica que conocía. También le llamó la atención el tratamiento totalmente igualitario entre hombre y mujer presente en todo el texto. No se establecía distinción alguna en los deberes y obligaciones de ambos sexos en el seno de la Orden. En definitiva, y excepto algunas reminiscencias arcaicas en su contenido, en lo referente a la organización y cargos de la Orden, su contenido le pareció asombrosamente moderno.

La Regla terminaba con un relato exhaustivo de la historia de la Orden del Temple desde la original *Orden de los Nueve*, a la que el texto aludía como *Templi Secretum*, y su hermana y pública *Orden del Temple*, pasando por su refundación en una sola orden llamada “*La Orden Secreta del Temple*”, hasta la época actual. No había ninguna duda de que aquel era un texto que se había mantenido vivo, gracias a su continua renovación.

Gabriel no pudo encontrar nada que difiriese esencialmente de sus propias concepciones morales y religiosas. Ahora empezaba entender con claridad la realidad de la afirmación de su tío, cuando le explicó que los miembros de la Orden no necesitaban aleccionar a sus hijos en las enseñanzas de la Orden revelándoles su existencia, sino que se limitaban a facilitarles el aprendizaje de unos principios fundamentales, que les permitiesen, cuando les fuese revelada su futura condición, su fácil y libre aceptación.

Gabriel supo entonces por qué su padre siempre le aconsejaba no ser un creyente demasiado literal del discurso de la Iglesia Católica, animándole a mantener una mente crítica y abierta, a la vez que le inculcaba los valores de una moral cristiana basada en la igualdad y la tolerancia. Aquella enseñanza liberal, en vez de debilitar sus creencias, al inducir una mayor laxitud en su práctica religiosa, las había fortalecido íntimamente, de tal manera, que ahora no le costaba en absoluto verse identificado con la moral contemplada en la Regla de la Orden del Temple. Con angustia, nacida de una irreprimible nostalgia, lamentó profundamente haber perdido tan pronto

la sabia guía de su padre, aunque agradeció haber mantenido la de su madre, igualmente valiosa para él.

La puerta de la habitación se abrió interrumpiendo las reflexiones de Gabriel. La figura delgada de Marco, el ayudante de su tío, penetró en la estancia con paso firme. En sus manos llevaba un paquete con ropas perfectamente dobladas.

—Debe ponerse esto y acompañarme —dijo el hombre, entregándole con gran cuidado las ropas.

Gabriel desplegó con curiosidad su nueva vestimenta. Se trataba de una especie de hábito monacal de color blanco y de unos guantes del mismo color. Se vistió con rapidez, colocándose el extraño atuendo sobre su propia ropa, sin poder evitar estremecerse al sentir el contacto del teléfono móvil en su bolsillo. A continuación, Marco le condujo, sin palabras como parecía ser su costumbre, hasta la planta baja del edificio. Después, continuaron por un estrecho pasillo hasta dejar atrás las habitaciones que Gabriel conocía. Tras avanzar unos metros, el pasillo terminaba bruscamente en una pared cubierta por un hermoso tapiz, bordado en seda de colores e hilo dorado sobre terciopelo rojo. Marco se paró frente a él e indicó a Gabriel que aguardase allí.

Al quedarse solo, Gabriel se acercó al tapiz con la intención de examinar con mayor atención el bordado de aspecto medieval situado frente a él. La imagen representada le llamó poderosamente la atención pues mostraba la escena de una ejecución en la hoguera. Al fijarse con más cuidado encontró la fecha MCCCVII bordada en un lateral. Al instante comprendió que el hombre situado entre las llamas, retratado con el porte desafiante de un rey, no era otro que Jacques de Molay en el momento de su ajusticiamiento. A su lado aparecía un castillo, en cuyo pórtico se hallaba representado, con las flores de lis sobre fondo de azur, el escudo de armas del rey de Francia.

El tapiz pareció oscilar frente a su rostro, como si una ligera brisa lo alcanzase desde un lateral de la pared. Gabriel se apartó, en cuanto comprendió que la pared entera en la que estaba colocada la tela se estaba deslizando hacia la izquierda, dejando al descubierto una entrada oculta. Cuando terminó de abrirse del todo, vio como una luz surgía lentamente de las profundidades. Se trataba de la antorcha, que un hombre, que surgía desde el interior del túnel, portaba en sus manos enguantadas.

El hombre vestía un hábito similar al suyo, con la única diferencia de

una túnica con capucha añadida sobre sus hombros, en la que una gran cruz octogonal roja ocupaba toda la parte central. Llevaba la puntiaguda capucha levantada y el rostro oculto por un velo translucido de color blanco. Avanzó con tremenda parsimonia hasta situarse frente a Gabriel.

—Soy caballero de la Orden del Temple —se presentó, inclinando la cabeza a modo de discreta reverencia—. A partir de ahora esta luz os mostrará el camino —dijo, entregando la antorcha que llevaba en la mano a un expectante Gabriel—. Recordad que, si la rectitud de vuestro corazón no os acompaña y no sois fiel a la verdad, os perderéis para siempre.

Gabriel supo que tan sólo aquella pequeña antorcha de llama titubeante iba a acompañarle en su travesía por la oscuridad que se abría ante él. Confiando en que la referencia a perderse fuese tan solo una metáfora, penetró con temor en el túnel. Nada más introducir su cuerpo del todo en la abertura en la pared, esta se cerró de nuevo tras él. Gabriel comprendió, en aquel momento, que no tenía idea de cómo abrir de nuevo la entrada, y que, como le había dicho su tío, no había vuelta atrás en su viaje.

El camino resultó ser completamente distinto al que conociese en la catedral de Turín. En esta ocasión se trataba de un pasadizo húmedo y resbaladizo, envuelto en una completa oscuridad, que sólo la tenue y vacilante luz de la llama de su antorcha rompía a su paso con dificultad. La luz parecía incapaz de iluminar más allá de unos pocos pasos frente a él, lo que sumado a la irregularidad y humedad del suelo que pisaba, le obligaba a avanzar con gran lentitud.

Llegó un momento en que Gabriel no hubiese sabido decir si avanzaba en una dirección u otra, desorientado como estaba en aquel laberinto subterráneo. Recordando las palabras del caballero templario, respecto a la rectitud de su corazón, tomó la decisión de ignorar las galerías, que en algunos lugares se abrían a los lados, invitándole a abandonar el camino principal. Sin embargo, la gran duda llegó cuando tras un largo trecho de recorrido subterráneo se encontró, no con una desviación como hasta aquel momento, sino con una bifurcación. Obligatoriamente debía elegir entre continuar por la desviación de la izquierda o por la de la derecha, ya no existía un camino recto que seguir.

Indeciso, y asustado de que al final pudiese realmente perderse en aquel inmenso laberinto, comenzó a examinar las paredes en busca de algún tipo de señal. Tras instantes de profundo nerviosismo, en los que incluso

llegó a palpar palmo a palmo el terreno en busca de alguna irregularidad, se rindió, convencido de que no existía marca alguna. Estaba a punto de fiar su suerte al azar y escoger uno de los caminos por puro instinto, cuando percibió que el suelo parecía algo más liso junto aquellas entradas que en el resto del trayecto que había seguido hasta aquel momento. Con cuidado se arrodilló, notando la humedad del suelo traspasar su ropa llegando a sus rodillas, y lentamente acercó la antorcha, intentando iluminar las piedras que pisaba.

Como había presentido, en mitad del suelo irregular horadado en la piedra alguien había colocado dos losas perfectamente lisas, cada una orientada hacia uno de los lados del camino. En medio de cada una aparecía una figura cincelada. La de la izquierda mostraba el signo que viese por primera vez en el puñal con que asesinaron a Ramalla, y que ahora sabía que era el símbolo de la original Orden de los Nueve, el número romano nueve, girado 90 grados de forma que asemejase una copa. En la losa de la derecha, la figura era también el número romano nueve, pero esta vez sin presentar el giro característico del símbolo templario.

La elección parecía sencilla a simple vista, pues el símbolo de la Orden que conocía era claramente el que apuntaba hacia la izquierda. Sin embargo, algo en su interior impidió que Gabriel se precipitase tomando aquella alternativa. Decidió reflexionar un instante y sopesar sus opciones con tranquilidad. El caballero que le entregó la antorcha le dio dos consejos; seguir la rectitud de su corazón, que Gabriel había interpretado con el sentido de no desviarse en su camino; y ser fiel a la verdad. En este último consejo debía estar la clave.

Repentinamente, sintió que empezaba a comprender la cuestión planteada. Debía ver aquellas imágenes como lo que realmente eran y no con el simbolismo con el que pudiese dotárseles. Estaba pues simplemente ante un número nueve y una copa. La figura de la copa era, desde este punto de vista, una falsedad, pues la verdad que la Orden del Temple escondía es que la copa nunca había existido, ya que el Grial siempre había sido única y exclusivamente la Sábana Santa. Sin embargo, el número nueve si respondía a la realidad, pues fueron nueve los depositarios del secreto y fundadores de la Orden.

Convencido de haber realizado el razonamiento correcto, tomó el camino de la derecha, dándose cuenta en ese momento con ironía de que la derecha o diestra siempre fue sinónimo de benignidad, y la izquierda o

sinistra de malignidad, lo que confirmaba su elección.

Aunque aún tuvo que andar un gran trecho, finalmente, tras lo que le parecieron kilómetros de recorrido subterráneo, pudo comprobar cómo el terreno circundante cambiaba drásticamente de configuración. El suelo pétreo e irregular se volvió liso y mucho más practicable, y las paredes, hasta entonces una masa irregular de piedra, comenzaron a mostrar salientes y formas, con aspecto de haber sido realizadas con alguna función ahora caída en desuso y olvidada.

Gabriel sintió un escalofrío cuando, tras un recodo bastante brusco, descubrió que el camino terminaba ante él en una pared lisa de piedra. Temeroso de nuevo ante la posibilidad de que finalmente se hubiese perdido en aquel laberinto subterráneo, comenzó a examinar su entorno con nerviosismo. Para su desesperación, no encontró esta vez marca o símbolo alguno. Tan sólo le llamó la atención el hecho de que parecía faltar una última antorcha en la pared, ya que un viejo soporte oxidado sobresalía solitario en el lugar que hubiera debido ocupar ésta. Cansado y sin ideas, decidió depositar allí su antorcha para poder sentarse en el suelo y recuperar fuerzas. Estaba dispuesto a deshacer el camino andado, e intentar tomar el desvío de la izquierda que había dado, al parecer erróneamente, por equivocado.

Nada más introducir la antorcha en el soporte vacío, éste comenzó a inclinarse de forma inesperada. Gabriel comprendió, al oír el fuerte ruido de algún mecanismo poniéndose en marcha en el interior de la pared, que no se había equivocado de dirección después de todo.

El muro pétreo situado frente a él comenzó a desplazarse con lentitud, dejando al descubierto una estancia perfectamente iluminada con lámparas de aceite, que a Gabriel le pareció el mismo Paraíso cuando pudo penetrar en su interior, pues, a diferencia del frío y húmedo túnel por el que venía, allí la temperatura era bastante agradable. Se trataba de una habitación cuadrada, carente de mobiliario o adorno alguno. En un lateral, esculpido en la piedra, descubrió un banco en el que dos nuevos caballeros de la Orden esperaban su llegada. Los dos hombres, vestidos como el que viera en la entrada del pasadizo, estaban arrodillados con los brazos apoyados sobre la fría piedra saliente del banco en actitud de oración, dando la espalda a Gabriel.

La voz de uno de ellos irrumpió el silencio del lugar para realizar una pregunta, sin modificar en modo alguno su postura.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó con una voz temblorosa propia de una persona anciana.

—Gabriel King Bagá —contestó Gabriel.

—¿Cuáles son vuestros motivos para venir aquí, cuando sabéis que os supondrá enfrentar duras pruebas y combates, y que deberéis renunciar a los placeres del mundo exterior? —preguntó el segundo de los caballeros arrodillados, descubriendo al hacerlo que era una mujer la que se ocultaba bajo el atuendo de la Orden, aunque probablemente de edad igualmente avanzada.

Gabriel dudó cuál debía ser su respuesta, ya que en realidad no sabía si realmente estaba allí porque quería formar parte de la Orden a la que su padre dedicase su vida o si lo hacía tan sólo para intentar recuperar a Nichole. Tras meditar un instante, su indecisión se disipó en cuanto pudo recordar el consejo que su tío le diera.

—Alcanzar el conocimiento de la verdad y descubrir el camino que el Señor ha trazado para mí —respondió finalmente.

Los dos caballeros, hasta ese momento arrodillados, se incorporaron con gran dificultad dejando su postura de oración para, a continuación, abandonar la estancia a través de una puerta de madera situada en un extremo de la pequeña habitación.

Gabriel se encontró de nuevo completamente solo, preguntándose si su respuesta habría sido la que aquellos hombres esperaban oír, o si su intento de ingreso en la Orden sería rechazado desde aquel mismo instante. Sin saber muy bien por qué lo hacía, se arrodillo en el mismo lugar en que habían estado sus dos interrogadores y comenzó a rezar pidiendo a Dios su guía y consejo.

En un momento de su plegaria, levantó el rostro y pudo ver algo que le había pasado desapercibido. En el techo, justo en su centro, alguien había pintado dos ojos de iris azulado, con la peculiaridad de que su mirada parecía recaer directamente donde estaba Gabriel.

Simón comprendió, al perder de nuevo la señal de su receptor, que la ceremonia había comenzado. Decidió de inmediato que era el momento de

actuar, poniendo en práctica el plan que había preparado cuidadosamente con el Perfecto.

Se acercó a un armario de recargada decoración situado junto a su cama y abrió su puerta con rapidez. El espejo de la parte interior del mueble le devolvió reflejada la imagen completa de su propio cuerpo. Sintió como si un extraño le contemplase desde el rostro ojeroso y pálido que mostraba el cristal. Con desdén rechazó sus pensamientos y, estirando ligeramente su cuerpo, extrajo de la parte de arriba del armario una caja de zapatos.

Situó la caja encima de la cómoda de la habitación y se situó frente a ella. Al abrir la caja aparecieron ante él los paquetes de municiones, que mantenía allí escondidos de cualquier mirada indiscreta, junto con una pequeña gamuza y un botecito pequeño de grasa semisólida. Tras colocar todo sobre la mesa perfectamente ordenado, extrajo de su bolsillo la pistola, que desde que comenzase su misión llevaba encima en todo momento. Con la ceremonia nacida de quien ha repetido la misma operación innumerables veces, procedió a realizar una limpieza exhaustiva del arma.

Se trataba de una Browning HP 35 de 9 mm. Parabellum, un arma semiautomática sencilla y robusta con capacidad para quince cartuchos en el cargador. Simón acarició el cañón con suavidad. En su extremo le había acoplado de forma artesanal un silenciador, que apenas afectaba a su potencia de fuego. Le había resultado sencillo acoplarlo, a pesar de no haber sido inicialmente concebido para aquella arma, gracias a las lecciones que aprendiese trabajando de sicario para las mafias brasileñas.

Mientras engrasaba cuidadosamente el arma, Simón comenzó a recordar las crueles discusiones entre sus compañeros de profesión sobre qué pistola era mejor para su trabajo, si el Colt o la Browning. La primera permitía que quien recibiera un balazo sintiese la potencia del impacto sobre su cuerpo de forma demoledora. Era capaz de derribar con un solo disparo a la víctima. La Browning, sin embargo, tenía menor potencia, quienes las usaban decían que, si el disparo no era muy certero, la víctima era capaz de huir incluso con tres balas en el cuerpo. A pesar de todo, Simón prefería esta última, pues para él la precisión de sus disparos nunca había sido un problema. Además, la aparente desventaja de la Browning se compensaba con la mayor capacidad del cargador, su excelente fiabilidad, y su gran precisión en el tiro rápido al tener un menor retroceso que el Colt.

Mientras terminaba la limpieza y extraía el cargador de la culata para

reponer la munición, empezó a sentir una gran inquietud. El hecho de haberse sentido tan identificado con aquella tarea propia de un asesino, y que incluso hubiese sentido cierta satisfacción en sus recuerdos de pistolero, le hizo temer que su renacimiento como un hombre nuevo al servicio de Dios fuese tan solo una ilusión. Se vio a si mismo haciendo lo que siempre había hecho, preparar con eficiencia nuevos asesinatos. Con rabia incontrolada descargó un potente golpe sobre la mesa, con el resultado de que el cargador cayó al suelo desperdigando las balas de su interior, y creando un gran estruendo al golpear con el suelo de madera.

El fuerte ruido tuvo el efecto de sacar a Simón de su momentánea confusión, haciéndole reaccionar. Recuperando, poco a poco la calma, se arrodilló para recoger todo el material desparramado por el suelo. En aquella postura comenzó a rezar pidiendo a Dios su guía y perdón por lo que estaba a punto de hacer, mientras uno a uno recogía los plateados proyectiles y los iba volviendo a meter en el cargador de la Browning.

4

Tras un largo rato de espera, la puerta de madera por la que saliesen los dos caballeros encargados de su primer examen, volvió a abrirse y la figura ya habitual de un nuevo caballero cruzó su umbral. Gabriel no podía saber si se trataba de un nuevo personaje o de alguno de los que ya viera anteriormente, ya que su rostro, como el de los anteriores, permanecía perfectamente oculto tras el velo que pendía de su capucha.

—Tras reunirse el Capítulo y examinar sus antecedentes, hemos decidido que es digno de convertirse en caballero de la Orden del Temple — le informó el desconocido con voz altiva—. Ahora debe acompañarme.

Gabriel, que conocía el ritual de manera general por las explicaciones que de él se hacían en la propia Regla de la Orden, no pudo evitar sentir un profundo alivio al comprender que había pasado la que probablemente era la prueba más difícil del ritual, la aprobación de su valía como candidato. Con satisfacción, acompañó a su nuevo guía, manteniendo en todo momento el rostro inclinado en señal de humildad, tal y como se exigía de su comportamiento.

Atravesaron un nuevo pasillo, encontrándose al llegar a su final con una escalera de piedra que descendía hasta lo que parecía una nueva puerta.

Gabriel se dio cuenta inmediatamente de que aquella no era una puerta ordinaria. Se trataba de una enorme mole pétreo, en cuya superficie se había cincelado una cruz. Cuando Gabriel observó de cerca aquel nuevo obstáculo, supuso que debía existir algún oculto mecanismo, que haría a aquella enorme losa desplazarse hacia un lado, tal y como había sucedido en las otras ocasiones. Sin embargo, el caballero templario que le precedía se limitó a empujar la piedra con su mano y esta giró, con la facilidad que lo haría cualquier puerta ligera de madera, sobre goznes bien engrasados.

Cuando Gabriel atravesó la entrada, intrigado por la facilidad del movimiento, comprobó con incredulidad que en realidad no existía ningún tipo de mecanismo que facilitase la apertura. Aparentemente, la extraña puerta conseguía la suavidad de su movimiento tan sólo por el perfecto equilibrio y la precisión con el que había sido ensamblada.

Cuando Gabriel penetró en la estancia, quedó inmediatamente cautivado por el lugar en el que se encontraba. Se trataba de una habitación circular muy grande, horadada en la piedra como el resto de la construcción subterránea. La pared estaba cubierta en su totalidad por pequeñas celdas con puertas de bronce, que recordaban a las cajas de seguridad de algunos bancos. En el techo, a una altura no inferior a cinco metros, un artista, cuyo estilo no le pareció del todo desconocido, había pintado un enorme fresco, que mostraba una recreación del rostro de Jesucristo tal y como lo reflejaba la Sábana Santa. La habitación estaba presidida por una enorme mesa circular de madera, con forma de anillo abierto por un lado. A su alrededor, acomodados en sillas tapizadas de terciopelo rojo, en cuyos altos respaldos se había bordado con delicadeza una copa dorada, se encontraban los caballeros de la Orden del Temple.

En total eran ocho los caballeros sentados a la mesa, incluyendo el que le había servido de guía y que ya había ocupado su respectivo asiento. Gabriel suspiró, al comprender que el único asiento que aparecía vacío no podía pertenecer a otro que a Friederich Ramalla, el hombre cuya muerte le había llevado hasta allí. Todos los caballeros presentes vestían de igual manera, excepto uno de ellos, que parecía ocupar una posición preeminente. Su hábito, a diferencia del resto, tenía el color invertido, era completamente rojo excepto en donde la cruz del Temple aparecía bordada en color blanco. Aquel hombre era, sin duda, el Gran Maestro de la Orden. Su rostro, como el del resto de presentes, estaba oculto por sus respectivos velos, que sólo

dejaban intuir vagamente los semblantes situados bajo ellos.

Cuando Gabriel se acercó hasta la mesa, donde los caballeros aguardaban su presencia en completo silencio, observó que la superficie de madera no era lisa, sino que en toda su periferia había un texto escrito en un idioma que, aunque desconocido para él, no le costó demasiado identificar como el arameo. No hizo falta que nadie tradujese aquella inscripción, pues Gabriel sabía muy bien donde se encontraba. Aquel lugar era una réplica de aquel otro, situado bajo el Templo de Salomón, en que los nueve caballeros fundadores de la Orden encontraron su destino. Aquella era la Biblioteca oculta del Temple, y el texto no podía ser otro que el mismo que presidía el depósito documental cristiano original: *“En esta Biblioteca se guarda el testimonio verdadero de aquellos que conocieron a Jesucristo Nuestro Señor”*.

Gabriel comprendió, un poco aturdido por la emoción, que estaba rodeado por los documentos cristianos más antiguos que existían, perfectamente conservados y custodiados por la Orden del Temple, y cuyo contenido podía hacer tambalear los cimientos de muchas creencias religiosas.

Gabriel se situó en el centro de la mesa, arrodillándose frente al Gran Maestro, lo que le permitió comprobar, antes de dirigir su rostro hacia el suelo siguiendo el ritual de la ceremonia, como entre las pequeñas puertas de metal dorado que le rodeaban había una bastante mayor que las demás. Estaba situada a la espalda del Gran Maestro y presentaba un grabado con el símbolo de los Nueve. Gabriel dedujo, sin lugar a dudas, que allí estaba guardada la carta de José de Arimatea. La carta donde Hugo de Payns creyó ver expresada la misión que él y sus hombres estaban destinados a cumplir.

—Esta es la Biblioteca Sagrada cuya custodia será, junto con la de la Sábana Santa que ya conocéis, vuestra dedicación prioritaria desde ahora y por el resto de vuestra vida —comenzó a explicar uno de los caballeros, cuya voz, aún distorsionada por el velo que cubría su rostro, Gabriel identificó de inmediato como la de su propio tío Sebastián King—. Al igual que los primeros cristianos escogieron el subsuelo del Templo de Salomón, ocupado entonces por sus mayores enemigos, para esconder sus documentos más valiosos, nuestros hermanos de la Orden del Temple eligieron este lugar con idéntico propósito. Cuando se tomó la decisión de enviar la Sábana Santa a Turín, hacía tiempo que la réplica de la cripta original realizada por Bertrand

de Blanchefort, cerca de su propio hogar ancestral y situada entre Bézu y Rennes-le-Château, había dejado de ser segura, por lo que se hizo necesario trasladar también todo este tesoro documental a un lugar cercano al propio Sudario. Los caballeros de la Orden decidieron entonces ocultar este legado de incalculable valor bajo el lugar más sagrado de la religión, cuya intransigencia y ceguera había condenado a muchos de nuestros hermanos y a otros innumerables inocentes a la muerte. Ahora mismo nos encontramos bajo el suelo de la *Piazza San Pietro*. Sobre nuestras cabezas se levanta la *Basílica di San Pietro*, el templo más importante de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

Gabriel estuvo a punto de levantar el rostro para buscar el de su tío con su mirada, pero consiguió controlar lo suficiente sus deseos para seguir escuchando las explicaciones que éste le ofrecía.

—Estamos bajo el lugar en que la tradición cuenta que fue martirizado San Pedro, el lugar donde, a partir del año 324, el emperador Constantino mando construir la basílica paleocristiana original —continuó con firmeza su tío, respondiendo a la pregunta, no formulada pero presente en la mente de Gabriel, de cómo la Orden podía haber logrado aquella proeza—. En el siglo XV la basílica presentaba un estado tan deteriorado que amenazaba con su derrumbe, lo que obligó a los papas a iniciar su reconstrucción. Los trabajos de edificación del edificio actual comenzaron el 18 de abril de 1506 durante el papado de Julio II. La Orden aprovechó sus interminables obras, que duraron hasta 1626, para camuflar su propio trabajo. Mientras en la superficie arquitectos y artistas como Bramante, Rafael, Sangallo, Miguel Ángel o Maderno se afanaban en construir el inmenso edificio, que hoy en día se levanta sobre nuestras cabezas, trabajadores franceses traídos al efecto construían bajo sus pies una nueva réplica de la Biblioteca original de Tierra Santa y realizaban el traslado de los documentos desde Francia a Italia en completo secreto. ¿Comprendéis ahora dónde os encontráis? —preguntó su tío elevando su voz con autoridad, dando por terminada su exposición.

—Si señor comprendo donde estoy —respondió Gabriel.

La voz de su tío fue sustituida por una nueva voz, cuyo tono tampoco le resultó desconocido.

—¡Hermano! —exclamó un nuevo caballero de la Orden, utilizando aquel apelativo al dirigirse a él por primera vez—. No habéis de ingresar en la

Orden con el deseo de conseguir riquezas ni honores, tampoco porque creáis que vais a situaros en un plano más alto o podréis encontraros rodeado de comodidades. Tened en cuenta que se os exigirán tres cosas: la primera es que dejéis atrás los pecados del mundo, la segunda que os pongáis al servicio de Nuestro Señor y la tercera que seáis el más pobre de los mortales y permanezcáis siempre sometido a penitencia por la salvación de vuestra alma. Nada más que por este motivo debéis solicitar vuestro ingreso. Ahora ¡Alzaos y mostrad vuestro rostro al Capítulo!

Gabriel se incorporó, notando cierto hormigueo en sus rodillas. Tras erguirse, levantó la cabeza con orgullo, girando sobre sí mismo para que todos los presentes pudiesen contemplar su rostro. Terminó su simbólica presentación mirando directamente al hombre que se estaba dirigiendo a él, que no era otro que el Gran Maestre de la Orden.

—¿Estáis dispuesto durante todos los días de vuestra vida, desde hoy en adelante, a convertirlos en servidor y esclavo de la Orden? —preguntó el maestre con solemnidad.

—Sí Señor; si Dios me lo permite —aseguró Gabriel.

El Gran Maestre se incorporó entonces en su asiento, mostrando un libro que hasta aquel momento había permanecido oculto en su regazo.

—Este libro que sostengo en mi mano son nuestros Evangelios —empezó a explicar el Maestre—. Pero no los evangelios canónicos que la Iglesia Católica aceptó como tales, siguiendo los razonamientos de Ireneo de Lyon, que afirmaba que sólo cuatro evangelios entre los innumerables existentes podían ser correctos porque cuatro eran los puntos cardinales, tomando una imagen de Ezequiel del trono de Dios, franqueado por cuatro criaturas con rostros de animales (hombre, león, toro y águila), para simbolizarlos. A diferencia de aquellos textos, manipulados y malinterpretados hasta la saciedad por la Iglesia Católica, nuestros Evangelios son un reflejo fiel de la vida y enseñanza de Jesucristo Nuestro Señor en su primera venida. Y lo son porque han nacido del conocimiento obtenido por el trabajo que durante siglos los hermanos de la Orden han hecho, estudiando este inmenso depósito documental que nos rodea. Para la Orden del Temple, este es nuestro libro sagrado. Poniendo mis manos sobre él, os exhorto hermanos a que en el caso de que alguno de vosotros conozca una o varias causas por las que este hombre no merezca ser un hermano nuestro, que lo declare ahora mismo.

Gabriel observó con expectación a los caballeros de la Orden situados alrededor suyo. Afortunadamente todos permanecieron en silencio, demostrando así que ninguno se oponía al nombramiento del futuro miembro. Cuando Gabriel hubo comprobado que ninguno de ellos iba a poner objeciones, se decidió a tomar la palabra, tal y como el ritual exigía en aquel punto.

—Quiero hacer pública renuncia de mi vida anterior, y declarar ante el Capítulo de la Orden mi decisión firme de servirla en lo que me quede de vida. Juro mantener el secreto de la Orden hasta el punto de estar dispuesto a dar mi vida para preservar cuanto me sea confiado en su nombre —al llegar a aquel punto, Gabriel no pudo dejar de recordar el móvil que llevaba en el bolsillo, y en que su mera existencia era una traición a lo que estaba jurando. Se dijo a sí mismo, apartando las dudas que asaltaban su mente, que encontraría, a pesar de todo, la manera de mantener la promesa que estaba haciendo—. A partir de este momento, declaro mi voluntad de ser esclavo de Jesucristo y de la Orden del Temple.

En aquel instante, todos los caballeros se levantaron de sus asientos al unísono y comenzaron a dejar caer sus capuchas, mostrando sus rostros. Gabriel reconoció de inmediato a su tío, sentado a su derecha, que le miraba fuertemente emocionado con una sonrisa dibujada en el rostro. Junto a él se encontraba la figura encorvada de Rigaud al que conociese en Turín. Gabriel no se sorprendió al ver que, bajo la capucha roja del Gran Maestro, aparecía el rostro anguloso y pálido del hombre que se había presentado a sí mismo en París como Archambaud. A su lado se encontraba el supuesto bibliotecario que le acompañaba en aquella ocasión, al que conocía como Godofredo. Entre el resto de caballeros, desconocidos para él, distinguió el rostro de algunas mujeres, y no pudo evitar pensar que Nichole debería haber estado allí junto a él, ocupando el lugar de su padre.

Una vez que todos estuvieron de pie y con el rostro descubierto, empezaron a abandonar sus asientos para dirigirse hacia Gabriel. Uno tras otro, se acercaron hasta él y tras darle un abrazo y un beso ritual, fueron presentándose.

—Soy la hermana Montdidier, mi nombre es Margaret Wallace sucesora de Peter Wallace y heredera del caballero Payen de Montdidier.

—Soy el hermano Godofredo, mi nombre es Marcel Beaumont sucesor de Pietro Beaumont y heredero del caballero Godofredo Bisol.

—Soy el hermano Gondemar, mi nombre es Víctor Fuengrande sucesor de Antonia Ballester y heredero del caballero Gondermar.

—Soy el hermano Rigaud, mi nombre es Francesco Tallini sucesor de Leonardo Tallini y heredero del caballero Hugo Rigaud.

—Soy la hermana Rossal, mi nombre es Frida Illianescu sucesora de Anton Vallov y heredera del caballero Jacques del Rossal.

—Soy la hermana Montbard, mi nombre es Joana Reno sucesora de August Reno y heredera del caballero Andrés de Montbard.

Finalmente, sólo restaba su tío y el Gran Maestro por llegar hasta él. Su tío tomó la iniciativa y se le acercó con dificultad, ayudado de unas muletas que Gabriel veía por primera vez. Cuando llegó hasta él, le besó en la mejilla de igual manera que el resto de caballeros, mientras le estrechaba en un fuerte abrazo.

—Soy el hermano Payns, mi nombre es Sebastián King sucesor de Francisco King y heredero del caballero Hugo de Payns —declaró siguiendo el mismo ritual que los demás—. Delego hoy mi puesto en mi sucesor aquí presente, y declaro mi voluntad de abandonar mi actividad como miembro de la Orden, aunque reafirmo los juramentos que hice en el momento de mi ingreso.

Fue en aquel momento cuando Gabriel sintió realmente el peso de las obligaciones que acababa de contraer, no sólo con la Orden sino también consigo mismo. De ninguna manera podría permitirse traicionar la confianza que su tío estaba depositando en él, mientras renunciaba a lo que había sido la misión a la que sacrificase toda su vida.

El Gran Maestro acercó ahora su rostro albino hasta él repitiendo la presentación ritual que el resto de caballeros había hecho.

—Soy el hermano Archambaud, mi nombre es Asher Ochs sucesor de William Ochs y heredero del caballero Archambaud de Saint-Aignat. Como Gran Maestro de la Orden del Temple, es mi privilegio y mi derecho oficializar, en el nombre de todos los caballeros aquí presentes, el ingreso de Gabriel King, sucesor de Sebastián King y heredero de Hugo de Payns, en la Orden del Temple.

En aquel momento, el Gran Maestro interrumpió su declaración para extraer, de una bolsa negra de piel sujeta a un ancho cinturón de cuero que llevaba fuertemente ceñido a su cintura, dos objetos que hasta aquel momento

habían permanecido ocultos. Se trataba de un pequeño anillo, con el símbolo de la Orden grabado en su superficie dorada, y un puñal de plata, idéntico hasta en el último detalle al arma que había acabado con la vida de Ramalla.

—Os hago entrega del sello de la Orden, testigo de vuestra nueva condición como miembro de la Orden del Temple, y de vuestro puñal, emblema de la lucha y el sacrificio al que debéis estar dispuesto en el nombre de Cristo. Con estos símbolos os declaro Caballero de la Orden del Templo de Salomón, con los mismos derechos y obligaciones del resto de caballeros de este Capítulo —Gabriel se colocó el anillo en el dedo índice de su mano derecha, tal y como lo llevaban los demás, y colgó su puñal de una pequeña hebilla de tela, situada en su cintura al efecto— ¡Decidme ahora hermano quién sois! —exclamó el Maestre, como colofón a la ceremonia.

—Soy Gabriel King sucesor de Sebastián King y heredero de Hugo de Payns a la Orden del Temple —respondió Gabriel, implorando a Dios para que le diese la sabiduría y la fuerza necesarias para hacer frente a la responsabilidad que acababa de depositarse sobre él.

Gabriel se unió con dificultad, pues apenas había tenido tiempo para aprender la letra en latín, al resto de caballeros que entonaban el himno que daba final a la ceremonia. Entonando aquellos versos religiosos, se sintió como si los ojos de su padre le contemplasen con aprobación y esperanza desde el mismo cielo.

5

Simón se encontraba frente a la puerta de la residencia templaria, donde Gabriel se había alojado a su llegada a la ciudad de Roma. Sabía, por los informes que el Perfecto le había ido mostrando, que en aquel momento sólo debía encontrarse en su interior un viejo criado, cuya familia servía a la Orden desde hacía innumerables años. Con el brazo derecho sujetó el cuerpo de Nichole, inerte gracias al efecto de la fuerte dosis de droga que le suministrase, mientras con el izquierdo golpeaba el aldabón de la puerta.

La cabeza de bronce produjo un ruido sordo y metálico de gran intensidad al golpear la madera. Tras una breve espera, la puerta se abrió y un hombre mayor de rostro ceniciento apareció en el quicio de la puerta con semblante desconfiado.

—Perdone que le moleste —explicó Simón, procurando mostrar

angustia en su rostro—. Mi mujer se acaba de desmayar, es diabética y me temo que sea una subida de azúcar.

—Pase por favor —exclamó alarmado el sirviente, al ver la mujer desmayada en sus brazos, acercándose de inmediato hasta él para ayudarle a llevarla al interior de la casa.

—Se lo agradezco de veras. Somos españoles. Hemos venido a pasar unos días de vacaciones y, la verdad es que no sabía muy bien cómo actuar. Ni siquiera conozco los números de urgencias —continuó sus explicaciones Simón, mientras con ayuda del servicial hombre llevaban a Nichole hasta una pequeña salita, situada a la derecha del recibidor, donde la acomodaron en un sillón no muy grande.

—Parece que respira con normalidad y el pulso es fuerte —comentó el sirviente, tras realizar un examen superficial de la mujer desmayada—. Llamaré a emergencias para que envíen una ambulancia.

—Creo que eso no será necesario —repuso Simón con frialdad.

—¿Qué es todo esto? —preguntó alarmado el criado, al comprender que aquel hombre le había mentado para poder introducirse en la vivienda.

—Nada de lo que deba preocuparse —repuso Simón, extrayendo de su cintura la pistola, que tan cuidadosamente había estado preparando tan solo unas horas antes—. No se alarme, no voy a hacerle ningún daño. Acérquese y le explicaré lo que va a ocurrir a partir de ahora.

6

Cuando la ceremonia concluyó, Gabriel acompañó a su tío hasta una sala lateral más pequeña, donde se vio sorprendido por un moderno laboratorio informático, aparentemente fuera de lugar. Dos ordenadores, perfectamente equipados, ocupaban sendas mesas colocadas junto a una pared. A su lado, un escáner de alta resolución de gran tamaño y una impresora láser, junto a varios armarios metálicos y estanterías, completaban el sorprendente escenario. Por un momento, Gabriel se sintió de vuelta en Madrid, en el taller de la revista para la que trabajaba. Cualquier compañero suyo no hubiese estado fuera de lugar, maquetando, escaneando o retocando imágenes, frente a alguna de aquellas enormes pantallas planas.

—No deberías sorprenderte. ¿Supongo que no esperarías encontrar aquí un grupo de monjes circunspectos elaborando códigos en viejos pergaminos? —le reprochó su tío con una mueca de ironía en el rostro— El

hecho de que nuestra Orden tenga una antigüedad de casi nueve siglos no significa que nos hayamos quedado anclados en la época medieval.

— Ya lo veo —contestó sonriendo Gabriel—. Pero ¿qué es todo esto?

—Antiguamente se utilizaba este lugar para estudiar los documentos de la biblioteca, utilizando los métodos científicos más avanzados que iban apareciendo. Aquí se han realizado labores de restauración, conservación y traducción de manuscritos, preparando así adecuadamente nuestro legado documental para cuando deba ser expuesto a la luz pública. Se decidió instalar aquí el laboratorio, junto a la propia Biblioteca, para no tener que someter a los documentos a largos traslados, evitando así el peligro para su integridad que eso hubiese supuesto.

—Has dicho antiguamente, ¿ahora para que usáis todo esto?

—Estamos en la época digital, así que hemos reacondicionado la sala para que, además de las labores de conservación habituales, nos sirva también como archivo digital. Actualmente estamos embarcados en la digitalización en alta resolución de todo nuestro archivo para su conservación posterior en soporte digital —explicó su tío con orgullo—. Pero no te he traído aquí para enseñarte los ordenadores, sino por algo que me preguntaste cuando llegaste de Roma.

Sebastián King avanzó, apoyándose con dificultad sobre sus muletas, hacia uno de los armarios metálicos situados en la pared. El anciano le pidió entonces a Gabriel que lo abriese con ayuda de una pequeña llave metálica que él mismo le dio. En su interior se encontraba una carpeta de cuero negro, en cuya portada destacaba, grabado al fuego, el símbolo de la Orden del Temple: un nueve girado a forma de copa.

—Me preguntaste por el proyecto que había causado la desesperación de los cátaros hasta el punto de matar a uno de los nuestros. Pues bien, en esa carpeta se encuentra la respuesta a tu pregunta.

Gabriel abrió la carpeta con temor. Dentro, un conjunto de folios mecanografiados se apretaba, unido por un pequeño clip metálico situado en una esquina. No le hizo falta comenzar su lectura para comprender que, lo que había descubierto con Nichole y lo que sospechaban los cátaros, era una realidad absoluta. En la hoja colocada como portada, alguien había escrito con letras mayúsculas de un intenso color rojo y en tipografía resaltada en

negrita:

“PROYECTO DE CLONACIÓN DE JESUS DE NAZARET”

Una punzada de dolor sacudió la boca del estómago de Gabriel, mientras con rapidez ojeaba los folios manuscritos. Allí se encontraban los fracasos y éxitos de la investigación, las fechas, los lugares, e incluso una detallada relación de las fuentes de financiación y de las distintas partidas de dinero utilizadas.

—¿Cómo pudo hacer la Orden del Temple lograr algo así? — preguntó Gabriel mientras pasaba hojas con excitación.

—Cuando lo supe por primera vez pensé lo mismo que estás pensando tú ahora —confesó Sebastián King, intentando calmar el ánimo alterado de Gabriel—. Me pregunté por la moralidad, la ética de un hecho de semejante naturaleza. Tras darle muchas vueltas e incluso pensar en abandonar la Orden, comprendí que no podía tratar esto como si fuese un frívolo e inmoral experimento, sino que debía aceptar el hecho de que respondía a la voluntad de cientos de hombres, que habían dado su vida convencidos de que la segunda venida de Cristo se produciría a través de la Sábana Santa. Sabía que su Fe había permanecido inquebrantable a pesar de la tortura, la muerte y las persecuciones a las que fueron sometidos, y pensé que aquello merecía respeto y admiración, no una condena superficial e infundada. ¿Quién era yo, al fin y al cabo, para erigirme en juez y verdugo de unas creencias tan arraigadas y herederas de una tradición tan antigua?

—Pero, ¿crees realmente que Jesucristo podría venir de nuevo a la Tierra mediante una clonación en un frío laboratorio? ¿No te parece un tanto descabellado? —objetó Gabriel, nada convencido por los argumentos de su tío.

—También debía parecer descabellado para los antiguos israelitas que su Mesías deseado naciese en un triste establo, hijo de una mujer que era casi una niña y de un hombre que le triplicaba prácticamente la edad. ¿Quiénes somos tú o yo para decir cuál es el lugar o el método adecuado para su segunda venida? —respondió Sebastián King con vehemencia—. Te aseguro Gabriel que, aunque al principio pensaba como tú, he terminado por rezar con todo mi corazón para que la Orden tuviese éxito en su intento de cumplir las profecías de José de Arimatea. Y ahora que sé que el niño está sano y salvo entre nosotros, espero con toda mi alma que de verdad sea el Rey de Reyes que esperamos.

—¿Cómo lo conseguisteis? —se interesó Gabriel—. Pensaba que la clonación de humanos aún no se había logrado, por lo menos oficialmente.

—La mayor dificultad no estuvo nunca en el proceso de clonación, ya que éste quedó definido con total claridad en el experimento realizado por el instituto Roslin en el año 1996.

—Creí que fue en 1997.

—En realidad la oveja Dolly fue clonada en el año 1996, pero saltó a la fama en 1997. Hicimos un gran esfuerzo económico por impulsar de forma discreta aquella investigación. El gran avance producido por aquel hecho fue lograr la clonación a partir de células adultas, algo que hasta aquel momento parecía sólo ciencia ficción. El siguiente reto era recuperar el ADN de la Sábana Santa, ya que, a pesar de contar con varias muestras de sangre en relativo buen estado, en todas ellas el ADN aparecía fragmentado e incompleto. Fue a principios del año 2000 cuando se logró finalmente reconstruir el ADN completo, utilizando una técnica nueva capaz de extraer distintas partes del ADN de varias muestras y combinarlos de forma precisa hasta completar la secuencia original. A finales de aquel mismo año, con el ADN ya restaurado, decidimos comenzar el proceso de clonación, y debo confesar que resultó absolutamente milagroso en todo su desarrollo.

—¿Qué quieres decir con milagroso? —preguntó Gabriel, mientras avanzaba rápidamente entre los folios hasta alcanzar los últimos pliegos, donde se detallaba como se había ejecutado la fase final del proyecto.

—Observa bien la descripción del proceso —le indicó su tío—. Verás que se obtuvo un embrión absolutamente viable en el primer intento de clonación, y no sólo eso, sino que, tras ser implantado en el útero, resultó en un embarazo completamente normal.

—Tuvisteis suerte supongo.

—¿Suerte?... Veo que no prestaste demasiada atención a las clases de biología —le reprochó su tío—. El proceso de clonación está sujeto a un altísimo índice de fracasos en cada una de sus fases. En las pruebas realizadas con animales, el nivel de éxito se mantiene en la gestación de un feto viable, de cada trescientos a seiscientos embriones implantados en el útero. En la fecundación in vitro humana⁽²⁷⁾, para aumentar las posibilidades de embarazo, se transfieren normalmente tres embriones, a pesar de lo cual, sólo existe una tasa aproximada del 45% de éxito si las parejas se someten a una

media de cinco transferencias de embriones. Como verás la probabilidad de lograr un embarazo feliz en tan un sólo intento es simplemente inexistente. Para mí, desde luego, fue algo completamente milagroso.

Gabriel tuvo que conceder a su tío lo extraordinario de aquel logro, pero aún había algo en su interior que, a pesar de estar moviéndose en un mundo de Fe, religión y visiones, no quería reconocer una intervención divina en todo aquello.

Al llegar a la última hoja del dossier, encontró detallados los datos sobre el proceso seguido para escoger a “la portadora del embrión”, como fríamente se denominaba a lo largo de todo el documento a la madre del futuro niño. Al parecer, se habían barajado varias candidatas a propuestas de los miembros de la Orden, siendo la elegida una mujer, cuyo nombre, Miriam Ochs, le trajo inmediatamente a la memoria al Gran Mestres de la Orden, el hermano Archamboud, que se había presentado como Asher Ochs. Probablemente se trataba de algún pariente suyo muy cercano, ya que compartían el apellido, aunque aquel extremo no aparecía reflejado en el dossier. La mujer fue informada tras su elección de la misión que se esperaba de ella y al parecer la había aceptado.

Después del parto, la mujer y el niño quedaron al cuidado de un grupo de monjes fieles a la Orden del Temple. Cuando Gabriel leyó el nombre del monasterio donde se encontraban, se estremeció al darse cuenta de lo realmente cerca de aquel lugar que había estado hacía tan sólo unos días; se trataba del monasterio de Montserrat. En aquel momento, recordó con angustia el espía electrónico que llevaba en el bolsillo.

—¿Puedo llevarme el informe? —pidió Gabriel— Me gustaría estudiarlo con detenimiento.

— Durante unos días se te asignará un hermano que será tu guía e instructor hasta que te integres completamente en las tareas de la Orden. Él debería ser quien te fuese ofreciendo esta información poco a poco, dándote las explicaciones que necesites. En teoría, este dossier te lo habría entregado él más adelante, pero he pedido permiso al Gran Maestro para poder mostrártelo yo, porque he pensado que así te sería más fácil asumir su contenido. Puedes quedártelo durante unas horas, pero cuando lo hayas examinado debes entregárselo a tu guía. No hace falta que te recuerde que ahí fuera hay una organización dispuesta a matar para conocer su contenido, bajo ningún concepto debe caer en sus manos.

—¿Qué crees que ocurriría si lo descubriesen los cátaros? —se atrevió a preguntar Gabriel recordando lo que Simón le había contado al respecto— ¿Secuestrarían al niño?

—No es secuestrarlo lo que quieren. Para ellos es el mismo anticristo y no descansarán hasta que esté muerto —repuso Sebastián King con seguridad—. Será mejor que vayas saliendo ya del laboratorio. Tu guía te espera para llevarte de vuelta a tus habitaciones en la mansión, allí tendrás tiempo de sobra para ir descubriendo por ti mismo todo lo que la Orden del Temple sabe al respecto.

Gabriel tuvo que admitir lo que su tío le había contado era bastante plausible. Los cátaros habían demostrado que estaban dispuestos a matar, y no era lógico que después se conformasen con el mero secuestro del que consideraban casi como el demonio reencarnado. Sin embargo, aunque se tratase de un asesino, lo cierto es que Simón le había parecido bastante sincero cuando le dijo que sólo pretendía secuestrar el niño para poder controlar su desarrollo.

Gabriel cerró con fuerza la carpeta que tenía en sus manos y se prometió intentar por todos los medios que la dirección de aquel niño inocente, fuese o no fuese quienes unos y otros pensaban, no llegase a manos del hombre que retenía a Nichole. En su mente empezó a dibujarse la posibilidad de alterar aquel informe, que a fin de cuentas era un simple texto impreso, e intentar canjearlo por Nichole, de forma que, tanto el niño como ella, pudiesen quedar a salvo.

—¿No vienes? —preguntó a su tío, esperanzado en salir finalmente airoso del atolladero en que se encontraba.

— No. Me gustaría quedarme un rato para dar un último adiós a todo esto. Cuando hoy salga de aquí no creo que vuelva a tener la oportunidad de volver a ver este lugar nunca más.

Los ojos de Sebastián King comenzaron a brillar con lágrimas incipientes, empujadas por las emociones que volvían a inundar su pecho, mientras daba un fuerte abrazo a su sobrino. Un abrazo en nada simbólico como los del ritual, sino lleno de la autenticidad de un verdadero afecto largamente reprimido. Gabriel decidió dejar sólo a su tío en aquellos momentos de despedida que sólo le pertenecían a él y se dirigió a la salida de la estancia.

En el exterior le esperaba el caballero templario que le había sido designado para ser su maestro durante los próximos días. Gabriel reconoció inmediatamente el semblante adusto del individuo que le esperaba expectante tras la puerta.

—Volvemos a vernos —exclamó el hombre, extendiendo su mano para estrechar la de Gabriel de forma calurosa—. Nos conocimos en París.

—Le recuerdo perfectamente, es usted el hermano Godofredo —respondió Gabriel devolviendo el saludo.

—No es necesario que me llame así. Utilizamos esos nombres sólo durante algunas ceremonias —explicó mientras ajustaba nerviosamente sus gafas doradas sobre su nariz, tal y como hiciera en París, en lo que parecía su muletilla habitual para iniciar conversaciones—. El resto del tiempo somos personas absolutamente normales. Llámeme Marcel.

— En París pensé que se trataba de un nombre falso.

—Todo lo que les dije en la Biblioteca era rigurosamente cierto, incluido el hecho de que soy el bibliotecario jefe encargado de los códices medievales. La mentira no es un acto propio de un caballero. Además, no era necesaria, si le hubiesen contado a alguien nuestra conversación le aseguro que nadie le hubiese creído una sola palabra.

Los dos hombres se dirigieron hacia la salida de aquellas estancias subterráneas, dispuestos a seguir el camino inverso que Gabriel utilizase para llegar hasta allí. Tras atravesar la puerta de piedra cuyo mecanismo había impresionado a Gabriel, cogieron dos antorchas y comenzaron el camino de regreso, internándose de nuevo en la oscuridad.

—¿Dónde están el resto de hermanos de la Orden? —preguntó Gabriel, al comprobar que en ningún momento se habían cruzado con ninguno otro caballero de la Orden.

—Todos se fueron nada más terminar la ceremonia para regresar a sus vidas hasta que sea necesaria una nueva reunión. Utilizaron una salida distinta a ésta por eso no los ha visto. Este acceso sirve sólo como comunicación con la mansión, a donde usted y yo volvemos para que complete allí su formación. Más adelante, podrá ir conociendo a todos los

hermanos en sus vidas habituales, sin el condicionamiento de estos antiguos rituales.

—¿Y mi tío?

—Después de esta noche, su tío no será ya un miembro activo de la Orden. Según nuestros estatutos, desde hoy no podrá utilizar ninguna de las instalaciones del Temple.

Marcel hizo un alto en la marcha y se volvió hacia Gabriel, que le seguía con paso vacilante por el interminable corredor de piedra.

—Pero, no se preocupe, le estará esperando en Barcelona —dijo, apoyando una mano sobre el hombro de Gabriel en un gesto afectuoso—. Sabemos muy bien los sacrificios que su tío ha hecho a lo largo de estos años y, a pesar de la Regla, siempre tendrá un lugar muy especial entre nosotros.

Aquellos hombres no respondían en absoluto al canon de fanáticos religiosos, que la mente de Gabriel les había adjudicado la primera vez que oyó hablar de ellos. Por el contrario, parecían personas afectuosas y sinceras, y empezaba a sentirse a gusto entre ellos.

El camino de vuelta le pareció a Gabriel mucho más corto que el de ida y pronto los dos hombres se encontraron frente a la entrada de la mansión. Gabriel sintió cierta inquietud, ya que cuando atravesó aquella puerta la primera vez, ésta se había cerrado automáticamente tras él, dejándole atrapado en el laberinto subterráneo y, sin embargo, ahora se encontraba de nuevo abierta aguardando su regreso.

Marcel fue el primero en salir del oscuro corredor seguido de Gabriel. Tras unos segundos, en que sus ojos acusaron la repentina irrupción en una sala plenamente iluminada después de haber permanecido durante horas casi entre tinieblas, Gabriel pudo comprobar cómo la casa presentaba el mismo aspecto que cuando la abandonase, con la excepción de la ausencia de Marco, el ayudante de su tío.

Marcel avanzó con pasó decidido por el pasillo, un tanto extrañado, dirigiéndose hacia la sala de lectura mientras llamaba al empleado ausente. Abrió la puerta de la sala y penetró en su interior. En aquel momento, un fuerte golpe sonó en la sala y el ruido de un cuerpo al desplomarse sobre el suelo llegó con claridad hasta los oídos de Gabriel, alertándole de que algo había ocurrido. Llegó con rapidez hasta la sala de lectura donde se encontró con una escena aterradora.

Marcel se encontraba desplomado sobre el suelo. La sangre brotaba abundantemente de una herida abierta en su cabeza, tiñendo de rojo el hábito blanco que portaba, y empapando la alfombra persa sobre la que había caído. Más allá de su cuerpo, Marco, que parecía inconsciente, se encontraba atado y amordazado sobre uno de los sillones de piel curtida de la sala. Pero la peor visión de todas fue comprobar cómo, en la mesa del fondo, la misma en la que había estado sentado conversando con su tío, yacía el cuerpo desmadejado y completamente inerte de Nichole.

—¡Buenas noches! —exclamó una voz, surgida cerca de su espalda, que reconoció de inmediato.

Gabriel se giró lentamente, para encontrarse cara a cara con el rostro moreno y la mirada de alimaña del hombre que se había llevado a Nichole. Simón sujetaba en su mano la pistola brillante y con silenciador, cuyos efectos ya había sufrido en su encuentro anterior.

—Siento haber golpeado tan fuerte a su “hermano” —dijo Simón, pronunciando con especial desprecio esta última palabra, mientras recorría con su mirada la figura de Gabriel envuelto aún en el traje blanco templario—. Supongo que ver su hábito infame me ha enardecido en exceso, pero no se preocupe por él. He visto muchas heridas como esa y, a pesar de lo aparatosa que parece, no le matará. En cuanto al criado, sólo está inconsciente, igual que la señorita Ramalla. A ella no ha sido necesario golpearla, ha bastado con una buena dosis de somníferos en la bebida.

—¿Por qué hace todo esto? He llevado todo el rato su maldito aparato —exclamó Gabriel con rabia—. ¿No era eso lo que quería?

—Sé que lo ha hecho bien —reconoció Simón, avanzando hacia Gabriel, hasta estar tan cerca de él que pudo sentir su aliento sobre la cara—. Aunque hemos tenido un pequeño percance. La señal se ha interrumpido dos veces, una de ellas esta misma noche. Me temo que no hemos podido escuchar nada de lo sucedido durante su infame ingreso en la Orden.

—Se debió perder la cobertura —intentó explicar Gabriel, esperando que Simón le creyese—. Estuve bajo tierra.

—No se esfuerce en tratar de convencerme. Sé muy bien lo que ha ocurrido y que no ha sido culpa suya. Conozco la extraña preferencia templaria por las profundidades para realizar sus ritos paganos —respondió Simón—. Por eso he venido a asegurarme de que me da la información que

necesito en persona. ¡Dígame donde está el niño!

Al oír aquellas palabras, Gabriel recordó la carpeta que había llevado todo el tiempo agarrada en su mano derecha y que contenía exactamente lo que aquel asesino quería. Inconscientemente, apretó con fuerza su mano e intentó ocultarla de forma disimulada tras los pliegues blancos de su vestimenta.

—¿Si se lo digo se irá y soltará a los demás?

—Me temo que no será tan sencillo —reconoció Simón—. Debo asegurarme de que me da la información correcta y para ello tendré que volver a llevarme a la mujer. La he traído sólo como un incentivo. He supuesto que le gustaría comprobar por sí mismo que está perfectamente, y esperando que usted colabore para recuperar su libertad.

La mente de Gabriel empezó a trabajar con rapidez, intentando buscar algún tipo de alternativa que le permitiese ganar tiempo. Por un momento pensó en entregar a Simón la carpeta con el dossier templario, pero la imagen de un niño inocente cayendo en manos de aquel monstruo le hizo desistir de aquella idea.

—Está bien, se lo diré —contestó Gabriel fingiendo aceptar la propuesta de Simón—. Pero necesitaré algún tiempo para conseguir la información. El hombre que acaba de golpear es el mentor que me ha asignado la Orden del Temple. Se suponía que era el encargado de informarme durante los próximos días de los proyectos y actividades en que actualmente trabaja la Orden. Aunque ahora no sé si será capaz.

Simón le miró directamente a los ojos, con tal intensidad que parecía querer penetrar en su misma alma, y averiguar si lo que decía era cierto. Tras unos instantes de tenso silencio, Simón bajó el arma con el que le apuntaba y comenzó a retroceder con lentitud, aceptando al parecer los argumentos exhibidos por Gabriel.

—Muy bien, usted gana. Me llevaré a la mujer y algunas baratijas de este lugar, para que cuando despierten piensen que todo esto ha sido un vulgar robo. No queremos que sospechen que ha estado hablando con un cántaro ¿No es cierto?

Gabriel suspiró aliviado. De forma inconsciente, dirigió una leve mirada a la carpeta que apretaba en su mano, dándose cuenta demasiado tarde de que acababa de cometer un terrible error.

—¿Qué es eso? —preguntó Simón al captar la mirada fugaz de Gabriel.

—Nada importante, la Regla de la Orden. Me la han dado para que pueda estudiarla con detalle —explicó Gabriel, rezando para que Simón no prestase atención al dossier.

—Si es así, no le importará prestármela para que pueda echarle un vistazo.

Gabriel supo en aquel momento que no habría forma de evitar que aquel hombre se hiciese con el precioso informe. Cualquier intento de evitar que viese los documentos sólo aumentaría sus sospechas de que Gabriel intentaba ocultar algo. Con paso firme se acercó hacia Simón, fingiendo entregarle al secuestrador la carpeta con una mano, mientras con la otra intentaba alcanzar el puñal templario, que aún pendía en su funda, enganchado en la hebilla de su cintura donde lo puso durante la ceremonia de ingreso. Cuando estuvo lo suficientemente cerca de Simón, golpeó a éste con toda la fuerza de que fue capaz, utilizando la mano en que llevaba la carpeta, con la intención de hacerle soltar el arma que llevaba, y utilizar su confusión para desenfundar el puñal.

Simón fue pillado por sorpresa por el repentino movimiento de Gabriel. Impotente vio cómo su pistola rodaba por el suelo, a la vez que una lluvia de hojas volaba por el aire de la habitación, provenientes de la carpeta que intentaba examinar. Gabriel supo aprovechar su momentáneo desconcierto y, con decisión, logró apoyar el puñal plateado sobre la garganta de Simón sin que éste pudiese hacer nada para evitarlo, salvo detener todos sus movimientos y levantar los brazos, al sentir el frío tacto punzante del arma sobre su cuello.

—Muy bien ejecutado —reconoció Simón con calma, manteniendo los brazos en alto en señal de rendición—. Pero, ¿está dispuesto a llegar hasta el final? Ahora no puede hacer otra cosa que apretar ese puñal y seccionarme la yugular. No es una mala muerte.

—¡Estese quieto y no le haré daño! —exclamó Gabriel, intentando decidir qué hacer a continuación.

—¡No lo entiende verdad! —repuso Simón elevando el tono de su voz hasta casi gritar de forma desafiante— Será mejor que me mate o que baje inmediatamente ese puñal, porque en el momento en que se distraiga un

solo instante seré yo el que acabe con usted. ¡Venga, hágalo, estoy listo para morir! —A la vez que gritaba su desafío, dio un paso hacia Gabriel, apretando él mismo su cuello contra la punta del arma templaria que amenazaba su vida.

La sorpresa de Gabriel ante el comportamiento casi suicida de Simón hizo que retrocediese confundido, al ver como un hilo de sangre brotaba en el lugar donde la punta del arma se fundía con la piel de la garganta del secuestrador. Aquel mero instante de confusión sirvió para que Simón le golpease con su propia cabeza en el rostro. Gabriel no pudo evitar soltar el arma, mientras caía hacia el suelo sumido en un estallido de dolor. Su visión se volvió rojiza mientras intentaba reincorporarse a pesar del intenso malestar que sentía. Sin embargo, una brutal patada se estrelló de nuevo contra su cara, obligándole a caer desplomado muy cerca de donde yacía sangrante Marcel.

Gabriel palpó su cara, comprobando como de su nariz brotaba sangre sin parar. Simón le agarró del pecho, con tal fuerza que se vio alzado en el aire, mientras el brillo plateado del puñal, que hacía un instante tenía en su mano, cruzaba ante sus ojos como una centella antes de apoyarse con su filo acerado bajo su cuello.

—Ahora soy yo el que tiene el arma y yo no voy a dudar en usarlo — cualquier rastro de cordura en la voz de Simón había desaparecido y una ferocidad animal encendía su mirada— ¿No cree que es poético que vaya a morir con su propio puñal, tal y como lo hizo Ramalla?

Gabriel, a punto de desmayarse por el violento golpe recibido, e incapaz de resistirse ante la fuerza de Simón, sólo pudo pensar en su deseo de que por lo menos Nichole pudiese salir viva de todo aquello y rehacer su vida. Cuando el golpe final de Simón parecía inevitable, su atención pareció distraerse al captar algo con su mirada. A punto de perder la conciencia, Gabriel se vio arrojado al suelo, desechado como algo carente de importancia. Antes de que la oscuridad le dominase por completo, pudo ver entre las cortinas rojizas de su propia sangre como Simón se agachaba a recoger una de las hojas de papel desparramadas por el suelo, una hoja en la que un texto de color rojo resaltaba sobre el fondo blanco del papel.

CAPÍTULO NOVENO

1

Poco a poco, la luz fue abriéndose paso a través de los párpados temblorosos de Nichole, hasta tocar con su tacto refrescante la mente aturdida de la mujer. Con esfuerzo, abrió los ojos a su recuperada consciencia, mientras su cuerpo pesado y entumecido iba recuperando la vitalidad perdida.

Lo primero que contempló ante sí, fue una gran lámpara de bronce que pendía sobre su cabeza. Al principio pensó que se trataba de la lámpara, que la había acompañado en su encierro durante los últimos días, pero, a medida que la confusión de su mente desaparecía, recordó la estilizada forma de los cisnes de bronce que la adornaban, dándose cuenta de su error. Se encontraba en un lugar muy distinto a la elegante y desamueblada habitación que recordaba.

Con dificultad, se incorporó sobre lo que resultó ser la fría superficie de madera de una mesa de gran tamaño. Cuando se hubo levantado del todo, comprobó que se encontraba en un lugar desconocido. La estancia era muy amplia con las paredes repletas de libros. A su alrededor se encontraban algunos sillones y pequeñas mesas de lectura. Fue precisamente, al fijar su aún turbia mirada sobre uno de los sillones, cuando se vio sorprendida por la inesperada presencia de un hombre atado y amordazado, que agitaba su cabeza intentando llamar su atención.

Nichole se dirigió hacia él, siendo dolorosamente consciente de cómo, una clara falta de equilibrio se empeñaba en apoderarse de su organismo. Tambaleándose, llegó hasta donde el hombre, bastante mayor y con el pelo canoso, agitaba su cabeza mientras con sus ojos imploraba su ayuda. Con cuidado, desató el pañuelo que amordazaba al anciano, lo que se tradujo en la expulsión inmediata de un segundo pañuelo, que le había sido introducido en la boca provocando que su respiración fuese muy dificultosa.

—¿Quién es usted y dónde estamos? —preguntó Nichole antes de terminar de desatar al desconocido.

— ¡*Grazie!* —exclamó el hombre con su pronunciación dificultada por la sequedad de boca que la mordaza le había provocado—. Me llamo Marco

y trabajo en esta casa. Desáteme, *per favor*, allí hay dos hombres que necesitan ayuda urgente.

Nichole siguió con sus ojos la dirección que el anciano le indicaba con su mirada, y se encontró con que, a unos metros de donde estaban, había dos figuras caídas en el suelo. Llevaban unos extraños trajes blancos y parecían estar malheridos, pues la sangre empapaba sus vestiduras en abundancia.

Nichole no comprendía qué estaba ocurriendo. Tras un instante de reflexión, decidió desatar al anciano. Por su aspecto físico no parecía ser una amenaza para ella y, además, su mirada destilaba sinceridad.

Cuando por fin estuvo libre de sus ataduras, Marco se levantó con sorprendente rapidez y, haciendo un gesto a Nichole para que le acompañara, se acercó a los hombres caídos. Al llegar a su altura, Marco se agachó sobre el primero de los heridos, cuyo traje blanco mostraba una cruz roja bordada, que Nichole impresionada reconoció de inmediato. Marco puso sus dedos sobre él buscando su pulso.

—Está bien —exclamó aliviado tras un rápido examen de sus heridas—. Tiene un feo golpe en la cabeza, pero respira con normalidad. Creo que se pondrá bien.

—¿Y el otro? —se interesó Nichole, que había comprendido que se encontraba ante dos caballeros templarios.

Marco giró la cabeza del segundo caído, oculta hasta entonces por los pliegues de su ropa, para descubrir un rostro casi totalmente cubierto de sangre. El corazón de Nichole pareció pararse un instante en su pecho para después reanudar su marcha fuertemente acelerado, al descubrir, horrorizada, que el hombre que se encontraba inmóvil y cubierto de sangre frente a ella era Gabriel King.

2

Mientras Simón se acercaba a su asiento en el avión, tan sólo un pensamiento enturbiaba su satisfacción; la duda de si no se habría precipitado, al no asegurarse de la muerte del periodista antes de salir de la mansión templaria, movido por su alegría al descubrir el contenido de la carpeta, que tan torpemente había intentado ocultarle Gabriel.

Cuando comenzó a leer algunas de las hojas esparcidas por el suelo de

la habitación, Simón comprendió que tenía entre sus manos todo aquello por lo que los cátaros habían luchado durante siglos. Con aquel informe en su poder, no les sería difícil, como ya se hiciese hace años, rastrear las operaciones financieras de la Orden hasta lograr identificar a todos sus miembros. En unos años, sus enemigos de siglos estarían completamente desarticulados. En cuanto al falso profeta que habían creado con sus maquinaciones, tan sólo era cuestión de horas que estuviese bajo su control. Cuando leyó el lugar en que se encontraba la familia que lo había acogido, casi lloró de agradecimiento ante la demostración del poder de Dios que aquello suponía.

Simón acomodó su maleta de mano en el pequeño compartimiento situado sobre su cabeza, sintiéndose cada vez más seguro de que el Señor guiaba cada uno de sus pasos. Desde que viese el título en color rojo del informe templario, todo había resultado ser una espiral afortunada de acontecimientos, incluido la increíble suerte de conseguir un billete de avión en el primer vuelo directo a su destino, gracias a una anulación que se produjo justo cuando estaba intentando hacer la reserva. Aunque el periodista lograra sobrevivir y avisase al resto de templarios, sería ya demasiado tarde para que pudiesen hacer nada. Les llevaba horas de ventaja y no había forma alguna de que pudiesen llegar hasta el niño antes de que él mismo lo hiciera.

3

Situando la cabeza bajo el grifo plateado del baño, dejó que el agua refrescante saliese de su interior empapándole con su tacto vivificador. Esperaba que el agua, no sólo se llevase la sangre reseca de su rostro, sino también la rabia que sentía por el hecho de haber sucumbido por segunda vez ante Simón cuando lo tenía prácticamente en sus manos. Mirándose en el espejo del baño, Gabriel agradeció a Dios el hecho de haber descubierto al despertarse que su nariz, hinchada y deformada, aún seguía manteniendo su tabique nasal intacto. Pero, sobre todas las cosas, por lo que más feliz y agradecido se sentía era porque el rostro lleno de vida de Nichole hubiese sido lo primero que viese al salir de su inconsciencia.

Casi creyó tocar el cielo con la punta de los dedos cuando vio a Nichole, con su melena oscura y sus ojos de obsidiana, sana y salva, compartiendo su misma alegría al comprobar que también él se encontraba bien. A pesar de sus protestas y de que aún manaba sangre de sus heridas,

Gabriel insistió en incorporarse de inmediato, lo que le sirvió para confirmar con pesar que Simón, no sólo se había apoderado del informe que su tío le confiase, sino que también le había despojado del anillo y el puñal que le habían dado en señal de su nueva condición de miembro de la Orden. Ahora Simón conocía el lugar donde estaba el niño y, además poseía los medios para llegar hasta él. En aquel instante tuvo la certeza de que era su obligación solucionar aquella terrible situación que él mismo había provocado.

Lo primero que hizo, ante la mirada comprensiva de Nichole y perpleja de Marco, fue destruir, con la misma rabia y satisfacción del esclavo que logra al fin romper las cadenas que le aprisionaban, el teléfono infernal que aún llevaba en su bolsillo. Después, decidido a no volver a hacer de la mentira una herramienta, le contó a Marco todo lo ocurrido sin ocultarle un solo detalle. El hombre no pareció nada sorprendido por su relato, ofreciéndose a ayudarlo en cuanto fuese necesario. Tras decidir entre todos como debían actuar, Gabriel encargó a Marco que cuidase de Marcel y le informase en cuanto despertara de lo que estaba ocurriendo.

Gabriel, tras cerrar el grifo del baño cortando el flujo refrescante que le había servido para aclarar sus ideas más de lo esperado, levantó su cabeza sintiendo casi de inmediato un ligero mareo. Las manos de Nichole comenzaron a secarle el pelo y el rostro con sumo cuidado, evitado frotar con demasiada fuerza las zonas más dañadas. Aunque los arañazos y cortes de su rostro eran poco profundos y habían dejado de sangrar, un hilillo rojizo seguía fluyendo de su nariz con insistencia.

—Creo que durante un tiempo no voy a estar muy guapo —comentó Gabriel intentando relajar a Nichole, que aún mostraba signos de profunda preocupación.

—Dicen que una buena cicatriz da un aspecto más varonil a algunos hombres —comentó Nichole, mientras le introducía sendos algodones en los orificios de la nariz, procurando contener la persistente hemorragia.

Gabriel acercó a Nichole hasta él y la besó con ternura, lo que le supuso un fuerte dolor en el rostro que soportó gustoso.

La figura de Marco apareció por la puerta del baño interrumpiendo su momento de intimidad.

—He conseguido hablar con Salvatore, les espera en el aeropuerto en media hora, y Paolo Bassani viene ya de camino a recogerles. Los dos están

acostumbrados a ofrecer sus servicios sin hacer preguntas, de forma que no tendrán problemas.

—Recogeré mis cosas y saldremos ahora mismo —repuso Gabriel, entendiendo mejor que nunca, al ver a Marco salir de nuevo por la puerta, por qué su tío se había sentido ofendido cuando le llamó criado. Aquel hombre era la eficacia y la discreción personificada.

—¿Estás seguro que hacemos lo correcto? —preguntó inquieta Nichole.

—Es sólo culpa mía que ese maníaco sepa ahora donde está el niño. Es mi responsabilidad y debo solucionarlo sin poner en peligro a otras personas —Gabriel observó la mirada poco convencida de Nichole—. Ya te he dicho que no tienes por qué venir conmigo. De hecho, me quedaría mucho más tranquilo si te quedases aquí.

—Te recuerdo que es mi padre a quién asesinó ese criminal, y a mí a quién ha tenido drogada y encerrada como si fuese un animal —le reprochó Nichole con determinación—. Así que pienso ir contigo y llegar hasta el final de todo esto, sea como sea..

Gabriel decidió no insistir más en aquella cuestión, convencido y en cierto modo agradecido de que el carácter fuerte de Nichole lo hiciese inútil.

Tras terminar la precipitada cura de sus heridas, que incluyó un hábil vendado de su nariz, y comprobar el estado de Marcel, que seguía inconsciente pero ya convenientemente acomodado en su habitación, gracias a las útiles e insospechadas habilidades médicas de Marco, Gabriel empaquetó con la ayuda de Nichole su escaso equipaje. No había dormido desde la noche del día anterior, pero no se sentía cansado, tan sólo un poco dolorido después de su reciente e infructuosa pelea.

La voz de Marco les anunció que el chófer había llegado y se encontraba ya en el exterior aguardándoles. Paolo Bassani pareció divertido cuando Gabriel le presentó a Nichole. Su sarcástica sonrisa, cargada de velada complicidad, le indicó que el conductor estaba acostumbrado a que los turistas aprovecharan su estancia en la ciudad eterna para intentar seducir a alguna bella italiana. Afortunadamente, Paolo no realizó ninguna pregunta incómoda, ni siquiera cuando contempló el aparatoso vendaje en la cara de Gabriel.

Tras un viaje, como siempre extremadamente eficiente, entre la

circulación ya casi colapsada de Roma, llegaron al aeropuerto privado que Gabriel ya conocía bien. Salvatore esperaba al pie de su avioneta fumando un cigarrillo con tranquilidad. Nada más verles bajar del automóvil, arrojó el pitillo al suelo y, tras aplastarlo con sus botas de cuero, avanzó rápidamente a su encuentro.

—¡Buongiorno! —saludó efusivamente el piloto, dirigiéndose directamente a Nichole, antes de que Gabriel hubiese tenido tiempo de presentársela—. Soy Salvatore, el piloto.

—Supongo que Marco ya le ha informado de que queremos ir a Barcelona. ¿Podemos volar directamente? —preguntó Gabriel, interrumpiendo la trasnochada galantería de Salvatore, justo cuando éste comenzaba a relatar las magníficas características del avión a una Nichole un tanto sorprendida ante su imparable verborrea.

—Poder, podemos ir, pero, ¿están seguros de que quieren hacerlo? —preguntó el piloto, mientras estrechaba la mano de Gabriel y observaba sorprendido su rostro magullado.

—¿Es que existe algún problema? —Gabriel observó preocupado como una sombra de seriedad cruzaba por el rostro siempre sonriente del piloto

—Deben comprender que organizar un vuelo entre Roma y Barcelona no es algo que pueda hacerse con tanta rapidez como pretenden. La planificación de un vuelo implica la obtención y el análisis de toda la información meteorológica, técnica y operacional antes del despegue, por no hablar de los requisitos burocráticos necesarios para obtener los permisos reglamentarios.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó Gabriel impaciente.

—Pues simplemente que no contamos con nada de eso —repuso el piloto arqueando sus cejas—. Lo único que he tenido tiempo de hacer es asegurarme de que el depósito esté completamente lleno. Así que, si insisten en ir a Barcelona, tendremos que hacerlo sin permiso alguno y sin ni siquiera un plan de vuelo medianamente preparado.

—Pero, si volamos ilegalmente —interrumpió Nichole— ¿Qué ocurrirá cuando lleguemos a Barcelona? No creo que nos dejen aterrizar sin ningún tipo de papeles.

—Es cierto y, aunque nos autorizasen a tomar tierra, podrían

retenernos en el aeropuerto durante horas, y eso es algo que no podemos permitirnos —se lamentó Gabriel, empezando a temer que pedir ayuda a Salvatore no había sido tan buena idea después de todo.

—No se preocupen, aterrizar no será un problema —aseguró Salvatore con rotundidad—. Tengo un buen amigo en un aeródromo de Barcelona. Él se encargará de que podamos tomar tierra allí. El peligro real serán las condiciones del vuelo. Aunque esta preciosidad tiene más de siete horas de autonomía, no está precisamente indicada para vuelos tan largos —explicó el piloto, dando una sonora palmada sobre el fuselaje de la avioneta—. Además, tendremos realizar el trayecto en un vuelo lo más rasante posible para evitar un encuentro desagradable con los radares aéreos, lo que supone un peligro añadido, ya que ni siquiera tenemos un informe meteorológico fiable sobre la ruta. Así que ustedes deciden. Si quieren arriesgarse les llevaré a Barcelona, pero en estas condiciones no les va a resultar nada barato —Salvatore encogió sus hombros a la vez que los elevaba escenificando su impotencia frente aquellas circunstancias.

Gabriel miró a Nichole, consciente de que él no tenía otro remedio que seguir adelante pero de que Nichole aún podría regresar a Roma y evitar así un riesgo innecesario.

—Muy bien —exclamó Nichole adivinando en los ojos de Gabriel sus pensamientos, cerrando la discusión con mirada desafiante—. ¿A qué estamos esperando?

4

El vuelo comenzó de forma infernal para Gabriel. Al dolor de su cabeza y la pérdida de sangre, se unió la desagradable reaparición de su fobia a volar, para sumirle en un estado de mareo constante casi inaguantable. A pesar de que sentía como si mil agujas se clavasen en su cabeza, empeñadas en obligarle a vaciar el contenido de su estómago en medio de unas intolerables nauseas, consiguió, tras una hora de obstinada e intensa lucha consigo mismo, evitar vomitar y sobreponerse a su angustia. Probablemente, el hecho de que su estómago se encontrase medio vacío, después del leve refrigerio que él y Nichole tomaron antes de salir de Roma, contribuyó a ello de forma decisiva. Cuando logró calmarse, la falta de sueño se hizo patente al fin, haciéndole dormir durante el resto del viaje.

—¡Despierta! —Gabriel abrió los ojos para encontrarse contemplando el delicioso rostro de Nichole, que intentaba despertarle susurrándole al oído con suavidad.

—¿Hemos llegado? —preguntó Gabriel, algo desorientado y con la sensación de que a penas había pasado un instante desde que consiguiese dormirse.

—Casi —respondió Nichole, señalándole la ventanilla—. No es muy recomendable que sigas dormido durante el aterrizaje.

Cuando Gabriel contempló el exterior, a través del cristal de su ventanilla, pudo ver como el azul del mar daba paso a los marrones y verdes tonos de la tierra firme. Una tierra demasiado cercana para su gusto. Por delante de ellos se extendía un terreno llano y árido, roto tan sólo por la rectilínea forma de una carretera poco transitada.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó la voz satisfecha del piloto—. Ahí abajo está el aeródromo. He hablado con mi amigo Xavier y ya les tiene preparado el automóvil.

—¿Automóvil? —preguntó confundido Gabriel, mientras ajustaba el cinturón de su asiento.

—Mientras tú dormías como un lirón —empezó a explicarle Nichole—. Le pedí a Salvatore que intentase que su amigo nos consiguiese un coche de alquiler para cuando llegásemos, y, al parecer, lo ha logrado. No sé si te has dado cuenta de que necesitaremos un transporte para llegar desde el aeropuerto a nuestro destino.

Gabriel acercó su rostro al de Nichole, estirando al máximo su cinturón para poder besar sus labios una vez más. Bajo ellos, una pista de aterrizaje estrecha y polvorienta, flanqueada por pequeños edificios, se precipitaba a su encuentro.

—Agárrense fuerte a sus asientos porque vamos a aterrizar —anunció el piloto.

El avión tomó tierra con gran suavidad. Las ruedas alcanzaron el suelo al principio de la pista comenzando a frenar de inmediato. Sin embargo, aunque el aparato redujo su velocidad con rapidez, no detuvo su camino del todo, sino que comenzó a avanzar hacia el final de la pista.

—¿Por qué no paramos? —preguntó Gabriel, cada vez más

preocupado al ver como la pista estaba a punto de acabarse frente a ellos, amenazando con precipitar la avioneta en medio del terreno pedregoso que se extendía en el horizonte.

—No se preocupe —le tranquilizó Salvatore—. Les estoy llevando hasta el final de la pista. En cuanto pare el avión, salgan fuera y corran hasta la carretera. Está a unos quinientos metros al frente de donde estamos. Allí encontrarán el coche esperándoles, se trata de un Opel Astra granate metalizado. Encontrarán las llaves en la guantera.

—¿Qué está ocurriendo? —exclamó Nichole sin comprender del todo el extraño proceder del piloto.

—Digamos que mi amigo no es el dueño del aeródromo, tan sólo da clases de vuelo aquí. Aunque se las ha apañado para conseguir que la pista estuviese despejada, seguimos sin tener autorización para aterrizar —explicó el piloto—. Si les cogen al bajar del avión, pasarán los próximos días dando explicaciones en un cuartel de la policía nacional española. Ya les advertí que este vuelo no iba a ser sencillo.

—¿Y usted que hará? —preguntó Gabriel.

—Sabré apañármelas. Aunque me cueste una semana conseguiré que me suelten. Así que no se preocupen, no se libranan de pagar el combustible y la multa que me van a poner —Salvatore soltó una fuerte carcajad—. Les advertí que no sería barato.

La avioneta frenó finalmente, justo cuando la superficie pedregosa aparecía frente al morro del aparato. Gabriel y Nichole salieron precipitadamente del aparato, comenzando inmediatamente a correr en la dirección que les indicara el piloto. Gabriel volvió la cabeza a tiempo de ver como la avioneta giraba noventa grados, interponiéndose entre ellos y el grupo de hombres que se acercaban, cubriendo así su huida.

Siguieron corriendo hasta divisar la carretera de la que les había hablado Salvatore, en la cual se encontraba, ligeramente inclinado sobre la cuneta, el coche que les había descrito el piloto. Nichole ocupó el puesto de conductor, después de recordar con autoridad las heridas a Gabriel, a lo que éste prefirió no replicar ocupando sin rechistar el asiento de copiloto. Tras coger las llaves de la guantera, Nichole arrancó el vehículo y salieron de allí rápidamente, dándose cuenta en aquel preciso momento de que no tenían ni idea de donde se encontraban realmente.

Tras unos minutos de desconcierto al volante, sin saber muy bien a dónde se dirigían, llegaron hasta un cruce con una carretera nacional que resultó ser la A-2. Tras un rápido vistazo a los indicadores visibles a un lado del arcén, Nichole comprendió con alivio dónde se encontraban.

—¡Increíble! —exclamó con alegría— El piloto no sabía que queríamos ir a Montserrat y, sin embargo, nos ha traído a un aeródromo a menos de treinta kilómetros de distancia. Es una casualidad asombrosa.

—Cada vez creo menos en las casualidades —repuso Gabriel un tanto sombrío, a pesar de la satisfacción que sentía, incapaz de evitar la sensación de que alguna voluntad ajena a la suya parecía estar guiándoles en todo momento.

—¿Qué haremos cuando lleguemos? —preguntó Nichole, mientras giraba con rapidez el automóvil para tomar la autopista en dirección a su destino.

—No podemos ir directamente al Monasterio —comenzó a reflexionar en voz alta Gabriel—. Sin el anillo y el puñal, no podremos demostrar que nos envía la Orden. No nos dejarían entrar y llegar hasta el niño a tiempo. Lo único que se me ocurre es pedir ayuda a Pierre Debré, conoce al abad del Monasterio y puede ayudarnos a llegar hasta él y convencerle de que nos escuche.

—No pareces muy convencido —observó Nichole—. El profesor Debré parecía una persona muy agradable. No creo que se niegue a ayudarnos.

—No es eso, es sólo que no me gustaría tener que revelarle a nadie más la existencia de la Orden del Temple. Ya he vulnerado demasiadas veces las promesas que hice en Roma.

Tras poco más de media hora de camino, divisaron por fin el perfil inconfundible de *Monistrol*, junto a la imponente montaña de Montserrat. En esta ocasión no tuvieron dificultad en llegar hasta la casa del historiador, ya que recordaban bien el camino que habían seguido en su primera visita. Tras localizar el desvío adecuado y atravesar el camino forestal, llegaron por fin frente a la verja de hierro forjado poblada de fauna mitológica que franqueaba la entrada. Gabriel bajó del vehículo y pulsó el botón de llamada del portero. En esta ocasión, una voz les pidió por el micrófono del aparato que se identificasen. A continuación, la verja se abrió, permitiéndoles llegar por fin

hasta el viejo caserón que servía de residencia a Pierre Debré.

La figura rechoncha y afable del medievalista salió rápidamente a su encuentro desde la puerta principal, mostrando en su rostro una inconfundible expresión de sorpresa.

—¡Habéis vuelto! —exclamó Debré al reconocerles mientras bajaban de su nuevo vehículo—. Pero, ¿qué te ha pasado muchacho? —Añadió preocupado, al ver el rostro vendado de Gabriel.

—Un accidente, pero no es nada importante —respondió Gabriel estrechando la mano del historiador.

—No esperaba veros tan pronto —reconoció Debré.

Gabriel pensó que aquella frase le resultaba paradójicamente casi un eufemismo, a pesar de que había pasado poco más de una semana desde que estuviese en aquel lugar, se sentía como si toda una vida hubiese transcurrido desde aquel encuentro.

—Será mejor que vayamos a mi despacho. Estoy impaciente porque me contéis qué habéis conseguido averiguar del dichoso puñal.

Debré les condujo con rapidez al interior de la casa. Después de contemplar la residencia templaria de Roma, a Gabriel aquel lugar ya no le pareció tan impresionante, a pesar de su rico mobiliario y decoración.

—Necesitamos que nos haga un favor —comenzó a explicar Gabriel tras acomodarse en el despacho, tal y como hicieran en su primera visita.

—Si está en mi mano contad con ello. Pero primero decidme qué os contó Lamond. Seguro que os salió con alguna de sus fantasías paranoicas.

—Cuando estuvimos aquí, no le contamos toda la verdad — dijo Nichole, tomando la iniciativa en la conversación, al ver a Gabriel indeciso ante la forma de abordar a Debré sin revelar información comprometida sobre la Orden—. Mi nombre es Nichole Ramalla, soy hija de Friederich Ramalla. El puñal que le enseñamos es el arma con el que mataron a mi padre. Por eso necesitábamos saber de dónde provenía.

—Cuando vinisteis a verme con tanta precipitación, ya me imaginé que ocurría algo raro. Mostrabais demasiada ansiedad para buscar tan sólo autentificar un arma antigua —reconoció Debré con gran seriedad, aunque sin mostrarse excesivamente sorprendido—. Lo que no sé exactamente es qué tiene que ver todo eso conmigo.

—Desde que estuvimos aquí, hemos averiguado algunas cosas terribles —continuó explicando Nichole, ante la mirada impotente de Gabriel, que veía como la mujer parecía dispuesta a revelar todo lo que él había jurado mantener en secreto—. Ahora sabemos quién mató a mi padre. Fue un loco fanático que dice ser seguidor de la antigua religión del catarismo. Estuvo amenazando a mi padre desde que aparecieron en la prensa las primeras informaciones sobre su libro, ya que pensaba que la Sábana Santa era una afrenta a sus creencias. En su locura llegó a convencerse de que mi padre era un descendiente de los templarios, a los que considera sus enemigos jurados y por eso le asesinó. Pero lo más terrible es que se ha propuesto acabar con todos aquellos que cree que son seguidores de los antiguos templarios. Ya ha matado a otra persona además de mi padre, y ha venido aquí, a Montserrat, a buscar a su tercera víctima entre las personas que viven en el Monasterio.

—¿Y qué queréis que haga yo? —exclamó Debré, esta vez sí claramente alarmado ante lo que Nichole estaba relatando—. Sólo soy un antiguo profesor de historia medieval y me parece que vuestro problema es más policial que histórico.

—Usted nos dijo que conocía al abad del Monasterio. Necesitamos llegar hasta él cuanto antes para contarle lo que está ocurriendo, y no queremos que piense que somos una especie de locos —contestó Gabriel, aliviado y admirado, ante la manera en que Nichole había presentado los hechos a Debré, evitando en todo momento revelar cualquier dato concreto sobre la Orden del Temple.

—Es cierto, el abad es un buen amigo mío. Pero, ¿no sería mejor que le contaseis todo esto a la policía?

—Sería inútil. En realidad no tenemos ninguna prueba que avale lo que le hemos contado, sólo nuestra palabra. Además, me llevé el puñal sin que la policía lo supiese, lo que no les va a ayudar precisamente a confiar en nosotros. Para cuando consiguiésemos convencerles de que lo que les contábamos era cierto, si es que lo lográbamos, lo más probable es que un nuevo inocente estuviese muerto —Gabriel no quería recurrir a la policía, no sólo por los motivos que le acababa de dar a Debré, sino porque hacerlo significaría revelar al mundo la existencia de la Orden del Temple.

Debré comenzó a frotar nervioso su barbilla con su mano derecha, como si quisiese conseguir mediante aquel masaje que su mente tomase la decisión más correcta en aquellas circunstancias.

—Está bien, intentaré que el abad os escuche —admitió finalmente Debr—. Si me esperáis aquí un momento, iré a avisar a mi asistente que voy a salir con vosotros. Es capaz de llamar a la policía si no me encuentra en mi despacho cuando termine de limpiar las habitaciones.

—¡Gracias profesor! —exclamó Nichole con una sonrisa de alivio al comprobar que el historiador les había creído—. No se imagina lo importante que es todo esto para nosotros.

—Créeme querida, se lo importante que es —reconoció Debré abandonando con rapidez la habitación.

Los minutos transcurrían con lentitud, mientras esperaban el regreso del historiador. Gabriel contemplaba admirado la aparente tranquilidad con que Nichole parecía afrontar aquella terrible situación. No podía dejar de pensar que dentro de muy poco tiempo iban a estar frente a frente con el abad de Montserrat. Entonces tendrían que apañárselas para librarse de Debré, y así poder revelarles abiertamente quienes eran y el peligro que corría el niño que se encontraba a su cuidado. La mente de Gabriel aún se resistía a pensar en aquella criatura como en un clon auténtico de Jesucristo. Sabía que si llegaba a aceptar que era algo más que un niño inocente que se encontraba en peligro, se sentiría abrumado por la responsabilidad.

Gabriel se levantó incapaz de permanecer un solo minuto más sin hacer nada y comenzó a ojear la biblioteca, en un vano afán de distraer su mente. Se acercó al atril situado a un lado de la mesa de Debré, donde se encontraba cuidadosamente expuesto el mejor libro de su colección; la copia que el historiador poseía del “Comentario del Apocalipsis” del Beato de Liébana. Aquella obra había despertado su admiración desde que la vio por primera vez, por lo que Gabriel aprovechó para perderse en la contemplación de la ilustración que sus hojas abiertas mostraban.

Una mano detallista y cuidadosa había trazado hacía varios siglos la inconfundible estampa de los cuatro jinetes del Apocalipsis. La iconografía era plana, hierática, carente de claroscuros y perspectivas espaciales. A pesar de todo ello, el dibujo alcanzaba una gran expresividad gracias a la gran intensidad cromática de la composición. Los emisarios del Anticristo se mostraban dispuestos a sembrar la destrucción, enseñando con orgullo sus armas de guerra. Sus manos y ojos aparecían resaltados, al igual que sus ropajes, con colores llameantes. Sin embargo, lo que más llamó la atención de Gabriel de aquella miniatura fueron los caballos. Los corceles, ricamente

engalanados, aplastaban a su paso a gentes inocentes tiñéndose con el color casi granate de su sangre. Gabriel recordó inmediatamente la última visión de Hugo de Payns. De forma irracional, su estómago se contrajo mientras era presa de un fuerte presentimiento. Movido por una intuición, situada más allá de la razón, se giró, para contemplar un cajón semiabierto justo al lado del ahora vacío asiento de Debré.

—¿Qué haces? —preguntó Nichole, extrañada al ver como inesperadamente Gabriel abría uno de los cajones de la mesa del historiador.

Gabriel contestó depositando con rapidez, frente a los ojos sorprendidos de Nichole, el contenido del cajón. Se trataba del anillo y el puñal de plata que Simón le sustrajese a Gabriel en Roma tras dejarle malherido.

—¡Será mejor que salgamos de aquí! —exclamó Gabriel, cogiendo a Nichole de un brazo precipitándose hacia la salida.

Sin embargo, su intento de huida se vio abortado antes siquiera de haber comenzado. La puerta de entrada al salón se abrió y Debré apareció ante ellos acompañado de la corpulenta y armada figura de Simón.

—¡Por favor! Volved a vuestros asientos o Simón no tendrá más remedio que disparar la voz de Debré había perdido la calidez, de la que había hecho gala hasta aquel momento, para ser sustituida por la frialdad del acero.

Gabriel apretó con fuerza la mano de Nichole, mientras ambos retrocedían lentamente hasta sentir como sus espaldas topaban con el borde de la mesa.

—¿Qué está pasando profesor? —preguntó Gabriel, intentando mostrarse lo más seguro posible, a pesar de la aprensión que sentía al verse de nuevo frente al hombre que había estado a punto de acabar con su vida en dos ocasiones.

—Supongo que, después de todo por lo que habéis pasado, merecéis una explicación —reconoció Debré—. Como ya habréis adivinado soy cátaro. De hecho, soy un importante Perfecto, el equivalente a un obispo católico para que me entendáis. Toda mi familia, desde hace más generaciones de las que he sido capaz de investigar, ha pertenecido a la iglesia cátara. Igual que la Orden del Temple, que tan bien conocéis, nosotros hemos permanecido en la clandestinidad desde la miserable cruzada albigense. Sé que los templarios ya os han contado su versión de nuestro

enfrentamiento, así que no perderé el tiempo contándoos la nuestra. Baste decir que nuestra misión ha sido, desde su terrible traición a Cristo, la de intentar, por un lado, sacar a la luz los documentos templarios que nos permitirían demostrar la falsedad de la Iglesia Católica y la verdad de nuestra doctrina y, por otro lado, destruir la reliquia diabólica que es el Santo Sudario.

—Y para ello no habéis dudado en convertirlos en asesinos —gritó Nichole con absoluto desprecio.

—¡No somos asesinos! —protestó con indignación Simón.

—Cálmate —le interpeló con rapidez Debré—. No tienen la culpa de estar sumidos en la ignorancia. No pueden comprender la gravedad de la situación.

—La única gravedad que existe aquí es la que su locura y su odio ha provocado —intervino Gabriel, procurando alargar la conversación.

—Se equivoca. Nosotros no odiamos a nadie y nunca hemos querido que todo esto sucediera —Debré retomó su relato, aparentemente necesitado de justificar así sus actos— Hasta no hace mucho tiempo, nuestro enfrentamiento con el Temple era un tema casi olvidado por la iglesia cátara. Para nosotros la Sábana Santa no era más que una reliquia en poder de la Iglesia Católica de dudosa autenticidad, y no teníamos constancia de que la Orden del Temple hubiese pervivido hasta nuestros días. Todos en la iglesia cátara estaban convencidos de que sus documentos estaban definitivamente perdidos. Resulta paradójico que ahora sepamos que ellos pensaban exactamente lo mismo de nosotros.

—¿Qué ocurrió para que cambiasen de idea? —preguntó Gabriel, convencido de que todo el tiempo que ganase, se traduciría en mayores oportunidades de que el Temple lograra sacar al niño de Montserrat a tiempo.

—Yo nunca estuve de acuerdo con el resto de hermanos cátares —continuó Debré—. Me obstiné en dedicar mi vida al estudio de la Orden con la esperanza de averiguar algún día la localización de la Biblioteca templaria. Sin embargo, no conseguí averiguar nada relevante, hasta que conocí en la facultad a Bertrand Lamond, hace más de veinte años. Resultó ser un investigador increíblemente perspicaz. Cuando me enseñó los trabajos de investigación que estaba realizando sobre la Orden del Temple, y su teoría sobre la existencia de una Orden secreta, comprendí que estaba mucho más

cerca de lo él mismo creía de descubrir, no sólo a la Orden del Temple sino también a la propia Iglesia Cátara, y eso era algo que no podía permitir. Intenté por todos los medios que abandonara sus investigaciones, pero era demasiado obstinado y no lo conseguí. Aunque sea algo de lo que no me siento orgulloso, me vi obligado a desacreditar públicamente su trabajo mientras en privado aprovechaba los datos que había descubierto para buscar el rastro hábilmente ocultado de la actual Orden del Temple. Gracias al trabajo de Lamond y a mis propios conocimientos, no me fue difícil comprobar que, como había supuesto, la Orden del Temple no sólo había sobrevivido, sino que estaba totalmente activa. Cuando informé al resto de hermanos, la iglesia cátara me apoyó con todos sus medios en la investigación y muy pronto dimos con el rastro de una serie de operaciones económicas, que nos llevaron a identificar a uno de sus miembros.

—Mi padre —dijo Gabriel entre dientes, apretando su mandíbula con fuerza de forma inconsciente, mientras procuraba reprimir el odio visceral que se iba apoderando poco a poco de él.

—Un hombre notable. Intentamos que delatase al resto de miembros de la Orden y nos revelase por qué habían comenzado a gastar grandes cantidades de dinero. Pero fue totalmente inútil, prefirió ser condenado a prisión por un delito del que era inocente. Incluso se las apañó para evitar que tú, su hijo, te convirtieses en miembro de la Orden y fueses así vulnerable a nuestras presiones. En tu lugar designó a su hermano, un hombre tan fuerte e imposible de quebrar como él mismo. Tu padre logró frustrar nuestra investigación y, lo que es más grave, la Orden del Temple fue consciente después de siglos de ocultarnos de que la iglesia cátara seguía activa.

—¡Y vosotros le asesinasteis por ello! —afirmó más que preguntó Gabriel, que necesitaba saber si realmente su padre había muerto asesinado por aquellos fanáticos.

— ¿Crees que su muerte mientras estaba en la cárcel fue una venganza nuestra? —preguntó Debré mostrándose ofendido—. Nunca haríamos una cosa así. Sólo intentábamos que colaborase con nosotros. Su fallecimiento fue algo completamente inesperado. Supongo que no pudo aguantar la presión de la cárcel.

—Donde vosotros le habíais llevado injustamente. Puede que no apretaseis el gatillo, pero sois igualmente culpables. Le arrebataseis su vida, su familia e incluso su libertad —le reprochó Gabriel, dándose cuenta al

hacerlo de que también a él le habían arrebatado todo aquello.

—No tuvimos más remedio que hacer lo que hicimos. Siento que tu padre muriese por ello, pero he de reconocer que a la larga su muerte nos benefició. Cuando averiguamos en 1997 que la Orden del Temple se proponía el increíble sacrilegio de clonar el cuerpo de la Sábana Santa, actuamos de forma desesperada intentando destruir el lienzo con la intención de impedir aquella locura. Debido a la precipitación con que actuamos, volvimos a fracasar como ya lo habíamos hecho hace siglos. Pero de aquel fracaso sacamos la determinación de afrontar de una nueva manera nuestro conflicto con la Orden. Iniciamos un nuevo plan, cuidadosamente proyectado y ejecutado, para conseguir introducir nuestro propio caballo de Troya en el interior de la mismísima Orden del Temple.

—¿Cómo lo hicisteis? —preguntó de nuevo Gabriel.

— Debo reconocer que siempre tuve dudas de que el plan llegase a buen puerto, era una idea demasiado arriesgada y difícil de concretar, pero era nuestra apuesta desesperada para evitar que el Anticristo caminase sobre la tierra —Debré parecía orgulloso y desafiante mientras se dirigía directamente a Gabriel con su mirada—. Ante todo, debíamos escoger nuestro candidato a ingresar en la Orden y el elegido sólo podías ser tú. Aunque había sido apartado por tu padre de la sucesión, seguías siendo el hijo del único templario que conocíamos. Si hubiésemos sabido que Nichole existía, quizá nuestra elección hubiese sido otra. Lo primero que hicimos después fue preparar concienzudamente el escenario adecuado. Me encargué personalmente de entablar amistad con tu tío. Hace unos cinco años montamos una falsa denuncia sobre uno de mis libros y le encargué mi defensa. Naturalmente, ganó el caso sin dificultad, tras lo cual no me costó nada obtener su confianza. Me aseguré de que pensase en mí como un historiador absolutamente ortodoxo, incapaz de creer en ninguna teoría histórica que se saliese del canon establecido. Lógicamente, cuando llegaste a su puerta pidiendo su ayuda para identificar un puñal templario, no dudó en recurrir a mí. Estaba convencido de que me encargaría de quitar de tu cabeza cualquier idea que pudiese llevarte a averiguar la verdad sobre la Orden del Temple. Pero hice exactamente lo contrario. Te envié directamente a Lamond, que se encargó inmediatamente de ponerte en la pista de los templarios. Podría haberlo hecho yo mismo, pero estoy seguro de que tu tío hubiese sospechado inmediatamente de mí.

—Pero, ¿y mi padre? ¿por qué le matasteis? —intervino Nichole intentando controlar el odio que crecía en su interior, lo que se tradujo en un fuerte apretón de la mano de Gabriel hasta el punto de llegar casi a clavarle las uñas.

—No le elegimos de forma premeditada —continuó Debré—. Vigilábamos a varias personas de las que estábamos razonablemente seguros que podían ser miembros de la Orden del Temple. Cuando tu padre presentó su último libro, nuestras sospechas se convirtieron en certeza. Cualquiera con los conocimientos adecuados hubiese sido capaz de reconocer entre sus líneas quién era realmente tu padre. Comenzamos entonces a mandarle una serie de cartas amenazantes, firmadas por la iglesia cátara, para intentar intimidarle. Paralelamente, movimos algunos hilos en la revista donde trabajaba Gabriel, y nos aseguramos de que fuese el encargado de su entrevista el día de la presentación del libro. Pretendíamos mantener abierta la posibilidad de que tu padre decidiese hablar, atemorizado por nuestras misivas, lo que nos hubiese evitado recurrir a su muerte para asegurarnos la colaboración, en este caso involuntaria, de Gabriel. Lamentablemente, como nos temíamos tu padre demostró ser digno de la confianza que la Orden tenía depositada en él. El resto ya lo sabéis.

Debré estaba punto de dar por terminada su cínica explicación, por lo que Gabriel decidió que, si quería intentar algo, debía hacerlo en aquel preciso momento, antes de que Debré decidiese ordenarle a Simón que acabase con ellos, para dirigirse a continuación al monasterio de Montserrat.

—Claro que lo sabemos. Mandaste a tu perro asesino para que matase a un pobre anciano, sin ni siquiera darle la opción de defenderse —Gabriel intentó usar el tono más insultante de que fue capaz, a la vez que acercaba su cuerpo al de Nichole, procurando ocultar la mano con que la agarraba tras su espalda. Su intención era alcanzar el puñal de plata, que aún se hallaba sobre la mesa.

—¡No soy un asesino! —gritó Simón, avanzando con rapidez hacia Gabriel.

—¡Simón! —ordenó Debré— Tranquilízate, ¿no te das cuenta de que sólo intenta provocarte?.

—¿Cómo se llama a quien mata a gente inocente? —gritó Nichole que había comprendido lo que Gabriel intentaba hacer— No te dejes engañar Simón. Eres un mero asesino y siempre lo serás. Debré te maneja como a su

sicario particular. Te utiliza para realizar las tareas sucias de las que él mismo no es capaz.

Simón se volvió hacia Nichole. Sus ojos, inyectados de sangre por la rabia que sentía, parecían a punto de estallar. Levantó su pistola, apretando la empuñadura hasta que su mano se volvió blanca como la cera por la falta de circulación sanguínea. Gabriel comprendió que iba a disparar de un momento a otro.

—¡Detente Simón! —gritó Debré—. No creas sus palabras, las inspira el mismísimo diablo. Tu eres un hombre bueno que hace la obra de Dios, nada más.

Debré había avanzado hasta llegar a la altura de Simón, que parecía paralizado por su propia furia. Gabriel aprovechó el momento en que Simón se volvió momentáneamente hacia el profesor, para inclinarse hacia atrás, y atrapar por fin el arma templaria, ocultándola tras su espalda antes de que Debré o Simón pudiesen darse cuenta de su maniobra.

—¡Pregúntale a tu amo qué es lo que quiere que hagas con el niño! —exclamó Gabriel, mientras daba un paso hacia delante, intentando acercarse hasta ambos hombres, sin tener muy claro lo que iba a hacer a continuación, aunque consciente de que esta vez no debía dudar en usar el puñal como hiciese en Roma.

—¿Qué pasa con el niño? —preguntó Simón mirando fijamente a Gabriel como si le viese por primera vez.

—¿No recuerdas que nos dijiste que el niño quedaría bajo la custodia de vuestro Obispo y que intentaríais educarle en vuestra Fe?

—Eso es lo que el Perfecto me dijo y eso será lo que ocurra —aseguró Simón, en cuyo rostro comenzaba a dibujarse la confusión.

—¡Pregúntale a tu Perfecto si no es cierto que en realidad lo que pretende es que lo asesines a sangre fría! —Gabriel se dio cuenta de que había tocado un punto sensible con su desafío verbal disparado casi a ciegas.

Simón, desconcertado, se volvió dirigiéndose abiertamente hacia Debré. Gabriel pensó que aquel podía ser el momento que había estado esperando para atacarle. Sin embargo, Nichole le sujetó firmemente el brazo en que sostenía el arma, justo en el momento en que se disponía a utilizarla, lo que le obligó a detener su ataque. Al parecer, ella no pensaba que aquel fuese un buen momento. Gabriel había aprendido que la intuición de Nichole

no era algo que debiera despreciarse, por lo que, obedeciendo a la mujer, retrocedió ligeramente esperando otra oportunidad.

—¿Es eso cierto? —preguntó Simón, encarando a Debré con desconfianza por primera vez.

—Es demasiado peligroso. El sudario es una imagen material, un engaño del diablo para confundir a los verdaderos cristianos. Lo que salga de él ha de ser forzosamente de naturaleza maligna —Debré hablaba con rapidez, temeroso de que el precario control que ejercía sobre Simón se perdiese del todo.

—¿Tendré que matarle? —insistió Simón.

—No será un asesinato porque, aunque tenga su apariencia, en realidad no es un niño. Harás un gran servicio al Señor y a la Iglesia.

Simón estaba confuso. Era incapaz de decidir por sí mismo lo que debía hacer. Parecía que en su interior se estuviese debatiendo una lucha, entre la fidelidad que hasta aquel momento sentía hacia el Perfecto, y la sospecha cada vez más patente de que éste en realidad le hubiese estado manipulando todo el tiempo.

—¡Dile que lo haga él! —le desafió Nichole—. Si es una labor del Señor, dile que sea él quien mate al niño. Es más, dale la pistola y que sea Debré el que nos ejecute a Gabriel y a mí, como si fuésemos animales, que es lo que te va a pedir que hagas.

Simón consideró por un instante las palabras de Nichole, para a continuación ofrecer la pistola que portaba a Debré, que retrocedió instantáneamente como si se tratase de un hierro candente.

—No puedo..., no debo hacerlo —comenzó a excusarse el historiador asustado—. No soy un ase...

Aunque Debré interrumpió sus palabras al comprender el tremendo error que acababa de cometer, no pudo evitar la inmediata reacción de Simón. Como si un rayo acabase de alcanzarle, el rostro desconcertado de Simón se tornó en una máscara de odio y asombro infinitos. Había comprendido que, el hombre al que consideraba su mentor, su maestro, prácticamente su padre, le había traicionado. Todas las palabras que le había dedicado, asegurándole que su pasado como asesino a sueldo había quedado perdonado, convenciéndole de que era ya un hombre bueno, le sonaron ahora huecas. No habían sido más que el discurso de un charlatán, que buscaba un sicario

dispuesto a realizar aquello que él mismo no se atrevía a hacer. La única diferencia entre aquel hombre pequeño y tembloroso, que parecía encogerse ante sus ojos, y los gordos y grasientos traficantes de droga para los que trabajaba en las favelas de Brasil, era que estos últimos recompensaban los servicios realizados con dinero y el Perfecto lo hacía con la salvación del alma.

Simón agarró con una mano el cuello de la camisa de Debré, con tal fuerza que logró levantar el cuerpo del anciano hasta situar su rostro lleno de desesperación junto al suyo.

—¡Suéltame! —imploraba Debré, intentando en vano zafarse del brazo de acero de Simón— ¡Por favor! Lo haré, te lo juro...no tendrás que matar a nadie más, yo lo haré por ti, lo juro...

El disparo sonó con la fuerza de un trueno. El cuerpo de Debré se sacudió durante unos minutos de forma espasmódica, presa del dolor, mientras permanecía sujeto por Simón. Cuando el movimiento del cuerpo cesó, los brazos perdieron toda su fuerza desmoronándose a continuación, mientras la cabeza resbalaba hacia un lado sin vida. Simón le miró una vez más, notando como el odio desaparecía de su rostro sustituido por una profunda tristeza. Lentamente, comenzó a agacharse, poniéndose de rodillas hasta depositar con cuidado al anciano a sus pies.

Gabriel estrechó entre sus brazos a Nichole, que había comenzado a llorar presa del horror ante la terrible escena de la que acababan de ser testigos. Ninguno de los dos se atrevió a realizar movimiento alguno, impresionados e incapaces de prever la reacción que Simón pudiese tener a continuación.

Tras dejar el cuerpo del malogrado historiador en el suelo, Simón se volvió finalmente hacia ellos. En aquel momento se produjo un fuerte ruido en la puerta de entrada y una figura irrumpió en la habitación.. El intruso, que había golpeado la puerta mediante una fuerte patada, llevaba un arma en sus manos, con la que apuntó rápidamente a Simón sin dejar a éste, tiempo de reaccionar.

—Levanta las manos y suelta el arma —gritó el individuo con autoridad.

Nichole fue la primera en reconocerle, lo que demostró inmediatamente gritando su nombre, con la misma alegría con la que hubiese

celebrado ver entrar por aquella puerta a todo el departamento de policía.

—¡Miralles!

Gabriel recordó el nombre de inmediato. Con satisfacción, comprobó que el hombre ojeroso y despeinado que acababa de entrar, era efectivamente el inspector de policía que le había interrogado en Barcelona.

—¡No os acerquéis! —exclamó el inspector, inclinando su cabeza para mirarles por encima de la montura dorada de sus gafas, a la vez que con un gesto de su mano les indicaba que permaneciesen donde estaban —. Y a ti, te he dicho que sueltes el arma inmediatamente. No me hagas repetirlo de nuevo.

Simón soltó la empuñadura del arma, manteniéndola sujeta tan solo con dos dedos, y comenzó a agacharse para depositarla junto al cuerpo inerte de Debré. Cuando la Browning ya tocaba con el cañón el entarimado de la estancia, Simón dejó caer completamente su cuerpo, rodando por el suelo con la velocidad del rayo, mientras empuñaba de nuevo su arma y realizaba dos disparos, con tal rapidez, que Miralles no tuvo oportunidad alguna de evitarlos. Los dos impactos le dieron directamente en el pecho. A pesar de su corpulencia, el inspector se vio despedido violentamente hacia atrás, atravesando en su caída la misma puerta por la que había entrado, quedando después completamente inerte en el suelo.

Gabriel contempló aquella escena casi a cámara lenta. Aquel demonio había logrado escaparse una vez más cuando estaba totalmente atrapado, y otra persona inocente había muerto por ello. Gabriel recordó el puñal de plata que aún apretaba en su mano y, sin pensar en lo que iba a hacer, se lanzó hacia Simón empujado por la furia de su propia desesperación.

Simón no había tenido tiempo de levantarse aún, cuando Gabriel se le echó encima. Demostrando nuevamente sus excelentes reflejos, rodó hacia un lado esquivando la acometida. Gabriel, frustrado, vio como Simón le evitaba y comenzaba a levantar su pistola dirigiéndola hacia él. Moviéndose con gran rapidez, logró alcanzarle antes de que hubiese levantado el arma lo suficiente para poder disparar. Gabriel consiguió agarrarle por la muñeca de la mano que sostenía la pistola, viéndose respondido inmediatamente por Simón, que, con su brazo libre, sujetó a su vez la mano con la que Gabriel sostenía el puñal templario.

Los dos hombres estaban muy igualados físicamente. Ninguno de los dos parecía capaz de vencer la presa del contrario. Nichole contemplaba asustada la situación. Con desesperación, buscó algo en la habitación que le permitiese ayudar a Gabriel, pero los nervios parecían atenazar su mente y su cuerpo.

Gabriel contempló el rostro de Simón situado bajo él. Una extraña mirada de melancolía se dibujaba en el rostro moreno y de ojos claros del asesino. Mirándole fijamente, el asesino comenzó a esbozar una triste sonrisa. Antes de que Gabriel comprendiese que ocurría, Simón dejó de sujetar la muñeca de Gabriel que sostenía el puñal, dejando que éste penetrase irremediabilmente en su cuerpo.

Simón giró la cabeza al notar como penetraba la fría hoja de acero en su pecho. Frente a él, el rostro muerto de Debré le contemplaba con los ojos aún abiertos en una extraña parodia de la vida. Con un último pensamiento de pesar, Simón sintió como sus músculos se aflojaban, mientras una profunda expiración vaciaba sus pulmones del aire que sólo unos minutos antes animaba su pecho.

Gabriel se levantó intentando controlar las náuseas que sentía. Nichole se abrazó a él con fuerza, lo que le sirvió para recuperar el control de sí mismo, al sentir el cuerpo palpitante de vida de la mujer a su lado, y comprender que su pesadilla acababa de terminar.

Un quejido llegó entonces hasta ellos sorprendiéndoles. Miraron confundidos los cuerpos tendidos a sus pies, hasta que comprendieron que el sonido provenía del lugar donde había caído Miralles.

Acudieron rápidamente hacia el inspector, convencidos de encontrar al policía malherido, reprochándose haberle dado por muerto. Sin embargo, tras salir de la habitación vieron frente a ellos como Miralles estaba empezando a levantarse sin ayuda, aparentemente en un sorprendente buen estado. Gabriel le agarró con fuerza ayudándole a incorporarse del todo. Al hacerlo observó que, aunque la chaqueta estaba desgarrada a la altura del pecho, las balas no parecían haber penetrado del todo la ropa.

—Es un chaleco antibalas —le aclaró Miralles—. Me ha salvado el cuello, pero me voy a tirar un mes con el pecho dolorido.

Gabriel ayudó a Miralles a aflojarse la ropa para facilitarle la recuperación del aliento perdido por sus pulmones, tras el abrumador impacto de los dos disparos que le hiciese Simón. Cuando estuvo lo suficientemente recuperado, el inspector decidió acercarse a los cuerpos que yacían frente a él para examinarlos con detenimiento. No le hizo falta un examen demasiado profundo para comprobar que ambos hombres estaban más allá de cualquier ayuda.

—No hay nada que podamos hacer —exclamó el inspector con un suspiro, mientras bajaba los párpados aún abiertos de los dos desgraciados.

—Parece decepcionado —observó Gabriel.

—No es que sienta pena por ellos si es lo que estás pensando. Como mi padre decía, si estás dispuesto a matar has de estar dispuesto a morir. Es sólo que hubiese preferido cogerles vivos. Ahora será muy difícil averiguar si había más personas involucradas en todo esto.

—Lo importante es que ya no habrá más asesinatos —respondió Gabriel, mirando a Nichole, que contemplaba en silencio y con la mirada perdida los cadáveres tendidos en el suelo.

—Será mejor que salgamos de aquí. Tenemos que hablar y a Nichole le vendrá bien respirar algo de aire fresco —indicó Miralles, preocupado ante el completo mutismo de la mujer.

Gabriel agarró suavemente a Nichole por los hombros, obligándola a apartar su mirada de la macabra escena, y a abandonar la habitación junto a ellos. Cuando por fin salieron de la casa y los rayos del sol les bañaron con un confortable abrazo, Nichole pareció despertar de su peculiar trance

—No lo entiendo —dijo al fin, comenzando a hablar con rapidez, como si sus palabras le sirviesen de catarsis para su angustia—. Creía que cuando viese muerto al hombre que asesinó a mi padre me sentiría mejor. Pensaba que sentiría satisfacción, puede que incluso alegría, por verle pagar lo que hizo. Sin embargo, lo único que he sentido es un vacío desolador, una terrible angustia al comprobar que mi padre después de todo seguía muerto—. La tensión acumulada desde que su padre falleciese afloró por fin y Nichole rompió a llorar con fuerza desgarradora.

Gabriel recordó cómo, cuando su madre le dijo que su padre había muerto en la cárcel, sintió que algo se rompía en su interior. Algo que nunca podría recomponerse. La pena que sintió entonces fue abrumadora e

inconsolable. Por eso, sabía muy bien que ninguna palabra podría hacer que Nichole superase con mayor facilidad su dolor, por lo que, sin decir nada, se acercó a ella y la abrazó con fuerza, para que sintiese simplemente que él estaba a su lado.

Miralles se sentó en las escaleras de mármol del porche de la casa, y, tras sacar un pequeño puro del tamaño de un cigarro del interior de su estropeada chaqueta, comenzó a fumárselo con lentitud.

Cuando Nichole consiguió tranquilizarse, ella y Gabriel imitaron al policía, sentándose junto a él en aquel poco ortodoxo lugar.

—Creía que habías dejado de fumar —observó Nichole con la voz aún temblorosa dirigiéndose a Miralles.

—Y lo estoy dejando —aseguró Miralles sonriendo—. Guardaba este pequeño para alguna ocasión especial, y ésta me ha parecido tan buena como otra cualquiera.

—Cuando te vi aparecer en la habitación creí que estaba soñando— comentó Nichole ya recuperada.

—Yo también creía estar soñando, pero una pesadilla cuando vi al gigante ese con la pistola y el silenciador —exclamó Miralles, logrando arrancar por fin una tímida sonrisa de Nichole.

—Decía que se llamaba Simón, aunque dudo de que fuera cierto — le explicó Nichole.

—Me parece que hay muchas cosas que aún no sé y que deberíais contarme —dijo Miralles, dirigiendo una mirada particularmente intensa a Gabriel.

—Será mejor que Gabriel sea el que te lo explique todo —respondió Nichole, dando así la oportunidad a Gabriel de que fuese él quien decidiera qué quería contar realmente al inspector.

Gabriel no sabía cuánto de la historia real conocía Miralles. Pero, a pesar de que el policía probablemente le había salvado la vida y de que parecía realmente una persona buena y sincera, no estaba dispuesto a revelarle nada que no fuese completamente imprescindible. Sentía que se lo debía a la Orden del Temple.

—¿Cómo dio con nosotros? —preguntó Gabriel, con la intención de averiguar que sabía exactamente el policía antes de revelarle nada.

—No ha sido sencillo, eso os lo puedo asegurar —comenzó a explicar Miralles—. Supongo que sabréis que el caso se complicó cuando hubo una segunda víctima en Madrid.

—Iván —contestó Gabriel, con tristeza.

—Efectivamente. Después de su muerte, la investigación se trasladó a Madrid. No estaba dispuesto a perder este caso así que fui inmediatamente para allá. En Madrid el crimen lo llevaba un inspector llamado Francisco Padrón, que había establecido ya la relación de la nueva víctima contigo — Miralles miró a Gabriel con gesto acusador.

—Llevaba el mantenimiento de algunos equipos en la revista para la que trabajo, y con el tiempo llegamos a ser muy buenos amigos — confirmó Gabriel, viéndose por un momento de vuelta al interrogatorio que Miralles le hiciese en Barcelona.

— No sólo averiguamos eso, sino que descubrimos rastros de un envío realizado al técnico con las iniciales G.K. Al parecer, le habías enviado algo a reparar —siguió explicando Miralles—. Recordé entonces como en tu interrogatorio afirmaste no llevar grabadora y supuse que también me habías mentido en eso. Pensé que de alguna forma habías grabado todo lo ocurrido, y que el asesino intentaba evitar que recuperases la grabación, probablemente dañada durante el asesinato. ¿Nos equivocábamos mucho?

—Casi todo es cierto —reconoció Gabriel, cada vez más preocupado al comprobar la increíble eficacia de aquel policía, y preguntándose hasta donde habría sido capaz de descubrir por si mismo el inspector—. Estaba en la habitación cuando llegó Simón, pero no fui testigo de lo ocurrido. Ese animal me dejó inconsciente de un golpe. Cuando desperté, lo había preparado todo para que pareciese que yo había asesinado al pobre Ramalla. Me puse nervioso y huí, pero antes me llevé la grabadora digital en la que había registrado lo ocurrido. Simón la había destrozado, pero supuse que Iván podría repararla.

—Veo que no íbamos mal encaminados —comentó Miralles con satisfacción, reanudando su relato de la investigación—. Intentamos dar contigo, pero, gracias a la poca colaboración de tu tío, no nos fue posible. Después, hubo un vuelco inesperado en la investigación. Padrón dio con el rastro del verdadero criminal. Consiguió un testigo presencial y hasta localizó un vehículo que podía tener sus huellas. Tras eso, nos planteamos olvidarnos de ti de momento y dirigir la investigación exclusivamente a la búsqueda del

criminal.

—Pero no lo hicieron.

—Si hubiese sido por mí desde luego que no. Había algo que no me terminaba de encajar en todo esto. Por un lado, el asesino se había mostrado extremadamente profesional en la ejecución de sus crímenes, y sin embargo, por otro lado, parecía no importarle mostrar su rostro al descubierto a varios testigos. Era como si no tuviese interés en que la policía te culpase realmente de sus asesinatos, sino que, más bien, se conformaba con que sólo tú lo creyeses. De alguna manera que no terminaba de comprender, pensé que su objetivo real desde un principio eras tú. Decidí cursar una orden a la Interpol de busca y captura contra ti. Estaba convencido de que el criminal estaría cerca de donde tú estuvieras.

—¿Hay una orden en la Interpol contra mí? —preguntó Gabriel asombrado.

—No, no llegué a solicitarla.

—¿Por qué?

—Cuando iba a coger el tren que de vuelta a Barcelona, donde pensaba hablar con un juez que me permitiese cursar la orden, un individuo disfrazado de policía me atacó. Terminé encerrado en un zulo en una casa mugrienta en las afueras de Madrid.

—¡Dios mío! —exclamó Nichole, sin poder evitar recordar su propio encierro— ¿Cómo lograste salir de allí?

—Actuando a la desesperada. Tuve la fortuna de que fuese una sola persona mi captor, y pude reducirle, más por suerte que por otra cosa. Desgraciadamente, el individuo murió en la pelea, por lo que al principio no supe qué relación exacta tenía con el caso.

—¿Estaba relacionado? —preguntó Gabriel alarmado ante la posibilidad de que hubiese más cátaros implicados, a parte de Debré y el propio Simón.

—Claro que lo estaba. Mi captor me planteó una serie de reglas el primer día de encierro. Me reveló que había sido contratado para alejarme de mi trabajo y evitar mi interferencia en algún asunto importante. Además, me contó que se las habían apañado para dejar el caso en que trabajaba en manos de Padrón, y que incluso estaban preparados para contestar a las llamadas de

mi mujer. Aunque os suene extraño, fue esto último lo que me alarmó. El secuestrador parecía informado de mis problemas con Fátima, y eso era algo que sólo había revelado a una persona en mi estancia en Madrid, el inspector Padrón.

—¿Quieres decir que él estaba detrás del secuestro? — preguntó nuevamente Gabriel.

—No podía ser de otra manera. Ya me había extrañado en su momento las reticencias del inspector madrileño ante mi propuesta de cursar la orden de busca y captura a la Interpol. No estaba muy interesado en que diese contigo, de ahí su asombrosa eficacia y rapidez encontrando el rastro del verdadero asesino. Lo único que realmente le interesaba era alejar mi atención de ti. Por eso, cuando logré escapar de mi encierro fui directamente a su casa. Cuando me vio llegar, casi le da un infarto. Comprendió al instante que toda su carrera policial se iba a ir al garete y me contó todo lo que sabía. Tras mi llegada a Madrid, había recibido una llamada en la que le hicieron una oferta irresistible por teléfono, cien mil euros por controlar la investigación de modo que no se detuviese ni vigilase a Gabriel King, por lo demás la investigación podía continuar con total libertad. A Padrón le pareció un método sencillo de embolsarse una buena cantidad de dinero y aceptó. El problema surgió cuando decidí cursar tu orden de busca y captura. No tuvo más remedio que improvisar. Contrató a un pobre desgraciado al que había detenido en un par de ocasiones, para que se encargase de montar apresuradamente mi secuestro, mientras el propio Padrón se las apañaba para retrasar mi salida a Barcelona mediante una amable invitación a comer — Miralles miró hacia su pequeño puro ya consumido hasta más de la mitad y tomó una nueva bocanada de humo.

— Pero, ¿cómo diste con Debré?

— Tras la confesión de Padrón, llegué a un acuerdo con él. A cambio de suavizar mi declaración para que su condena fuese menor, accedió a continuar con la pantomima de mi secuestro durante un tiempo. Mantuvimos oficialmente mi baja y él permaneció a la cabeza de la investigación, mientras yo en la sombra hacía algunas averiguaciones discretas sobre su benefactor anónimo. Aunque me fue imposible localizar el origen de las llamadas que había recibido Padrón, no pasó lo mismo con las transferencias que ya le habían llegado a modo de anticipo de su soborno. Tras seguir las operaciones financieras con los expertos del departamento, dimos con un nombre Pierre

Debré. Aunque no teníamos en realidad pruebas claras de su implicación, decidí ir a su casa e intentar sondearle a ver si averiguaba algo más, y al llegar me encontré con la sorpresa que me teníais preparada.

Gabriel intentó disimular el alivio que sentía al comprobar que después de todo el inspector aún no sabía nada sobre la Orden del Temple.

—Ahora creo que deberíais ser vosotros quienes me contaseis qué es exactamente lo que ha pasado aquí —Miralles miró directamente a Gabriel, esbozando un inicio de sonrisa, como si intuyese que había algo que no le quería revelar.

—Simón no pretendía culparme de los asesinatos —Gabriel decidió seguir el ejemplo de Nichole, ajustándose a la realidad de lo ocurrido cuanto pudiera sin revelar la existencia de la Orden del Temple—. Sólo pretendía asustarme. Obedecía las órdenes del profesor Debré, que le había convencido de que mi familia pertenecía a una Orden religiosa de la Edad Media, a la que al parecer odiaba por considerarla responsable de la muerte de sus antepasados. En su locura, llegaron a la conclusión de que Ramalla también pertenecía a esa misteriosa Orden, así que decidieron aprovechar mi entrevista con él para organizar su asesinato y asustarme, con la intención de que pidiese ayuda a otros miembros de la Orden.

—Sigue pareciéndome un poco extraño que se arriesgase a venir a Madrid y realizar un nuevo asesinato, sólo para evitar que pudieses probar tu inocencia. Al fin y al cabo, había dejado suficientes rastros tras él para que la policía lo dedujese por si misma tarde o temprano.

—No lo hizo por eso. No quería que fuese culpado por el asesinato, tan sólo que me creyese perseguido por la policía el tiempo suficiente para recurrir a otros miembros de la supuesta Orden. Pretendían eliminarlos uno a uno. Simón me había colocado una especie de aparato rastreador en el teléfono móvil mientras estaba inconsciente para poder seguir mis pasos. Asesinó a Iván fue porque temía que, si la grabación llegaba a mis manos, me enteraría de la existencia del rastreador y lo destruiría, con lo que no conseguirían localizar al resto de miembros de la famosa Orden.

—Pero parece que a pesar de todo terminó por enterarse — preguntó el inspector.

— Iván se las apañó para enviarme la grabación por correo electrónico. Cuando la escuché y me enteré de lo que ocurría, destruí el

rastreador inmediatamente. Después, suspendí las entrevistas que estaba realizando para la revista y volví a Barcelona para enfrentarme a Debré, e intentar aclarar lo que estaba ocurriendo.

— ¿Me estás diciendo que todo lo que estos hombres pensaban de ti y por lo que fueron capaces de asesinar era una pura fantasía y qué has estado todos estos días por ahí, realizando entrevistas para un artículo de tu revista? —preguntó Miralles incrédulo.

— Sé que parece increíble, pero así es. Estos hombres eran unos simples alucinados —aseguró Gabriel, sintiéndose un poco culpable por tener que mentir a un hombre que acababa de arriesgar su propia vida para salvar la de él —. Pensé que volcarme en el trabajo sería una buena manera de alejarme de todo esto el tiempo necesario para que la policía hiciese su trabajo.

—Y tú Nichole, ¿también has estado por ahí haciendo entrevistas? —insistió Miralles, dirigiéndose a la mujer con gravedad.

— Me pareció buena idea acompañar a Gabriel y olvidarme de lo ocurrido durante unos días —aseguró ella, aguantando la mirada del inspector.

Miralles apagó los restos de su pequeño cigarro, para levantarse pesadamente de su asiento, gesto que fue inmediatamente imitado por Gabriel y Nichole. El inspector parecía dar por terminada la conversación.

Apenas creó una palabra de lo que me habéis contado —reconoció con sinceridad el inspector, mientras recomponía su ropa sucia y desgarrada —. Conozco a tu padre desde hace muchos años, Nichole. Me ha ayudado en más ocasiones de las que puedo recordar. Si algo aprendí con él, cuando investigábamos juntos algún caso, es que a veces la verdad es tan dura que deseas no haberla descubierto nunca. Sé que no me mentiríais sin una buena razón, así que, aunque no puedo evitar que paséis unas horas en comisaría, me encargaré de que nadie pongan en duda vuestra historia. Se lo debo a tu padre.

—¡Gracias! —exclamó Nichole abrazando al policía con cariño—Te aseguro que haces lo correcto.

Gracias a Miralles, Gabriel y Nichole realizaron una rápida declaración de lo ocurrido ante la policía en la misma casa de Debre, comprometiéndose a ir a la comisaría al día siguiente para ratificarla. Aunque la tarde empezaba a precipitarse a su fin, no querían irse de allí, sin visitar el lugar, al que sólo unas horas antes intentaban llegar desesperadamente, para avisar del peligro que corrían la mujer y el niño escondidos allí. A pesar de que ahora dicho peligro parecía haber desaparecido, habían decidido ir con la intención de comprobar por sí mismos la seguridad del niño, que casi les había costado la vida, y también porque no podían evitar sentir una inmensa curiosidad por conocerle.

Cuando llegaron, se encontraron con que el monasterio, enmarcado por las peculiares formaciones de Montserrat, se encontraba sumido en la niebla, como si una nube hubiese decidido hacer noche en aquellos riscos de formas redondeadas. La magia del lugar, unida a la naturaleza extraordinaria de lo que esperaban encontrar allí, les envolvió sobrecogiéndoles.

El conjunto monacal estaba formado por dos bloques de edificios claramente diferenciados, por un lado, la basílica con las dependencias de los monjes, y, por otro lado, algunos edificios de aspecto más turístico destinados a atender a los visitantes.

—¿No habías venido nunca? —le preguntó Nichole, al comprobar el ostensible desconocimiento que mostraba Gabriel de aquel lugar.

—Vine una vez con mi padre cuando era pequeño, pero apenas lo recuerdo —reconoció Gabriel—. Cuando nos fuimos a vivir a Madrid, Barcelona se convirtió en una ciudad non grata para nosotros. Desde entonces, sólo la he visitado en un par de ocasiones por motivos de trabajo.

—Pues tú te lo has perdido —le reprochó Nichole—. Supongo que, por lo menos, conocerás la historia de la Moreneta, ¿no?

—Ahí no me pillarás —respondió Gabriel con una sonrisa, mientras aspiraba con fuerza el aire puro y fresco que emanaba de la montaña—. Recuerda que he estudiado historia y siempre me han fascinado las leyendas. Se dice que la Virgen es una talla realizada por el propio San Lucas, el cual, para salvarla de caer en manos de los musulmanes, la habría escondido en una cueva aprovechando los laberintos naturales de Montserrat. Allí, la habrían encontrado unos niños pastores en el año 880, al ver una luz en la montaña que les llevó hasta el lugar exacto donde estaba la Virgen. Al enterarse del descubrimiento, el obispo intentó trasladar la imagen a Manresa,

pero misteriosamente la figura comenzó a pesar tanto que fue imposible moverla de donde estaba. Aquello sólo podía significar que la Virgen no quería moverse de donde había sido hallada, por lo que decidieron erigir en aquel mismo lugar la ermita de Santa María para albergarla. El Monasterio fue fundado por el abad Oliba junto a la ermita con un grupo de monjes benedictinos.

—Es una historia muy bonita ¡Es una lástima que la talla actual sea del siglo XII y no la original! —exclamó Nichole.

—Veo que le tienes un cariño muy especial —comentó Gabriel, algo sorprendido por la vehemencia de la mujer.

—Cuando mi padre venía a Barcelona la visita a Montserrat era obligada —confesó Nichole, entornando los ojos con melancolía—. Siempre me fascinó el tremendo contraste entre el dorado de las vestiduras y el color negro de la Virgen y el niño que sostiene en brazos.

—Hay quién dice que el color de las vírgenes negras se debe exclusivamente al humo de las velas colocadas a sus pies durante siglos —explicó Gabriel—. Pero yo no lo creo.

—¿Y cuál es tu explicación? —preguntó Nichole repentinamente intrigada.

—Siempre estuve convencido de que en realidad eran representaciones de la madre tierra. El color negro era utilizado tradicionalmente para representar la tierra fértil. Lo más lógico parecía que estas peculiares vírgenes no fuesen más que una cristianización de diosas paganas mucho más antiguas como Isis, Cibeles, Demeter o Ceres⁽²⁸⁾.

—Pero ahora ya no estás tan seguro ¿no?.

—No, no lo estoy —reconoció Gabriel con premeditada lentitud, al ver como la curiosidad dibujada en los ojos de Nichole se incrementaba—. Con todo lo que nos ha pasado últimamente, ahora estoy más dispuesto a escuchar teorías, que antes me parecían descabelladas, y hay una que me parece especialmente adecuada para todo esto.

—¿Cuál? —preguntó Nichole, impacientándose al ver como Gabriel demoraba a propósito su explicación para aumentar su expectación.

—Está bien, te lo diré —exclamó sonriendo Gabriel—. Hay una teoría hasta ahora muy poco aceptada sobre las Vírgenes negras. Teniendo en

cuenta que la mayoría de ellas aparecen en la época de la expansión de la Orden del Temple, y que muchas se encuentran en lugares relacionados de una u otra forma con la Orden, se ha llegado a suponer que pudieron ser realizadas por los propios templarios, con la finalidad de señalar a sus seguidores los lugares donde podían encontrar, o bien encomiendas templarias, o bien comunidades religiosas afines que les prestasen ayuda. De ahí vendría la explicación al por qué estas vírgenes aparecían siempre rodeadas de leyendas que hablaban de su imposibilidad de moverse del lugar en que eran halladas, pues en realidad marcaban con precisión un lugar. Comprenderás lo atractiva que resulta esta explicación a la luz de lo que venimos a hacer aquí.

—¡Es curioso! Hace sólo unos días la idea de que mi padre fuese un seguidor de una orden religiosa se me antojaba intolerable y ahora, sin embargo, hablar de los templarios me parece lo más natural del mundo. — reflexionó Nichole en voz alta, sonriendo ligeramente.

Con lentitud, reanudaron su camino para dirigirse a la plaza de Santa María, donde se encontraba la entrada al Monasterio. Pronto estuvieron frente a la fachada del edificio, construida con piedra de la propia montaña, mientras, a la izquierda, eran visibles los restos del antiguo claustro gótico.

Se acercaron a la puerta y, tras mirarse el uno al otro con cierta aprensión, llamaron con decisión. En el umbral apareció un hombre de mediana edad que parecía un tanto molesto por su intrusión. Gabriel se limitó a mostrarle el anillo que había recuperado en casa de Debré. El hombre cambió rápidamente de expresión, permitiéndoles la entrada de forma inmediata. Con un simple “*síganme*” les guio con increíble rapidez entre los distintos pasillos y estancias del lugar, hasta pararse frente a la puerta de entrada de una habitación, indicándoles que pasaran a su interior. Cuando se hubo asegurado que penetraban en la estancia, el hombre desapareció marchándose por el mismo camino por el que les había traído.

Al penetrar en la habitación, en su interior les aguardaba la última persona que hubiesen esperado encontrar en aquel lugar. Sebastián King se encontraba frente a ellos, esbozando una amplia sonrisa, mientras se dirigía a su encuentro con dificultad debido a su silla de ruedas. Tras abrazar a Gabriel con cariño, se dirigió a Nichole, a la que abrazó con la misma efusión con que lo había hecho a su propio sobrino.

—¡Me alegro tanto de ver que los dos estáis bien! —exclamó

Sebastián King mirándoles con satisfacción— Vinimos cinco hermanos desde Roma para esperaos en Montserrat. Pero, después de que supimos lo sucedido en casa de Debré, han decidido marcharse. Sólo yo he me he quedado. Sabía que a pesar de todo terminaríais viniendo al Monasterio.

—¿Sabes lo que ha ocurrido? —preguntó Gabriel desconcertado.

— Será mejor que empiece por el principio y así comprenderéis mejor todo esto —repuso con calma su tío—. Lo cierto es que la Orden ha estado al tanto de todo lo que ha estado sucediendo, casi desde el momento en que tu padre fue asesinado —reconoció, palmeando cariñosamente la mano de Nichole—. Cuando llegaste a casa y me contaste lo ocurrido, informé al resto de la Orden. El Gran Maestro decidió enviar inmediatamente a uno de los nuestros para que te vigilase en todo momento. Le conocisteis en Mende.

—¡El sacerdote! —exclamó Nichole, recordando repentinamente al hombre de ojos claros y pelo rizado que les abordase en la penumbra del interior de la catedral de Mende.

—No es sacerdote, aunque si un hombre de gran vocación religiosa. Es un monje benedictino que ha servido en innumerables ocasiones a la Orden —les explicó Sebastián King, confirmando la intuición de Nichole—. No sólo se encargó de haceros llegar el carné de la Biblioteca de París, sino que continuó vigilándoos de forma discreta durante todo vuestro viaje. Por eso, cuando ese hombre se llevó a Nichole del hotel de París, nos enteramos inmediatamente de lo ocurrido. No fue difícil imaginar que se trataba del asesino de Ramalla. Dedujimos con bastante facilidad su intención de convertirte en miembro de la Orden del Temple, para utilizarte como su infiltrado involuntario.

—El asesino se llamaba Simón —aclaró Gabriel—. Pero, ¿por qué no intervinisteis inmediatamente y liberasteis a Nichole? —preguntó con aspereza e indignación creciente, al sospechar que, no sólo los cátaros les habían intentado utilizar como simples peones en su enfrentamiento con el Temple, sino que probablemente estos últimos también lo habían hecho— ¡Por el amor de Dios, hemos estado a punto de morir!

—No nos juzgues con tanta dureza —le reprochó su tío con dureza—. Hicimos lo que creímos que era lo más correcto. Debes comprender que los templarios no son ya los guerreros que fueron antaño. Tan sólo somos hombres sencillos, con un ideal elevado por el que estamos dispuestos a

luchar si es preciso. Pero eso es algo que sólo haríamos como último recurso, y pensamos, que en este caso, si intentábamos liberar a Nichole por la fuerza, ella correría un riesgo excesivo y probablemente innecesario. Además, sabíamos que detrás de aquel hombre había un Perfecto cátaro muy importante. Un hombre de gran determinación y crueldad, que ya le había costado la vida a uno de nuestros hermanos, tu padre. Sabíamos que aquella era la oportunidad de dar con él y evitar que continuase haciendo daño a inocentes con su locura y fanatismo.

—¿Qué pensabais hacer entonces? —preguntó Gabriel recuperando la calma, al comprender que una vez más se había precipitado al juzgar las intenciones de su tío. Al parecer, borrar definitivamente los prejuicios que su corazón había albergado durante años, no iba a ser una tarea tan fácil como había supuesto.

—La única manera de evitar que sufrieseis daño alguno en sus manos era ofrecer a los cátaros lo que tan desesperadamente buscaban. Decidimos acelerar tu ceremonia de ingreso a la Orden, con el único objetivo de entregarte el dossier sobre la clonación y de que tú se lo hicieses llegar a ellos.

—¡Estabais convencidos de que cedería al chantaje y se lo entregaría! —exclamó Gabriel con pesar.

—Sabíamos lo que sentías por Nichole —Sebastián King apoyó su mano sobre el hombro de Gabriel sonriendo con comprensión—. No podíamos prever exactamente como actuarías, pero lo que si sabíamos es que nunca permitirías que hiciesen daño a Nichole, aunque eso supusiese entregar el informe a su secuestrador.

—Pero, ¿y si a pesar de todo no se lo hubiese entregado? —insistió Gabriel—. En Roma pensé en manipular el informe y ofrecer a Simón una información falsa a cambio de Nichole. Desgraciadamente, su ataque repentino nada más finalizar la ceremonia, dio al gairete con todo lo que estaba planeado.

—Pero ¿por qué ibas a hacer algo así? —preguntó Nichole, dirigiéndose a Gabriel un tanto decepcionada—. Si Simón se hubiese dado cuenta, me hubieses puesto en un grave peligro.

—Lo sé —reconoció Gabriel, preocupado de que Nichole pudiese dudar de sus intenciones de ayudarla—. Pero no podía dejar que un niño

inocente cayese en manos de ese loco. Ya viste lo que pasó en la casa, Debré estaba decidido a asesinar a esa pobre criatura como si se tratase de un animal. Tenía que intentar algo, cualquier cosa...

—Tienes razón —se disculpó Nichole, un tanto avergonzada al comprender que había olvidado por un momento que no sólo ella corría peligro sino también aquel pobre niño—. Lo siento.

—No tiene sentido preocuparse por lo que hubiese podido pasar —intervino de nuevo Sebastián King—. El niño no corría peligro alguno porque todo el informe estaba ya manipulado. Él nunca estuvo en este Monasterio. Todos los datos sobre lugares, hospitales, profesionales que intervinieron, e incluso sobre la madre adoptiva, eran falsos. Habían sido perfectamente concebidos para parecer factibles y coherentes con la idea que los cátaros tenían sobre el proyecto. En realidad, sólo pretendíamos atraer a Simón y al Perfecto hasta este lugar, donde varios hermanos de la Orden, entre ellos yo mismo, le esperaríamos para intentar razonar con él y convencerle de que su búsqueda era inútil.

—Pero, ¿cómo pensabais conseguirlo? —preguntó Gabriel, sorprendido por la aparente ingenuidad del planteamiento de su tío—. Eran unos asesinos y fanáticos. No se hubiesen conformado con nada que no hubiese sido el niño.

—Te aseguro que de una manera u otra aquí habrían terminado sus crímenes. Pero contábamos con que fuesen capaces de reconocer la simple y llana verdad —repuso enigmáticamente Sebastián King.

—¿Qué verdad? —insistió Gabriel.

—Que nunca podrían encontrar al niño producto de la clonación del ADN de la Sábana Santa, porque nadie sabe su localización salvo él mismo.

Gabriel y Nichole se miraron atónitos, sin comprender que es lo que aquel anciano sonriente intentaba decirles desde su silla de ruedas.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó al fin Nichole, cuyos ojos brillaban ansiosos, debatiéndose entre la fascinación de averiguar finalmente la verdad de lo ocurrido, y la decepción de saber que ya nunca conocería a aquel niño milagroso.

—Nosotros no somos unos fanáticos —empezó a explicar Sebastián King—. A lo largo de nueve siglos de historia, si algo hemos conseguido entender es que la verdad tiene múltiples caras. Hemos sido muy conscientes,

desde el principio de nuestra fundación, de cuál era nuestra misión, de cuál era el papel que debíamos jugar en el futuro, y lo hemos hecho lo mejor que hemos podido. Sin embargo, ni eso ni la múltiple información histórica y de carácter religioso a la que hemos tenido acceso a lo largo de todos estos años, nos ha acercado ni un solo milímetro más a comprender mejor a Dios. ¿Cómo entonces íbamos a ser tan arrogantes de darnos a nosotros mismos la prerrogativa de criar y formar al que podría ser el Hijo de Dios? No podíamos hacerlo y no lo hicimos. Tras realizar con éxito el proceso de clonación y obtener un embrión viable, su destino fue decidido por un sólo miembro de la Orden del Temple. El hermano elegido para la tarea, buscó por sí mismo un hospital y una mujer que se estuviese sometiendo a un proceso de fertilización in vitro. Sin que dicha mujer fuese consciente de ello, sobornó al médico responsable de la fecundación, de forma que el embrión clonado sustituyó a los que iban a ser usados en el proceso. A partir de ahí, se dejó que la naturaleza siguiera su camino. Ese hermano nunca informó al resto de la Orden de donde estaba el niño. Nos aseguramos de esa forma de que nadie, ni siquiera nosotros, pudiera interferir en su crecimiento y desarrollo. Queremos que crezca como un ser humano más de este mundo, sometido a las mismas penas, alegrías y riesgos que cualquier otra persona. Está en manos de Dios que llegue a ser el Rey de Reyes que esperamos, o sea tan sólo un ser humano más de este mundo.

—Pero, al parecer sí que hay un miembro de la Orden que sabe dónde está, ¿no? —replicó Nichole.

—Aún no te has dado cuenta ¿verdad niña? —la interrumpió Sebastián King, mientras sostenía entre sus manos arrugadas la mano de piel fina y blanca de Nichole acariciándola con suavidad—. El hombre que elegimos entre todos los miembros de la Orden del Temple para llevar a buen término la clonación, era Friederich Ramalla, tu padre. Cuando ese desalmado acabó con su vida, lo hizo también con toda esperanza de localizar a esa bendita criatura que tanto buscaba.

EPÍLOGO

BELÉN

Domingo 13 de marzo de 2005

El soldado, embutido en su traje de combate, notaba como las gotas de sudor resbalaban lentamente por su rostro. A pesar del calor sofocante, agradeció que el día hubiese amanecido claro y presidido por un imponente sol. Su radiante fuerza del mediodía había hecho desaparecer casi todas las sombras, que de otra manera se habrían multiplicado entre las paredes medio derruidas y llenas de escombros del viejo barrio palestino frente al que se encontraba apostado.

Con un suspiro, comprobó una vez más el buen estado de su fusil de asalto, mientras elegía al azar una de las viviendas situadas frente a él como su objetivo del día. Tras examinar detenidamente la fila de viviendas palestinas, algunas de ellas reconstruidas torpemente, probablemente tras haber sido ya derribadas, en alguna ocasión por los buldóceres israelíes en alguna operación de represalia, se decidió por una casa pequeña en la que creyó percibir movimiento a través de una de sus ventanas.

La incursión de hoy se inscribía en una más de las operaciones de castigo, ordenadas por el mando israelí como represalia a las últimas acciones de la Jihad Islámica⁽²⁹⁾. En esta ocasión, se trataba de demoler varias casas y un almacén agrario cercano. Mientras, él y otros seis soldados debían realizar una incursión en aquella zona, realizando registros indiscriminados con la finalidad de confiscar todo el material susceptible de ser utilizado por los terroristas palestinos. Naturalmente, estaban autorizados a repeler con fuego real cualquier ataque que pudiesen sufrir durante la operación.

La orden de intervención le llegó con claridad a través del pequeño micrófono situado en el interior de su oído. Miró a uno y otro lado de la calle y avanzó rápidamente hasta llegar a la puerta de la pequeña vivienda. Comprobó con inquietud que una manguera colgaba, aparentemente sin propósito definido, de un lateral del edificio. Sabía que cualquier elemento desusado podía esconder una de aquellas trampas artesanales, pero muchas

veces mortales, que solían colocar los palestinos para recibirles en sus incursiones, por lo que decidió comprobar qué era, antes de penetrar en la vivienda.

Avanzó pegado a la pared unos metros, hasta poder ver de dónde provenía aquel tubo de goma verduoso, atento a cualquier movimiento a su alrededor. Con la respiración agitada, se asomó al lateral de la construcción y pudo comprobar cómo la manguera llegaba hasta un depósito metálico situado en el tejado. Aliviado, comprendió que se trataba simplemente de una deficiente distribución de agua entre viviendas sin terminar.

Cuando se disponía ya a volver hacia la entrada de la vivienda, desde su interior llegó hasta sus oídos el claro sonido de unas pisadas apresuradas, como si alguien intentase huir. Olvidando las precauciones, corrió hacia la entrada. Con un fuerte golpe de su hombro, ayudado por el peso y la fuerza de su traje de combate, derribó sin dificultad la frágil puerta de la casa y penetró en su interior. Sin ni siquiera mirar a su alrededor, comenzó a disparar ráfagas de munición, cruzando la estancia de lado a lado. Los escasos muebles de la habitación se astillaron bajo el impacto de las balas, mientras algunos retratos y enseres caían al suelo haciéndose añicos.

Tras dejar de disparar, comprobó aliviado que la estancia estaba completamente vacía. Al fondo de la habitación, descubrió una puerta de madera cerrada, que probablemente daba paso al único dormitorio de la vivienda. Con decisión, avanzó hacia ella, abriéndola de una patada, dispuesto a repetir de nuevo lo que acababa de hacer. Nuevamente levantó su fusil de asalto y apretó el gatillo. Pero en esta ocasión, un ruido sordo como si el percutor no tuviese fuerza, fue el único resultado de su acción.

Frente a él, un bulto de ropa pareció agitarse como si algo saliese de su interior. Asustado, intentó disparar de nuevo, pero el arma siguió negándose a funcionar. Una figura, que al principio no pudo distinguir, empezó a salir de entre aquellas telas incorporándose con dificultad. Aterrorizado, sacó su pistola reglamentaria de la cintura y, apuntando con ella a la figura, apretó el gatillo. Su terror se convirtió en histeria al comprobar cómo la pistola también se negaba a disparar.

Sin comprender qué estaba sucediendo, bajó los brazos, impotente, y miró directamente hacia la figura que avanzaba hacia él. Su sorpresa fue mayúscula cuando comprobó que se trataba de un niño. Tras él, agazapada aún entre las telas que les habían servido de improvisado refugio, se ocultaba

la figura de una mujer atemorizada, oculta entre las sombras.

El chico no tendría más de cuatro o cinco años. Llevaba un viejo chándal sudado por toda vestimenta, lo que le hacía parecer uno más de los múltiples chiquillos palestinos que solían jugar entre los tanques israelíes. Los mismos que, en cuanto tenían edad suficiente pasaban a convertirse en miembros de la entifada⁽³⁰⁾, y comenzaban a apedrearles primero y a dispararles después. Sin embargo, había algo en él que le hacía totalmente diferente a todos ellos. Era algo indefinible. Algo presente en sus facciones intensamente serenas y en su piel morena. Algo reflejado en la calidez perturbadora de su mirada clara.

El niño llegó hasta donde estaba el soldado y comenzó a sonreír. Con suavidad, le agarró de la mano con que sostenía su pistola, y el soldado sintió como si de pronto aquella arma llevase encima el peso de todas las vidas que había arrebatado con ella. Como si se tratase de un hierro candente, la soltó inmediatamente asustado ante su mero contacto.

—¿Por qué quieres hacernos daño? —le preguntó el niño mirándole a los ojos.

Por un instante, el soldado tuvo la sensación de ser capaz de recordar todo lo que había hecho en su vida hasta llegar a aquel momento. Pudo ver las decepciones, las satisfacciones, las alegrías y las injusticias sufridas. Incluso creyó recordar cada lección, cada instrucción y conocimiento recibido, todo aquello que le había convertido en el hombre que ahora era. Las lágrimas surgieron lentamente, hasta convertirse en llanto, mientras comprendía que no tenía ninguna respuesta para aquella inocente pregunta.

NOTAS DEL AUTOR

(1) *Torha*

Se define así habitualmente al libro de la Ley de los judíos. Suele utilizarse para designar a la totalidad de la revelación y enseñanza divina al pueblo de Israel, aunque en realidad se refiere únicamente al texto de los cinco primeros libros de la Biblia (para los cristianos llamado Pentateuco).

(2) *Pugio*

Especie de cuchillo largo o espada corta que los legionarios romanos tomaron prestado de las tropas hispanas contra las que combatieron durante dos siglos.

(3) *Golel*

Piedra plana, redonda y giratoria que se disponía en la entrada a las tumbas hebreas.

(4) *Loculu*

Banco plano ahuecado en forma de artesa dispuesto a flor de suelo y a lo largo de la pared.

(5) *Arcosolio*

Nicho abierto en las paredes de las catacumbas, cuya parte superior forma una bóveda cumbrada.

(6) *Caldarium*

Sala de los establecimientos termales romanos donde se tomaban baños de agua caliente y vapor.

(7) *Frigidarium*

Zona dedicada a los baños de agua fría en los establecimientos termales romanos, normalmente al aire libre y con una piscina de agua fría.

(8) *Tepidarium*

Sala con calefacción por aire caliente a modo de vaporario o sauna seca.

(9) *Suspensurae*

Pavimento suspendido sobre pilares de ladrillos normalmente acompañado

por ladrillos agujereados en las paredes para la mejor difusión del aire caliente

(10) Se hace aquí referencia a diversos textos sagrados:

Pentateuco: Texto cristiano formado por los cinco primeros libros de la Biblia: Génesis, Éxodo, Levíticos, Números y Deuteronomio.

Bhagavad Gita: Poema filosófico de 700 versos, escrito originalmente en lengua Sánscrita. El Gita ha sido considerado durante mucho tiempo como la esencia de la literatura védica.

Nuevo Testamento: Es la parte de la Biblia compuesta por un conjunto canónico (autorizado) de libros escritos después del nacimiento de Jesucristo. Comprende los cuatro evangelios canónicos, los Hechos de los apóstoles, las epístolas de Pablo de Tarso, siete epístolas de diversa atribución y el Apocalipsis.

Tripitaka: Es un tipo de escritura que en sánscrito significa ‘triple cesta’. Es fundamentalmente un canon escriturario del budismo, dividido por temas en tres colecciones, o cestas, de escritos. La escritura Tripitaka es venerada por los budistas Theravada como la colección completa de las enseñanzas de Buda.

(11) Patté

Cruz templaria que tiene como peculiaridad que se ensancha en sus extremos.

(12) Vive Dieu, Saint Amour

Grito de guerra más conocido de los templarios

(13) Se hace aquí referencia a algunos platos típicos de la cocina catalana:

Calcots con Romero: Brotes de cebolla blanca con romero.

Cargols a la llauna: Plato cocinado de caracoles, servidos en una especie de lata (llauna).

(14) Se hace aquí referencia a dos regiones francesas:

Languedoc: (en occitano Lengadòc) es una región del sur de Francia, antiguamente llamada Gotia o región Narbonense. Forma parte de la región administrativa de Languedoc-Rosellón.

Auverña: (en occitano: Auvèrnha; en francés Auvergne) es una región del centro de Francia (zona del Macizo Central) que comprende cuatro departamentos, Puy-de-Dôme, Cantal, Haute-Loire y Allier.

(15) Atbash

Es un método muy común de codificación del alfabeto hebreo. Pertenece a criptografía clásica, y consiste en sustituir la primera letra del alfabeto por la última, la segunda por la penúltima, y así sucesivamente. El Dr. Hugh Schonfield desarrolló la teoría según la cual la palabra Baphomet estaba escrita en el código cifrado Atbash, y significaba Sophia. Según esta teoría, si uno escribe la palabra Baphomet en hebreo, teniendo presente que el hebreo se lee de derecha a izquierda, el resultado es el siguiente:

ת מ ו פ ב

Bet, Pe, Vav, Mem, Taf

En hebreo: BAPHOMET

א י פ ו ש

Shin, Vav, Pe, Yud, Alef

Con el código Atbash: SOPHIA

Aunque escrito en hebreo, se lee como la palabra griega Sophia, que significa "Saber".

(16) Consolamentum

Era el único sacramento que administraban los cátaros mediante la imposición de manos. Lo consideraban una especie de Sacramento de liberación del mal. Desarrolla el triple papel de bautismo, de ordenación y de extremaunción.

(17) FTP

Significa Protocolo de Transferencia de Archivos, y es un protocolo de Internet utilizado para transferir grandes bloques de datos por la red.

(18) SPAM

Se denomina así a los mensajes no solicitados, habitualmente de tipo publicitario, enviados en cantidades masivas a través del correo electrónico

(19) Trekie

Seguidores de la serie original de televisión Star Trek.

(20) AVE

Tren de alta velocidad de España.

(21) *Melhorament*

Peculiar rito utilizado cuando un creyente se encontraba con unos perfectos. Se consideraba que servía para mejorar, es decir, que hacía progresar al creyente en su camino hacia el bien.

Consistía en inclinarse profundamente tres veces delante de los perfectos. Las dos primeras el creyente pedía:

"Buen Cristiano (o Buena Dama), la bendición de Dios y la vuestra".

La tercera vez añadía:

"Señor (o Buen Cristiano o Buena Dama), rogad a Dios para que este pecador que yo soy, sea guiado hacia un buen final".

(22) *Hijo Mayor del Obispo*

La iglesia cátara tenía una estructura dividida en:

— Los creyentes. Todas las personas que asistían como oyentes a la práctica cátara.

— Los Perfectos. Eran bautizados que tenían la potestad de decir la Plegaria, de bendecir el pan y de dar el consolamentum a los moribundos.

— La Jerarquía sacerdotal formada por Ancianos y Diáconos u Obispos. Estaban organizados en obispados presididos por el obispo y sus ayudantes: un Hijo Mayor y un Hijo Menor. Cuando moría el obispo le sucedía el Hijo Mayor, cuya posición era ahora ocupada por el Hijo Menor al que sucedía un nuevo personaje.

(23) *ETA*

Euskadi ta Askatasuna (en español, Euskadi y Libertad). Grupo terrorista independentista español. Se define a sí misma como organización socialista revolucionaria vasca de liberación nacional. Su objetivo es el reconocimiento por parte de España y Francia del derecho a la autodeterminación de Euskal Herria, entendida ésta como la unión de las actuales unidades administrativas de la Comunidad Autónoma Vasca (compuesta por las provincias de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya) y de la Comunidad Foral de Navarra de España, junto con los tres territorios que compondrían el País Vasco Francés (Sola (Zuberoa), Labort (Lapurdi) y Baja Navarra), a su vez integrado en el

Departamento de Pirineos Atlánticos (Francia), para crear un estado socialista vasco independiente.

(24) *Roma non basta una vita*

Dicho popular que viene a significar que para disfrutar plenamente de Roma no basta una vida.

(25) *Patibulum*

Palo transversal que se añadía al poste vertical fijado en el suelo para completar la cruz. Procede originalmente de la madera que se utilizaba para cerrar las puertas. De ahí su nombre, pues al retirarlo “*fores patebant*”, es decir las puertas quedaban abiertas.

El *patibulum* solía encontrarse en el lugar del suplicio, pero en general el condenado lo llevaba sobre la espalda y se fijaba sobre el palo vertical en el momento del ajusticiamiento.

(26) *Oráculo de Delfos*

Estaba situado en un gran recinto sagrado dedicado al dios Apolo, que tenía en el centro su gran templo. Se encontraba en Grecia, en el emplazamiento de lo que fue la antigua ciudad llamada Delfos, al pie del monte Parnaso, en medio de las montañas de la Fócida, a 700 m sobre el nivel del mar y a 9,5 km de distancia del golfo de Corinto. El oráculo de Delfos influyó en gran manera en la colonización de las costas del sur de Italia y de Sicilia. Llegó a ser en centro religioso del mundo helénico.

(27) *Fecundación in Vitro*

La Fecundación in vitro (FIV) consiste en obtener varios óvulos de los ovarios para fecundarlos con los espermatozoides en el laboratorio, los embriones formados se colocan en el útero para su implantación y el desarrollo del embarazo.

(28) *Se hace aquí referencia a diversas diosas de la antigüedad:*

Isis: En la mitología egipcia Isis es, al mismo tiempo, hermana y esposa de Osiris. Su nombre original era Istet, que significa literalmente *trono o asiento*.

Cibeles: Originalmente una diosa frigia, Cibeles (en griego Κυβέλη *Kybélē*, nombre al que a veces se da la etimología de «la del pelo» si se considera griego en lugar de frigio) era la diosa de la Madre Tierra que fue adorada en Anatolia desde el neolítico.

Demeter: Deméter o Demetra (en griego Δημήτηρ o Δημητρα, ‘diosa madre’ o quizás ‘madre distribuidora’) es la diosa griega de la agricultura, nutricia pura de la tierra verde y joven, vivificadora del ciclo de la vida y la muerte, y protectora del matrimonio y la ley sagrada.

Ceres: Ceres (para los romanos, Deméter para los griegos) era hermana del dios Júpiter (Zeus) y también del dios Plutón (Hades) que era el dios de las profundidades de la tierra, de los infiernos. Ceres era la diosa de la tierra, de la agricultura. Es la patrona de Sicilia.

(29) Jihad Islámica

Suele entenderse como un concepto de defensa del islam, muchas veces asimilado a la idea de “guerra santa”

(30) Entifada (Intifada)

Es el nombre popular de dos campañas recientes del pueblo palestino contra el régimen de ocupación de Israel en los territorios ocupados de Cisjordania y la Franja de Gaza. Es uno de los aspectos más importantes de los últimos años del conflicto israelí—palestino.

Ambas intifadas empezaron como campañas de desobediencia civil de los palestinos y fueron intensificándose en un ciclo de violencia de represalias recíprocas entre israelíes y palestinos.

La primera intifada empezó en 1987; la violencia decayó en 1991 y tocó a un fin más completo con la firma de los acuerdos de Oslo (agosto de 1993) y la creación de la Autoridad Palestina.

La segunda intifada, que se ha dado en llamar Intifada de Al-Aqsa, empezó en septiembre de 2000 y fue terminada en febrero de 2005.

Agradecimientos

Quiero agradeceros que hayáis leído “Síndone”. Esta fue mi primera novela y, supuso para mí mucho más que simplemente relatar una historia. Se convirtió un aprendizaje, un crecimiento personal y un descubrimiento. Espero que os haya podido transmitir con ella algo de la emoción que sentí yo al escribirla y espero que hayáis disfrutado tanto con su lectura como yo lo hice con su escritura.

Como escritor me encantaría conocer vuestras opiniones sobre la obra, así que animaos y dejad un comentario aquí, en Amazon, en vuestras webs o en cualquiera de las direcciones de contacto que os dejo a continuación:

Web personal y blog: www.jcboiza.com

Email: jcboiza@gmail.com

Facebook ([juancarlos.boizalopez](https://www.facebook.com/juancarlos.boizalopez))

Twitter ([@JCBoiza](https://twitter.com/JCBoiza))

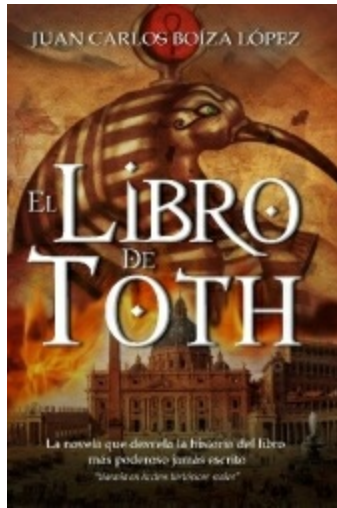
Sobre el autor

Juan Carlos Boíza López (Madrid, 1969). Titulado en Ingeniería Técnica de Telecomunicaciones y Técnico en aplicaciones multimedia, ha desarrollado su carrera profesional principalmente en el campo del diseño gráfico, que compagina con su faceta de escritor. Dirigió el portal de literatura EscritoresLibres.com y es fundador, y director de la revista digital Más Literatura, en la que participó, además como articulista. Ha colaborado en diversas publicaciones digitales entre las que destacan Espectadores.net y Espaciolibros.com entre otros.

Su primera obra fue la novela “*Síndone*”, cuya publicación le permitió colaborar en la revista Más Allá con el artículo “*¿Es la Sábana Santa el Santo Grial?*”. Ha sido entrevistado por el periodista Pedro Riba en su programa de radio *Luces en la Oscuridad* de Punto Radio. Es autor de diversos relatos cortos, con los que ha participado en las antologías de cuentos sin ánimo de lucro “*Cuentos Solidarios 2008 - Los Gestos del Suicida*”, “*Cuentos Solidarios 2009 - La Curiosidad del Gato*” y “*Cuentos Solidarios 2019 - Líneas sin Sombra*”.

www.jcboiza.com

Otras obras del autor en AMAZON



El libro de Toth

- **Género:** Literatura y Novela
- **ISBN:** 978-1520972299
- **Nº Páginas:** 495
- **Encuadernación:** Tapa blanda
- **Formato eBook:** ePub
- **Año:** 2017

Del Libro de Toth, la mitología egipcia cuenta que su lectura concedía poderes inimaginables sobre el cielo, la tierra y el mar, permitía controlar personas y animales, resucitar a los difuntos e incluso daba poder para mirar al sol cara a cara.

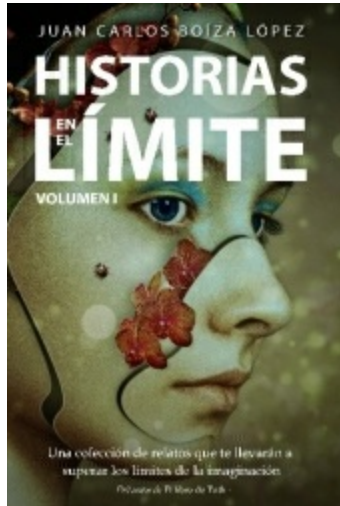
Una serie de sucesos de carácter sobrenatural están sacudiendo el mundo por lo que el Vaticano decide encargar a Antonio Alviero, un joven sacerdote y brillante investigador de la Iglesia Católica, que averigüe qué está ocurriendo. La investigación concluye que un terrible poder, temido desde tiempo inmemorial por al Vaticano y conocido como “La Fuente”, está despertando. El padre Elías, un oscuro sacerdote venerado y temido a partes iguales en la Iglesia, por ser el responsable del Círculo Octogonus, una organización secreta bajo el mando directo del Santo Padre, será el encargado de buscar “La Fuente” y neutralizarla con la ayuda del padre Alviero.

Mientras tanto, Adrian Cavendish, un joven estudiante de historia en Cambridge, vuelve a su casa a pasar las vacaciones para descubrir que su madre, fallecida unos meses atrás, ha dejado para él un peculiar diario. En él su madre confiesa que su padre, Sir William Cavendish, podría haber sobrevivido al accidente en el que se le dio por fallecido varios años atrás en El Cairo. Adrian, su hermanastra Zulema, adoptada por su madre y superviviente del mismo accidente en que murió su padre, y Eric, su mejor amigo de la facultad, se adentrarán en una investigación en la que pronto comprenderán que se enfrenta a poderes sobrenaturales que no se detendrán ante nada. El poder del Libro de Toth está despertando y alguien intenta controlarlo. Si lo consigue, habrá un nuevo Dios sobre la tierra...

Enlaces en Amazon:

[Versión Kindle](#)

[Versión en Tapa Blanda](#)



Historias en el Límite (Volumen I)

- **Género:** Literatura y Novela
- **ISBN:** 978-1521067871
- **Nº Páginas:** 162
- **Encuadernación:** Tapa blanda
- **Formato eBook:** ePub
- **Año:** 2017

Este libro nace de una deuda, una deuda contraída conmigo mismo desde que comencé a escribir y que ha llegado el momento de saldar.

Como muchos escritores empecé escribiendo relatos cortos de todo tipo y temática. Algunas de aquellas historias primerizas ni siquiera las guardé, pero otras fueron engrosando una colección variopinta que abarcaba desde historias dramáticas hasta la ciencia ficción o el terror. Con algunas de ellas gané algunos concursos y han visto la luz en algunas antologías de relatos, pero otras dormían el sueño de los justos sin haber visto nunca la luz.

Ahora ha llegado el momento de que todas ellas vean la luz y que sean expuestas ante el tribunal más duro que existe en el mundo de la literatura; vosotros los lectores. Todos los relatos serán publicados en dos volúmenes recopilatorios, cuyo primer número tienes en tus manos. Probablemente no todas ellas os gusten de igual manera, pero lo que sí puedo aseguraros es que

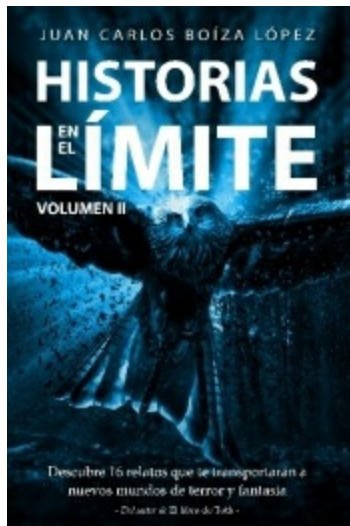
ninguna os dejará indiferente

Juan Carlos Boíza López

Enlaces en Amazon:

[Versión Kindle](#)

[Versión en Tapa Blanda](#)



Historias en el Límite (Volumen II)

- **Género:** Literatura y Novela
- **ISBN:** 978-1521067871
- **Nº Páginas:** 162
- **Encuadernación:** Tapa blanda
- **Formato eBook:** ePub
- **Año:** 2017

Con este segundo volumen de relatos cortos que tienes en tus manos, continúo la recopilación de mis primeras historias que, por fin ven la luz, después de pasar demasiado tiempo en el desván del recuerdo.

En el mundo de la literatura, como lamentablemente ocurre en muchas otras facetas de la vida, existen demasiados prejuicios, por lo que aún hay quien considera lo literatura de “género”, una literatura inferior. Por eso, con estos relatos que abarcan desde el terror y la fantasía hasta la ciencia ficción, pretendo reivindicar que temas tan complicados como la violencia de género, el abuso infantil o la depresión pueden abordarse en estos géneros literarios, logrando emocionar y conmover, al menos de igual manera que con una literatura más realista.

Si lo he conseguido o no, vosotros sois quienes debéis juzgarlo.

Juan Carlos Boíza López

Enlaces en Amazon:

[Versión Kindle](#)

[Versión en Tapa Blanda](#)

[\[C1\]](#)
